
Pasión
sin límites
Helena Sivianes
Selecta

Pasión sin límites

Helena Sivianes

Selecta

1

Nick

—Tienes que estar de coña —dije mientras sacudía la cabeza para eliminar el exceso de agua que resbalaba por mi cara después de bañarme en la piscina.

Owen se apartó y soltó varias palabrotas cuando lo salpiqué; le molestaba mucho, y yo lo sabía.

—Venga, no seas estúpido, Angelina Jolie puede estar muy buena, pero las tías que se lo tienen tan creído son un muermo.

Owen nos había obligado a todos a ir al cine a ver una de esas películas en las que sabes de antemano que acabaras durmiéndote en cuanto suelten la primera frase, sin embargo, a todos nos había impresionado la protagonista, una de las actrices más atractivas y sexis de Hollywood.

—Al menos reconoces que está buena. —Luca le dio un puñetazo en el hombro y luego se relajó en la tumbona que ocupaba junto al borde de la piscina.

Aquellas eran las primeras vacaciones que pasábamos juntos después de terminar la universidad. Ya habían transcurrido varios años de ello, y aunque quedábamos una vez a la semana, hacia mucho

tiempo que los cinco no estábamos más de cinco horas seguidas juntos, que era lo que podía durar un partido de futbol, con la previa y la celebración de después. Esa semana estaba siendo increíble, sobre todo porque a partir del lunes mi vida se pondría patas arriba.

—¿No hay alguna manera de alargar las vacaciones? —comenté después de que, con una cerveza en la mano, todos volviéramos a ocupar las hamacas y tumbonas que habíamos acaparado junto a la piscina.

Y sin duda necesitaba alargarlas —no solo porque no recordara cuál había sido la ultima vez que había estado más de dos días seguidos sin pisar la oficina—, y lo que me hacía desear estar mucho más tiempo lejos del trabajo era la forma en la que mi vida iba a cambiar al cabo de setenta y dos horas. Solo quedaban tres días para volver a la realidad y todo lo que ella traería consigo.

Luca, Owen, Devon, Patrick y yo nos habíamos conocido en la universidad y desde la primera clase en la que coincidimos nos habíamos convertido en inseparables. Cada uno de nosotros soportaba su propio drama personal, pero todos habíamos conseguido llegar muy lejos en nuestras carreras profesionales.

Yo, por ejemplo, había soñado desde pequeño con convertirme en un empresario de éxito, pero había dado palos de ciego hasta que tuve claro en qué me quería especializar. Un buen día se me presentó la oportunidad de amasar una buena fortuna y convertirme en el mejor en mi campo, y desde entonces trabajaba —o más bien dirigía— en la mejor empresa de comunicación de redes sociales, o lo que es igual, me encargaba de que los más famosos *influencers* de la actualidad ofrecieran unas redes sociales impresionantes que generaban unos ingresos incluso más golosos.

Durante el último año en la universidad y desde el salón de mi casa, había empezado a llevar las cuentas de un par de chicas que se dedicaban a cuestiones de moda y para cuando terminé la carrera de comunicaciones mi cartera de clientes era lo suficientemente amplia como para tener que alquilar una oficina y contratar a varias personas para que me ayudaran. Un año después Donovan Community tenía en cartera a la mayoría de los *influencers* y a las personalidades más destacadas de las redes sociales en la actualidad. Habían pasado varios años desde entonces, y ya no trabajaba desde una oficina alquilada,

sino que mi empresa ocupaba un edificio completo en Covent Garden, tenía muy claro desde el principio que las oficinas centrales tenían que estar en aquel distrito donde la distinción, el poder y, sobre todo, el dinero, eran la baza que lo movía todo.

Con respecto a qué era lo que hacía que no quisiera ir el lunes a la oficina, no me quedaba más remedio que confesar que aunque yo fuera el jefe, había ciertos aspectos de mi trabajo que me llevaban a tener a alguien por encima, y eran los momentos en los que el cliente se convertía en mi jefe.

Philip Evans se había puesto en contacto conmigo hacía solo dos semanas, algo que para mí fue toda una sorpresa. Aquel hombre era una de las personas más influyentes en el mundo de la restauración. Sus restaurantes eran de los que recibían más premios a nivel mundial, tenía más estrellas Michelin que ningún otro, así que le dije que estaría encantado de llevar sus cuentas sin pensármelo dos veces. La sorpresa llegó cuando supe que no era a él a quien tenía que ayudar, sino a su hija. No había nada que me gustara menos que una persona se aprovechara de su fama para ganarse mis favores, pero ya no podía decir que no.

—Nick, deja de darle vueltas, seguro que no será para tanto. —Owen era demasiado optimista y el que mejor me conocía del grupo.

—Claro, como tú no tienes que tratar con una niña malcriada…

Y es que esa era la deducción que había sacado después de estudiar toda la información que el señor Evans me había hecho llegar de su niñita.

Jessica Evans tenía veinticinco años, había escrito un libro y había decido autopublicarlo, mientras que su padre quería que «la niña» triunfara. Así de fácil. Después de revisar sus perfiles había sacado en claro varias cosas: la mayoría de las fotos procedían de Pinterest, sus textos no tenían fuerza y un conejo gris, de raza belier, que respondía al nombre Pompón, era lo más llamativo de sus redes sociales.

Aquello iba a suponer todo un reto y lo peor de todo era que yo, personalmente, me iba a encargar de que esas redes sociales se convirtieran en un éxito y que el librito llegara a ser un bestséller, cuando ni siquiera sabía cómo escribía.

—No será tan malo.

—Nick se va a convertir en la niñera de una chica que no sabe qué

hacer con su vida y que se cree que se merece estar ahí arriba por haber escrito un libro. —Patrick siempre había sido el más claro diciendo las cosas, tal vez por eso era uno de los mejores abogados del Reino Unido.

—La has visto en foto, ¿se parece a Angelina Jolie? —preguntó Devon, pero ni siquiera podía responderle a aquello.

—No tengo ni idea. Esta tía no comparte su cara en las redes sociales.

Y eso era lo que menos me gustaba; una cuenta que parecía creada para demostrar que estaba en las redes sociales y cuya propietaria quería que, de repente, sus seguidores se convirtieran en miles, que los *likes* se triplicaran y que un libro al que no se le había dado ningún tipo de publicidad destacara por encima de los de escritores que llevaban años cuidando sus perfiles.

—¿Has preparado ya algún plan de *marketing* y comunicación? —Devon me miró por encima de las gafas. Sin haber hablado con él, los dos sabíamos que para ese trabajo iba a necesitar su ayuda porque no había mejor diseñador que él.

Las redes sociales no solo necesitaban de un plan de acción, era preciso mucho más mimo. Un buen fotógrafo, un diseñador gráfico que supiera lo que hacía y una persona que dedicara las veinticuatro horas a filtrar mensajes, a buscar seguidores y a compartir contenido de calidad… Y esa ultima persona iba a ser yo. Volvería a realizar el trabajo con el que había empezado antes de fundar la empresa y todo porque Philips Evans había sabido como entrarme para conseguir lo que buscaba.

—El lunes tengo una reunión con ella a primera hora, pero para eso aún quedan tres días, así que no pienso preocuparme más por ello.

Tan pronto como terminé de decir aquellas palabras se escuchó un grito y poco después se oyó el chapoteo de alguien que se había caído a la piscina. Un hecho que podría haber pasado inadvertido si no fuera porque la persona que se hundió en el agua nos había salpicado.

Todos nos quedamos mirando al grupo de chicas que había al otro lado, y que se reían hasta que la persona que estaba en la piscina salió por la parte donde nosotros nos encontrábamos. Fue entonces cuando me topé con la mujer más exquisita que había visto en mi vida.

—Me cago en la puta… —blasfemó Patrick.

—Me la pido —dije antes que el resto de mis amigos.

Todos protestaron al oírme, pero había una regla que habíamos establecido entre nosotros desde que estábamos a la universidad: cuando veíamos a una tía con la que merecía la pena un buen revolcón, el primero que lo dijera era quien se ganaba la oportunidad de acercarse a ella para intentar…, pues eso, pasar una buena noche —o noches— con ella, pero siempre sin ningún tipo de compromiso. Así que me levanté de la tumbona, cogí una toalla seca y me acerqué con paso decidido al borde la piscina sin dejar de mirarla, lo mejor de todo fue que ella me dio un repaso de arriba abajo sin ruborizarse mientras yo estaba haciendo lo mismo.

Le tendí la toalla cuando me detuve delante, pero en vez de secarse el cuerpo, se limitó a eliminar el exceso de agua del rostro, lo que hizo que me fijara en el intenso azul de sus ojos y que una parte de mi anatomía cobrara vida propia. Si con una sola mirada me estaba poniendo duro, no quería ni pensar en lo que pasaría cuando pusiera mi boca sobre su piel. Aquel nuevo pensamiento no ayudaba a la causa, así que le rodeé la cintura con las manos cuando soltó la toalla y sin pensármelo un segundo me lancé a la piscina con ella entre mis brazos.

2

Nick

La chica se apretó contra mi cuerpo y enroscó las piernas alrededor de mi cintura cuando la retuve más tiempo debajo del agua. No estaba luchando conmigo por salir a la superficie, sino más bien por llevar el mando en el baile más antiguo del mundo. Mi polla había decido seguirle la corriente y no me importó contonear las caderas cuando empezó a amoldarse a mí.

Salimos a la superficie y nuestras miradas se enredaron. No hicieron falta palabras ni permisos, nuestras bocas se encontraron y la chispa de deseo que surgió entre ambos fue tan intensa que ninguno de los dos fue consciente del publico que teníamos hasta que algo me golpeó en la cabeza y tuve que separarme de ella. Me giré en la dirección por la que había llegado el proyectil —una de mis chanclas —, y observé a mis cuatro amigos haciendo movimientos obscenos.

—Iros a un hotel —Luca fue el primero en hablar.

—Usa la habitación… —Eso lo pronunció una voz femenina que venía del otro lado de la piscina.

—Me parece un buen plan —respondió la chica que aún tenía atrapada entre mis brazos.

Me miró, y me limité a hacerle un gesto de asentimiento. Salimos por lados opuestos de la piscina, ignoramos a nuestro grupo de amigos y recogimos nuestras pertenencias. Fue algo muy extraño, pero uno no podía rechazar un polvo con un chica tan decidida, que encima estaba buenísima. Si había algo que me gustaba en una mujer era que se mostrara decidida, que fuera a por lo que quería, y que si eso era echar un polvo con un desconocido un día cualquiera estando los dos de acuerdo, me parecía estupendo y más si el afortunado era yo.

Llegamos a la entrada del hotel, y me enseñó la tarjeta de su habitación, así que asentí de nuevo y le puse una mano en la parte baja de la espalda para guiarla hasta los ascensores. Pulsamos el botón de llamada y cuando sonó el timbre anunciando que acababa de llegar, casi no nos dio tiempo a esperar que las puertas se cerraran y nos encontráramos solos en su interior. Sin duda, esa chica iba a por lo que quería, porque de nuevo fue ella la que se abalanzó sobre mí y me estaba comiendo la boca como si llevara tiempo sin alimentarse. No pensaba quejarme, pero sí necesitaba saber algo antes de seguir con aquello.

Me separé de ella lo justo para que hubiera un mínimo de distancia entre nosotros y poder mirarla a los ojos. No era una chica bajita, debía rondar casi el metro setenta, pero yo era bastante alto con mi metro ochenta y ocho, así que le seguía sacando algo más de media cabeza.

—¿Cómo te llamas? —pregunté y vi cómo sus ojos se oscurecían. Parecía que estaba perdiendo valor—. Yo soy…

Y antes de poder decirle mi nombre volvió a besarme y así consiguió acallarme, pero no distraerme lo suficiente. Permití que su lengua se internara en mi boca y que llevara el mando durante un rato, pero solo hasta que el ascensor se detuviera en la planta que habíamos pulsado y las puertas se abrieran.

Aquella chica me tenía descolocado. Había estado antes con mujeres decididas, pero ella tenía algo que me hacía pensar que esa iniciativa que mostraba no era más que una coraza, así que cuando llegamos a la puerta de la habitación y entramos, antes de que ella volviera a lanzarse sobre mi, la sujeté por la cintura y frené su avance.

—No quiero saber tu nombre y no quiero decirte el mío —dijo antes de que me diera tiempo de hablar—. Sé que puede sonar a

locura, pero esto ya es una locura.

—Nadie te ha obligado a hacer esto, ¿verdad? —por alguna extraña razón había empezado a pensar que tal vez sus amigas le habían propuesto algún estúpido reto.

—¡No!, joder. No es nada de eso, es solo que… que quiero pasar una noche sin preocupaciones y echar un polvo. Si sé tu nombre…

—De acuerdo, pero cuando follo me gusta poder llamar a mi pareja de alguna forma, así que invéntate uno.

Aunque podía sonar estúpido, no estaba mintiéndole. Necesitaba saber con quién estaba follando y quien había conseguido que me corriera. Necesitaba saber el nombre de la tía a la que iba a llevar al orgasmo.

—Muy bien, llámame Oli.

La atraje hacia mí hasta que nuestras bocas volvieron a estar a escasos centímetros la una de la otra y, aunque sabía que ese nombre no era el suyo, ella tampoco sabría si yo le estaba dando el real. Yo necesitaba dar ese dato, porque de la misma forma en el que me gustaba llamar a las mujer que compartían mi cama por su nombre, aunque este no fuera real, me encantaba que ellas gritaran el mío cuando sus cuerpos se deshacía en el clímax que yo les estaba proporcionando.

—Puedes llamarme Nick, o gritarlo. Esta última opción me gusta más.

Deslicé las manos por sus caderas y capturé su firme trasero con ellas, arrancándole un gemido que absorbí mientras empezaba a tomar el mando del momento. La había dejado llevar la voz cantante hasta ese instante, pero a partir de entonces me tocaba a mí calentarla, torturarla y hacer que me rogara. Eso era lo que más me gustaba de los preliminares del sexo.

La hice retroceder en dirección a la cama. Desnudarla fue pan comido, ya que ambos llevábamos solo ropa de baño, y estaba deseando deshacer los nudos del diminuto bikini que llevaba puesto. En aquel momento estaba tan absorto por el beso y por la forma en que sus manos me recorrían el pecho y se deslizaban por mi vientre que ni siquiera recordaba el color de la prenda que estaba quitándole, pero a quién le importaba eso cuando lo único que necesitaba era acunar entre las manos los pechos que se pegaban a mí. Quería

estrujarlos, jugar con sus pezones y capturarlos con mi boca.

Cuando conseguí quitarle el bikini, pude ver las tetas más exquisitas que había visto nunca. La empujé con delicadeza sobre la cama para colocarme sobre ella, inmovilizarle las manos por encima de la cabeza con una de las mías y tener acceso directo a aquellas puntas rosadas que me llamaban. No fui delicado, lo reconozco, pero ella no protestó en ningún momento. Ni en el momento en el que le apresé un pezón entre los dientes ni después, cuando se lo succioné con fuerza y conseguí arrancarle el primer grito —que no fue de dolor ya que se arqueó buscando el contacto de su entrepierna con la erección que quería escapar de mi bañador—. En aquel momento mi placer pasó a un segundo plano; quería conseguir que se retorciera, por eso, mientras seguía devorándole las tetas con la boca, le recorrí el vientre con la mano que me quedaba libre hasta llegar al borde de la parte de abajo del bikini. Ni siquiera me preocupé en quitarle los dos lazos que permitían que la prenda permanecieran en su lugar, tiré de la tela hasta que se rompió y pude mover la mano en su interior. Incluso antes de tocarla, supe que estaría completamente mojada.

Mis dedos dibujaron el contorno de su sexo, deslicé los dedos por cada pliegue hasta encontrar la protuberancia de su clítoris y casi no me hizo falta rozarlo para escuchar que mi nombre salía de sus labios con el primer ruego.

—Nick…

Sí, eso era lo que quería, que me pidiera con el movimiento ascendente de sus caderas que la siguiera tocando, que no pudiera controlar la respiración y que le resultara imposible mantener los ojos abiertos, pero aquello era un arma de doble filo, porque yo me excitaba cada vez más. Ya no podía mantenerle las manos por encima de la cabeza, porque necesitaba las dos para poder tocarla como necesitaba, y parecía que ella quería hacer lo mismo. En el momento en el que se sintió liberada, me hundió las manos en la cabeza y enredó los dedos en mi pelo.

—Dime qué quieres, Oli. Dímelo y te lo daré.

Mi boca empezó a realizar un recorrido descendente, ansioso por enterrar la cabeza entre sus piernas, y cuando llegué al ombligo, introduje un dedo en su interior y ella me apretó con tanta fuerza que quise sustituirlo ya por mi polla. Pero tenía que conseguir que se

corriera una primera vez antes de perderme en su interior.

—Quiero… te quiero ahí.

Elevó las caderas y yo la miré, notando que su piel, aunque algo bronceada por las horas que parecía haber pasado bajo el sol, se estaba poniendo rojiza y supe que esa era la chica que, en verdad, se escondía detrás de la máscara de valentía con la que se había lanzado sobre mí, así que quise aprovecharme de ello.

—Dilo, ¿dónde me quieres? —la animé a que fuera clara y llamara a las cosas por su nombre.

—Quiero tu lengua…

—¿Aquí?

Introduje un segundo dedo en su interior a la vez que con la otra mano empezaba a trazar círculos en su clítoris. Cuando supe que estaba a punto de correrse, saqué los dedos y me separé de ella para mirarla a la cara, quería ver hasta dónde era capaz de llegar para conseguir un orgasmo. Estaba jugándomela, podía incluso echarme de la habitación, pero hasta el momento había respondido tan bien a todas y cada una de mis caricias que merecía la pena intentarlo.

—¿Por qué te paras? —dijo al abrir los ojos y darse cuenta de que había puesto una mínima distancia entre nuestros cuerpos.

—Al igual que te he preguntado tu nombre, necesito que seas clara y me digas lo que quieres. Creo que esta es la mejor parte del sexo, ser capaces de pedir lo que nuestro cuerpo quiere —el rojo de su piel se volvió más intenso y supe al instante que había ira mezclada con la vergüenza—. Quieres mi lengua y yo quiero dártela. Esto es un polvo y los dos lo queremos todo, así que no tengamos miedo de pedirlo. Después cada uno seguirá su camino, ¿no se trata de eso?

—Quiero que me devores el coño —contestó, ruborizándose aun más y consiguiendo que me hundiera entre sus piernas.

Si quería mi lengua entre sus pliegues, yo no era quién para negársela después de que me la pidiera de aquella manera, así que me esforcé al máximo, con mi boca, con mis dedos, mientras sentía los suyos tirándome del pelo hasta que mi nombre se escapó de nuevo de su boca y supe que no podía esperar más, que quería enterrarme en su interior mientras los espasmo del orgasmo aún sacudían su cuerpo.

Me acerqué a la mesa donde había dejado caer la cartera al entrar en la habitación y saqué un preservativo. Me lo puse incluso antes de

volver a subirme en la cama y la visión de su cuerpo desmadejado, con la respiración acelerada y el sudor perlando su piel me hizo tumbarme sobre ella e introducirme de una sola estocada, llenándola por completo. Fue exactamente como me lo había imaginado unos momentos antes cuando su cuerpo ciñó mi dedo, pero de una manera más brutal.

Tuve que quedarme quieto en su interior, porque estaba apretándome con tanta fuerza que si me movía, la fricción de su carne alrededor de la mía conseguiría que me corriera sin más.

—Nick, muévete, por favor —suplicó.

—No puedo, Oli. Si lo hago, esto se va a terminar demasiado pronto.

Y permanecimos quietos durante unos segundo, o tal vez fueron unos minutos, pero cuando supe que no me correría con la siguiente embestida, empecé a moverme despacio, casi saliendo por completo de ella para volver a perderme en su interior. Había querido conseguir que ella suplicara y lo había conseguido, pero estaba casi seguro de que iba a ser yo quien iba a acabar de rodillas frente a ella, que sería yo quien le rogara que me dejara perderme en el interior de su cuerpo durante toda la noche.

No quise pararme a pensar en lo que eso significaba, así que me concentré en que ella alcanzara de nuevo el orgasmo, en su placer y en el mío, lo que no me imaginé fue que cuando ella volviera a llegar a la cúspide me arrastraría con tanta fuerza, dejándome agotado y sin fuerzas para separarme de su cuerpo.

Había echado muchos polvos en mi vida, pero tenía que reconocer que nunca había acabado tan exhausto y con más ganas de repetir.

3

Jess

Sentía demasiada vergüenza como para abrir los ojos y mirar al hombre que estaba tumbado a mi lado en aquellos momentos.

No, yo no era una mujer que hiciera ese tipo de cosas, simplemente me había dejado llevar por una vez en la vida y de repente me encontraba en la cama con el hombre más sexy que había visto nunca y aunque quería pensar que no pasaba nada por haber echado un polvo —o varios— desde el momento en el que habíamos abandonado la piscina, estaba tan exhausta que me sentía incapaz de moverme de la cama y menos aun de separarme de Nick, aunque estaba casi segura de que aquel no era su nombre; yo no le había dado el mío y creía que él tampoco lo había hecho.

Después del primer polvo, que había sido mucho mejor de lo que esperaba, nos habíamos dado una ducha. Al principio, cada uno se la iba a dar por su lado, pero me fue imposible resistirme a su trasero desnudo cuando se metió en el cuarto de baño, así que acabé dentro de aquella estancia, con el cuerpo pegado a los azulejos mientras el volvía a llevarme a un estado de éxtasis absoluto.

Nunca había sido una mujer a la que le costara llegar al orgasmo;

había tenido razón Nick cuando había comentado que lo mejor en el sexo era decir claramente lo que se quería conseguir de la pareja con la que se compartía la cama, o la ducha, o incluso el sofá que había en la habitación, y con él había sido fácil, demasiado fácil quizá, pero en aquel momento toda esa decisión que había sentido con las chicas en la piscina, esa que me había llevado a elegir a un hombre entre los que había y lanzarme a por él, se había disipado. No me arrepentía de haber llegado hasta aquel punto, pero necesitaba que él se fuera. Aquella era mi ultima noche de vacaciones y tal vez por eso había decidido hacer una locura. Nick había sido como esa mora blanca que sirve para limpiar la mancha de una morada.

Mi ultimo novio había sido Harry, con él había estado los tres últimos años, aunque nuestra relación ya se había terminado hacía tres meses, el mismo día que se terminó de leer el borrador de mi manuscrito y me dijo que no podía estar con alguien capaz de escribir escenas como las que yo describía y que sin embargo le costaba pasar de la posición del misionero. Puede que por eso me hubiera dejado llevar con Nick, era la manera de demostrarme que no era la chica que Harry creía, que era él quien no me aportaba lo que realmente necesitaba para ir más allá de esa posición en la que él se tumbaba encima de mí y se preocupaba solo por su placer.

Nuestra relación había empezado como cualquier otra, chica conoce a chico, chico le pide una cita y días después ambos comparten un pequeño piso en La City, justo en el edificio donde mi padre tenía uno de sus restaurantes y Harry era el *maître*.

Nick se movió a mi lado, seguía dormido, con un brazo alrededor de mi cintura, parecía que incluso dormido quería seguir teniéndome pegada a su cuerpo, pero yo necesitaba levantarme de la cama, conseguir que se despertara, se volviera a vestir y saliera de la habitación para que pudiera llamar a las chicas, preparar la maleta e irnos de allí lo antes posible.

Me levanté de la cama poco a poco y, cuando creía que lo había conseguido, una mano me agarró de la muñeca y tiró de mí hasta hacerme caer de nuevo en la cama.

—¿A dónde vas? —con un movimiento rápido se había colocado de nuevo sobre mí, inmovilizándome con su peso. La sonrisa que se le dibujaba en el rostro me decía que aun le quedaban fuerzas para más.

—Es tarde, tienes que irte —le dije con sinceridad.

—Creo que aún nos da tiempo de echar un par más —dijo contoneando las caderas y consiguiendo que sintiera su evidente excitación—. ¿No quieres más de esto?

Joder, claro que me gustaría más, Nick tenía algo a lo que podía hacerme adicta sin siquiera darme cuenta, pero ese hombre era el rollo de una noche de verano, o una tarde en aquel caso, por eso mismo tenía que ponerle fin ya. No quería alargarlo más, tener que dar ningún tipo de explicación, o acabar dejándome llevar e intercambiar más información de la que ya habíamos compartido. Los fluidos que habíamos repartido por nuestros cuerpos tenían que ser suficientes. Un recuerdo al que volver cuando las dudas volvieran a tocarme las narices.

—Tienes que irte. Esto ya se ha alargado más de lo que tenía planeado.

Conseguí salir de debajo de su cuerpo y aunque pude ver que estaba dispuesto a darme al menos un asalto más del mejor sexo que había tenido en mi vida, tenía que ser justa conmigo misma y saber que nada de lo que había pasado en aquella cama volvería a repetirse. Nick ya formaba parte del pasado aunque aún calentara mis sabanas. Mi vida iba a cambiar en menos de tres días. Puede que le hubiera pedido ayuda a mi padre, pero estaba cansada de una existencia que no me daba lo que me merecía a cambio. Estaba harta de que pensaran que por ser hija de quién era, mi vida era un camino de rosas, algo que no había sido. Nada de lo que tenía lo había conseguido gracias a su ayuda y no porque él me la hubiera negado, sino porque yo nunca la había aceptado, al menos hasta ese momento, pero después de lo que me había pasado con Harry necesitaba darle un giro de ciento ochenta grados a todo lo que conocía y tenía que agradecerle a Nick que de alguna manera fuera el primer paso a esa nueva vida. Una en la que me demostraba a mí misma que no era la persona que Harry creía.

—De acuerdo, Oli. Déjame que me vista y me iré, a no ser que quieras darme tu teléfono y que podamos repetir esto en algún otro momento.

Me lo estaba poniendo muy difícil; no conocía a ese tipo de nada y sin embargo, después de los polvos que habíamos compartido, de la

manera en la que me había hecho sentir, como si mi placer fuera lo más importante, no me hubiera importado volver a verlo, pero eso era algo que haría mi antigua yo. Había decidido tomar las riendas de mi vida y Jessica Evans ya no era aquella niña que hacía todo lo que le decían, que le faltaba personalidad, quería ser Jess Evans, la escritora de novela erótica que tenía pleno control de su existencia.

Recogí la ropa que habíamos esparcido por la habitación, hice una bola con la parte rota de mi bikini y la tiré a la papelera. Ambos seguíamos desnudos y al parecer a ninguno de los dos le importaba encontrarnos en aquella situación, aunque él se apresuró a ponerse el bañador cuando lo dejé sobre su pecho. Una vez cubierto, se levantó de la cama y recogió las cosas de la mesa de la entrada, donde estaba su cartera, unas gafas de sol y su móvil.

—Estás segura de que no quieres darme tu número —dijo enseñándome el aparato.

—No creo que sea una buena idea. Recuerda: nombres inventados, una buena tarde de sexo y un broche final perfecto para las vacaciones.

No hizo falta que le dijera nada más, se acercó hasta donde yo estaba, me había puesto una camiseta que me tapaba muy poco y tomó mi rostro entre sus manos para besarme. No fue un beso como los que habíamos intercambiado durante la maratón de sexo, sino más bien un beso con el que quería grabarse en mi mente, que no olvidara lo que habíamos compartido en aquella habitación y por un momento pensé en rendirme una vez más, quitarme la ropa. A fin de cuentas, un polvo más no le haría daño a nadie; no, eso no era cierto, a mí me lo haría, así que le puse las manos sobre el pecho, lo empujé lo justo para romper el beso y di un paso atrás, poniendo distancia entre ambos.

—Ha sido un placer, Oli. Si alguna vez volvemos a vernos, me encantaría poder repetir esto.

Y esa vez sí se dio la vuelta, abrió la puerta y salió de la habitación, dejándome con una sensación extraña. No lo conocía de nada y por alguna extraña razón sentía que estaba dejando alejarse a alguien demasiado importante, a un hombre que sería capaz de cambiar el rumbo de mi vida, aunque en aquel momento no supiera que ya lo estaba haciendo y que no sería la ultima vez que nos

veríamos.

Tres horas después, las chicas y yo —porque no podía llamarlas amigas aún, solo eran unas compañeras que había conocido en un curso de escritura creativa—, estábamos despidiéndonos en la estación de tren. Cada una volvía a su casa, aunque yo ya no sabía a dónde pertenecía realmente. Después de haberlo dejado con Harry, o de que él me dejara, porque la historia tenia distintas versiones según quien las contara, podía haberme quedado en el apartamento de La City, pero no quería ser egoísta y sabía que para él era mejor vivir allí, por la cercanía a su trabajo, pero sobre todo porque mi padre se lo tenía alquilado a él.

Así que yo había buscado un pequeño apartamento. Estaba en Covent Garden, lo que eso provocaba era que el dinero que me podía gastar solo daba para aquella caja de cerillas, pero era mía.

Me acomodé en el asiento del tren y saqué el portátil de la mochila. No lo había tocado en los días de vacaciones, pero no sabía salir de casa sin él, una nunca sabía en qué momento podía llegarle la inspiración. Sin embargo, en aquel momento no lo quería usar para escribir; la novela ya estaba terminada, había pasado por corrección, maquetación y solo faltaba que le diera al botón de publicar, algo que no había hecho porque seguía sintiendo miedo por lo que vendría después, por eso había aceptado la ayuda de mi padre. Si algo tenía Philips Evans era que podía hablar de cualquier tema con él y, aunque sabía que había querido despedir a Harry después de que nuestra relación se acabara, no se lo permití, después de todo era un gran *maître* y mi padre no había llegado tan lejos en su carrera por tomar decisiones a la ligera. Después de eso, le pasé mi manuscrito y cuando me dio su opinión me dijo que me ayudaría a que todo el mundo conociera mi historia.

En mi buzón de correos había un *mail* que llevaba un par de semanas esperando que lo leyera. Mi padre se había puesto en contacto con una empresa que se dedicaba a llevar las redes sociales y había conseguido que uno de los mejores *community managers* del mundo aceptara llevar mis perfiles, aunque no sabía en que ayudaría aquello a mi carrera. Básicamente porque aún no había decidido si publicar la novela o no. Quería hacerlo, pero no estaba preparado para ello.

Abrí el correo porque era consciente de que en el momento en el que entrara en casa de mi padre sería lo primero que me preguntaría, y necesitaba saber qué quería responderle. Lo primero que leí fue el texto en el que mi padre me animaba a seguir adelante, a luchar por lo que me hacía ilusión, como él lo había hecho años atrás cuando mi madre falleció y él decidió hacer sus sueños realidad, aunque eso nos hubiera robado tiempo de calidad en familia a ambos. Lo siguiente, era un enlace que me llevó a una *web* muy cuidada en la que se promocionaban los servicios del *community manager*, pero no fue el logo en tonos dorados y azules, ni la armonía y delicadeza con la que estaba creada la pagina, si no el nombre que aparecía en la cabecera de la pagina y la foto que lo acompañaba. Nicholas Donovan, director y fundador de Donovan Community.

¿Qué iba a hacer? No podía presentarme en la reunión que había organizado mi padre para ese lunes. Nicholas Donovan era Nick, el tío del que me había despedido horas antes, con el que había estado follando todo el día, y mi padre lo había contratado para ayudarme a sacar a la luz la novela que había estado escribiendo durante casi un año.

Por eso nunca había hecho esas cosas, por eso sabía que ser valiente y decidida de una manera tan clara no tenía buenas consecuencias, y el problema de todo aquello era que una parte de mí ansiaba que llegara el lunes, que nos volviéramos a encontrar y poder echar otro polvo que consiguiera ponerme los ojos en blanco.

Mierda, ya estaba empezando a pensar como los personajes de mi novela y eso era lo que Harry me había echado en cara. No, definitivamente no estaba preparada para lo que podía llegar a ocurrir el lunes cuando nos viéramos cara a cara…, eso si yo decidiera presentarme en la reunión. En aquel momento cerré el portátil, lo volví a guardar y recosté la cabeza en el asiento, esperando que el cansancio provocado por la falta de horas de sueño me ayudara a descansar y así se me ocurriera un plan consecuente con el giro que daría mi vida. Era lo que yo quería, sí, aunque no de aquella manera.

4

Nick

Salí de aquella habitación sabiendo que me dejaba algo importante en el interior, y no solo la chica que acababa de conocer y con la que me había acostado en varias ocasiones durante aquella tarde. Había conseguido algo parecido en alguna que otra ocasión, pero pasar de dos polvos había sido toda una proeza, y Oli había conseguido algo que nunca creí posible; ¿más de dos polvos en una tarde?, eso era algo que nunca había creído capaz de resistir, pero con ella había sido tan natural…, pero las ganas de seguir follando tampoco era lo que me había dejado en aquella habitación de hotel, aun así, con esa sensación de falta, decidí dejar mis pensamientos a un lado. Aún quedaban dos días más de vacaciones, porque aquel que había pasado con la chica de ojos más azules que había visto en la vida, ya no contaba.

Miré mi móvil; tenía un par de mensajes de los chicos. Luca me preguntaba si necesitaba reposición de preservativos. Patrick se ofrecía a ser mi abogado por si la chica me había metido en un lío, Owen me mandaba un *gif* obsceno de esos que tanto le gustaba usar en cualquier tipo de conversación. Devon fue el único que no insinuó

nada y que me informaba que saldrían a cenar y me mandaba la ubicación. Era una clara invitación a acompañarlos, pero en aquel momento solo quería volver a mi habitación, darme otra ducha y dormir todas las horas que fuera posible.

Al día siguiente, los chicos me preguntaron por Oli y les dije que había sido un polvo más, y que ya había abandonado el hotel. Creo que supe disimular bastante bien que no me encontraba muy cómodo hablando de ella, sobre todo porque no sabía siquiera que contarles, ni siquiera sabía su nombre real y tampoco es que hubiéramos compartido mucha información mientras me perdía en su interior, aunque tampoco fue necesario para lo que queríamos hacer en aquella habitación. Fue un trato de mutuo acuerdo. Desde el principio ambos sabíamos lo que queríamos del otro.

—Al menos, tendrás su teléfono, ¿no? —comentó Patrick, que había permanecido callado durante el interrogatorio de mis amigos.

—Solo ha sido una tarde de sexo, no vamos a volver a vernos —contesté irritado, porque me hubiera gustado darle otro tipo de respuesta.

—Esas son las mejores tardes, las que no conllevan ningún tipo de compromiso. —Owen bebió de su cerveza e hizo un gesto con la cabeza—. Una pena que te la pidieras primero, me hubiera encantado ser el afortunado.

—Y una mierda…

Me había cabreado, así, sin más. Pensar que Owen hubiera sido más rápido que yo, el imaginármelo salir con ella de la zona de la piscina en vez de ser yo quien iba a su lado, había conseguido que algo en mi interior se calentara.

—Tranquilo, Nick.

Luca puso una mano sobre mi hombro y al hacerlo fui consciente de que estaba apretando el vaso que tenía en la mía con demasiada fuerza. No es que fuera capaz de romperlo, pero cabía la posibilidad y estaba seguro de que mi amigo lo hacía más por su aprensión a ver sangre a porque yo me hiciera la herida, pero tampoco me gustó que se diera cuenta de mi reacción, aunque si algo diferenciaba a Luca de los otros tres era que siempre sabía cuando permanecer callado, tal vez eso podía ser a causa de su sangre italiana, al menos él lo usaba como excusa.

—Menos mal que sabes su nombre —comento Devon.

—Sé cual me quiso dar, pero ya os he comentado que era inventado. Nada de nombres, ha sido una simple tarde de sexo, no sé porque narices seguimos dándole vuelta a esto cuando ya os he dicho que no voy a volver a verla.

Y seguía cabreándome cada vez más y eso no me gustaba. Había estado con muchas mujeres en mis treinta y dos años de vida, algunas de mis relaciones habían sido más serias que otras, pero siempre había tenido claro que ninguna de ellas era la mujer con la que compartiría mi vida. Oli, o como mierda se llamara, tampoco lo sería, por eso me jodía sentirme así mientras seguía escuchando a mis amigos, esos mismos cuatro hombres que eran como hermanos, hablando de mi vida sexual como si yo no estuviera allí y no tuviera nada que opinar, por eso sabía que ninguno de ellos se esperaba que actuara de aquella manera.

Dejé el vaso con un golpe seco sobre la mesa que estábamos ocupando en el bar de la piscina y varias cabezas, a demás de las de ellos, se giraron hacia a mirarme cuando me levanté de la silla. Tenía que salir de allí, de repente las horas que me quedaban de vacaciones me resultaban demasiado largas, demasiado pesadas y eso que la tarde anterior, antes de conocer a Oli, estaba deseando poder alargar mi estancia en esas vacaciones.

—Siento joder la fiesta, pero me largo.

—¿A la habitación? —preguntó Owen.

—Me vuelvo a casa, para mí se han acabado las vacaciones.

Mi amigo estuvo a punto de protestar, pero de nuevo Luca fue quien paró todo aquello, esta vez haciéndole un gesto a Owen antes de que este empezara a protestar. Si tenía que darle un papel a cada uno de mis amigos, lo tenía claro. Luca era el pacificador, Patrick, el observador, Owen, el bocazas y Devon, el cotilla, mejor no pensar en el que me darían ellos, aunque estaba seguro que sería el problemático.

—Nos vemos dentro de unos días, avísame cuando me necesites para ese trabajo —dijo Patrick recordándome la reunión que tenía en cuarenta y ocho horas.

Ninguno de mis amigos puso impedimento a que me fuera y eso era una cosa que me encantaba de la amistad que compartíamos, que

estábamos siempre que nos necesitábamos de la misma manera que sabíamos darnos espacio y tiempo cuando era eso lo que el momento nos pedía.

Estaba intentando escapar de unos pensamientos que no tenía ni idea de donde salían y me iba a meter de cabeza en una reunión que no me apetecía nada, pero sí era consecuente y responsable con mi trabajo, algo de lo que siempre me había gustado presumir, y aun no tenía nada organizado.

Avisé a recepción de que adelantaría mi salida del hotel y ellos se encargaron de gestionarme el cambio de billete de avión, de tenerme un coche esperándome en la puerta para llevarme al aeropuerto y otro que me llevara directamente hasta Covent Garden. Era tan adicto al trabajo que en el edificio en el que había instalado la empresa, también se encontraba mi apartamento, un ático de dos plantas en la parte alta del edificio, la envidia de gran parte de Londres, y era muy consciente de ello.

El viaje a casa se me hizo mucho menos pesado de lo que esperaba, tal vez podría haber realizado el trayecto de vuelta a Londres en coche o desde la estación de trenes de Waterloo ya que, aunque llevábamos tiempo sin poder disfrutar unas vacaciones juntos y teníamos todos un nivel adquisitivo que nos permitía ir a cualquier parte del mundo, decidimos quedarnos cerca de casa, por eso la playa de Bournemouth en Hengistbury Head había sido el destino que elegimos, unas playas de agua transparente, fina arena y muchos deportes acuáticos de los que disfrutar, aunque en aquella ocasión nos dedicamos a beber en el bar del hotel o en los que se encontraban junto a la playa. Todos éramos conscientes de lo absorbente que se habían convertido nuestros trabajos, pero habíamos luchado muy duro para llegar hasta donde lo habíamos hecho y seguíamos haciéndolo para ser mejores.

En el aeropuerto, estaba mi chofer habitual esperando para llevarme a casa y tenía que agradecer a la gerencia del hotel también de ese detalle, no me apetecía nada tener que coger un taxi y perderme en las calles de Londres en un coche ajeno.

Una vez en mi apartamento, no me preocupé en deshacer la maleta, simplemente cogí unos pantalones cortos de deporte, una camiseta sin mangas del armario y me metí en la ducha. Cuando me

miré en el espejo me di cuenta de que el estrés y cansancio que tenía que haber dejado en las vacaciones, parecía que habían venido de vuelta a casa conmigo multiplicados por diez. No me gustaba esa sensación de tiempo perdido y ver que mi pelo oscuro, normalmente bien peinado y engominado, se encontraba desordenado y más largo de lo que me gustaba llevar me hizo irritarme aun más. Aquello era otro asunto que tenía que resolver antes del lunes.

Eran demasiadas cosas y pretendía aprovechar ese día para solucionarlo. Puede que fuera sábado y me pusieran muchos impedimentos, pero no había nada que unos cuantos cientos de libras no solucionaran.

Después del baño, me encontré mucho más renovado, así que antes de coger los dossiers que quería estudiar encerrado en el despacho de mi apartamento, hice un par de llamadas. Mi peluquero habitual estaría allí en un par de horas, mi asistente se pasaría a recoger un par de trajes para llevarlos a la tintorería y tenerlos listo para la reunión de lunes. Solo esperaba que el teléfono dejara de dar el tono de llamada y se escuchara la voz de Philips Evans para poder solucionar el punto más importante del día.

Sabía que los sábados eran un día complicado para una persona que se dedicaba al mundo de la restauración, pero desde el momento en el que había decidido que yo era la persona que tenía que ayudar a su hijita a llevar sus redes sociales, le había dicho que tenía que estar disponible para mí en todo momento. De acuerdo que hasta ese lunes no empezaba a trabajar de forma oficial con ella, pero necesitaba un par de datos más para poder realizar el trabajo correctamente. Una cosa era que no me apeteciera una mierda y otra que yo no realizara mi trabajo a la perfección una vez que me comprometía.

No había conseguido hablar con Philips y mi peluquero estaba a punto de llegar cuando al fin vi su nombre en la pantalla de mi teléfono.

—Señor Evans, me alegra poder hablar con usted —dije intentando sonar simpático.

—Me lo imagino, después de las veces que ha intentado contactar conmigo —parecía molesto, pero no iba a dejar que me intimidara—. ¿Ha pasado algo?

—Necesito el manuscrito de su hija —dije de manera contundente.

Había pensado en ello durante el trayecto en avión y después en el coche hasta mi apartamento. Si tenía que organizar todo el perfil de la hija mimada de Philips Evans y que este fuera basado en el libro que iba a publicar, al menos tenía que saber de que iba la dichosa novela y si el trabajo que había realizado no iba a provocar que mi empresa se viera afectada por ello. Si la historia no era buena tenía claro que, aunque perdiera un gran cliente que aportaría una gran parte de los beneficios de ese trimestre, no me temblaría la mano para romper el precontrato que habíamos firmado.

—En breve lo tiene en su correo —se hizo el silencio tras la línea, aunque me pareció distinguir una voz de mujer de fondo—. Nos vemos el lunes.

Y antes de que me diera tiempo de añadir nada más, Philips había cortado la llamada sin darme tiempo a añadir nada mas. Sabía que era un hombre que valoraba cada minuto de su tiempo, porque a mi me pasaba lo mismo, pero me molestaba muchísimo que me dejaran con la palabra en la boca, aunque no me dio tiempo a darle muchas vueltas a todas las preguntas que quería hacerle cuando en mi teléfono sonó el aviso de que había entrado un correo, cuando estaba dispuesto a abrirlo, sonó el timbre avisándome de que el peluquero había llegado, así que le abrí y nos acomodáramos en mi espacioso baño. Descargué el archivo que Philips me había mandado mientras Norbert hacía magia con sus tijeras.

Lo primero que me llamó la atención fue el titulo de la novela: *Pasión sin limites*, no necesite mucho más para saber de que iba esa historia pero aún así empecé a leer.

> *«Su lengua empezó a ascender por el interior de mi muslo. Nada de aquello había sido premeditado, pero me encantaba que Richard siempre supiera que era lo que necesitaba antes de darme cuenta de ello. No protesté cuando me obligó a girarme para quedar boca abajo en la cama y menos aun cuando su mano me dio un golpe seco en el trasero. Estaba segura de que me dejaría marcas, al igual que lo harían sus dientes cuando mordieran la piel sensible de mis muslos, pero él sabía hasta que punto tenía que apretar, hasta que punto mi cuerpo podía soportar aquella tortura, pero lo que más me gustaba es que empezara con delicadeza, me diera el placer más increíble que era capaz de resistir, para después volver a la delicadeza y sofocar el placentero dolor que me había infligido, con besos, caricias y lo mejor de todo, el amor que siempre habíamos*

compartido desde la primera noche en la que nos conocimos».

Ni aunque me hubieran avisado que esto era lo que escribía la niñita de Philips Evan, hubiera estado preparado para leerlo, porque aquello no era una simple novela erótica, aquel simple párrafo había conseguido ponerme cachondo, por lo que tuve que bloquear el teléfono y pedirle a mi peluquero que terminara rápido, usando la excusa de que las vacaciones me habían atrasado demasiado en el trabajo, tal vez si hubiera prestado más atención a lo que incluía el principio del archivo, me hubiera preparado mucho mejor para la reunión del lunes y de lo que iba a hacer esa historia en mi futuro inmediato, pero es que con lo poco que había leído me había dejado con ganas de más, así que cuando Norbert me dijo que había terminado, lo acompañé a la puerta de salida del apartamento y en vez de dirigirme al despacho y seguir trabajando, me dejé caer en el sofá del salón, ese que era más un adorno que otra cosa y volví a abrir el archivo, quería saber que era exactamente lo que escribía la chica con la que iba a empezar a trabajar. De repente se había vuelto demasiado intrigante.

5

Jess

Estaba que echaba humo por las orejas. No me podía creer que mi padre hubiera hecho aquello y menos después de la conversación que habíamos tenido. Intentaba hacerme a la idea, pero ya no había vuelta atrás, había mandado el correo y yo no podía hacer nada. Nicholas Donovan tenía en su poder el manuscrito de mi novela y no era que me diera miedo que lo leyera, eso era lo de menos, el problema era que en ese documento estaba mi nombre real, completo, primer y segundo nombre, aunque no sabía de que manera podía relacionarlo conmigo, además, ya había tomado una decisión: no iba a publicar la novela. *Pasión sin limites* no iba a salir a la luz.

—No voy a ir a la reunión —protesté—. Creo que he sido lo suficientemente clara contigo cuando te he dicho que todo esto es un gran error.

Mi padre seguía en el restaurante de La City, sentado tras su gran escritorio. Siempre había dicho que la mejor manera de realizar un trabajo era hacerlo desde las trincheras, por eso en todos y cada uno de los restaurantes de los que era dueño, había instalado un despacho desde el que trabajar o reunirse con el chef y el resto de los

empleados. Era algo de lo que siempre me había sentido orgullosa; Philips Evans: era un hombre que se implicaba al cien por cien todo lo que se embarcaba y yo me había convertido en su nuevo proyecto.

—Claro que vas a ir y yo te voy a acompañar, y no porque sea tu padre. —Se levantó de la silla y rodeó la mesa hasta colocarse a mi lado—, he leído la novela y si no fuera buena, sabes que te lo diría. Nunca me has pedido nada, todo lo que has conseguido hasta ahora, terminar la carrera de filología, tu trabajo, ser la mujer maravillosa en la que te has convertido, ha sido por mérito propio, pero si quiero ayudarte, lo haré. No puedes negármelo.

Siempre sabía como desarmarme y tenía razón en todo. Vale que me había ayudado a pagarme la universidad, pero las notas que había sacado era consecuencia de las horas de estudio. Trabajaba en una pequeña librería algunas horas a la semana y con lo que ganaba había conseguido pagarme el mes de fianza del piso que ocupaba en aquellos momentos, al igual que las vacaciones de las que acababa de regresar. Se había ofrecido en muchísimas ocasiones en ayudarme en conseguir mejores cosas en la vida, pero yo quería ser como él: una persona capaz de conseguir todo lo que quería a base de esfuerzo, pero entendía que era mi padre y que los padres están para apoyar y ayudar en todo lo que podían.

—Podemos buscar otra empresa —contesté dando un poco mi brazo a torcer.

—No hay ninguna como Donovan Community, y ha aceptado el trabajo.

Y tenía razón. Yo ahora no podía decirle que era imposible trabajar con ellos porque había tenido una tarde de sexo maravillosa con la persona que iba a ser el responsable de mis redes sociales. Vale que le contara casi todo a mi padre, pero después de que mi relación con Harry se fuera al garete, había decido guardarme muchas más cosas para mí. No tenía necesidad de saber que su hija había decidido tener una tarde de sexo sin compromiso.

—¿Y tiene que ser él quien se encargue personalmente?

Mi padre que hasta el momento seguía con una mano sobre mi hombro, se agachó para colocarse a mi lado, movió la silla giratoria donde me encontraba sentada y me puso las manos sobre las rodillas. Si había algo en lo que Philips Evans era el mejor, era en saber

identificar las expresiones de la cara y en aquel momento estaba inspeccionando todas mis muecas. También hay que decir que siempre se me había dado fatal ocultar los sentimientos.

—¿Cuándo lo has conocido? —me preguntó con un tono de voz demasiado paternal.

—No lo conozco —y realmente era así, porque no sabía nada de él, más allá de los fluidos que habíamos compartido la tarde anterior y de lo que ponía en la biografía de su pagina web.

—Jessica Olivia Evans, no me mientas.

Padres. Esos seres a los que amamos más que a nada en el mundo y que son capaces de ver a través de cualquier coraza, de cristales sucios y palabras no dichas.

Intenté ocultar el rubor de mis mejillas, pero seguramente, llevarme las manos a la cara para que no se notara, me delató. Mi padre se levantó del suelo, se pasó las manos por el pelo varias veces, destrozando el peinado que se había hecho aquella mañana y lo escuché resoplar en varias ocasiones.

—¿Cuándo? ¿Has puesto en peligro el proyecto?

Ya no sonaba solo preocupado, si no cabreado, porque era otra de las características de mi padre. Se enfurecía cuando los planes que tenía no salían como el quería.

—Ayer…

La palabra salió atropellada de mi boca. Ni siquiera sabía de donde había sacado la fuerza para decirla.

—Ayer —repitió—. Necesito saber algo más.

Y ahí estaba el hombre de negocios, el dueño de varios restaurantes con un éxito increíble que necesitaba conocer hasta donde llegaban los daños y así saber de que tamaño era la tirita que necesitaba usar. En aquel momento me entraron ganas de decirle que le tomara las medidas a Irlanda, pero sabía que aquel comentario no sería bien recibido.

—Créeme, no necesitas saber nada más.

—Genial, Jessica, genial. Es de tu futuro del que estamos hablando. Eres una escritora increíble, sigo soñando con tu cara de ilusión cuando me trajiste el manuscrito y cuando un día después te dije lo que opinaba de él —fui a protestar, pero de nuevo, él sabía lo que iba a decir—. No te habrías pasado un año escribiendo algo si no

tuvieras la mínima ilusión de que quieres compartirlo con todas las personas que quieran leerlo. En eso te pareces a tu madre. Tienes alma de artista.

Se me humedecieron los ojos, porque si había algo que lo conseguía con una increíble velocidad, era el recuerdo de mi madre. Hacía diez años que había dejado este mundo, pero seguía formando de mi vida todos los días. Después de tantos años, tenía claro que su sabiduría seguía enseñándome cada día. Aprendía de ella aunque no estuviera a mi lado. Martha Evans era mi estrella guía incluso en los días nublados, por eso mi padre sabía cuando tenía que recurrir a ella.

—No sabía quien era él hasta que me di cuenta en el tren —respondí con un hilo de voz.

—¿Sabes él quien eres?

—No le dije mi nombre —respondí—. No me dedico a estar así con hombres, pero necesitaba saber que no era nada de lo que…

No podía hacerle aquello a mi ex. Sabía que en el momento en el que dijera su nombre, su puesto pendería de un hilo y ya había intercedido por él cuando lo dejamos, pero si tres meses después de nuestra ruptura mi padre se daba cuenta de que seguía doliéndome y que había más razones de las que le di para nuestra ruptura, no podría hacer nada por él.

—Jessica…

—Papá, ya soy una mujer adulta, llevo desde los dieciocho años fuera de casa, tengo ingresos suficientes para vivir decentemente, aunque tu sigas ingresándome un dinero que no uso. Solo tuve una tarde de sexo esporádico con un desconocido.

—El cual se va a convertir en alguien con el que vas a compartir tu día a día a partir del lunes —respondió, aunque escuché rechinar sus dientes.

—No puedo hacerlo —y de verdad que sentía que no podía.

—Tonterías, Nicholas Donovan es un profesional y estoy seguro de que ni siquiera dirá nada de lo que habéis compartido. Estos son negocios y tú misma has dicho —tragó saliva antes de continuar la frase —, que ha sido algo esporádico.

Se volvió a sentar en la silla del escritorio y cuando abrió la agenda supe que ya no se hablaría más de la reunión del próximo lunes. No podía hacer nada, porque desaparecer del país no era una

opción, estaba segura de que mi padre haría lo imposible por encontrarme y llevarme a tiempo a la reunión que había programado. Solo me quedaba una opción y era tomar la iniciativa a todo aquello antes de que se destapara el pastel.

Salí del restaurante por la puerta trasera, llevaba haciéndolo desde que Harry y yo dejamos de estar juntos si él se encontraba trabajando como ese día, lo que no esperaba era encontrármelo en el callejón trasero, con la espalda apoyada en la pared y un cigarrillo en la boca. Era una pose que siempre me había resultado demasiado atractiva y después de tres meses lo seguía haciendo. Harry era un hombre de pies a cabeza. Moreno, con ojos verdes y la nariz salpicada de pecas que lo hacían parecer más joven y eso que ya había cumplido los treinta y cinco. Se giró cuando escuchó la puerta cerrarse y sus ojos me recorrieron al completo.

—Jessica —dijo dejando caer el cigarrillo y apagándolo con la puntera de sus zapatos para acercarse a mí—. Tan guapa como siempre.

Me dio un par de besos demasiado cerca de la boca y puso una mano en mi cadera, impidiendo que me alejara de él y es que aunque ya no teníamos ningún tipo de relación seguía teniendo un sentimiento de posesión hacia mi que no me gustaban y menos cuando había sido él quien había decidido poner fin a tres años en los que parecía que todo era perfecto. Aunque ahora sabía que realmente había sido yo quien había conseguido salir de aquella relación.

Di un paso hacia atrás intentando poner algo de distancia entre ambos, era la primera vez en los meses en los que no estábamos juntos en los que no me sentía cómoda a su lado. Era la primera vez que me fijaba en la manera en la que me miraba y no me gustaba.

—Gracias —conseguí decir —. Tengo que irme.

Me separé más de él, consiguiendo que su mano dejara de estar en contacto con mi cuerpo. Hizo un gesto de desaprobación y aunque intentó disimularlo, a mí no me pasó desapercibido.

—¿Tienes prisa? Podíamos tomarnos algo.

Vi un brillo en sus ojos que no me gustó, lo había visto en él en varias ocasiones y sabía a que se debía así que di un paso más hacia atrás, casi chocando con la pared. Había estado enamorada de Harry, y, al menos, podía darme cuenta de que lo que habíamos tenido no era

más que un recuerdo, pero todo había desaparecido cuando fui consciente de lo que había en nuestra relación que a mi no me gustaba. Muchas veces no somos consciente de lo que nos tapa los ojos hasta que la venda se nos cae y, aunque meses atrás yo no había puesto fin a lo que había entre los dos, también tenía que darle las gracias a mi novela de que me hubiera iluminado el camino.

—Podíamos poner en practica alguna de las escenas de tu libro…

Estuve a punto de contestar, pero en aquel momento se abrió la puerta por la que yo había salido antes y uno de los camareros lo llamó en nombre de mi padre, estaba segura de que había visto las imágenes a través de las cámaras de seguridad y había salido de nuevo al rescate. Miré hacia arriba cuando Harry desaparecía en el interior del restaurante y negué con la cabeza. Estaba agradecida de que mi padre estuviera siempre ahí, pero quería que me dejara luchar mis batallas, tal vez por eso en aquel momento tomé la decisión de asistir a la reunión. Eso no significaba que fuera a publicar la novela, pero al menos dejaría que Nicholas Donovan supiera que Oli era yo y que nada de lo que tuviera planeado para lanzarme al estrellato tenía sentido.

Empezaría redactando un correo electrónico que lo preparara para lo que le estallaría en la cara el lunes cuando mi padre y yo nos presentáramos en su oficina. Fui pensando en todo lo que redactaría durante el trayecto en metro hasta mi apartamento cerca de Covent Garden, aunque no en la zona cara del distrito, seguía sin querer tocar el dinero que mi padre ingresaba mensualmente en mi cuenta, lo que no esperaba era encontrarme un correo de él cuando cogí mi portátil una vez que estuve en casa, con ropa cómoda, una copa de vino y tirada en mi sofá pensando que tal vez si era valiente al decidir tomar las riendas de mi vida, pero que fácil era sentir que las cuerdas que sujetaba, que me hacían sentirme dueña, de nuevo se me escapaban por segunda vez en menos de veinticuatro horas y a manos de la misma persona.

Nicholas Evans parecía ir un paso por delante de mí y lo que me ofrecía era difícil de rechazar.

6

Jess

El día de la reunión, había quedado con mi padre a las nueve de la mañana en un lugar muy cerca de mi casa. Sabía de sobra cual era el edificio de la empresa de Nick. Seguía sin creerme que él sí me hubiera dado su nombre real la tarde que habíamos pasado juntos y no había dejado de darle vueltas la noche anterior al *mail* que había recibido. Aún era domingo y tenía muchas cosas que organizar si quería que todo saliera bien cuando aun siquiera sabía si lo que me había dicho era una posibilidad.

Nicholas Donovan quería ponerme en contacto con un agente literario antes de empezar a trabajar con mis redes sociales y si eso ocurría, y conseguía atar todos los cabos sueltos, que eran muchos y el más importante —mi identidad—, podía retrasar un poco más que supiera que yo era la chica con la que se había acostado durante las vacaciones.

Puede que hubiera llegado a la conclusión firme de que mi libro no vería la luz, de que ninguna persona más de las que ya lo habían leído, lo fuera a hacer, pero Nick me había puesto la zanahoria delante de las narices y yo quería probarla, enterarme de a qué sabía.

Sentir las mieles del éxito. Si es que había alguno, porque primero teníamos que saber si mi manuscrito era tan bueno como para eso.

Había quedado con Meredith en el London`s Eye. El día que decidieron convertir aquella noria en un icono de la ciudad no fueron consciente de lo feliz que me hicieron. Apenas tenía tres años el día que la inauguraron, pero desde entonces se había convertido en una visita obligada en la que mi madre y yo disfrutábamos de las vistas de la ciudad en silencio. Ella se montaba, permanecía en silencio e incluso la mayor parte del trayecto la hacía con los ojos cerrados. Un día le pregunté por qué lo hacía y me explicó que muchas veces no es necesario ver el mundo para saber que está ahí, que lo bonito de mirarlo con los ojos cerrados es poder pensar que hay más allá de lo que vemos. Me dijo que lo probara y desde entonces he seguido haciéndolo, mi amiga ha sido la que me ha estado acompañando desde que ella falta y nunca me juzgó por cerrar los ojos. El London`s Eye siempre fue mi vía de escape y la mejor respuesta a mis preguntas.

Nos fundimos en un abrazo nada más vernos en la puerta de entrada; como siempre, ella había llegado primero y ya tenía las entradas en la mano. No era necesario explicarle los motivos por los que estaba allí.

—Dime que no la has liado en las vacaciones… —me dijo acusadora cuando ya nos habíamos acomodado en nuestra cápsula.

—Digamos que me lo pasé muy bien, pero que me excedí y ahora estoy pagando las consecuencias, por ahora, déjame disfrutar de las vistas, cuando salgamos de aquí te invitaré a un café y te lo contaré todo.

—Mejor algo más fuerte, me da a mí que de aquí sacas otro libro.

Meredith me dio el espacio que necesitaba, quedándose a mi lado junto a la cristalera de la cúpula, dejándome sentir su cercanía pero sin invadir ese momento en el que desconectaba de todo lo que me rodeaba para poner en perspectiva todo lo que podía ser.

Cuando la noria terminó su recorrido, yo ya había abierto los ojos y estaba contándole a Meredith mis vacaciones junto a las chicas del evento literario para las que yo había sido una lectora más.

Conociéndola, sabía que el tomarse una copa para escuchar mi historia era lo que realmente quería y la verdad es que a mí también

me apetecía explicárselo todo con una entre las manos.

Decidimos no alejarnos mucho de donde estábamos, aunque la zona estaba enfocada para los turistas, había un par de bares en los que merecía la pena sentarse y así lo hicimos. Mi amiga decidió que el vino era una buena opción para tomar antes de que llegara la hora del almuerzo y que una botella para compartir entre las dos era lo ideal. No protesté y menos cuando empecé a contarle todo. Meredith tenía algo que me gustaba y es que no me permitía dejarme nada en el tintero, así que una vez que el camarero dejo la botella sobre la mesa y que ella dio el visto bueno, este se fue y ella me miró.

—¿Quién es él?

—Nicholas Donovan —dije su nombre como si mi amiga lo conociera de toda la vida y por su cara me demostró que al menos sabía de quien le hablaba.

—No me jodas. Ese es el tío que ha salido en varias ocasiones en la revista Forbes, que se codea con los famosos más destacados de la sociedad actual y que encima está buenísimo, claro está, sin contar los millones que tiene —contestó sin apenas tomar aire entre las palabras.

Pero no fue aquello lo que me sorprendió, si no que mi amiga supiera quien era él con solo escuchar su nombre, ¿dónde narices había estado yo metida durante toda mi vida para no saberlo? Bueno, en mi casa, evitando el foco de fama que se movía alrededor de mi padre y sumergida en una historia tras otra tras la pantalla de mi ordenador.

—Mierda… —mascullé—, esto es peor de lo que me temía.

—Nunca puede haber nada malo en tirarse a un tío de ese calibre, así que déjame vivirlo a través de ti y cuéntame cómo lo has conocido, cuándo os vais a ver otra vez y cómo la tiene de grande.

Y eso era en resumidas cuentas lo que le interesaba a Meredith de mi historia aunque yo solo estaba dispuesta a darle la respuesta a dos de sus tres preguntas.

Le conté como las chicas me habían retado a seducirlo, aun así seguía dudando en quien sedujo a quien. Consiguió sacarme el número de orgasmos que había tenido aquella tarde, pero es que con mi amiga las cosas eran así de fáciles, ella preguntaba con naturalidad y yo no tenía ningún problema en decirle lo que quería oír, pero seguí guardándome el tamaño de su polla, eso era algo privado, pero os

puedo asegurar de que superaba a la media.

—Hasta ahora todo es de lo más normal, aunque me sorprende que te soltaras el pelo de esa manera, con Harry siempre te ha costado más lanzarte, pero cuéntame que es lo que te tiene así.

—Recuerdas lo que te dije que quería hacer mi padre, ayudarme con la publicación de la novela —hizo un gesto afirmativo con la cabeza y me indicó con la mano que fuera al grano—, pues ha contratado a un *community manager*…

—La hostia, Nicholas Donovan va a llevar tu cuenta —concluyó.

—Mañana tengo una entrevista con él y no sabe que yo soy… Y no tiene ni idea de que… —las palabras empezaban a atascarse en mi garganta.

—Para lo bien que escribes que te cuesta explicarte, colega —protestó antes de llevarse la copa a la boca para dar un trago—. A ver si te ayudo: no tiene ni puta idea de que la tía que se tiró será a la que tiene que ayudar a vender su libro erótico.

El tono que usó fue más alto del que me hubiera gustado, sobre todo porque varias de las personas que estaban en aquel bar se giraron para mirarnos y yo deseé poder salir corriendo de allí, o meterme bajo la mesa, me daba igual con tal de que dejaran de mirarme y no ser el centro de atención.

—Vamos a ver, Jess. Eres una mujer adulta, responsable y libre que hace con su cuerpo lo que le da la gana. No te niego que no sea un poco fuerte que mañana cuando os veáis él sume dos más dos y por mucho que lo revise, le den cuatro, aun así, explícame donde está el problema, porque sigo sin verlo.

Intenté explicarle que había decidido no publicar la novela, cosa que consiguió que me mirara con mala cara, pero antes de que empezara a protestar, le pedí que me dejara continuar para poder explicarle que mi padre le había hecho llegar el manuscrito y que yo tenía en mi poder un correo en el que todo había tomado una nueva dirección en la que ni siquiera había querido pensar, pero es que tenía poca confianza en mí.

—Es que lo vale, el manuscrito y tú. Empieza a mirarte en un puñetero espejo, colega. A ver si ves de una vez lo que todo el mundo ve, al menos los que te queremos y creemos en ti —rellenó las copas, que poco a poco se iban vaciando sin darnos cuenta—. Sé que no

quieres que hable de este tema, pero tengo que hacerlo y no te atrevas a prohibírmelo.

Sabía que era lo que quería decirme y no le faltaba razón, mucha culpa de que yo me sintiera demasiado inferior más veces de las que debería eran a causa de «el tema» y yo tenía la mayor culpa por no haberlo zanjado en su momento y ya se había hecho demasiado bola y se me atragantaba cada vez que se hablaba de él.

—Harry ha sido y siempre será tu puñetero talón de Aquiles.

Resoplé y apuré lo que quedaba en el interior de mi copa mientras mi amiga seguía despotricando contra mi ex y con razón, aunque a mí me hubiera costado llegar a la misma deducción que ella, pero en aquel momento no quería tener más líos en la cabeza, necesitaba solucionar el tema de la reunión que tenía al día siguiente.

—No me estas haciendo caso y sé que sigue sin ser el momento de esta conversación, pero entiende que me caliente cuando te veo así, sintiéndote tan poca cosa, cuando vales mucho más de lo que vas a imaginarte nunca, así que déjame darte una solución a corto plazo, al menos hasta que se nos ocurra algo más —me incliné sobre la mesa esperando que mi amiga me diera la solución a los problemas que embarraban mi vida—: pide un aplazamiento de la reunión hasta que te diga algo más sobre las nuevas opciones de tu proyecto.

—No puedo hacer eso, porque en su correo seguía queriendo que nos viéramos mañana para conocerme. —dije derrumbándome en la silla al darme cuenta de que no iba a poder hacer nada— Mi padre viene conmigo a la reunión y sabe lo que ha pasado. No me dejará comportarme como una cobarde retrasando lo inevitable.

—Pues colega, no hay nada que puedas hacer, al menos que…

Y esa vez la escuché con atención, porque Meredith tenía ideas que podían parecer locuras, pero que en aquel momento me gustaron demasiado. Ahora teníamos un plan y salimos del bar con los brazos entrelazados, una idea en mente y tal vez más alcohol del debido en nuestra sangre para llevarla a cabo.

—¿Estás segura de que esto surtirá efecto? —pregunté cuando llegamos a mi apartamento horas después cargadas de bolsas.

—Si no lo hace, al menos nos reiremos. —comentó mientras se dejaba caer en el sofá—. Por tu bien espero que sea verdad que tienes algo de beber para mí, creo que me lo merezco después de haber sido

tu gurú.

Negué con la cabeza un par de veces mientras me dirigía a la cocina, que no era más que una pequeña pared con un par de muebles empotrados en los que tenía una vitro de dos fuegos, un maravilloso microondas y un frigorífico bien cargado de envases precocinados, además de más alcohol del que una persona sola debería de tener en su casa, pero momentos como aquel, con Meredith y a veces también con Grace y Anne que se sumaban al grupo, lo hacían necesario.

Saqué una botella de vino y cogí dos copas del mueble, cuando las dejé en la mesa y mi amiga empezó a servirnos me acerqué a la única puerta cerrada que había en el piso y es que siempre lo hacía cuando salía de casa. Nada más que la abrí mi pequeño compañero salió corriendo y de un saltó se subió al sofá colocándose junto a mi amiga y olisqueándola.

—¡Pompón! —dijo de manera efusiva mientras le rascaba entre las orejas—. tu si que vives como un rey.

—Ni mi propia mascota se digna a quererme —resoplé al darme cuenta de que aquel conejo solo me hacía carantoñas cuando le daba de comer.

—Eso es porque no te ha reconocido, lo que significa que lo hemos hecho bien.

Me llevé las manos al pelo, ahora más corto de lo que solía llevarlo, pero ese no era el cambio más grande que había sufrido de manos de la peluquera a la que Meredith me había llevado ignorando mis protestas. Ya no llevaba el pelo castaño y casi rozando mis caderas, lo había cortado por los hombros y me lo había teñido de negro, además de que me había comprado unas lentillas, esas mismas que había jurado no volver a usar, aunque le había dicho que Nicholas me había visto sin gafas a mi amiga le dio igual.

También me había comprado ropa nueva, otra estúpida idea de Meredith, ya que ropa era lo que menos había llevado aquella tarde, pero ella estaba dispuesta a que usáramos mucho la tarjeta y yo había decido dejar de protestar cuando me puso la enésima prenda sobre los brazos, porque la verdad es que me hacía falta un cambio de armario.

—¿Crees de verdad que no me va a reconocer? —pregunté mirándome en el espejo que tenía junto a la entrada del apartamento.

No hizo falta que mi amiga respondiera, la imagen de su cara que

me devolvió el espejo me decía que lo veía improbable, pero poco más se podía hacer. Meredith me había dicho algo mientras me probaba unos vaqueros en el interior de los probadores que me hizo darme cuenta de ello: da igual lo que pase siempre que lo afrontemos de cara, es mejor dar un paso adelante y dejar de huir. Y yo había huido demasiado durante los últimos años.

7

Nick

No sabía muy bien porque estaba haciendo aquello. Años atrás había tenido claro que trabajar los domingos ya no era cosa mía, aunque después siempre lo acababa haciendo, pero no involucrándome tanto como estaba ocurriendo en aquel momento.

No conocía a la chica que había escrito aquel manuscrito y aun sin hacerlo, la primera vez pensé en ella como una niña malcriada y mimada por su padre, pero había algo escondido entre las líneas de aquellas páginas que hicieron que viera algo más y no fue que cuando llevara poco más de cinco capítulos ya me la había puesto dura en un par de ocasiones. Puede que fuera aquello lo que me hizo darme cuenta de que el manuscrito era bueno y que las novelas eróticas eran un arma de doble filo para un hombre.

Jessica Evans tenía talento y se merecía algo más que un libro autopublicado y una empresa de *community manager* llevándole la cuenta para alcanzar más lectores. Ahí es donde entró mi espíritu de negocios y algo hizo clic en mi pecho cuando me di cuenta de que quería aceptar aquel reto.

Me había reunido con uno de los mejores editores de Londres, el

cual me debía un favor, por eso me encontraba esperando en el reservado de un restaurante de La City esperando a que llegara y ya lo hacía con cinco minutos de retraso, algo que me tocaba mucho los cojones. La impuntualidad era algo que no aceptaba y que en mi empresa estaba penalizado gravemente, pero en aquel momento estaba esperando para pedir un favor, así que cuando lo vi entrar y dirigirse al reservado, dibujé una sonrisa en mi rostro, extendí la mano cuando llegó junto a mí y nos sentamos uno frente a otro.

—Dime que has leído lo que te he mandado —dije justo después de que el camarero desapareciera tras tomarnos nota.

—Es domingo, Evans. Este favor que me has pedido es mucho mayor al que te debía y lo sabes —apreté la mandíbula para no decirle algo de lo que pudiera arrepentirme—, pero lo que me has mandado es bueno. Realmente bueno.

Joder, lo sabía y eso que los últimos libros que me había leído fueron los de la universidad. No era que no llevara a otros escritores, pero hacía bastante tiempo que no me involucraba en una cuenta personalmente y nunca me había hecho falta hasta ese momento. Algo me decía que tenía que jugármela con aquel libro, con aquella cuenta. Algo me hacía sentirme igual que cuando era estudiante de primero y tuve claro lo que quería hacer con mi vida. Ese cosquilleo que empezaba en la nuca recorría mi columna vertebral y llegaba hasta la punta de los dedos de las manos, como si pudiera tocar esa anticipación de la victoria y algo en aquel manuscrito me dijera que allí estaba el premio gordo.

—Necesito los datos de la chica que lo ha escrito y reunirme con ella lo antes posible. Sé que me has dicho que quiere autopublicar y que ya habéis firmado un contrato de representación de redes sociales —se quedó en silencio mientras el camarero dejaba frente a nosotros las bebidas y continuó cuando este se fue—. Queremos ofrecerle un contrato para publicar el libro.

Bebió y yo lo acompañé. Conocía a Raymond Morris y supe que estaba entusiasmado con el manuscrito. Estaba seguro de que había sentido lo mismo que yo y tenía claro que la escritora había conseguido excitarlo igual que había hecho conmigo. Claro que haría lo posible porque aquel contrato se llevara a cabo, sobre todo porque yo pensaba llevarme tajada de todo aquello.

—Me reúno mañana con ella a las diez de la mañana. —Bebí un trago más de mi cerveza y me acomodé en la silla que ocupaba antes de decir la frase siguiente—. Como tu mismo has dicho, ya tengo un contrato con ella que no pienso romper, por lo que entenderás que eso significa que si ella acepta publicar con vosotros, yo seguiré siendo su cm.

—Donovan…

—No hay discusión en esto y eso lo sabes tan bien como yo. —Puse ambas manos sobre la mesa y me recliné hacia adelante. Había aprendido a base de experiencia y reuniones, que una actitud firme me aseguraba lo que quería—. Tu departamento ya ha cojeado en varias ocasiones y has tenido que acudir a mí en todas y cada una de ellas. Esta cuenta es mía y yo seré quien la lleve tome la decisión que tome esa chica.

No discutimos mucho más sobre lo que pasaría al día siguiente. Él me dijo que estaría allí media hora antes pero que me haría llegar un borrador del contrato para que pudiéramos discutir los puntos necesario antes de la reunión y comimos tranquilamente, hasta que ambos nos despedimos con una sonrisa en los labios y sin saber quien era el que había ganada aquella batalla.

Una vez llegué de nuevo al edificio me sentía mucho más ligero, una sensación que llevaba años sin sentir. Aquel cosquilleo que me recorría el cuerpo era el mismo que me había hecho emprender aquel negocio, el mismo que me hizo dar un paso adelante y luchar por conseguí todo aquello que se me había negado de pequeño por una mala carta del destino. Eso era lo que nos había unido a los cinco amigos. Devon, Owen, Luca, Patrick y yo habíamos luchado para llegar donde estábamos, no dejábamos de hacerlo para llegar cada vez más lejos, más alto, pero había algo más que todos compartíamos, un pasado del que no queríamos olvidarnos, el saber de donde veníamos nos ayudaba a saber hasta donde queríamos llegar.

Había pensado meterme en el despacho y mandar los muchos correos que necesitaban que se leyeran y se llevaran de manera inmediata a su realización pero por primera vez en mi vida, cogí mi portátil después de haberme puesto ropa cómoda, me dejé caer en el sofá del salón, ese que había usado en apenas un par de ocasiones y una de ellas había sido la noche anterior, y decidí trabajar allí,

deseando redactar el ultimo correo y poder sumergirme en los últimos capítulos del manuscrito pero cuando estaba a punto de terminar aquella tarea, mi teléfono empezó a sonar. Las respuestas a los distintos correos electrónicos empezaban a llegar con la urgencia que yo había requerido.

—Dime que ese contrato está más que cerrado —dijo la voz de Devon nada más descolgar el teléfono—. El puto manuscrito me la ha puesto muy dura y ahora voy a tener que ir a buscar… —se hizo el silencio durante unos segundos y Nick supo que su amigo estaba revisando cual de sus polvos era un acierto seguro en aquellos momentos— a Tiffany.

—Intentaré responderte, pero permíteme que no sea en orden, cabrón —respondí mientras dejaba el portátil a un lado y tomaba el manuscrito entre las manos —. No es sano que tengas un polvo para cada ocasión, cualquier día te buscaras un problema y no hablo de una enfermedad venérea. —Y lo pensaba realmente. Sabía que mi amigo se cuidaba, pero de la misma manera, era un mujeriego empedernido y llegaría el día que las citas se le solaparían. Todos deseábamos que llegara ese día y observar que sería capaz para salir de aquel marrón—. Segundo, ya sabes que el contrato es mío y me he reunido con Raymond, pase lo que pase, la cuenta es mía, por lo que estas en el equipo de marketing.

Hablamos durante varios minutos más y quiso presentarse el día siguiente en la reunión, pero le pedí que lo dejara para más adelante, cuando ya tuviéramos todo cerrado. Jessica Evans me había sorprendido con aquel manuscrito, al parecer no era la niña de papá que yo había imaginado, aunque tampoco quería volver a pensar en lo que me encontraría al día siguiente. Solo quería escribir el ultimo correo y terminar aquel libro.

«Paseé por aquel camino de piedras, descalza y sintiendo como las lagrimas corrían por mis mejillas. Había sido algo que no me había esperado en la vida. Nunca había imaginado que la persona que despertó esa nueva parte de mí, la que me ayudó a sentirme viva, a respirar de verdad, no fuera más que una farsa. Que todo lo que habíamos compartido juntos no fuera nada de lo que había imaginado.

Miré hacia el suelo, a esas piedras que estaban empezando a arañar la planta sensible de mis pies, incluso notaba el calor de la sangre que se deslizaba hasta mancharlas de rojo. Ese rojo que me había acompañado

durante los últimos años, ese rojo que me había hecho sentir que la pasión no tenía limites, pero que equivocada estaba.

—¿Piensas quedarte ahí todo el día?

Su voz llego grave a mis oídos, sacándome de aquella ensoñación y cuando levanté la vista y lo vi ante mi, no pude evitar dibujar una amplia sonrisa, sobre todo cuando tiró de un mechón de pelo para pegarme a su cuerpo, para que sintiera el calor que emanaba de él y calentaba mi piel, mis huesos y mi alma.

Puso una mano en mi barbilla, empujando mi rostro hacia arriba y así salvar la distancia que había entre su boca y la mía, para besarme con fuerza, con esa fuerza que me desarmaba. Esa que él me había enseñado, esa que lo había teñido de rojo todo a mi alrededor, esa pasión que usaba en mi contra para conseguir de mi todo lo que quería y yo… yo se lo daba sin quejarme, aunque en el fondo necesitara huir hasta que mis pies sangraran de verdad, desgarrándose. Todo aquel dolor era mucho más sano que el que me acompañaba durante los años que Gabriel se había adueñado de mi fuerza, era mejor que sentir como cada día se me rompía una y otra vez el corazón.

No, la pasión tenía limites, aunque a veces se desdibujara y la que yo había compartido con él, había desvanecido la línea que separaba el amor del dolor sin haberme dado cuenta.»

Terminé aquella última frase y empecé a sentirme frustrado. Revisé que el manuscrito estaba completo, que no se me había olvidado imprimir ninguna de las páginas. Aquel no podía ser el final del manuscrito. Tenía que exigirle a la escritora que cambiara ese final, o que escribiera un puto epilogo que le diera uno menos dramático a Ruth, la protagonista de aquella historia. Había conseguido ponerme cachondo en más de una ocasión, en muchas más de las que estaba dispuesto a confirmar y no estaba dispuesto a tolerar que aquel fuera el final de ella. No podía quedarse con aquel gilipollas que no es que le hubiera enseñado un nuevo mundo dentro del sexo, es que aprovechaba el amor que ella había sentido desde un principio por él para hacer con ella lo que le deba la gana.

Cuando fui consciente de lo alterado que estaba tras terminar aquel libro, me encontraba con las manos apoyadas sobre la encimera de la cocina, con un vaso de wiski frente a mi y entonces lo noté, ese cosquilleo, el mismo que me acompañaba desde que empezara a leer aquel manuscrito, el mismo que me había llevado a ocupar un maravilloso apartamento en uno de los mejores edificio de La City.

Jessica Olivia Evans iba a conseguir que lograra alcanzar el último peldaño que me quedaba para llegar a lo más alto. A ser quien me merecía ser. Solo esperaba no equivocarme.

8

Jess

No las tenía todas conmigo y era lógico. Por más que me mirara al espejo, seguía viéndome en él. Vale que al teñirme el pelo, o más bien volver a mi color natural, cortarme el flequillo y eliminar las gafas, me hacía parecer distinta, aunque siguiera siendo yo. No sabía como explicarlo, pero tenía claro que en el momento en el que hablara, Nicholas Donovan recordaría quien era y todo se iría a la mierda.

Estaba mirando la ropa que Meredith había seleccionado la noche anterior cuando llamaron a la puerta. Miré la hora en el despertador que descansaba sobre mi mesita de noche y vi que aun era temprano, sobre todo cuando había quedado con mi padre en que nos encontraríamos en la puerta del edificio de Donovan Community, así que me apresuré para abrir, porque solo podía ser una persona.

—¿Todavía estas así? —me dijo nada más abrí la puerta, pero tengo que decir en mi defensa que ya me había duchado, la bata que cubría mi cuerpo era buen indicativo de ello, al igual que la toalla que tenía alrededor de la cabeza.

—Estaba decidiendo que ponerme —respondí mientras dejaba entrar a mi amiga.

Meredith había llegado de la misma manera a mi vida varios años atrás, tantos como dedos tenía en las manos. Mi mejor amiga ingresó en mi instituto cuando teníamos recién cumplidos los quince años, una edad muy tierna para mi, ya que mi padre me tenía entre algodones, y una época rebelde para ella, que había cruzado el charco, como ella me recordó una y otra vez durante los siguientes meses después de conocernos.

La primera vez que nos vimos yo estaba cruzando el pasillo del instituto para ir a mi siguiente clase y ella se plantó frente a mi, con su sonrisa enorme, el rostro lleno de pecas y un pelo tan azul como el cielo frente a mi. Mi primer acto de reflejo fue pegarme la carpeta al pecho y pensé que aquella chica me dejaría sin mis más valiosas pertenencias, pero para mi sorpresa, esbozó una amplia sonrisa, extendió una mano en modo de saludo y dijo lo único que hacía falta para que nos convirtiéramos en amigas; «Tu tienes algo que yo necesito y a ti te hace falta todo lo que yo tengo. Me llamo Meredith y a partir de ahora seremos inseparables». Aunque de eso me di cuenta semanas después, por eso nunca me arrepentiré de haber unido mi palma a la de ella.

—Te dejé solo dos opciones —protestó mientras entraba en mi habitación sin dejar de mirar al suelo—. Ese bicho no está por aquí, ¿verdad?

—Se llama Pompón y es un conejo adorable y lo sabes —me devolvió una sonrisa con la que me daba la razón—. Está en su habita…

No pude terminar la frase cuando una camisa se estampó contra mi cara.

—Deja de hablar de ese animal. Está la loca de los gatos y después…, después estás tú.

Recogió el conjunto que había decido que no me iba a poner y ni siquiera me dejó protestar, porque cuando lo fui a hacer, levantó el dedo índice e hizo unos movimientos negativos obligándome a no añadir nada.

Preferí no protestar, no porque discutir con ella nunca me llevara a ningún lado, si no porque sabía que en aquel momento Meredith tenía mejor criterio que yo para lo que me tendría que poner para la reunión.

—Vamos, cámbiate de ropa que ahora voy a ayudarte con el pelo y a maquillarte y ya vamos justas de tiempo.

Le hice caso de nuevo, porque cuando miré el reloj de nuevo me di cuenta de que los minutos habían empezado a correr demasiado deprisa. Me puse la blusa blanca que me había dado, la cual tenía las mangas hasta el codo, pequeños topos negros y el cuello del mismo color, que dejé abierto hasta que la curva de mi pecho era visible pero no lo suficiente como para llegar a ser obscena. Decidí ponerme unas medias, porque mi amiga había tomado la decisión de que la falda pantalón negra era la que iba mejor con aquella blusa, al menos me dejó ponerme unas bailarinas, aunque creo que esto era más porque ella sabía que con tacones era imposible que llegara a salir de mi piso sin haberme caído en un par de ocasiones antes.

Cuando salí del salón mi amiga me miró de arriba abajo y supe que estaba conforme con lo que veía y yo me sentí aun más cómoda con aquel conjunto que llevaba puesto. Dejé que me peinara, yo no iba a saber como colocar aquel nuevo flequillo que ahora tapaba parte de mi rostro, aunque mi amiga seguía insistiendo con que aquel nuevo corte resaltaba más mis ojos, aunque yo pensaba que lo que hacía es que parecieran más saltones aun de lo que eran, si que el azul se hacia mucho más intenso y con el maquillaje sencillo que mi amiga me aplicó, me sentí guapa.

—Guau… ¿esa soy yo? —y en aquel momento entendí porque Meredith me había indicado que aquel sencillo cambio de estilo era el adecuado.

—Siempre has sido tú, Jess. Solo necesitas mirarte de la misma manera que lo hacemos los demás. —Me abrazó desde atrás mientras ambas nos mirábamos en el espejo—. Y ahora, vamos a comernos el mundo y a ver que quiere Nicholas Donovan, porque aunque estés distinta, aquí dentro —puso la mano sobre mi pecho en el lado izquierdo—, sigues siendo tú y eres increíble.

Y por esa sola razón, Meredith era y siempre será mi mejor amiga.

Conseguí a duras penas retener las lagrimas, pero sabía que si alguna se deslizaba por mi mejilla y estropeaba mi maquillaje el momento de amistad se apagaría en menos de un segundo para sacar esa otra versión de mi amiga que me hacía quererla aun más.

Comprobamos que lo llevábamos todo, porque finalmente había

decidido que tenía que acompañarme a esa reunión de la que ya me había quedado claro que no tenía escapatoria y tenerla a mi lado. Meredith podía serme de mucha ayuda después de todo. Esta licenciada en Artes Escénicas, aunque nunca había trabajado como actriz y no parecía que se muriera por hacerlo. Si le preguntabas por qué había decido estudiar una carrera que no aprovechaba, te respondía que cuando conocieras a sus padres, encontrarías la respuesta. Yo sabía porque lo había hecho y también porqué trabajaba en una oficina ocho horas diarias, a no ser que dijera que estaba enferma, como esa mañana, y se escaqueara del trabajo, cosa que hacía más a menudo de lo que era recomendable, pero lo dicho: era actriz y al parecer se le daba mejor de lo que quería demostrar. El mundo se había perdido a una excelente dramaturga con ella.

Cuando llegamos a la puerta del edificio mi padre ya estaba esperándonos allí y la sonrisa que me dedicó después de prestarle un mínimo de atención a mi atuendo, me dejó claro que estaba conforme, después de darme un beso en la mejilla, aduló a Meredith y entramos los tres en aquel edificio tan imponente, lo era más aun cuando cruzabas sus puertas y te dabas cuenta de que aquello parecía pertenecer a otra dimensión.

Era un edificio alto, tal vez de trece o catorce plantas y sabiendo que pertenecía a una empresa que se dedicaba a llevar las cuentas sociales de muchísimos *influencers*, personas de interés y famosos, esperabas encontrarte a algún que otro famoso paseando por el vestíbulo, pero aquel lugar era tranquilo, de un reluciente suelo de mármol en color gris, columnas del mismo color y paredes de color crudo que dotaba la entrada de un minimalismo que no cuadraba con lo que vendían al publico.

Mi padre se acercó a un mostrador en el que una chica con el pelo engominado y recogido con fuerza en un moño del estilo al que usaban las bailarinas le sonreía. Cruzaron un par de palabras y poco después le entregó tres credenciales.

—Vamos, cojamos el ascensor.

Nos entregó a cada una la credencial en la que ponía visitantes y una vez dentro del ascensor las dudas de las plantas que tenía el edificio fueron resueltas: eran catorce en total, pero para acceder a las dos ultimas era necesario una llave. Nosotros nos dirigíamos a la

séptima.

—Cariño, me han informado que con el señor Donovan hay alguien más esperando para conversar con nosotros —me puse en tensión y mi amiga debió de notarlo, porque entrelazó sus dedos con los míos y eso me ayudó a relajarme—. Antes de que preguntes quien es, debo de decirte que es un editor y que hoy puede salir algo muy bueno de aquí.

En ese momento el aire empezó a faltarme en el interior del ascensor. ¿Qué demonios había hecho mi padre? Aquello ya era mucho más de lo que yo quería, aunque realmente ni siquiera quería que nadie me llevara las redes sociales, yo solo quería autopublicar el libro, seguir en el anonimato y ya está. No esperaba nada más, no buscaba nada más.

9

Nick

Mis amigos siempre lo habían dejado claro, mi segundo nombre nunca sería paciencia, y en aquel momento lo estaba demostrando con creces. La reunión era a las diez de la mañana. Me hubiera gustado que hubiera sido realmente a primera hora de la mañana, como pensaba que iba a ser, pero al parecer, la señorita Evans no se levantaba tan temprano, o tal vez fuera que al acudir con su padre, era la hora en la que los dos podían coincidir, no tenía ni idea de cual era el motivo, solo estaba seguro que si seguía paseando en círculos, realizando el mismo recorrido una y otra vez, acabaría dejando un cerco en la moqueta de mi despacho.

Como Raymond Morris me había dicho, me había mandado un borrador del contrato que le ofrecería a Jessica y que así pudiéramos discutir los puntos en los que mi contrato y el suyo podrían entrar en conflicto. El editor se había comportado y sabía que mis palabras del día anterior eran las responsables, porque todo lo relacionado con las redes sociales seguiría siendo mío, al igual que el *marketing* promocional, algo que también había hecho muy feliz a mi amigo Devon. Me alegraba que así fuera, porque trabajar con mis mejores

amigos, a los que consideraba también mi familia, siempre era algo bueno.

—El señor Evans y su hija están subiendo.

La voz de mi secretaría sonó a través del intercomunicador que tenía en mi despacho; solo le había permitido que se pusiera en contacto conmigo para informarme de cuando llegara mi primera y única reunión del día. Había decidido despejar la agenda al completo pasándole mis entrevistas a otros en la oficina y así poderme dedicar a ellos. Me senté en la silla detrás de mi escritorio y por primera vez en los últimos veinte minutos presté atención a la otra persona que había dentro de la oficina.

—Ya iba siendo hora de que te sentaras.

—Raymond, no estoy de humor para tonterías, sabes que esto es algo importante.

Y él lo sabía, porque aunque había muchos escritores esperando una oportunidad, tanto él como yo teníamos claro que aquello no sería fácil. Habíamos movido los hilos suficientes como para saber que la escritora no había mandado su manuscrito a ningún sitio, de que no había sido rechazada por ninguna editorial, simplemente había tomado la decisión de autopublicar. Incluso el que yo realizara la labor de sus redes sociales no había sido idea suya, si no de su padre. Todo aquello me decía que aquella reunión no sería nada fácil y que ella podía negarse en rotundo a aprovechar una oportunidad que no se presentaba todos los días, aunque para que quería engañarme, no es que aquello no fuera una parte importante de por qué me sentía así, pero también quería ponerle cara a la persona que había sido capaz de escribir algo que conseguía ponerte cachondo de aquella manera y a la vez plasmar tanta dureza.

—Lo sé, pero tenemos que parecer calmados, Donovan. —Miró mi mano, la que no dejaba de darle vueltas a un boli entre los dedos, una manía que había adoptado cuando era un crío y me ponía nervioso, y de la cual al parecer no había sido capaz de desprenderme—. Estoy seguro que con el contrato que vamos a ofrecerle y tu ingenio, esa chica será la nueva cara de la editorial.

Pero que engañados estábamos en aquel momento que no supimos ver que lo que Jessica nos daría nada más cruzar la puerta de mi despacho era mucho más que una cara bonita, porque justo cuando

Raymond terminó de decir aquella frase un golpe sonó en la puerta para acto seguido abrirse y antes mi apareció el señor Evans y tras él había dos chicas, pero no hacían faltas las presentaciones para saber quien era ella.

Les hice un gesto para que entraran y me acerqué a Philips Evans para estrechar su mano e indicarle que me acompañara al lateral de mi oficina, donde tenía dispuesta la mesa de reuniones.

—Buenos días, Nicholas. Permíteme que te presente a mi hija.

Y el aire se quedo espesado en mis pulmones cuando la miré. Era ella, la chica de las vacaciones. Parecía distinta, pero supe que era ella en cuanto nuestros ojos se cruzaron y me perdí en el azul de su mirada, la misma que me había llevado al éxtasis en varias ocasiones hacía muy poco tiempo. Noté como se le sonrojaban las mejillas y supe que ella sabía quien era yo antes de entrar.

—Encantada de conocerla, señorita Evans —estreché su mano y un escalofrío me recorrió la columna vertebral cuando nuestras manos entraron en contacto y estoy casi seguro de que ella sintió lo mismo que yo, porque retiró su mano con demasiada rapidez.

—Igualmente —respondió, agachando la cabeza y sentándose junto a la silla que había ocupado su padre.

—Hola —dijo una voz a mi espalda que correspondía a la otra chica que había entrado en el despacho —. Soy Meredith Jones, la mejor amiga de la señorita además de su representante.

Aquellas ultimas palabras me descolocaron, en ningún momento se me había informado de que Jessica Olivia Evans tuviera una representante, no es que supusiera ningún problema, solo que el contrato podría sufrir muchas más modificaciones de la que Morris y yo quisiéramos y aquello podía ser un impedimento que no estaba dispuesto a permitir.

—Encantada, señorita Jones —cruce mi mirada con el editor y me di cuenta que, aunque lo ocultaba, también estaba desconcertado con aquella nueva información—. No sabíamos de su existencia, pero permítame darle la bienvenida.

Le hice un gesto para indicarle que ocupara una de las sillas alrededor de la mesa y de manera disimulada le mandé un aviso a mi secretaria para que trajera lo antes posible al despacho otra copia del contrato y poder entregársela a la representante de la señorita Evans.

Solo esperaba que la presencia de este nuevo elemento no retrasara lo inevitable. Jessica Olivia Evans tenía que publicar ese libro con una de las mejores editoriales del Reino Unido y yo necesitaba llevar sus redes sociales. Después de haberme llevado toda la noche visionando el borrador del proyecto tenía claro que con aquella cuenta conseguiría aquello por lo que llevaba tanto tiempo luchando.

Hice las presentaciones y me di cuenta de que Jessica no levantaba la cabeza en ningún momento, que sus ojos estaban clavados en el movimiento de sus manos, que entrelazaba y destensaba sus dedos en un movimiento lento pero poco disimulado. Aquella chica que ahora era completamente morena y que había enmarcado su rostro con aquel flequillo que podía parecer infantil, estaba despertando recuerdos en mi mente de la tarde que habíamos pasado juntos consiguiendo que se me pusiera dura, así que me senté en mi silla y cogí los papeles que había frente a mi en el mismo momento en el que mi secretaria entraba con otra copia en las manos, le indiqué donde tenía que dejarla y se fue del despacho de la misma manera que había entrado, sin hacer ningún tipo de ruido.

Aquella iba a ser una tortura de las duras, pero yo era un profesional y tenía que saber separar el placer de los negocios, aunque de repente estos se hubieran dado la mano y avanzaran hacía mi rodeados de unos ojos azules y unos labios que me moría por morder. Ni siquiera sabía de donde salían aquellos pensamientos. Vale que me hubiera gustado que no abandonara la cama tan rápido como lo hizo, pero yo acabé yéndome del hotel casi con la misma rapidez que ella.

Volví a mirarla y esa vez ella había levantado el rostro y una tímida sonrisa se dibujó en su rostro, no le llegaba a los ojos, sobre todo porque estos estaban bañados de…, ¿nerviosismo?

Dios me llenara de paciencia, ese segundo nombre que nunca acompañaría al de Nicholas, pero al que apelaba en aquel momento para no levantarme de la mesa, tomarla de la mano, sacarla de mi despacho y preguntarle que si cuando apareció frente a mí en la piscina del hotel donde habíamos coincidido no sabía ya quien era yo.

Tal como ese pensamiento cruzó mi mente fui muy consciente de varias cosas y la primera y principal de todas ellas es que si Jessica Olivia (Oli para mi durante varias maravillosas horas) Evans había jugado conmigo para sacarle partido a todo esto, estaba muy

equivocada y me daba igual quien la hubiera acompañado a la reunión, yo tenía un as bajo la manga y pensaba jugármelo todo a la mano ganadora.

10

Jess

Algo no iba bien y no había que ser muy lista para darse cuenta. Nicholas Donovan sabía quien era yo y solo me había hecho falta cruzar una sola vez con él mi mirada para ser consciente de ello. Lo que no entendía era porque no lo había sacado a la luz, o porque no había soltado al menos algún comentario socarrón.

Conocía a los tipos como él; era el típico hombre al que le gustaba que le alimentaran el ego, de los que disfrutaban saboreando el poder que les confería conseguir un polvo y que este —yo— demostrara vergüenza de haber sido la agraciada, aunque realmente hubiera sido yo quien lo eligiera a él desde el primer momento en que lo vi al otro lado de la piscina. Si hubiera sabido que él era el mismísimo Nicholas Donovan, el cual trabajaría mano a mano conmigo y el lanzamiento de mi primer libro, cosa que aun no sabía si iba a ocurrir, nunca hubiera acabado con él en la cama del hotel. Por otro lado, siendo sincera conmigo misma, debía decir que había sido el mejor polvo sin compromiso que había tenido nunca, aunque si tenía en cuenta que nunca había follado sin más con alguien que no conocía, realmente no tenía con que compararlo.

—Señor Evans, lo primero que tengo que hacer es darle las gracias por haberse puesto en contacto conmigo para este trabajo —se dirigió a mi padre en primer lugar—; no quiero ser descortés y menos cuando es usted quien hará el abono principal por el trabajo a realizar, aun así me gustaría a partir de ahora, si no le importa, tratar los puntos del contrato con su hija.

Me sentí desplazada, aunque entendía que primero tuviera que aclarar los puntos importantes con mi padre, eso me hacía sentir como una niña mimada a la que su padre le pagaba todos los caprichos; no podía hacer nada contra aquel sentimiento, por desgracia, llevaba demasiados años acompañándome y eso que había evitado a toda costa que Su influencia y sus ganas de involucrarse en mi vida pasaran desapercibidas y hasta aquel momento creía que lo había conseguido.

—Señorita Jones —siguió a continuación—. El documento que le han puesto delante es el contrato que el señor Morris, al cual les presentaré ahora mismo como es debido, ha preparado para su representada, si quisiera echarle un vistazo, le estaría muy agradecido de poder discutir los puntos con usted.

Y fue ahí cuando me puse a reír sin control, primero me empezó a burbujear la nariz, después un ruido extraño escapó de ella y, lo prometo, aunque intenté ocultar mi rostro con las manos y que así no se notara que estaba intentando aguantarme una carcajada, crucé mi mirada con la de mi mejor amiga y ambas rompimos a reír, llevándonos una mano a la boca para controlar las carcajadas y otra en el estomago, porque de aguantarme la risa estaba empezando a dolerme.

—Cariño, ya basta, esta es una reunión seria. Es tu futuro el que está en juego — me susurró mi padre al oído y juro que intenté controlarme, pero lo único que consiguió es que me riera más fuerte.

Todo ese nerviosismo que me había acompañado mientras subía en el ascensor se había extendido por cada poro de mi piel y se había puesto su máscara de la poca vergüenza y todo aquello, si lo mezclabas con la presencia de Meredith y la flagrante mentira que había lanzado nada más entrar en aquel despacho, lo convertías en un coctel molotov y, obviamente, tras la ultima frase aportada por Nicholas Evans, todo había salido ardiendo y allí nos encontrábamos las dos; muertas de risa mientras tres personas nos miraban intentando

encontrar un significado a lo que pasaba, aunque en realidad eran dos, estaba casi segura al cien por cien de que mi padre sabía que era lo que nos pasaba.

—¿He dicho algo inapropiado? —consultó Nicholas.

—Bueno, primero creo que tengo que pedirle disculpas —empezó mi amiga—, y es que no soy la representante de Jess, solo soy su mejor amiga y como sabía que iba a estar muy nerviosa, pues decidí acompañarla a la reunión, una nunca sabe lo que se va a encontrar en un sitio donde no conoce a nadie. Quien me dice que no eres un secuestrador y lo que pretendías era pedir un rescate por ella.

Meredith empezó, como siempre que se ponía nerviosa o tenía que pedir disculpas por alguna de sus idioteces, a balbucear excusas estúpidas, consiguiendo que Nick la mirara con los ojos como platos, al igual que el editor que aun no había sido presentado formalmente y el cual seguro que estaba deseando romper el contrato a trocitos muy pequeños y salir corriendo de aquel despacho, pero nos sorprendió a todos con su reacción, porque empezó a reír a carcajadas limpias como nosotras un momento antes, consiguiendo que los cuatro giráramos las cabeza en su dirección y pusiéramos cara de sorpresa.

—Perdonadme, creo que esta es la reunión más surrealista que he tenido en mi vida y, sin embargo, creo que es lo mejor que podía estar pasando —el editor, el señor Morris al cual aun no me había presentado, se levantó de su silla y rodeó la mesa hasta llegar a mi lado y extender su brazo para ofrecerme su mano en modo de saludo —. He leído su manuscrito y después de conocerla en persona, me ha quedado más claro aun de que nos encantaría publicarle su libro. Ahora, si no les importa a ninguno, me encantaría que pasáramos a los puntos importantes.

Le correspondí el saludo y agradecí interiormente de que aquel hombre no se hubiera tomado a mal la actitud con la que Meredith había entrado en el despacho y que había provocado que todo aquello acabara en un estallido de risas, aunque al parecer había alguien que no le había hecho ninguna gracia aquella broma y se llamaba Nicholas Donovan; la mirada que me devolvía me puso mucho más nerviosa de lo que había estado en los últimos días, pero su expresión no parecía por lo que había pasado allí, algo me decía de que había mucho más y que de lo que me hablaban sus pupilas de color café era de que había

furia contenida, aunque un sentimiento más, que supo ocultar con rapidez, cruzaba aquella mirada después de haber escuchado lo que había dicho el editor.

Volvió a sentarse en su silla, no si antes retirar el contrato que había dejado delante de mi amiga, demostrando con aquel gesto, aparte de una actitud un poco infantil, que no le había hecho ninguna gracia la bromita. Intentaría ponerle remedio, pero seguía percibiendo que él sabía quien era yo, así que simplemente intenté volver a calmarme y dejar que los adultos, como me decía mi padre desde que tenía uso de razón, hablaran de negocios.

La reunión siguió en un tono demasiado formal para mi gusto, por eso no me fue muy difícil desconectar, hasta que escuché un golpe contra la mesa y levanté la mirada de las manos, que no había dejado de retorcer sobre mi regazo y me encontré con que todas las personas que estaban conmigo en aquella oficina no dejaban de mirarme.

—¿Perdón? —dije, sin poder evitar que el rubor me subiera por el cuello y me pintara las mejillas, aunque estaba segura de que todo mi cuerpo lucía de un rojo carmesí llamativo para todos ellos —. No he escuchado la pregunta.

Nicholas se levantó de la mesa una vez más y se dirigió a todos los presentes menos a mí, no había que ser muy inteligente para darse cuenta de ello.

—¿Les importaría dejarme un momento a solas con la señorita Evans? —miró en primer lugar a mi padre—. Necesito comentar unos puntos con Oli antes de seguir con la reunión.

Cuando yo esperaba, no una negativa de mi padre, pero si al menos un gesto de duda ante aquella petición, este se levantó.

Aquello provocó casi una estampida de mi amiga y el editor, como si se hubieran quedado esperando que fuera mi padre quien hiciera el movimiento que les ayudara a tomar la decisión de qué hacer ante aquella pregunta. Aquello consiguió lo que Nicholas Donovan quería, porque lo noté en la sonrisa engreída que se dibujó en su rostro, quedarse a solas conmigo y el mayor indicativo de que sabía quien era yo era que había usado el nombre que le había dado cuando habíamos compartido aquella maravillosa tarde, porque no podía describirla de otra manera, pero no era el momento de pensar en como me había hecho sentir y menos cuando escuché que se cerraba la puerta después

de que mi amiga, que había sido la ultima en abandonar el despacho, me dedicara una sonrisa maliciosa a la que no quería darle importancia aunque supiera que la tenía. No quería quedarme a solas con Nicholas, no *podía* quedarme a solas con él.

11

Nick

No sabía qué demonios estaba haciendo y el problema no era que esa pregunta me estuviera dando vueltas en la cabeza en aquel momento, sino que me la hacía desde que había entrado Oli, como yo la había llamado desde aquella tarde en mi mente, y que ahora sabía que se llama Jessica.

No podía ocultarme quien era, aunque hubiera cambiado su color de pelo, el corte nuevo de su flequillo; la semi erección que tenía después de haberla visto y escuchar su voz era todo lo que había necesitado para reconocerla, pero después del saludo y de haber estrechado su mano con la mía y del latigazo que me había recorrido el cuerpo entero era lo que me acabó por confirmar que ella era la mujer que me había llevado a un estado de éxtasis que nunca había alcanzado.

Después de que entrara en el despacho había tomado aire profundamente y me había puesto la mascara de responsabilidad, esa que siempre usaba en una reunión aunque esta fuera tediosa, pero no era el caso, allí no había nada que no me gustara. Todo lo contrario, lo único que quería era buscar una excusa para quedarme a solas con ella

y después de la estupidez de su amiga, la que me había creído porque no me parecía descabellado que se presentara con una representante aunque no se me hubiera informado, y de que ella se sumiera en un mundo paralelo y no me contestara a la ultima pregunta, me brindó la oportunidad perfecta para solicitar reducir aquella reunión a solo dos personas: ella, yo y un escritorio lo suficientemente ancho para poner distancia entre ambos, y no sentirme tentado a tumbarla y perderme en su cuerpo, sobre él, en su interior, en cada rincón que me quedaba por conocer.

Me sorprendió que ni su padre, ni el editor, ni su amiga, de la cual no me pasó desapercibida la mirada que le dedicó a Oli, abandonaran la sala sin pedir más explicaciones dejándonos a los dos a solas. Me entraron ganas de abalanzarme sobre ella, de devorarle la boca, de perderme en su interior una y otra vez hasta arrancarle aquellos orgasmos que sabía que ocultaba, pero no era eso lo que tenía que hacer en aquel momento, y no pensaba abandonarme a aquella idea en un futuro inmediato.

—¿Aún no tengo claro de cómo dirigirme a ti? —dije nada más quedarnos solos en el despacho—, aunque no creo que ahora eso sea lo más relevante. No estoy aquí para bajarte de nuevo las bragas, aunque tampoco descartes por ahora esa opción, lo que nos incumbe ahora es el maldito contrato que tienes frente a ti y que ni siquiera has tocado.

Tal vez fui demasiado brusco con aquel momento, —a pesar de que poco después me di cuenta de que esa actitud mía era la que conseguía ponerla húmeda para mí—, pero es que me sentía demasiado frustrado por como estaba reaccionando ella, como si nada de lo que se estuviera hablando en el despacho fuera asunto suyo. En todos los años que llevaba al frente de aquel negocio me había topado con cliente de muchos tipos: de los que lo único que les importaban eran los ceros que acompañarían al final de cada mes su cuenta bancaria, incluso de los que se involucraban demasiado y pedían estupideces como que marcas demasiado prestigiosas los promocionaran cuando apenas ni se conocían ellos mismos, pero esa manera de no prestar atención, de ignorar todo lo que se le estaba ofreciendo, era demasiado nueva para mí, aunque tenía que ser sincero, Oli estaba perdida en sus pensamientos y la manera en que se

ruborizaba hasta las raíces y sus labios se fruncían, sabía que yo era parte del culpable de que no prestara la atención necesaria a toda la información que se le estaba dando.

El contrato que le estaba ofreciendo la editorial era mucho más de lo que ella hubiera podido imaginar en la vida, ni yo mismo había esperado que Raymond Morris pusiera esas cifras sobre la mesa y menos todavía que me diera vía libre de aquella manera, esperaba que me hubiera puesto algunas trabas a la hora de la gestión de las redes sociales de Jessica Olivia Evans, aunque supiera que yo podía crear el contenido perfecto para que su historia —y ella— pudieran alcanzar las estrellas si me diera la ganas, pero al parecer Olí prefería contarse las líneas de las palmas de sus manos, tal vez estaba tratando de averiguar alguna estupidez en ellas que a mí se me escapa. Tenía que ponerle remedio a aquello, así que agradecí con un gesto de cabeza a todos por abandonar el despacho, incluso a su amiga aunque me dedicara un gesto con el dedo corazón de su mano que estaba seguro que había pasado desapercibido para el resto.

—No tienes ni puta idea de nada de lo que se ha hablado hasta ahora —dije una vez que nos quedamos completamente solos y ocupé la misma silla de antes, borrando de mi mente las imágenes en las que me perdía en el interior de su cuerpo.

—Señor Donovan, creo que ese no es el lenguaje que debería de usar conmigo —contestó envarándose en la silla e intentando ocupar mucho mas espacio del que podía.

—Usaría otro si me dijeras como me tengo que dirigir a ti —respondí de manera socarrona, mientras me levantaba de la silla y rodeaba la mesa hasta colocarme a su lado —. Oli me gustaba decírtelo mientras me dabas uno de los mayores placeres de mi vida, ¿puedo seguir usándolo? —susurré ya pegado a su oído y tomando un mechón de su pelo, ahora casi negro, entre mis dedos.

Noté que tragaba saliva, que su piel estaba cada vez más roja y que mi entrepierna estaba intentando acomodarse en el poco espacio que tenía dentro de los pantalones, pero es que aquella mujer tenía algo; desde el momento en el que nuestras miradas se cruzaron por primera vez, había conseguido ponerme duro como si fuera un puñetero quinceañero que aún no había conseguido desprenderse de su virginidad y había tenido demasiados encuentros con la palma de

su mano.

—Jess… —balbuceó después de que me pegara mas a ella, haciéndola consciente de la erección que me había provocado desde el momento en el que la había visto y no me refería a el inicio de aquella reunión.

—Jess… —repetí, notando como aquellas tres letras brotaban en mi pecho, mientras las paladeaba en la lengua y las dejaba rebosar de mi boca para pronunciarlas pegado a su oído—. Me gusta.

Y supe que a ella también, lo supe justo en el momento en el que noté cómo se estremecía su cuerpo. Luego deslicé la mano por su brazo y su piel se erizó, calentándome. Mi cuerpo me pedía que me pegara más a ella, que rompiera las barreras que nos separaban en aquel momento, que ya eran mínimas, y le diera todo lo que sabía que le gustaría, pero me separé incluso cuando mi cuerpo reaccionaba de la misma manera que el de ella. Estábamos allí por un tema laboral, ella era mi cliente, no podía dejar que todo lo que despertaba en mí me hiciera perder los papeles.

Había luchado durante muchísimos años para llegar donde estaba, hacia donde me dirigía, donde su cuenta me podría catapultar.

—Hablemos del contrato —volví sobre mis pasos sin querer mirarla, porque sabía que era lo que me iba a encontrar y tenía claro que la última barrera que separa mi polla de su interior estaba a punto de caerse.

Cogí los papeles y mientras pasaba las hojas buscando el punto que creía más importante discutir con ella a solas —aquella idea seguía poniéndome demasiado cachondo—, llené mis pulmones de todo el aire que pude y me obligué a pensar en el trabajo e ignorar el bulto cada vez más grande. Acercarme a ella había sido un error no calculado, porque ese olor que desprendía —a coco, flores y algo que solo había olido en ella y que se había adueñado de mí durante nuestra tarde compartida— volvía a estar impregnado en mi piel y quería que se quedara allí, aunque eso significara cosas que no quería siquiera pensar.

—¿Qué pretendes? —su voz me sacó de mis pensamientos, haciéndome levantar la cabeza y mirarla de nuevo; otro error más, porque su expresión demostraba lo cabreada que estaba—. Ni siquiera sé que narices hago aquí. No tendría que haberle seguido la corriente

a mi padre, esto es un maldito error.

Se levantó de la silla, provocando que el chirriante sonido de las patas contra el suelo me pusiera el pelo de punta al darme cuenta de que estaba dispuesta a salir del despacho sin siquiera saber que un mundo lleno de posibilidades estaba servido en bandeja ante sus ojos. Eso me hizo darme cuenta de que Jessica Olivia Evans no era como las mujeres que había conocido hasta ese momento. Pasé con velocidad las paginas de aquel contrato, tanto el editorial como el de *community manager* del que yo era responsable hasta que llegué a la pagina que estaba buscando y, cuando ella estaba levantando la mano para asir el pomo y abandonar el despacho, empecé a leer.

—*La autora tendrá la última palabra de todas las publicaciones que se realizaran en todas y cada una de sus redes sociales, ya que se hará un* briefing *semanal que se tendrá que aprobar por su parte…* —Dejó la mano suspendida en el aire y supe que aquella era la ultima carta que me quedaba por jugar y que si quería ganar, tenía que darle lo que quería—. No tendrás que salir en ninguna imagen si eso es lo que quieres, podrás seguir estando en el anonimato, aunque estoy seguro de que cuando te des cuenta todo lo que has alcanzado con tu novela, tu serás la que quieras dar la cara, Jess.

No había ganado, aun no, pero supe que tenía una oportunidad más en el momento en el que ella bajó la mano para pasarse la palma por la falda; supe que estaba eliminado el exceso de sudor que se le había acumulado. Aquello era un avance.

—Tengo miedo —dijo pasado unos minutos en los que ambos nos habíamos quedado en silencio, en los que yo quería que ella reflexionara sobre mis palabras, pero en ningún momento había esperado esa confesión.

—¿A qué tienes miedo, Jess? —decir su nombre, el que ella me había dicho ahora que sabíamos quienes éramos en realidad, me producía una satisfacción indescriptible.

—A que el mundo sepa quien soy…

En aquel momento no presté atención a todo lo que aquella frase significaba, si lo hubiera hecho nos hubiéramos ahorrado multitud de dolores de cabeza, pero tal vez nunca hubiéramos acabado de aquella manera.

—Esa es la oportunidad que te estamos dando hoy aquí, Jess. A

ser quien quieras ser —me levanté de nuevo de la silla y rodeé la mesa, aunque aquella vez dejé una distancia prudencial entre ambos —. ¿Quieres seguir en el anonimato? Pues lo estarás, abusaremos de ese conejito al que le haces tantas foto; es una cosa que ahora gusta mucho en el mundo virtual, pero tendremos que darle algo de ti. Algo que les demuestre a los lectores que eres alguien de carne y hueso.

—Yo… yo no sé como hacerlo.

—Y no tienes porque saberlo de la noche a la mañana, por eso estamos aquí, para ayudarte, para que seas lo que quieras ser, para que tu libro alcance el estrellato, para que todo el mundo conozcan *Pasión sin limites*. Para que disfrutes de lo que has creado. —Quería acercarme a ella, atraparla entre mis brazos y que ese miedo que ahora notaba como real dejara de hacerla temblar, pero deseché aquella idea por el bien de los dos— ¿Quién quieres ser? ¿Cómo quieres ser?

De nuevo escuché su respuesta, pero no supe interpretarla de la manera que se merecía tan metido como estaba en cerrar aquel contrato, en conseguir que plasmara su firma en el final de las hojas marcadas con su nombre, pero cuando lo hiciera, cuando lo entendiera, sería como ella misma había dicho.

—Quiero ser invencible.

12

Jess

—Por la próxima escritora *superventas* del Reino Unido —Meredith levantó su copa y la voz mucho más de lo que me hubiera gustado.

Mi padre había organizado un almuerzo rápido en uno de los restaurantes que estaban cerca del edificio donde había firmado mi primer contrato editorial y de representación. Seguía dándole vueltas a la forma en la que Nicholas Donovan había conseguido convencerme y ninguna de las palabras que se reproducían en mi mente me daban la solución, incluso creo que el hablar de Pompón fue lo que me hizo ponerme el corazón blandito, aunque si me ponía a pensarlo de verdad, estaba casi segura de que sus palabras susurradas en mi oído, la manera en la que su cercanía me había hecho sentir, ese miedo que había revelado eran los culpables de que hubiera firmado aquellos papeles. O tal vez era otro tipo de miedo, uno del que no quería preocuparme en aquel momento en el que me bebía de un solo trago la copa de champán que tenía en la mano.

—Estoy muy orgulloso de ti —mi padre estaba a mi lado y me tenía atrapada en un abrazo que no quería que terminara nunca— Te mereces todo lo bueno que está por llegar, me alegro muchísimo que

no hayas dejado de aprovechar esta oportunidad.

Le di un beso en la mejilla y le limpié una lagrima que le recorría el rostro sin ser consciente de que yo tenía una idéntica en el mío. Yo también estaba orgullosa, a pesar de que el miedo —que no sabía como me había sido tan fácil reconocer frente a Nick—, me paralizaba y me hacía plantearme una y otra vez si el resultado que obtendría de todo aquello sería realmente satisfactorio.

Poco después de que entre él y yo, de una forma mucho más profesional de lo que esperaba después de las frases compartidas, cerráramos el contrato de representación en las redes sociales, hizo entrar de nuevo a mi padre, a mi mejor amiga, que seguía algo mosqueada por haberla hecho salir de allí y no poder presenciar las palabras que habíamos compartidos y que yo me negaba a reproducir, y al editor, con el que hablé largo y tendido sobre la publicación del libro, llegamos a un acuerdo en el que se incluía la publicación de un segundo libro, convirtiendo *Pasión sin limites* en una bilogía.

Para mí, todo lo que estaba ocurriendo me estaba resultando demasiado surrealista, en ningún momento había imaginado que lo que me estaba pasando fuera real, el día que decidí empezar a escribir aquella novela no lo hice por entrar en un mundo que no conocía, no fue un arrebato de buscar algo con lo que me identificara, fue… fue algo más. Escribir aquella historia fue una vía de escape, fue la manera en la que encontré la salida a algo que llevaba tiempo asfixiándome, fue la llave que abrió las puertas, las ventanas y que tendió un puente en el abismo que era mi vida, aunque Harry fue el cerrojo que conseguí abrir en aquel caso y, esa misma persona, mi ex, con el que había compartido los últimos años de mi vida, caminaba directamente a la mesa que ocupábamos en aquel momento, con una sonrisa demasiado condescendiente en el rostro.

De repente, el tiempo se congeló a mi alrededor de tal manera que noté que mis dedos se crispaban, que todo temblaba a mi alrededor, que mi sonrisa se forzaba y las ganas de salir de allí se convertían en una prioridad. Mi padre sabía que la relación entre ambos había terminado, entendía que no había quedado una amistad de la que se pudiera presumir, pero ambos nos habíamos comportado como adultos siempre que la situación lo requirió. Aquel momento no era uno de esos, nuestra relación se había roto por aquella novela, o tal

vez había sido antes. Ya no quería pensar en aquello, al menos no más de lo que me permitía hablar de ella dentro de la consulta de mi psicóloga, a la que iba porque Meredith me había dicho que me haría bien, tal vez por eso en aquel momento noté como unos dedos se enlazaban a los míos y al levantar el rostro la vi a mi lado.

Meredith era mi ángel de la guarda, esa estrella única que ilumina el cielo cuando todo se te hace demasiado intenso y no encuentras la salida, así que cuando la miré dibujé la sonrisa que solo ella se merecía, con la que le dejaba claro que contaba con su amistad por esas manos que me colocaba en la espalda para no quedarme atrás, por esas palabras de aliento y, sobre todo, por hacer que me escuchara a mi misma y me diera cuenta de que yo era la única persona que me podía impulsar hacia delante, que podía mantenerme en mi camino, aunque el miedo siguiera colgando de mi espalda y lastrando más libras de los que podía acarrear.

—Vaya, la familia Evans en el restaurante y nadie me había informado —el tono irónico que usó no me pasó desapercibido y sé que a mi amiga tampoco, porque su mano me apretó más fuerte para recalcar su presencia a mi lado, pero que a mi padre le pasó inadvertido—. ¿Qué se celebra?

Mi padre se levantó de la mesa y le dio ese abrazo típico entre hombres que se aprecian, el que va acompañado con un par de golpecitos en la espalda y una sonrisa De oreja a oreja, aunque Harry no dejara de mirarme a mí.

—Papá…

Intenté advertirle, que me mirara antes de abrir la boca y de decir algo de lo que yo pudiera arrepentirme, porque eso era lo que siempre me pasaba con mi exnovio, que sentía que lo que hacía no se merecía tantos bombos y platillos y él ya había minado mi autoestima durante demasiado tiempo.

—Mi niña, que ha dado un paso más hacia delante —respondió sin añadir nada más, cosa que agradecía.

—Me imagino que eso significa que al fin se ha dado cuenta de que trabajar en esa librería no le iba a aportar nada en el futuro —en aquel momento tuve que ser yo quien le apretara la mano a Meredith para que no lo atacara, porque se estaba poniendo roja por sus comentarios—. Ya se lo dije cuando estábamos juntos, ese mundo no

llena el frigorífico.

Y esa verdad que me lo había dicho en muchísimas ocasiones, muchas más de las que me gustaría recordar, pero aquello era lo más suave que me decía durante nuestra relación y me daba miedo pararme a pensar todo el tiempo que aguanté aquellos comentarios sin darme cuenta el daño que me estaban haciendo.

—Harry, hoy no trabajas, ¿qué haces aquí? —dijo de repente mi padre, sorprendiéndonos con su tono autoritario.

—Me gusta saber qué es lo que pasa en el restaurante.

Y en parte tenía razón, él era el maître de ese restaurante, no es que fuera suyo, pero sí era el encargado de que todo funcionara con la misma precisión que un reloj suizo. Cuando mi padre me dijo que íbamos a ese restaurante en concreto, aunque nunca se hubiera metido en qué era exactamente que había ocurrido entre Harry y yo, y sabiendo yo como sabía que intentaba por todos los medios posibles evitar estar en el mismo sitio que mi ex, imaginé sin necesidad de que me lo dijera directamente que él no estaría. Sin embargo, no me impresionó que apareciera de esa manera, siendo el centro de atención. Harry era de los que le gustaba hacer la entrada triunfal allá donde iba, aunque no estuviera invitado.

—Hoy es tu día de descanso y yo soy el jefe, así que me gusta que mis empleados respeten los horarios que se les asignan —dijo mi padre de manera tajante—. Creo recordar que tuvimos unas palabras hace solo un par de días.

Ahora sabía parte de la conversación que habían mantenido los dos el día que me lo encontré en el callejón de atrás del restaurante y sabía, porque no había que ser muy inteligente, que mi padre había organizado toda esta comida del restaurante sin saber cual iba a ser el resultado de la reunión, estaba casi segura de que había planeado varias opciones, desde la celebración que estábamos teniendo a una más sombría en la que me daba ánimos o a saber que cantidad de ideas se le habían pasado por la cabeza.

—Lo sé, señor Evans, solo quería pasarme a saludar ya que sabía que iban a estar aquí, no vengo en calidad de trabajador. —Harry era un tipo listo y sabía cuándo tenía que cerrar la boca o qué palabras decir para parecer arrepentido—. Solo quería felicitar a Jessica.

Philips Evans era un hombre de negocios y se sabía cuándo y

cómo actuar, por eso supe que el gesto que le hizo con la mano para que lo acompañara fuera del reservado en el que nos encontrábamos era para no montar un escándalo allí mismo y que a mi ex le esperaba un par de palabras nada cordiales y que acabaría pidiendo disculpas mil y una vez por la interrupción y por presentarse donde no había sido invitado, pero el daño ya estaba hecho. Ya me había jodido la celebración, las ganas de seguir chocando copas de champan, de sonreír y de disfrutar de lo que parecía que era un nuevo futuro para mí se había esfumado como la espuma de una ola al morir en la orilla.

Al parecer, Nicholas quería empezar a trabajar lo antes posible en mis redes sociales. Durante la reunión había descartado crear perfiles nuevos y en parte entendí por qué lo había hecho, pues había sido muy convincente. No era aconsejable que apareciera de la nada, y que me hiciera notar en el mundo en el que llevaba desde hacía bastante tiempo y donde había pasado desapercibida era una manera de reclamar mi sitio. Mi perfil, ese del que se había mofado porque estaba repleto de fotos de Pompón y de rincones de Londres, de librerías y lo que se llevaba después de la pandemia, es decir, fotos de comida y cosas así, decía que tenía su atractivo y que mis *followers*, que eran más bien pocos, interactuaban siempre con mis publicaciones y que teníamos que aprovechar ese *engagement,* que sería muy beneficioso para lo que queríamos provocar, que ellos se encargarían de crear el primer bloque de interacción con nuevos posibles seguidores, lo que se traducía en lectores, en ventas. Lo que venía siendo crear un *hype* fuerte alrededor de una autora desconocida para el mundo, pero que siempre había estado ahí. Así que cuando recibí un WhatsApp diciéndome que mirara mi correo electrónico no me sorprendió ver las primeras pruebas para las publicaciones que quería que empezáramos a subir inmediatamente.

No entendí en que momento había tenido tiempo de preparar aquel correo con una cantidad ingente de imágenes que me sorprendieron. Me quedó claro que sabía desde hacía un tiempo que iba a llevar mi cuenta, que había querido que mostrara mi cara en las redes sociales, pero había entendido que ese era uno de mis limites,

así que las ideas que me había pasado eran del todo reveladoras para lo que quería hacer con mi cuenta, pero lo más sorprendente era que el texto que acompañaba a cada foto lo dejaba todo muy claro, pretendía que hiciéramos una sesión de fotos en las que yo posara, y aquello era algo que él sabía que yo no iba a hacer.

No sé cuantas veces leí el correo que me había enviado esperando que aquella petición no fuera realmente lo que me estaba diciendo que tenía que hacer, pero en cada una de las lecturas que le había dado al texto en todas acababa leyendo la cláusula en la que decía claramente que yo aceptaba aquello. No recordaba haber leído nada de aquello cuando firmé el contrato y sin embargo, mi rubrica estaba plasmada al final de aquella captura de pantalla que había adjuntado también al correo. Nicholas Donovan me estaba dejando claro que era un hombre que no dejaba nada al azar y que ahora me tenía donde quería, lo peor de todo era que algo en mi interior me decía que yo también quería esta ahí, pero no iba a dejar que hiciera lo que le diera la gana, yo tenía la última palabra, eso me había quedado claro y pensaba decírselo, y no con una respuesta a su correo, ni con un maldito mensaje, ni siquiera un audio en los que me quedara a gusto cuando le diera al botón de enviar, no, aquello pedía a gritos algo más radical.

13

Nick

Una sonrisa tonta se me dibujó en la cara cuando su nombre apareció en la pantalla de mi teléfono, pero no el que usaba para trabajar, sino el personal, ese que no le daba a nadie así como así y que sin embargo había decido que fuera el que Jess tuviera.

Había hecho mi jugada y estaba dando sus resultados. Puede que hubiera sido un poco cabrón, no voy a negarlo, pero ella había firmado aquel contrato y se le leyeron todos y cada uno de los puntos y ese era mucho más importante de lo que ella podía imaginar y mi amigo Devon había sido el encargado de preparar aquel apartado del contrato ya que él me ayudaría a llevar el *marketing* y a crear la imagen y marca que quería para Jessica Oliva Evans. No podía pasar por alto la atracción que sentía por ella, tal vez eso había formado parte del juego en el que me estaba metiendo, aunque usaba como excusa que ella sería ese escalón que me faltaba por subir para conseguir que todo aquello por lo que había luchado durante tantos años, al fin diera sus frutos y recibiera el reconocimiento que me merecía. Si que nadie podía discutir que mi empresa estaba entre las más influyentes de su categoría, pero no quería solo estar en esa lista,

quería encabezarla.

—Nicholas Donovan, dígame —respondí la llamada sabiendo que aquello la molestaría.

—Me niego a realizar lo que me has pedido, eso no es lo que hablamos, me prometiste que yo tenía la última palabra y es esta: NO.

Quise soltar una carcajada, pero conseguí retenerla en el último momento, si quería llevar aquello a cabo tenía que seguir con el plan inicial y la idea que Devon había tenido era mucho más que buena y no quería dejarla pasar además, si leyera bien el contrato se daría cuenta de que no estaba incumpliendo ninguna cláusula, y vale que ella tuviera la ultima palabra, eso era indiscutible, pero ambos sabíamos que había muchas más cosas en juego y hablar de dinero y fama con ella no surtiría efecto, tenía que usar otra opción y esa la tenía también muy clara.

—Creo que estás equivocada, señorita Evans —comenté mientras me acomodaba en el sofá que tenía en el despacho de la oficina y me aflojaba la corbata—. Como has podido ver, ya que he querido dejar claro todo en el correo, esa cláusula fue leída, aprobada y firmada y, efectivamente, tienes la ultima palabra, pero no puedes decir NO así como así, porque entonces no haríamos nada y al final serías tú quien estuviera incumpliendo el contrato, recuerda lo que eso conlleva.

Se hizo un silencio en la línea telefónica y supe que había ganado aquel primer encuentro entre ella y yo y por eso decidí seguir siendo quien hablara en aquella conversación, no quería dejar pasar un día sin subir nada a sus redes sociales, las cual ya había puesto en un nuevo funcionamiento y lo primero que le había pedido a mi amigo y al resto del equipo de *marketing* el día antes de la reunión es que necesitaba un nuevo *feed* y de manera urgente y eso era realmente lo que quería que ella aprobara en aquel momento, todo lo demás llegaría solo.

—La nueva imagen de tu tablón debe de cambiar de manera inmediata, lo primero que hice nada más saliste de mis oficinas fue cambiar tu cuenta de personal a profesional y la descripción de esta.

La escuchaba respirar, cada vez de manera más intensa, me preocupé de que se pudiera a hiperventilar, pero cuando escuché el sonido de teclas de fondo supe que lo que estaba haciendo era meterse en su cuenta para ver esa nueva información que había introducido en

su cuenta y de la misma manera sabía que no le pareció mal cuando escuché un suspiro de fondo.

—Jess, esto es importante y tú lo sabes. No voy a hacer nada con lo que sepa que no vas a estar a gusto, pero tienes que entender que de ahora en adelante tu vida va a cambiar. Hemos aceptado que tu imagen no sea publica de momento, pero tu misma te darás cuenta de que necesitaras mostrar un poco más de ti a cada paso que des. Este mundo no es el del modelaje, ni el famoseo con salseo al que uno está acostumbrado en las redes sociales.

Me quedé un par de segundos callado para volver a escucharla respirar, porque se había quedado en silencio. Era mucho que procesar y quería ponérselo lo más fácil posible, tal vez por eso había usado el diminutivo de su nombre, para que me sintiera más cerca.

—Hoy ya nos hemos reunido, así que no te haré volver a las oficinas, pero me gustaría que me dejaras poner solo las tres primera imágenes, es algo que ha creado mi equipo y estoy seguro de que cuando te des cuenta todo lo que conlleva el grupo de imágenes te gustará y mañana me encantaría que vinieras, o que nos viéramos donde tu quieras, donde te sientas a gusto y hablemos del resto del correo.

—Puedes subir esas tres imágenes —respondió tiempo después, el cual se me hizo demasiado largo, aunque entendía que su vida estaba sufriendo cambios importantes, solo esperaba que entendiera que todo era por su bien.

—Genial, nos pondremos a ello ahora mismo, recuerda que esto es bidireccional, si quieres publicar algo en tus perfiles, mándame primero un mensaje para decírmelo, no queremos que se solapen informaciones contradictorias, además, aún tenemos que hacer el estudio de qué horas son las que van mejor para tu cuenta —sabía que la estaba saturando con toda esta información, pero se trataba de eso mismo, de que dejara de pensar—. Ahora te voy a mandar unos ejercicios. Busca el hashtag *#bookstagram* y sus derivados en Instagram, así verás como trabajan autoras y reseñadoras y entenderás que es lo que queremos hacer. Estoy seguro de que te gustará.

Se despidió con un gruñido y era claro que le jodía que en aquella ocasión hubiera sido yo quien hubiera ganado, pero tenía que empezar a darse cuenta de todo lo que estaba a punto de suceder en su vida,

siempre, claro está, que su libro funcionara como queríamos, pero tenía claro que eso no sería un problema. *Pasión sin limites* sería todo un éxito.

—¿Estás seguro de que esto no es personal?

Había llamado a Devon para que concretáramos las siguientes publicaciones del perfil de Jess. Lo primero que había hecho es cambiar su nombre, ella usaba

—¿Estás seguro de que esto no es personal?

Había llamado a Devon para que concretáramos las siguientes publicaciones del perfil de Jess. Lo primero que había hecho era cambiar su nombre, ella usaba Jessica Evans y era correcto, pero si quería pasar desapercibida, si quería que su anonimato fuera real, J. Olivia Evans sería el ideal, ya que seguiría siendo ella misma y nadie la relacionaría de primeras con su padre, al menos hasta que la convenciera para que se mostrara al mundo, para que olvidara esa tontería de que tenía miedo. Había escrito una puñetera novela erótica y la persona que se encontraba tras aquellas palabras no era la que había conocido en la reunión y sí con la que había pasado una tarde maravillosa perdido entre sus piernas.

—Es trabajo y creo que te estoy pagando por ello —respondí cabreado, sobre todo por los pensamientos que se me pasaban por la cabeza.

No era normal en mí. Yo no era un tío al que le gustara repetir con las tías y, si lo hacía, ellas tenían claro que lo que compartíamos era solo sexo. Y Jess había sido solo sexo, ¿verdad?

—Vale, vale —levantó las manos y se apartó de mí un par de pasos—. Me pagas muy bien y no quiero ser yo quien ponga en peligro mi dinero. Pero esa chica está muy buena y si tu no estás interesado…

—Es una clienta, Devon. No mezclo el placer con el trabajo y mi equipo tampoco lo tiene permitido —respondí más brusco de lo que quería sonar. Pero el solo pensar en que él pudiera tener algo con Jess me había puesto los pelos de punta—. Tenemos que hacer esas fotos y me tienes que decir como convencerla para ello.

—Bueno, solo tienes que pedírselo —su voz es burlona y su

mirada me lo corrobora—, no es nada del otro mundo.

—Te pasé su perfil de Instagram, has visto sus fotos, o mejor dicho, has conocido a su conejo y que es asidua a Pinterest, ¿de verdad crees que se hará fotos de ese calibre?

Devon se levantó de la silla que ocupaba en mi apartamento. Cuando trabajaba con una de esas cuatro personas que consideraba mis hermanos en un proyecto, no los citaba en la oficina. Aquello era para reuniones con las personas que no tenía relación o a las que quería intimidar o impresionar, pero ellos siempre venían a mi casa. Era mi lugar de desconexión en el que podía llevarme trabajo pero seguir siendo yo mismo.

—Nick, tu eres quien la conoce, incluido el sentido bíblico, así que eres el que más fácil lo tiene. Pero si tienes dudas, o quieres que sea yo quien se lo pida…

Supe al momento que estaba intentando ponerme a prueba. Devon era el peor del grupo, el que tenía la lengua más suelta y el que no tenía ningún problema en hacer nada aunque supiera que las consecuencias no fueran favorables. Tal vez no era tan descabellado pasarle a él la pelota de convencerla de hacer las fotos que él mismo había sugerido. Puede que esa fuera la clave, pero tenía que explicarlo de la manera apropiada, de que no leyera entre líneas que yo estaba deseando ver aquellas fotos. Devon era el experto en *marketing*, yo el que resolvía el algoritmo de las redes sociales aunque este cambiara mil veces en el mismo día.

—Tenemos esta semana para plantearle de nuevo las muevas publicaciones —dije intentando disimular la ansiedad que me creaba el imaginarme las fotos en mi cabeza—, y tú eres el artífice de la creación. Me imagino que ya tienes fotógrafo.

Mi amigo se había puesto a dar vueltas por el despacho, ese que estaba comunicado con el salón y en el que había leído el manuscrito de Jess mientras no dejaba de tocar una y otra vez la pantalla de su teléfono móvil. Si no fuera porque lo conocía, podría haber pensado que había desconectado de nuestra conversación hacía ya varios minutos.

No me contestó de manera inmediata, como a mí me gustaba. Si había algo que me desesperaba y que él sabía sin necesidad de recordárselo, era que me tuvieran a la espera de una respuesta. Pero

esa actitud que desprendía en aquel momento era la que lo hacía el mejor en su trabajo. Si algo de verdad lo convertía en implacable era que no cejaba en los intentos que tuviera que realizar hasta que supiera que obtendría lo que se había imaginado. Esa era su virtud: visionaba el resultado, ese final que le daba lo que quería y tenía claro que eso era lo que acabaría consiguiendo. Sabía que las fotos que quería realizarle a Jess eran perfectas aunque él solo me hubiera plasmado una idea, la misma que yo le había escrito a ella en un correo. Pero tenía claro que teníamos que hacerlo, así que esperé pacientemente a que levantara la cabeza de su móvil y me dijera aquello que nos diera la solución.

—Thomas Greendwood —dijo de forma tajante y a mi se me dibujó una enorme sonrisa.

Escuchar aquel nombre era como bañarse en una piscina de monedas de oro, relucientes y brillantes a la vez de molestas porque cuando se te clavaban en algunas partes del cuerpo se volvían dolorosas. No tuve necesidad de preguntarle como lo había conseguido. Mi amigo tenía un don, uno que hacía convertir las margaritas en florecientes rosas perpetuas. No siempre significaba que las segundas fueran mejores, solo que atraían al publico necesario para que se quedara el que de verdad acababa valorando a las simples flores de hojas blancas a las que siempre acabábamos preguntando el sí o el no de lo que nos importaba en la vida.

—Hoy has subido el primer post del cambio de *feed* de tu clienta —Devon seguía sin levantar la vista de su teléfono y empezaba a ponerme nervioso—. No es una maravilla, pero ha conseguido más de un setenta y cinco por ciento de interacción y de sus seguidores no han compartido aun ni la mitad su nueva publicación. Pero no adelantemos acontecimientos, no hace ni tres horas que se ha anunciado un nuevo cambio y viendo con la asiduidad que tu chica publica, será un cambio difícil para que sus actuales seguidores se acostumbren a estar pendientes de sus redes.

No me sorprendía que Devon estuviera al corriente de todos esos datos. Yo aún no había mirado el informe que me había pasado. Pero él era minucioso. No solía trabajar con las redes sociales, por no decir que odiaba tener que involucrase en ese mundo. Sabía que hacer aquello era más por mí que por los beneficios que pudiera obtener de

ello, así que solo me quedaba agradecérselo. Aunque él tampoco era dado a aceptar palmaditas en la espaldas por su trabajo. Lo hacía porque le gustaba. Porque había nacido para ello.

Me levanté de mi sillón y me acerqué a él para mirar por encima de su hombro. Como había imaginado, estaba leyendo el informe que mi equipo había mandado. Les había dicho a todos y cada uno de ellos de que Devon Sinclair era mi mano derecha en aquella cuenta y que todo lo que yo tenía que saber también debería llegar a su correo electrónico. Si de alguien me fiaba al cien por cien, era de mi mejor amigo, incluyendo a Owen, Patrick y Luca. Incluso puede que acabara poniéndome en contacto con ello más adelante si conseguía que Jess y su historia sobresaliera entre todas.

—Entonces, ¿vas a dejarme que me entreviste con ella? —dijo cuando al fin se metió el teléfono en el bolsillo de sus vaqueros.

Esa era otra diferencia entre mi amigo y yo. A él le gustaba ir cómodo. Aunque tuviera una entrevista con la mismísima Reina de Inglaterra; tenía claro que si se daba el caso, aunque le pesara, acabaría poniéndose un traje de tres piezas y sobresaldría por encima de los cinco amigos.

—Me gustaría presentaros primero —ni siquiera supe porque dije aquello. Quise pensar que era porque yo era el jefe y no porque ella pudiera fijarse en él.

¿Quién no miraría de arriba abajo a Devon Sinclair? Si hasta su nombre tenía un regusto a novela de la regencia. Era alto, con las facciones de la cara cinceladas en mármol, una incipiente barba de dos días que siempre mantenía a raya y una perilla que hacía resaltar sus labios. Por no hablar de su pelo color trigo y los ojos del azul de un día de primavera. Eso sin hablar de los tatuajes que cubrían su cuerpo y que contaban su historia.

Puede que todos tuviéramos que tomar su ejemplo y plasmar en nuestra piel las cosas que nos habían pasado hasta llegar a donde estábamos. Él había sido el único valiente en gritárselas al mundo, aunque cada uno habíamos clamado al cielo de una manera diferente nuestro pasado.

—Sigue con las dos publicaciones que te quedan. El sábado me toca a mí elegir donde tomarnos unas cervezas. —Ya se dirigía hacia la puerta de mi apartamento, poniéndole fin a la reunión—. Entonces

hablaremos de la siguiente estrategia y me encantará conocer la opinión del resto de nuestros hermanos.

Nos dimos un abrazo, de esos que siempre acompañábamos de un apretón en el hombro. Uno que nos ayudaba a recordar que siempre estaríamos ahí los unos para los otros. Sin necesidad de pedir ayuda. A solo una llamada de teléfono.

14

Nick

La nueva presentación de Jess en las redes sociales estaba resultando un éxito rotundo y eso que lo único que habíamos llevado a cabo en las primeras cuarenta y ocho horas había sido subir una imagen con el fondo en color verde agua, el tono que creía que le iba a ir más a ella cuando aceptara hacerse las fotos, porque no me cabía duda de que acabaría aceptando, con una frase sencilla. Simplemente habíamos puesto: «¿Estás dispuesto a adentrarte en lo prohibido?».

Era algo con lo que siempre me gustaba jugar. Frases con más de un sentido. Puede que más de uno se lo hubiera llevado a un ámbito que no queríamos, me constaba que el equipo que había puesto a trabajar en su cuenta había eliminado algún que otro comentario fuera de lugar, descartando seguidores fantasmas y evitando que ella leyera privados de los que la harían correr en dirección contraria.

Puede que hubiera hecho algo de trampa, pero era necesario para que todo funcionara bien. No se habían eliminado todos los mensajes que no deberían estar, se habían dejado algunos que la hicieran tener los pies en la tierra. Pero aquellos dos días nos habían dado suficiente tiempo para saber como proceder a la próxima publicación. Teníamos

una idea de cuál era la hora más idónea, cuál sería la imagen que la acompañaría, aunque fuera sacada de un banco de imágenes. Y lo más importante, su cuenta había superado en un doscientos por cien el numero de seguidores y eso era una muy buena señal.

No había recibido ningún mensaje de ella y había esperado alguno recriminándome alguna de las acciones que habíamos realizado en la cuenta sin haberle pedido permiso. Realmente no lo necesitábamos. Ella solo tenía la última palabra para las publicaciones de Instagram, pero no sería yo quien la informara de ello, por lo menos por el momento.

Tenía su perfil abierto en la pantalla de mi portátil, a la espera de la hora indicada de que la publicación nueva estuviera en su *feed*. Le había dado varias veces a F5 para refrescar la pagina. Mi equipo era puntual como el Big Ben, así que realmente no sabía porque lo hacía, ya que hasta que el reloj no dieran las doce esta no aparecería para nadie y menos para mí. Y al fin, ahí estaba y una sonrisa se me iluminó en la cara cuando la vi. No era nada del otro mundo. Puede que fuera una imagen por la que habíamos pagado, pero cada vez que la miraba me recordaba a aquella tarde que habíamos pasado juntos.

La costa en la que estaba el hotel en el que nos habíamos conocido, con este de fondo, apareció frente a mi. Puede que no fuera nada del otro mundo, pero el texto que se había aprobado y que aparecía bajo la imagen era lo que llamábamos en este negocio un reclamo perfecto.

Cuando las estrellas se alinean y aún no se ha puesto el sol.

Aquí empezó mi nueva aventura.

¿Estás dispuesto a seguir adelante?

#alimentatuslimites

En la pantalla seguía su publicación abierta. Aun no le había dado a actualizar aunque ya habían pasado varios minutos. Le había mandado un mensaje a Jess informándole de a qué hora se actualizaría y le había pedido que si le apetecía, publicara alguna *storie*, aunque fuera de su conejo enano, pero me había dejado en visto, así que yo había decidido esperar y así me encontraba en aquellos momentos. Quería que me mandara un mensaje, que reaccionara a la publicación. Que me diera alguna señal de que no solo me había leído. Necesitaba saber que estaba involucrada.

Cuando habían pasado diez minutos y no se había pronunciado, actualicé su pagina y la interacción estaba siendo buena. Iba a ser un camino difícil de recorrer, pero por ahora teníamos tiempo suficiente.

Morris me había dicho que esperaríamos unos meses para publicar la novela. Sabía que habían apostado fuerte por ella, al igual que yo. No querían meter la pata y el dinero que se estaban gastando en su publicidad me lo estaba dejando muy claro.

Mi móvil vibró encima de la mesa y se me dibujó en la cara una sonrisa estúpida. No era el sonido que le había asignado a su contacto, pero solo tenía una notificación en activo y era de su perfil. De sus actualizaciones.

Lo había hecho. No me había contestado, pero me había hecho caso. Un paso, pequeño, sí. Pero un paso al fin y al cabo.

Abrí la aplicación y allí estaba la *storie* que estaba esperando. Aunque a decir verdad, era mucho más de lo que esperaba. Me había imaginado que compartiría el post que habíamos subido, o como le había indicado, una foto de su mascota. Pero no, era algo mucho más jugoso y, lo mejor de todo, es que no era una maldita foto de un banco de imágenes, era ella. No mostraba su rostro, no se le identificaba, pero yo sabía que era ella.

Un lunar. Eso era todo lo que me hizo falta ver para saber de lo que había sido capaz de hacer. Ese mismo lunar, bajo su omoplato derecho, el cual había lamido y saboreado durante la tarde que habíamos pasado juntos. Pero no era aquello lo que verían sus seguidores, si no la palabra que había escrito bajo la foto: Miedo.

Era un mensaje para mí. Solo para mí, y eso me hizo notar un cosquilleo que me recorrió toda la espalda. Uno idéntico al que sentí cuando sus uñas me arañaron la piel. Unas uñas que me marcaron y que quería que lo siguieran haciendo una noche más. Muchas noches más.

Moví la cabeza para eliminar aquellos pensamientos. Tenía claro que Jess me ponía como una puñetera moto. Que recordar las cosas que habíamos compartido aquella tarde no era nada recomendable. Menos aún para el dolor de huevos que me dejaba la sensación de vacío que se me había quedado desde entonces.

—Joder.

Solté el teléfono sobre la mesa e inspiré y expiré varias veces

intentando mantener mi libido a raya. Jess era una clienta. Jess no podía traspasar aquella línea. Yo no debía traspasar aquella línea.

Decidí darme una ducha, la necesitaba y a ser posible, bien fría. Cuando me dirigía al baño, empezó a sonar el teléfono que me ponía en contacto con la gerencia del edificio. Si hubiera sido de la oficina me habrían llamado directamente de unas plantas más abajo, por lo que aquello significaba que quien estaba intentado acceder era alguien ajeno a la empresa y que no estaba en la lista de visitantes.

—Donovan —dije nada más descolgar.

—Disculpe que le moleste, señor Donovan. —Ralph, el gerente que llevaba conmigo desde que adquirí el edificio siempre intentaba molestar lo mínimo posible, por lo que aquello tenía que ser algo importante—. Tiene una visita, pero no la tengo en la lista.

—¿De quién se trata?

—Se ha identificado como Oli. No me ha dado el apellido.

Mi pulso se disparó de inmediato. ¿Qué hacía ella allí? ¿Por qué había usado su segundo nombre?

Le indiqué a Ralph que le permitiera entrar y que la mandara directamente a mi apartamento. Allí no había entrado nunca nadie que no fuera de mi familia. Pero algo me decía que si había llegado hasta aquí, sin avisarme y sin dar su nombre completo, era por que quería ocultar algo. ¿Podía haber hecho algo mal? No lo tenía claro. Pero estaba dispuesto a descubrirlo.

Miré a mi alrededor para confirmar que no hubiera nada fuera de su sitio, aunque era algo bastante complicado. En el ático del edificio, donde supuestamente se encontraba mi hogar, no hacía más que dormir o pasar horas en el estudio. No recordaba siquiera cuando había sido la ultima vez que había preparado algo en la cocina que no fuera abrirme una cerveza o sacar un paquete de alguna porquería de la alacena.

Había una mujer que venía dos veces en semana y estaba casi seguro que estaba tirando el dinero uno de los días, pero mi obsesión por el orden y por darle trabajo a alguien me impedía pedirle que viniera menos veces al mes para mantener en orden lo poco que ensuciaba.

Me acerqué a la puerta esperando escuchar el ruido del ascensor cuando fui consciente de que de nuevo tenía un maldito bolígrafo

entre los dedos que no paraba de girar. Lo solté con rapidez cuando la campana anunció que alguien había llegado a la planta privada, poniéndome en alerta.

Podía haberme mirado al espejo para comprobar mi aspecto, pero lo único que hice fue pasarme las manos por el pelo en un par de ocasiones. Llevaba la camisa remangada hasta los codos; hacía bastante tiempo que había dejado la corbata sobre la mesa de mi despacho y había abierto un par de botones. Incluso me había desprendido del cinturón que solía usar con los pantalones del traje. Jess era la que aparecía de manera inesperada allí, si no le gustaba lo que veía, tampoco debería de suponer un problema, ¿no?

Abrí la puerta justo cuando ella estaba alzando la mano para golpearla. La miré de arriba abajo. No pude evitarlo. Al igual que no pude evitar que mi polla se endureciera en el interior de mis pantalones. Estaba increíble y estaba seguro de que la ropa que se había puesto no era casualidad.

Apoyé un hombro sobre el quicio de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho mientras examinaba su cuerpo. Fui minucioso y supe que no le molestó, porque cuando llegué a su rostro se estaba mordiendo el labio inferior y me estaba mirando como si quisiera que los botones de la camisa que aun seguían dentro de sus ojales saltaran por los aires.

Iba subida a unos malditos tacones rojos de aguja y pude ver el largo de sus piernas casi al completo, porque el pantalón que llevaba, porque si es que se le podía dar ese nombre a aquella prenda que apenas cubría su piel. Estaba casi seguro de que si pudiera contemplar su culo vería la redondez de sus nalgas asomando en la parte donde empezaban los dichosos pantalones. Pero ahí no acaba todo, llevaba la maldita barriga al aire. La camiseta que llevaba parecía más un puñetero sujetador que otra cosa… ¡Maldita Jessica Olivia Evans, quería acabar conmigo! Al menos si su intención era que me dolieran los huevos lo estaba consiguiendo.

—¿Te gusta lo que ves?

Claro que me gustaba, joder. Y también me gustaba su tono pícaro al decirlo.

—No está mal —respondí de forma indiferente, aunque lo que de verdad quería hacer era tirar de su mano, cerrar la puerta y follármela

sin descanso.

Jess elevó una de sus cejas. Me había dejado claro con aquel simple movimiento que no se había creído mis palabras, aunque tampoco es que me importara.

—¿Puedo ayudarte en algo? —-pregunté mientras intentaba mantener la postura relajada en la que me encontraba. En realidad estaba deseando de meter la mano en el interior de mis pantalones y acomodar la inflamación que me estaba provocando, pero no quería delatar mi estado. Pero fue inútil, porque ella miró hacia abajo y antes de que hablara ya sabía que se había percatado de lo que había conseguido con aquel conjunto.

—Creo que eres tu quien necesita ayuda.

Dio un paso hacia mi, acortando tanto la distancia entre nosotros que estábamos compartiendo el mismo aire. Mierda. Un poco más cerca y podría saborear su boca, pensé cuando de repente noté como su mano se colocaba en mi entrepierna y notaba como abarcaba todo lo que podía con ella.

Ahogué un jadeo, pero es que si yo me notaba caliente, la palma de su mano ardía. El calor que desprendía estaba a punto de calcinarme. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Por qué estaba allí y qué pretendía con todo aquello?

—Jess, estás jugando con fuego… —mi voz sonó más ronca que de costumbre, pero es que la garganta se me había quedado seca.

—Oli… —respondió moviendo la mano por la longitud de mi miembro— Y tu eras Nick, ¿verdad?

No tenía ni idea de que demonios estaba pasando y porqué narices ella estaba jugando a eso, pero si quería que volviéramos a los roles que usamos en el hotel, yo estaba más que dispuesto. Se lo había dejado claro en la reunión cuando nos habíamos quedado a solas. Quería follármela de nuevo. Quería volver a sentir como me apretaba en su interior y me dejaba sin aire cuando llegaba al éxtasis. Tanto el suyo como el mío. Pero no podía ser.

Era mi clienta.

No mezclaba el placer con el trabajo.

Jess estaba vetada.

Me repetí un par de veces aquellas frases en la cabeza mientras ella seguía tocándome. Se me olvidó que era lo que estaba diciéndome

cuando me empujó con la mano libre en el pecho y me metió en el interior del apartamento y cerró la puerta a su espalda.

Dejé de pensar al completo cuando su boca se estampó contra en la mía e introdujo su lengua para hacerme olvidar que demonios era importante. Ella se había convertido en lo único en aquel momento.

La rodeé con mis brazos, deslizando las palmas por su espalda hasta llegar a su trasero y confirmar mi teoría de la longitud de sus pantalones. Lo abarqué con fuerza, estaba seguro de que se le quedarían marcados los dedos, pero la necesidad de elevarla y que sus piernas me rodearan fueron infinitas.

Jadeó en mi boca cuando su punto caliente se alineó con mi empalme. Dios, tenía que buscar un lugar donde apoyarla. Podía ser contra la pared, ya llegaríamos a un lugar que me permitiera ponerla en horizontal, así que di un paso a mi derecha y cuando su espalda golpeó con suavidad la superficie plana, tomé el control del beso. Mordí, lamí y succioné sus labios hasta dejarla sin aliento, por lo que en el momento en el que se separó para recuperar la respiración recorrí su barbilla con los dientes y acabé mordiéndole el cuello. Notaba su vena palpitar por la excitación, al igual que su corazón golpeando con fuerza contra mi pecho. Estaba tan cachonda como yo. Eso era algo que me había encantado aquella tarde que habíamos compartido juntos. Me había fascinado lo receptiva que era. Como se involucraba para dar y recibir el placer a partes iguales y quería repetirlo de nuevo.

—Fóllame —jadeó mientras sus manos se metían entre las hebras de mi pelo y yo soplaba en el punto donde sabía que mis dientes le dejarían marca.

Quería dejarle todas las que fueran necesarias para que volviera a por más. En la vida había pensado en la necesidad de que una chica se mirara al espejo y viera las huellas que la pasión que había despertado en mí había dejado en su piel. Pero ella era diferente. Lo supe en el momento en el que salió de la piscina en el hotel y me quedé embobado por las gotas de agua que le recorrían el cuerpo, y me encontraba de la misma manera ahora que volvía a estar entre mis brazos.

No podía hacer aquello, no contra la pared. Necesitaba sentir como ella disfrutaba de todo lo que quería darle en aquel momento y

un polvo rápido, aunque excitante en aquella postura era una buena opción, con Jess —Oli, en aquellos momentos— necesitaba más.

La separé de la pared, al igual que aquellos pensamientos a los que no les quise prestar atención y, con ella enroscada a mi cuerpo, caminé atravesando el salón y entrando en la única sala en la que nunca había entrado una mujer, ni siquiera de la familia. Mi habitación era algo que solo me pertenecía a mi, pero el imaginarme como su olor impregnaría mis sabanas hizo que tampoco pensara en lo que estaba haciendo. Lo único que me preocupaba era disfrutar de aquello que estábamos haciendo.

La dejé caer con suavidad en mi cama y la contemplé allí, con los labios hinchados por los besos compartidos, las mejillas sonrojadas y el flequillo recto, tan nuevo, despeinado sobre sus cejas. Era la imagen más erótica que había visto en mi vida.

—¿Tengo que darte instrucciones?

Aquella manera de hablarme, tan impertinente y sabiendo lo que quería, aquella era la manera en la que me había tratado aquella tarde. No era la chica de la reunión, la que me desveló que tenía miedo. Esa era Jess, la chica con dudas, la que no sabía que hacer. La que tenía miedo a como avanzar en la vida que le había tocado. Pero la que había pasado la tarde conmigo, la que ahora estaba en mi cama y empezaba a deshacerse de la ropa frente a mi, esa era Oli. La valiente. La mujer que sabía lo que quería e iba a por ello.

No, no consideraba que tuviera ningún tipo de trastorno, no era aquello. Era ese miedo el que la hacía soltarse y que actuara como realmente quería ser, y algo se me expandió en el pecho al darme cuenta de que conmigo se sentía cómoda. Si no hubiera estado tan excitado y deseando enterrarme en su cuerpo, me hubiera dado cuenta de las señales.

15

Jess

Había estado a punto de darme la vuelta cuando había puesto el primer pie dentro del edificio.

Había estado a punto de darme la vuelta cuando el gerente me había informado que el señor Donovan no recibía visitas. Pero insistí.

Había estado a punto de darme la vuelta cuando estaba entrando en el ascensor y el gerente había introducido una llave para que este me llevara a la zona privada.

Había estado a punto de salir corriendo cuando me había abierto la puerta de su apartamento. Pero no pude hacerlo porque en todas esas veces que podía haberlo hecho, el miedo se había quedado un paso atrás.

No sabía que era lo que me pasaba con Nick. Era algo nuevo, algo que me hacía ponerme una mascara. O tal vez quitármela. No quise pensar, solo actué.

Estaba siendo atrevida, pidiendo lo que quería recibir, dando lo que sabía que él necesitaba de mí. Me encantó como sus dedos se enterraron en mi culo cuando me alzó en el aire y su mordisco en el cuello, por el que seguro que Meredith me preguntaría. Me gustó

como tomó el mando, pero sin quitármelo a mi del todo. Me encantó que quisiera más que un polvo rápido en la entrada de su apartamento y me llevara a su cuarto. Había llegado hasta allí sin darme la vuelta, sin salir corriendo y llegaría hasta el final. Quería una tarde como la que habíamos tenido en el hotel. Quería la noche, quería la mañana. Quería dejar el miedo atrás y vivir aquello que se despertaba dentro de mí cuando dejaba todo al azar.

Nick me hacía sentirme así, por eso, mientras el me miraba tumbada sobre su cama, empecé a quitarme la ropa. La foto que había subido a Instagram era algo que sabía que le gustaría. El primer pensamiento era haber venido a hablar con él de las que quería hacer para las futuras publicaciones, pero había decidido ponerme de espaldas al espejo de mi habitación, enfocar mi espalda, poner un filtro en blanco y negro y escribir la palabra que me había llevado a pensar en él.

Miedo.

No había miedo cuando él estaba cerca. Me infundía una valentía que creía que nunca volvería a recuperar, una que Harry me había robado meses atrás, o puede que años. Quien sabe cual fue en el momento en el que dejé de ser yo. Puede que por eso quisiera que me llamara Oli cuando estábamos juntos de aquella manera intima. Puede que Jessica fuera la niña buena con la que había convivido durante veinticinco años. Jess la chica que se renovaba pero que aun le faltaba un poco más para llegar a la superficie. Y Oli…, era quien quería ser, pero solo él era capaz de sacarla a flote.

—¿Tengo que darte instrucciones de cuál es el siguiente paso?

Me había despojado en aquel mismo momento de mi *brasier*. Me lo había puesto en alguna que otra ocasión, pero siempre como ropa interior. Esa era otra de las cosas que Nick conseguía sacar de mí y sin siquiera proponérselo. Me volvía atrevida cuando pensaba en él. Se lo lancé a la cara, sin miramientos y cuando lo retiró y sus ojos de nuevo se cruzaron con mi mirada, le dediqué una aún más salvaje. Supe que era así porqué se quitó la camisa sin pensar siquiera en los botones. Saltaron en el aire. Los escuché golpear los muebles y después la camisa cayó al suelo. Lo siguiente de lo que se desprendió fue de sus pantalones, casi a la misma velocidad en la que yo me deshacía de los míos. La diferencia fue en que yo no llevaba ropa interior y la de él

habían acompañado a los pantalones durante el descenso.

No quería perder el tiempo, así que me incorporé en la cama, poniéndome de rodillas y moviéndome hasta donde se encontraba él. No hizo falta que lo llamara. Su boca ya estaba sobre la mía y sus manos recorriendo cada curva de mi cuerpo.

Nicholas Donovan sabía como tocarme.

—No necesito instrucciones cuando se trata de ti —jadeó en mi cuello.

De nuevo, se había apoderado de aquella porción de piel. Sí, definitivamente me dejaría marca, pero no me importaba en aquel momento. Yo pensaba tomarme la revancha. Quería que pensara que le había dejado tomar el mando, pero seguía con una de las riendas en mi mano y se lo demostraría muy muy pronto.

Sus manos se acercaron a mis pechos, los cuales ya sentía inflamados y mis pezones erguidos hasta rayar el dolor, por lo que cuando sus dedos empezaron a pellizcarlos no pude evitar el grito ahogado que escapó de mi garganta.

No las retiró, pero noté que había dejado de mover sus manos y la presión se había eliminado por completo. Tenía los ojos cerrados y los abrí de golpe cuando noté que se había parado. Estaba mirándome y, aunque no pronunciara ninguna palabra, estaba segura que me estaba preguntando si quería que parara.

—Si paras, te mato —pronuncié con rotundidad y mi mano se desplazó hasta su polla, que rodeé con los dedos y apreté ligeramente.

—Si piensas hacerlo de esa manera, te aseguro que será de placer, pequeña.

Sus dedos volvieron a realizar el mismo movimiento, con la misma dureza y cadencia que momentos antes y yo ya no era capaz de pensar. Mi mano se había quedado sobre su miembro, pero había perdido toda la capacidad de lo que tenía que hacer. A él pareció no importarle, porque siguió con sus juego de manos, que acompañó de la su boca y yo perdí toda la capacidad de pensar.

Nick ya me había demostrado que tenía un don y era dar sin pensar en si iba a recibir nada a cambio. Parecía que su placer provenía del que él era capaz de otorgar a la otra parte de la relación y yo me sentía muy agradecida por ello. Pero en ese aspecto yo era igual que él. Tal vez por eso me relajé, porque esperaba que recordara

lo que habíamos compartido aquella tarde. Los doy y recibo que compartimos, los orgasmos que me regaló. Sus manos crispadas agarrando las sabanas junto a mi cabeza mientras se perdía en mi interior y se derramaba en un orgasmo que nos transportó a otra dimensión.

Tal vez Harry hubiera tenido un poco de razón cuando me dejó, pero con él nunca quise compartir nada así. Con él nunca me sentí atrevida. Aun no había conseguido descubrir que era lo que nos había pasado. Aquel no era el momento de hacerlo. Solo quería disfrutar. Desconectar. Sentirme valiente.

Su boca se estaba dedicando a atormentarme. Sus dientes, a devorarme y su lengua a saborearme mientras deslizaba la mano libre por mi vientre, hasta alcanzar mi ombligo y rodearlo con el dedo pulgar, poniéndome los pelos de punta. No fue hasta que esta empezó a descender más y perderse entre mis piernas cuando succionó con fuerza uno de mis pezones y consiguió arrancarme otro grito en el que pronuncié su nombre. En ese mismo momento introdujo un dedo en mi interior. No había necesitado tocarme para humedecerme, ya me encontraba chorreando desde que había tomado la decisión de venir hasta aquí. Aunque me hubiera acompañado una mochila llena de miedos durante la mitad o más del camino.

Su boca seguía trabajando en mi pecho mientras su dedo se introducía una y otra vez, sin descanso, arrancándome jadeos que se intensificaron cuando lo acompañó de un segundo. Fue entonces cuando su boca volvió a la mía y me devoró de nuevo los labios. No sabía lo que tenía aquel hombre, lo único que quería era que no quería que dejara de dármelo.

Su boca se desplazo marcando un sendero de saliva y pequeños mordiscos hasta el lóbulo de una de mis orejas, donde sopló y consiguió que un espasmo apresara sus dedos en mi interior, arrancándole una carcajada ronca.

—No sabes como me pones, Jess —no quise corregirlo, quería ser también esa persona con él, que la ayudara a ser valiente—. Quiero que te corras en mi mano —introdujo un tercer dedo más y tiré con fuerza de su pelo, aunque él aguanto y evitó que lo separara de mi oído—. Después te comeré el coño y conseguiré beberte, robándote un nuevo orgasmo.

Nunca había imaginado que unas palabras tan sucias conseguirían humedecerme tanto. Mucho más de lo que había estado en la vida. Incluso en aquella tarde que habíamos compartido.

—Después te follaré. Primero será lento, agonizante. Me meteré con ti con tal suavidad que me pedirás que aumente el ritmo y me retiraré con la misma pasividad y cuando no puedas más, te follaré duro. Tan duro que me rogaras que baje el ritmo para alargar el orgasmo. Y lo haremos, pequeña. Te haré suplicar por la liberación, porque el nudo que se apretará en tus entrañas será tan intenso que no sabrás lo que quieres.

Mierda, y estaba haciendo todo aquello. Su mano seguía trabajando, sus dedos se había curvado en mi interior y estaban tocando un punto en el que me era incapaz permanecer con los ojos abiertos.

—Lo notas, ¿verdad? Ya está apretando con fuerza. Los labios se te secan, los dedos de los pies se encogen. Noto tus uñas atravesándome la piel —aflojé el agarré que tenía en sus hombros. No había sido consciente de lo que estaba haciendo, solo de lo que me estaba haciendo sentir—. No dejes de hacerlo, te ayudaré a soltarte. Pero aún no.

Todavía seguía de rodilla en la cama y el estaba frente a mi, con una mano ahora en mi espalda, manteniéndome erguida y la que hasta aquel momento había estado en mi interior lo había abandonado, me sentí vacía al instante.

—Nick… —lloriqueé.

—Tranquila, pequeña. Solo voy a tumbarte en la cama. Aun me queda mucho que darte.

Y vaya si lo hizo. Cuando estuve tendida en la cama, el se colocó a mi lado, con su boca de nuevo pegada a mi oreja, mientras seguía relatándome lo que iba a hacerme. Sus dedos de nuevo entre mis piernas. Esta vez dos entraron sin ningún impedimento y el tercero se encargó de rodear mi clítoris, que estaba hinchado y duro reclamando una atención que al fin recibía. No le hizo falta tocarme mucho más para que ese nudo del que había hablado se apretara con fuerza y el gritó que se escapó de mi boca llenara la habitación al completo y resonara durante un tiempo indeterminado.

Creía que me iba a dar tiempo de recuperarme, pero cuando los

últimos latigazos del orgasmo aún me sacudían el cuerpo, se deslizó por mi cuerpo hasta que su cabeza acabó entre mis piernas y, sin darme tiempo a protestar, su lengua ya estaba jugando conmigo. Si eso era lo que iba a hacer conmigo, no estaba segura a poder llegar a sentirlo dentro de mi para ese tercer orgasmo que me había prometido. Estaba segura de que perdería las fuerzas mucho antes.

—No me digas que ya no puedes más —levantó la cabeza y conseguí abrir los ojos para mirarlo.

Era la escena más erótica que había visto en mi vida. Nick, con su pelo ondulado, negro como el carbón y despeinado cayéndole por la frente, con la boca húmeda y pasándose la lengua por los labios para atrapar mi sabor al completo.

Las palabras no me salieron y puede que eso fuera lo que le dibujó una sonrisa picara en la cara y dijera una ultima frase antes de sumergirse entre mis piernas.

—Déjate ir, pequeña. Tengo sed.

Y no hizo falta más que un par de golpes de su lengua en mi clítoris y que esta se introdujera después en mi interior para que un nuevo orgasmo me azotara por completo y me dejara desmadejada en la cama, sin fuerza ni para respirar.

Aquello era totalmente nuevo para mi. Vale que había escrito una novela erótica y que había escenas muy similares en el manuscrito, pero una cosa era escribirlas y otra disfrutarlas en mi piel. Hacerlas realidad. Aquello era mucho más de lo que había sido capaz de transmitir en la historia.

No sé el tiempo que llevaba semi inconsciente en la cama, con el cuerpo laxo y Nicholas a mi lado, deslizando la yema de sus dedos por mi piel. Como si estuviera dibujando un mapa, como si quisiera memorizarlo.

—¿Vuelves a ser persona? —comentó socarrón cuando fui capaz de abrir los ojos y mirarlo.

Tenía una respuesta mordaz en la puta de la lengua, pero es que realmente tenía razón. En ese segundo orgasmo había sentido como mi alma se desprendía de mi cuerpo y se quedaba pegada a él, reclamando su piel como su nuevo hogar.

Había sido todo tan intenso que no pude evitar dejar escapar una carcajada al ser consciente de que ni siquiera habíamos llegado al

final y ya me encontraba extasiada, pero tenía que hacer algo por él, así que deslicé una mano por su pecho y la fui bajando. Cuando estaba a punto de agarrarlo entre mis dedos me tomó de la muñeca y me puso de nuevo boca arriba, cubriéndome con su cuerpo.

—No, no, no… aún es mi turno —la sonrisa burlona me dijo que no podía hacer nada para conseguir mi objetivo hasta que él no alcanzara el suyo—. Te he dicho lo que pretendía hacerte y todavía no he terminado. Solo te he dado un pequeño margen de recuperación.

Y antes de que tuviera tiempo a decir nada más sus manos ya se encontraba por todas partes, sus dientes mordiendo mis labios y su lengua recorriendo el interior de mi boca.

Si conseguía llegar hasta ese final que me había narrado, estaba segura de que moriría con una sonrisa en los labios.

16

Nick

Pretendía cumplir mi palabra aunque estuviera siendo todo un reto para mí.

Aquello era mucho más intenso que lo que ya habíamos compartido en la habitación del hotel. Puede que fuera porque ya sabía donde debía tocarla para conseguir que su piel se sonrojara, que su pulso se acelerara y se quedara sin aire. Jess estaba cumpliendo todas y cada una de mis expectativas sobre una mujer que quería conocer su cuerpo y disfrutar con lo que se le ofrecía.

Besarla era como una droga. Su piel era éxtasis puro. No podía dejar de morderle la boca. De tocarla por todas partes y de que gritara mi nombre cada vez que estaba cerca del orgasmo o lo alcanzara. Tenía la necesidad de llegar hasta ese final que había imaginado en mi mente aunque durante el proceso me estuvieran doliendo mis parte por la necesidad de enterrarme en ella. Había necesitado parar en varias ocasiones para no correrme.

Volví a atraparla debajo de mi cuerpo. Me tomaría con calma lo que quedaba hasta que un nuevo orgasmo la sobreviniera y si quería cumplir mi palabra, tenía que pensar muy bien cómo debía proceder.

Sabía que en el momento en el que me acogiera, me atraparía en una espiral de descontrol y no podía permitírmelo. No quería permitírmelo. Necesitaba saborear cada embestida.

La besé con lentitud, pasando los dedos por sus brazos. Consiguiendo que su cuerpo se estremeciera bajo el mío en busca un contacto que yo aun no estaba preparado para darle. Me mantenía con una pierna a cada lado de sus caderas, algo elevado para que mi dureza no tocara su humedad. Estaba seguro que nada me impediría introducirme en ella si la rozaba. Ya solo ese olor que desprendía, a coco, a flores y a ella, me pertenecía. Se quedaría grabado en cada rincón de mi habitación y cuando pasara toda la noche entre mis brazos, pegada a mi cuerpo, impregnaría mis sábanas. Esa necesidad me hizo detenerme un momento y separarme de ella. Quería mirarla y contemplar sus ojos cerrados, su boca entreabierta y su respiración acelerada, al igual que la mía. Jess tenía algo en el rostro, en su forma de ser, que me hacía sentir cosas que nunca había imaginado posibles, pero aquello solo era sexo, ¿no?

—Nick… —Entreabrió los ojos y pude ver cómo intentaba enfocar con los suyos azules. Se veían más oscuros. Como si algo se hubiera apoderado de ella.

Podía haber pensado que significaban todas aquellas cosas, pero esa mirada me impidió darme cuenta de muchas cosas. Puede que tuviera que darle las gracias más adelante por ello, porque me volví a apoderar de su boca, de sus jadeos. De hacerla mía.

Pasé las manos por el contorno de sus pechos. Rodeé su ombligo con los dedos y cuando seguí descendiendo sin dejar de besarla, antes de tocarla donde la necesidad me llamaba, me volví a separar de ella. Esta vez abrió los ojos con rapidez al notar que me levantaba de la cama, pero cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, una nueva sonrisa se le dibujó en la cara.

Me moví hasta la cómoda que había al fondo de la habitación y saqué un par de preservativos, tirándolos para que cayeran junto a ella.

—Creo que tu ego es muy grande… —Había cogido los dos envoltorios y me miraba con picardía.

—No vamos a echar los dos ahora. Solo quiero que tengamos uno a mano, porque en el momento en el que me recupere querré estar de

nuevo dentro de ti.

Había dicho aquello mientras me acercaba a la cama, me subía y la obligaba a desplazarse hacia atrás. La cogí de uno de los tobillos y tiré de ella hasta colocarme de nuevo frente a ella. Esta vez me hice hueco entre sus piernas, le quité uno de los preservativos y lo rasgué con los dientes mientras ella estaba pendiente de todos y cada uno de mis movimientos. No dejé de mirarla mientras me deslizaba el látex por mi longitud y sentí el latigazo de la excitación en mi pene al ver que ella no dejaba de mirármelo y se mordía el labio inferior.

—Tranquila, dejaré que me la chupes, pero aún no. Primero quiero follarte. Recuerda: lento, hasta el fondo, retirándome poco a poco. Hasta que supliques.

Jadeó cuando me incliné sobre ella y tomé un mechón de su pelo oscuro para que levantara la cabeza. Me coloqué entre sus piernas y con la mano libre guíe mi glande a su entrada. Estaba empapada y, aunque sabía que no me sería difícil entrar, debía de ir con cuidado. Se encontraba sensible por todo lo que le había hecho hasta ese momento y no era por echarme flores, pero sabía que mi miembro era bastante grande. Por eso cuando supe que estaba en posición, apresé su boca con ansia y de una sola estocada me metí en su interior.

—Joder —resollé en sus labios—. No puedo creerme lo estrecha que eres.

Su cuerpo me atrapaba con fuerza. Tuve que mantenerme en aquella posición más tiempo del que había planeado. Si me movía todo lo que le había prometido sería una mentira. Estaba a punto de correrme como un quinceañero en su primer polvo.

—Muévete…, por favor…

Y de verdad que quería hacerlo. Pensé en los putos números de las cuentas de la empresa. En la visita que tenía que hacerle próximamente a mis padres y en mil mierdas más que me ayudaran a relajarme. Supe que todo aquello era inútil en el momento en el que ella movió las caderas y noté la fricción de nuestros cuerpos.

Respiré hondo y seguí su ritmo. Me retiré con la cadencia de la lentitud que le había prometido y tuve que poner una de mis manos sobre su vientre para que no saliera de nuevo a mi encuentro cuando estuve a escasos milímetros de abandonar su interior. La siguiente estocada no fue con tanta fuerza. Sabía que me estaba poniendo a

prueba a mí mismo, pero quería saborear cada movimiento de cadera como si fuera el ultimo.

No sé que tiempo fui capaz de seguir con aquel ritmo. Movimientos lentos que la estaban llevando al limite. No dejaba de intentar moverse, incluso había elevado las piernas, rodeándome las caderas con ellas e intentando inútilmente impulsarse con las caderas y empujarme con los talones hacia abajo.

—¿Qué quieres, pequeña? —le dije cuando ya no aguantaba ese ritmo de movimientos lentos. Pero quería que fuera ella quien me pidiera lo que necesitaba.

—Quiero que me folles —resopló.

—Creo que es lo que estoy haciendo.

Había dejado de resistirme a sus movimientos. La única opción que me quedaba era rendirme a lo que su cuerpo pedía.

—Más…

Supe sin tener que escuchar el resto de la frase que estaba muy cerca de ese orgasmo que necesitaba que le diera. Sabía que era así porque yo me encontraba igual. Me clavé en su interior con ímpetu, dejando caer mi peso sobre ella. Inmovilizándola con la poca fuerza de voluntad que me quedaba. Ignorando la petición no verbalizada. Exigiéndole que lo dijera.

—Nick…

—Dime, pequeña.

—Joder… —sus manos se clavaron con fuerza en mi trasero. Sabía que sus uñas habían dejado marcas ahí, al igual que mis dientes en su cuello—. Necesito que me folles fuerte. Ahora.

—Tus deseos son ordenes para mí.

Y así fue como ella se relajó bajo mi cuerpo durante solo unos segundos. Lo justo para permitirme aumentar el ritmo y que unas palabras incoherentes salieran de mi boca. El tiempo justo para que ella se apretara contra mí mucho más de lo que lo había hecho antes. Lo necesario para que sus paredes vaginales me apretaran con fuerza y su orgasmo nos arrastrara a ambos. Que me exprimiera hasta derramarme con fuerza en su interior y que la vista se me nublara.

Dejé caer mi cuerpo hacia un lado en el ultimo momento, justo antes de aplastarla. La atraje con mi brazo y la acurruqué a mi costado y como pude me deshice del condón dejándolo sobre la mesilla de

noche. La respiración de ambos era rápida, superficial y estaba seguro, que al igual que me estaba pasando a mi, no le entraba el oxigeno suficiente para reponer el que habíamos perdido durante aquel inigualable polvo.

No sé el tiempo que pasamos en aquella postura, lo único de lo que fui consciente fue de que ella se había relajado hasta quedarse dormida entre mis brazos y sentí que aquel sitio que ocupaba, con medio cuerpo sobre el mío. Con su cabeza sobre el hueco de mi cuello y su brazo rodeándome la cintura era el lugar que le pertenecía.

Mierda. No sabía como esa opción no había aparecido en ninguna de las hipótesis que me había planteado si volviera a ocurrir algo entre ambos y lo más extraño de todo era que no me importaba. Todo lo contrario, me parecía lo más normal del mundo, aunque sentía una sensación extraña, muy parecida al miedo. Sacudí la cabeza con suavidad, intentando despejar todos esos pensamientos, por el momento, en un segundo plano y solamente disfrutar de lo que habíamos compartido.

Conseguí mi objetivo; cuando tiempo después me desperté, lo único que no esperaba fue la sensación de miedo que me azotó con fuerza cuando me di cuenta de que Jess no estaba tumbada a mi lado al abrir los ojos.

Me levanté con rapidez de la cama, salí al salón y tampoco estaba allí. Algo se me estaba apretando en el pecho cuando escuché unos pasos a mi espalda.

—¿Pasa algo?

Me giré con rapidez y cuando la tuve frente a mi, el alivio se me reflejó en la cara. Sabía que era así por la sonrisa que me regalaba. Acogí su rostro entre mis manos y la besé con lentitud. Saboreándola y dándome cuenta de que ya no olía coco, sino al gel de baño que yo llevaba años usando. Ni siquiera me había dado cuenta de que tenía el pelo húmedo. El miedo me había apretado con tanta fuerza el pecho que no había escuchado el agua de la ducha.

—No, pequeña. Ahora todo está perfecto, pero me hubiera gustado poder ducharme contigo. Tenía planeado un nuevo asalto bajo la lluvia de mi ducha.

A ella se le escapó una risita y por un segundo me dejé llevar por esa comodidad de tenerla entre mis brazos, de habernos levantado

bajo el mismo techo y tenerla entre mis brazos. Todo aquello era nuevo, nunca había experimentado nada de aquel calibre, pero por alguna extraña razón, se sentía natural, como si aquello fuera lo que tenía que pasar entre ambos. Pero entonces las cosas serian fáciles y todo el que conocía a Nicholas Donovan sabía que nada de lo que tenía en su vida le había llegado de manera fácil.

Jess me dio un corto beso más sobre los labios y puso sus manos sobre mi pecho, ejerciendo la fuerza suficiente como para conseguir separar su cuerpo del mío. Realmente no la había mirado hasta ese momentos, al menos no había observado los cambios que habían sucedido. Sí, ella se había duchado, pero no iba con el cuerpo rodeado por una toalla, ni el pelo aun demasiado húmedo. Se había vuelto a poner la ropa con la que me había sorprendido la noche anterior.

—Tengo que irme, Nick.

En el tono de su voz había algo que raspaba al salir de su garganta, como si la tristeza le impregnara las sílabas, pero aun así seguía dando pequeños pasos poniendo distancia entre ambos y se acercaba de manera sigilosa a la puerta. Parecía que quería evitar que yo me diera cuenta de sus intenciones.

—Quédate a desayunar, Jess… —y fue más un ruego que una petición. Aún no estaba preparado para que se fuera. No quería que lo hiciera.

—Oli, esta noche he sido solo Oli. —Llevaba los tacones en la mano, entonces fui consciente de que si no me hubiera despertado, ella se hubiera largado de mi apartamento sin despedirse. De nuevo se iba después de que compartiéramos algo nuevo. Diferente. Mágico—. Cuando salga por esta puerta, volveremos a ser quienes somos en nuestro día a día.

—No puedes pedirme eso —estaba empezando a sonar demasiado impaciente.

—Lo estoy haciendo, Nicholas.

Y en ese justo momento supe que ella había tomado una decisión irrevocable y que por mucho que yo insistiera, no la haría cambiar de opinión. Estaba decidida a largarse de allí, a no explicarme que había pasado, así que reuniendo toda la poca energía que me quedaba, porque ella al parecer había aprendido en solo dos días compartidos, como quitármela, di los pasos que hicieron falta para reducir la

distancia que había impuesto entre los dos. Hice que su espalda golpeara contra la puerta y puse una mano a cada lateral de su cuerpo, reteniéndola de aquella manera e ignorando que yo aún seguía completamente desnudo y que el solo sentirla cerca ya estaba consiguiendo ponerme duro.

—¿Por qué?

Aquella pregunta abarcaba demasiadas dudas, y esperaba que ella supiera responder aunque solo fuera una de ellas. Iban desde el por qué no te permites quedarte, a por qué yo. O por qué narices huía cuando sabía que lo que habíamos compartido había sido tan maravilloso para ella como para mí.

—Viste la foto que subí ayer. —hizo una pausa, como si yo supiera que era lo que diría a continuación, pero estaba perdido—. Acepto hacerme ese reportaje, siempre que mi rostro no salga, pero con una condición. Tú no podrás estar allí y a partir de ahora solo nos comunicaremos por correo electrónico.

Fue rápida, mucho más de lo que me esperaba, porque me dio un beso rápido en los labios y abrió con rapidez la puerta de mi apartamento. Estaba bajando las escaleras antes siquiera de que yo hubiera puesto un pie fuera de mi casa.

No era que no quisiera seguirla, no debía. Ella me lo había pedido y algo en mi interior me decía que ocurrirían demasiadas cosas que después me serían imposible reparar si bajaba tras ella y no solo hablaba de la desnudez que me acompañaba en aquel momento.

Volví al interior de mi apartamento y cerré con rabia la puerta para después inhalar el olor que esperaba que siguiera perdurando en su interior, pero eso también me lo había quitado al ducharse. Di los pasos necesarios hasta llegar a mi habitación y dejarme caer en la cama, allí al menos seguía estando, pero sabía que también se iría. No había podido hacer nada para que se quedara y no la iba a obligar a volver. Sabía que en el fondo tenía razón. Cuando estábamos juntos de aquella manera, ella no era la misma. Era Oli, y yo Nick.

Ella sí tenía la fuerza de voluntad suficiente como para poner distancia entre ambos. Para no mezclar el trabajo con el ocio. Con las ganas que tenía de volver a meterla en mi cama y no dejarla salir en…

Corté aquel pensamiento justo en el momento en el que me di cuenta la manera en la que iba a acabar aquella frase. Tenía razón,

ella era la que tenía lucidez en eso que habíamos compartido. No podía volver a ocurrir y había sido tajante. Me levanté de la cama y tiré de las sabanas con ira, haciéndolas una bola entre mis brazos y permitiéndome inhalar su olor una vez más, solo una más.

Caminé con el fardo de ropas de cama entre los brazos hasta la cocina y sin saber exactamente lo que hacía, abrí la lavadora, esa que no usaba porque se encargaba Clare, la mujer que venía dos veces a la semana a mantener impoluto aquel lugar que yo llamaba hogar y no sentía como tal, al menos hasta ese momento. Metí una capsula, la cual esperaba que fuera la correcta, cerré la puerta y añadí el suavizante en el cajón que había en la parte superior, como le había visto hacer a ella y sin saber si aquel era el programa que debía usar, pulse el botón para que comenzara a dar vueltas, saliera el agua y después se fuera por el desagüe.

No solo era su olor lo que estaba eliminando. Era el roce de su cuerpo en mis sabanas, la manera en la que su cuerpo y el mío habían marcado aquellos finos hilos de algodón egipcio. Jess tenía razón, aquello era un sinsentido, ella no lo había dicho con palabras, pero lo que había ocurrido no debería volver a pasar. La primera vez, ninguno de los dos sabía quien era el otro. Solo dos personas que se atraen en un hotel, que deciden darle rienda a la atracción y que se despides de manera apresurada. Lo que había ocurrido aquella noche había sido orquestado y buscado por ella y ella misma había sido quien lo había finalizado. Que yo no estuviera preparado para decirle adiós a Oli no significaba que no estuviera de acuerdo en que aquello era lo correcto.

Volví a mi dormitorio, sin querer mirar a la cama que había dejado totalmente desnuda y me ocupe de mi propia falta de ropa. Era día laborable, así que cogí uno de los trajes que me ponía para ir a la oficina, no pensaba quedarme en casa a trabajar. Me metería en ese despacho que era realmente mi hogar y haría todas las gestiones necesarias para retomar las riendas de mi vida. Para ser consciente de que aquello solo había sido un desvío y que de nuevo me encontraba sobre la línea que me marcaba el camino hasta mi objetivo.

—¿Estás seguro de esto?

—Sí, Devon. Es lo que ella quiere y me parece correcto. No voy a implicarme en esta cuenta más de lo necesario, no lo hago con ninguna y esta no va a ser diferente.

Le había pedido a mi amigo que viniera a reunirse conmigo para estudiar todos los puntos necesarios para llevar a cabo en la cuenta de Jessica —me estaba obligando a llamarla de aquella manera para poder establecer esa distancia que me había pedido—, él se haría cargo de organizar las fotografías. Era el experto en el *marketing* y tenía el mejor equipo que nadie se podía imaginar para poder lanzar al estrellato a cualquier persona y en especial a ella, ya que tenía ese don que la hacía única.

—De acuerdo —insistió—. Para que me quede claro. Me has dado su teléfono para que quede con ella para la sesión de fotos y a partir de ahora solo tengo que pasarte lo que creo que sea mejor para que esto funcione y tu te encargaras de aprobar y poco más.

—Exacto —corroboré.

—Y otra duda —estaba empezando a desesperarme, no dejaba de hacerme preguntas absurdas cuando sabía que estaba buscando la manera de soltarme alguna donde conseguir la información que quería —. Todo esto no tiene nada que ver con que hayáis echado un polvo, ¿verdad?

Levanté la vista con demasiada rapidez de mi portátil, donde había estado mirando desde que me había dado cuenta de sus intenciones y cuando dibujó esa sonrisa socarrona en la cara, sabía que ya había conseguido la información que quería.

Mierda.

Se enrolló las mangas de la camisa, desvelando la tinta que le cubría los brazos. Devon era el más diferente de todos nuestros amigos. Llevaba su historia escrita en la piel y muy pocos sabían lo que contaba cada trazo que había en ella. Me fijé que había unas nuevas líneas cerca de su muñeca, quise preguntarle que era aquello que había querido plasmar ahora, pero sabía que si lo hacía, él creería que estaba intentando cambiar de tema, y hubiera tenido razón.

Se levantó de la silla que estaba ocupando hasta ese momento frente a mí y me sorprendió que no dijera nada más. Que se alejara hasta la puerta sin soltar alguno de esos comentarios que lo caracterizaban. No era de los que se mordían la lengua, pero si de los

que tenían claro cual era el momento exacto de decirlo y, cuando ya estaba prácticamente fuera del despacho, me demostró una vez más que era así.

—Este fin de semana con los chicos va a ser maravilloso —soltó una carcajada seca que a mi me puso los pelos de punta—. Nos vemos en el Blood Bucket a la misma hora de siempre este viernes. Avisaré a todos.

Joder. Imaginé que aquello no era bueno. El mundo estaba a punto de temblar bajo mis pies y yo había provocado aquello.

17

Nick

La reunión de los viernes con mis amigos era algo a lo que no faltábamos a no ser que una urgencia nos lo impidiera, pero incluso estas intentábamos solventarlas para poder realizar esa quedada obligatoria.

Lo mismo era en el Lamb & Flag de la 33 de Rose Street en Covent Garden que en algún que otro antro en el que mis amigos decidieran quedar. Cada uno teníamos una preferencia y la de Devon era aquella. Un pub casi con más años que el callejón que lo resguardaba, donde hacía más de doscientos años se realizaban peleas ilegales, en las que él hubiera encajado perfectamente. E incluso Dickens se había dejado ver por allí. Aquel local que recibía el nombre de Blood Bucket (Cubo de sangre) estaba siempre lleno, pero por alguna razón, la mesa que llevábamos años ocupando, siempre estaba libre cuando decidíamos ir. Algo me decía que mi mejor amigo era el responsable de ello.

Había salido de trabajar más temprano que de costumbre y una de las razones por lo que lo había hecho era porque no quería saber nada de la evolución de la cuenta de Jessica.

Devon ya se había reunido con ella y con el fotógrafo, además

habían invitado a esa reunión al editor. Mi amigo pensaba que podían sacar muchas cosas de aquella sesión de fotos y, aunque había evitado enterarme de la mayoría de las ideas que habían surgido, tenía claro que harían lo mejor para su cuenta, para la preventa del libro y para que mi empresa siguiera sumando beneficios.

Nada más girar hacia el callejón, el sonido de las voces iba en aumento. Llegaba puntual a la cita, aun así, Devon ya estaría dentro y seguramente Luca también, cuando se trataba de tomarse una cerveza con nosotros siempre llegaba pronto, todo lo contrario a Owen y Patrick que últimamente pasaban mucho tiempo juntos, seguramente estaban metidos en algún proyecto en común, al igual que nos encontrábamos Devon y yo. Pero para mi sorpresa, mientras caminaba entre las mesas y le hacía un gesto a la camarera para que me acercara una Fuller's, me fijé que mis cuatro amigos ya se encontraban ocupando sus asientos con bebidas entre las manos. Me detuve en seco, porque las sonrisas socarronas que me dedicaban me hizo darme cuenta de que Devon ya había empezado a esparcir rumores de algo que ni siquiera había corroborado. Su alma cotilla era una gran hija de puta cuando se trataba de molestar a sus amigos.

Respiré hondo y me acerqué con paso seguro a la mesa, ignorando que encima de sus cabezas había una nube cargada de preguntas hacia mi. Y lo peor no era eso, si no las risitas mal disimuladas. Maldita pandilla de marujas que estaban hechos cuando se juntaban.

—Bienvenido, tío. Creía que buscarías una excusa para no aparecer por aquí —soltó Luca nada más que me senté a su lado.

—Nunca he faltado a ninguna de nuestras citas —respondí algo cabreado porque pensaran eso de mí.

—No, claro que no. Nick no es un cobarde —esa vez fue Patrick quien abrió la boca y cuando lo fulminé con la mirada se precipitó a darle un trago a su pinta.

—Decidme lo que tengáis que decir y así podré largarme de aquí. —Y de verdad que estaba empezando a enfadarme de verdad.

No era que fuera a actuar como un cobarde largándome de allí. Aceptaría lo que me tuvieran que decir, escucharía sus estúpidas preguntas y las conclusiones a las que habían llegado sin tener en cuenta si todo lo que les había contado Devon era cierto o no y después, después me largaría y dejaría que siguieran comportándose

como un grupo de tertulianos en un programa del corazón.

—A ver, sabes que yo no soy nadie para meterme donde no me llaman —esa vez fue Owen quien abrió la boca—, pero creo recordar que fuiste tu quien creo la frase de no mezclar el trabajo con el placer.

—Nada de lo que os ha contado este idiota es cierto.

En aquel momento llegó la camarera. Ginny, nombre que nos sabíamos a la perfección porque llevaba trabajando allí casi tantos años como nosotros yendo, me dedico una amplia sonrisa, pero justo cuando se iba, noté que rozaba levemente el cuello de Devon. Agradecí aquel pequeño momento para tomar aire e intentar retomar las riendas de mi vida y que mis cuatro amigos siguieran llegando a conclusiones que no eran nada aceptables, o al menos ahora que yo tenía claro que nada de lo que había ocurrido me llevaría a ningún lado.

—Entonces tu nueva clienta, de la que de repente te has despreocupado pasándole toda la responsabilidad a Devon, no es la misma tía a la que te tiraste en el hotel, ¿verdad?

Y lo que más me jodió de aquella frase no fue que Devon se lo hubiera contado todo, no era algo que quisiera ocultar, lo que me molestó fue el tono despectivo con el que se había referido a ella. No quise demostrarlo, tal vez por eso me clavé los dedos sobre los muslo bajo la mesa, para retener esa ira que al momento me había recorrido la columna vertebral.

—Jessica Evans es clienta de mi empresa. Yo soy el jefe, Devon decidió formar parte de mi equipo y es el más cualificado para hacerse cargo de la cuenta —me justifiqué.

—¿Y eso fue antes o después de que volvierais a follar?

Esta vez fue Luca quien hizo aquella pregunta y eso hizo que el vaso donde había ido concentrado toda la mala leche de esa semana rebosara. Vale que fuera uno de mis mejores amigos, pero no me gustaba nada que me trataran como a un puñetero crío. Y menos aun cuando yo era uno de los mayores del grupo y había cuidado de ellos cuando muchos les dieron la espalda.

Me levanté con brusquedad de la mesa y lo agarré por el cuello de la camisa de flores que llevaba. Una de las nuevas horteradas que he había dado por usar en aquel momento. Ese era Luca, nuestro italiano adoptivo. La incongruencia entre el exterior y el interior.

Los otros tres se levantaron al momento y me sujetaron y tiraron del brazo para que no hiciera algo de lo que pudiera arrepentirme, porque estaba seguro que hacerle daño a uno de mis amigos no me lo perdonaría en la vida.

Me obligaron a sentarme de nuevo en mi sitio, incluso me colocaron la cerveza en la mano y me miraron con absoluta reprobación por lo que había estado a punto de hacer. Luca, por su parte, se sacudió la camisa, como si así pudiera eliminar las arrugas que le había infringido a su estúpida ropa y esbozó una amplia sonrisa en la cara justo antes de dirigirse de nuevo a mi.

—Vale, me merecía el golpe si me lo hubieras dado, así que te pido perdón por mi insolencia —sabía que lo decía en serio, así que acepté la mano que me tendía por encima de la mesa—. Y ahora, como hombres civilizados que somos, ¿nos vas a decir que mierda te está pasando?

Tenía razón, nunca les había ocultado nada. Eran los únicos que sabían todo lo que había pasado en mi pasado. Los que entendían todas las razones por las que estaba donde estaba y por qué pretendía llegar hasta donde quería. Necesitaba tener mi nombre arriba del todo, demostrarle a… No, ya había dejado de importarme si a esa persona le importaba o no si estaba allí arriba, era a mi a quien le quería demostrar que valía lo suficiente como para estar donde me merecía. Que había luchado con uñas y dientes para conseguirlo. Que mi pasado no me había impedido conseguirlo.

—Sí, ya sabéis todos que es la chica del hotel, eso quedó claro la última vez que estuvimos juntos y sí —miré a Devon para que supiera que no estaba tan desencaminado en sus conclusiones—, a principio de semana se presentó en mi apartamento y follamos.

Lo dije como si lo que hubiéramos compartido no importara tanto como en realidad lo hacía, pero me había costado mucho llegar a ese punto de aceptación en el que sabía que todo lo que podría haber entre ella y yo nunca llegaría a ser. No era que me hubiera planteado tener una relación seria, pero tampoco mis amigos, a los que las relaciones no les duraban más que el polvo que echaban con la mujer elegida. Yo era el único que lo alargaba en el tiempo y tal vez eso era lo que me pasaba con Jessica, que ella no quería aquello, que yo había sido solo un polvo más en su lista.

—Vaya, suena como si hubiera sido algo frío y mecánico —Patrick fue el primero en decir algo—. No te pega nada.

—Es ella quien no pega conmigo. Solo ha sido un polvo más. Alguna vez tenía que ser yo el que pasara el rato y ya está.

Aunque intenté sonar convincente, supe que no lo estaba consiguiendo. Mis amigos no eran tontos y no se iban a dejar engañar. Sin embargo, entendieron que no quería seguir con aquella conversación, así que Patrick decidió no aportar nada más, igual que el resto, por lo que nos contó de que trataba el proyecto en el que se había embarcado con Owen y, aunque al principio nos pudo parecer una locura al resto, entendíamos porqué lo hacían. Todos teníamos claro nuestros objetivos y por eso éramos amigos. Hermanos. Todos teníamos un pasado y queríamos un presente para alcanzar un futuro.

No sé cuantas cervezas más pudimos tomarnos aquella noche, lo que sí supe fue que el alcohol que llevaba en las venas se evaporó en el momento en el que mi teléfono vibró y leí la notificación del mensaje que había aparecido en la pantalla. Lo dejé sobre la mesa y mis amigos cambiaron al instante la expresión de sus rostros.

Al parecer todo lo que habíamos gestado hasta llegar allí estaba surtiendo efecto y esa vez yo era el primer beneficiario de nuestro grupo.

Sacamos varios billetes y los dejamos en la mesa, todos nos sentimos sobrios al momento y dibujamos una amplia sonrisa en nuestro rostro al saber que al fin parecía que todo daba sus frutos.

—El juego continua —dije mientras salíamos del pub y llamaba a nuestro transporte para que nos llevara al siguiente punto de nuestro plan.

—Y estás muy cerca de la victoria —respondieron a la vez mis amigos.

Dejamos a Patrick y Owen en las oficinas del primero. Era el abogado de todos nosotros y también el encargado de custodiar la documentación que podía liberarnos a todos o, por el contrario, hundirnos sin remedio. Owen se encargaba de otros asuntos un tanto peculiares que no podíamos pedir a nadie que no fuera de nuestro circulo. El día que nos conocimos supimos que habíamos llegado desde caminos diferentes al mismo punto, aunque hubiéramos salido del mismo agujero. Uno que estábamos deseando cerrar, pero antes

debíamos de tapar todos esos caminos que llevaban hasta él para que nadie más pudiera caer en él.

Devon se despidió de Luca y de mí poco después. Lo dejamos en casa de su padre. Aquel hombre no tenía ni idea de lo que su hijo era capaz de hacer y tenía que seguir siendo así, por eso no podía faltar a su fin de semana mensual en el que compartían la vida y de esa manera conseguían evitar muchas habladurías.

Luca, por el contrario, había llegado a Londres cuando tenía poco más de cinco años y era el que menos prisa tenía de que su historia tuviera la palabra «Fin» grabada a fuego. Cuando lo encontramos de nuevo, el acababa de llegar a la universidad y no nos fue muy difícil darnos cuenta de que había salido del mismo sitio que el resto de nosotros. Sabíamos que había más como nosotros, pero el vinculo que nosotros habíamos creado era indestructible.

—¿Listo? —me preguntó cuando el coche aparcó frente a la dirección que aparecía en el mensaje de texto.

—Nunca lo he estado tanto.

Los dos nos apeamos de vehículo y nos acercamos a la puerta de madera desvencijada. Las paredes de aquel bloque de pisos estaba cubierta de *graffitis* y estaba casi seguro que un mal temporal podía echarlo abajo. No me extrañaba nada que allí estuviera la persona que llevábamos años buscando.

Llamé sin pensármelo dos veces, si lo hacía tal vez me hubiera planteado si todo lo que llevábamos años orquestando merecía la pena, y sabía que era así. Estaba cansado de lidiar con un pasado que no me dejaba dormir la mitad de las noches. Que no me permitía sentirme completo y que hacía que me exigiera cada vez más.

Todo había empezado veinticinco años antes, en un edificio similar a este, por eso me asaltó un recuerdo que llevaba mucho tiempo enterrado.

—No quiero entrar ahí —pataleé y golpeé con mis pequeños puños. No podía pasar otra noche más allí encerrado.

—No te resistas, Nicholas. Sabes que los niños que se portan mal tienen que recibir un castigo.

Aquel hombre, el que se había hecho cargo de mí durante los tres últimos años, era el encargado de una casa de acogida. Yo no sabía quienes eran mis padres, según me había contado él, mi madre era

una guarra que me había abandonado en el hospital después de tenerme porque yo no valía nada. Y lo creí.

La habitación donde nos encerraba era fría, con ladrillos vistos que te cortaban la piel si te apoyabas en ellos. Olía mal, pero es que no había donde hacer nuestras necesidades y, o acabamos haciéndonoslas encima, cosa que acarreaba alargar el castigo y quedarnos con la ropa sucia, o usábamos una de las cuatro esquinas, que nunca habían sido limpiadas. Tampoco podíamos ver la suciedad de aquel cuarto, ya que la poca luz que entraba se filtraba por la ventana de la puerta, donde nos dejaba comida una vez al día. Era raro que compartiéramos aquel lugar pero noté que no estaba solo.

Escuché un sollozo e intenté enfocar la vista hasta que me di cuenta que en una de las esquinas, agazapado y totalmente encogido sobre si mismo, había un niño pequeño. Solo podía distinguir que el pelo era más claro que el mío. Me acerqué, intentando no hacer movimientos bruscos. Sabía que tenía miedo, yo lo había tenido la primera vez que estuve allí, y seguía teniéndolo. En ese momento era el mayor del grupo, lo que significaba que me quedaba muy poco tiempo para poder largarme de allí, y eso que solo tenía siete años. Pero aquel hombre no le gustaban los adolescentes.

—Hola —susurré poniéndome delante de él. El niño se encogió más sobre si mismo y cuando levanté la mano para posarla sobre su cabeza, empezó a llorar con fuerza. Ya se había convertido en un *duendecillo* más.

Aquel día fue en el que conocí a Devon, el primero de mis hermanos y por él, por Luca, que me acompañaba en aquel momento, Owen y Patrick, me encontraba frente a aquella puerta preparado para enfrentarme a uno de tantos fantasmas del pasado.

Podían ocurrir muchas cosas a partir de ese momento, todos habíamos dejado claro que estábamos dispuestos a acarrear con las consecuencias, que si teníamos que ser el brazo de la justicia, lo seríamos.

Una mujer, de pelo cano, con arrugas surcándole el rostro, ojos tristes y hundidos, fue quien nos abrió la puerta. No tuvimos que presentarnos, en la sonrisa de pocos dientes y corroídos por las drogas y la malnutrición nos dijo que sabía quienes éramos, al menos de donde procedíamos.

Estábamos a punto de entrar en un nuevo camino que cambiaría nuestras vidas, una espiral sin retorno, lo que no fuimos consciente en aquel momento es que ya nada volvería a ser como antes y que incluso salpicaría a muchas personas importantes de nuestra vida.

18

Jess

Habían pasado dos semanas desde que me presenté en el apartamento de Nick y habían ocurrido muchas cosas desde entonces. Una de ellas fue que estuve tres días seguidos evitando a Meredith. No me apetecía nada explicarle a que se debía la marca rojiza que llevaba en el cuello. Aunque hubiera querido disimularla me hubiera sido imposible. No se trataba solo el color que llevaba plasmado a causa de la succión de los labios de Nicholas, también la marca de sus dientes había quedado grabada en mi piel.

Tres días fue lo que pude evitar a mi mejor amiga, porque mi idea era quedarme encerrada en mi pequeño apartamento al menos una semana, la que le había pedido a la librería como vacaciones, ya que me debían varias semanas y llevaban bastante tiempo queriendo que las consumiera. Meredith se presentó en casa después de haberme llamado muchas veces sin respuesta, por no hablar de la enorme cantidad de WhatsApp que me había mandado y en las que la había dejado *en visto*. Sabía que vendría, por eso no pude evitarla más, sobre todo si no quería que mi casera, una mujer mayor que vivía en la misma planta, me echara de patitas a la calle.

—Tu no estás enferma —comentó en cuanto abrí la puerta y se coló en mi humilde morada.

Paseó la mirada por el pequeño salón, todo estaba en orden, no había restos de comida, ni desorden. Cosa que solía ocurrir siempre que me ponía mala, cosa que no ocurría muy a menudo, por lo que aquella visita era de esperar, lo único que esperaba es que me diera más tiempo. No solo para que desapareciera la marca de mi cuello, además tenía que poner en orden todo lo que había pasado.

—No, no lo estoy —dije colocándome en el lado contrario para que no se diera cuenta de mi maravillosa marca de pasión desenfrenada.

No funcionó, sabía que cualquier actitud extraña en mí la alertaría y por eso no tardó ni dos segundos, porque la hija de puta era rápida como un puma, giró sobre mí y me puso la mano en la frente, obligándome a inclinar la cabeza en un ángulo extraño que a ella le permitía ver con claridad lo que estaba intentando ocultarle a toda costa.

—Joder, Jess. Dime que esto que tienes en el cuello es lo que estoy imaginando que es… —Me ruboricé hasta la raíz del pelo—. Ya iba siendo hora de que empezaras a pensar en ti misma.

De repente se quedó callada y vi como fruncía el ceño. Sabía que estaba pensando algo que no le hacía ninguna gracia y por alguna extraña razón, a mi se me aceleró el pulso.

—Jess… Dime que lo que tienes en el cuello no es de Harry.

—Joder. ¡No! —me lancé a contestar.

Suspiró profundamente y por un momento creí que si le hubiera dado otra respuesta estaba segura de que se habría puesto en contacto con un sacerdote y me hubiera hecho un exorcismo como a la niña de *El exorcista*. Seguro que mi cabeza también hubiera dado vueltas, pero por tener una amiga tan chalada como ella.

—Menos mal, porque ya estaba pensando en llamar al padre Karras —y con eso, confirmó mis sospechas—. No es que no me fie de ti, pero después de que nos encontráramos con él en el restaurante… Y no me fio de ese tío y lo sabes —añadió.

—Tranquila, no me importó aquello —mentí—. Ya lo he superado.

Y lo había hecho, a mi manera. Me dolía verlo, pero no porque lo echara de menos, ese no era el problema de encontrarme con él una y

otra vez, muchas más de las que me gustaría, el problema era algo más doloroso. Algo que se me había quedado clavado en el pecho, que no sangraba, pero que tenía pequeñas fugas que hacia que de vez en cuando una gota de sangre se derramara recordándome que era lo que me había llevado hasta ahí. Que era lo que había pasado durante nuestra relación y que yo no había sido consciente de ello hasta mucho después.

Que razón tenía ese refrán de que el amor es ciego, lo que nadie nos decía que es que muchas veces nos hacía gilipollas.

No me hizo más preguntas de quien había sido, creo que lo supo sin necesidad de decírselo. Sabía la historia que habíamos compartido en el hotel y me conocía. Yo no era mujer de buscar un polvo de una noche con solo pestañear. A mí me tenían que indicar el camino, y Meredith sabía que Nicholas había puesto luces de neón que parpadeaban con fuerza desde la reunión que habíamos tenido en su despacho.

Me pidió que no me encerrara en mí misma. Le prometí que solo necesitaba un poco más de tiempo. Me lo dio, mucho más del que creía que me otorgaría. Dos semanas eran mucho para ella, a mí al menos me faltaron un par de ellas más, o un mes. Incluso un año hubiera sido bienvenido en aquella amalgama de sentimientos, de pensamientos y de chorradas que no dejaban de martillear en mi mente, sobre todo porque en aquellas dos semanas no tuve ninguna comunicación con la agencia. Era como si Donovan Community, o más bien Nicholas Donovan, hubieran desaparecido de la faz de la tierra.

Había recibido un correo del señor Martens, después supe que su nombre era Devon y que era el encargado del *marketing* principal de las cuentas y del lanzamiento de mi primer libro. Si no fuera porque me había comprometido a un segundo —el cual ni siquiera había empezado a escribir— hubiera sido el único. Devon Martens me había mandado las siguientes propuestas de publicación y le respondí a todo afirmativamente sin siquiera abrir los datos adjuntos. Llevaba sin ver la evolución de mi *Instagram* desde el momento que había subido aquella foto en blanco y negro de mi espalda.

Dos semanas después de mi encierro, de que mi amiga me hubiera dado un tiempo demasiado prudencial para ella y de que yo me hubiera rebozado en mi miseria, había llegado el momento de sacar la

cabeza de debajo de la tierra. El avestruz en el que me había convertido tenía que dejar su plumaje beige y apagado para volver a su ser, o al menos la yo que quería mostrar al mundo, o la que me estaba exigiendo el señor Martens. Le había pedido a Meredith que me acompañara, aquello a lo que me había comprometido y aun no sabía por qué razón, seguía sin hacerme ninguna gracia.

—Vamos, Jess. No seas una cobarde —dio un par de vueltas a mi alrededor, comprobando que me había puesto toda la ropa que había traído, porque esta vez no se fiaba de lo que había en mi armario—, has dado tu palabra y ambas sabemos que si no la cumples empezarás con los ardores y todo eso lo hace tu consciencia, que te castiga.

—Es una puñetera sesión de fotos —repliqué intentando tirar de la camiseta que me había puesto y que estaba segura de que era una talla más pequeña—. Tenía que haber bebido algo muy fuerte cuando acepté.

—O haber tenido uno de los mejores orgasmo de tu vida —respondió ella y dando en el clavo.

Bufé con fuerza, expulsando todo el aire de mis pulmones y ella me respondió con una sonora carcajada. Seguía sin preguntarme si era con Nick con quien había pasado aquella noche que me había tenido en un duermevela durante dos semanas, aunque estaba segura de que esa no era la pregunta que quería hacerme. Sabía que le quemaba en la lengua, pero que estaba resistiéndose a hacerla hasta el momento indicado, ese en el que después de mi respuesta llegaría el consabido *te lo dije*.

Terminamos de recoger todo lo que habíamos dejado por en medio y me ocupé de que Pompón tuviera agua y comida para ese día. No sabía lo que tardaría en volver a casa, solo esperaba hacerlo de una pieza.

Cuando bajamos a la calle, como Devon Martens nos había prometido, una limusina estaba esperando para llevarnos a mi peor pesadilla. No tenía que recordar que aunque no hubiera contrato de por medio, Meredith Jade Rocks se había proclamado mi representante y ella había sido la encargada de organizar todo aquello, incluida la limusina y la botella de Moët & Chandon que enfriaba dentro de una cubitera, completamente helada y con sendos vasos esperando a que la abriéramos y disfrutáramos del recorrido de poco

más de media hora hasta nuestro destino.

—Creo que te has extralimitado —sonreí mientras me tendía una copa llena.

—Y bien que lo vamos a disfrutar. Estos tienen pasta para dar y regalar —dio un trago largo a su vaso y me hizo un gesto con la mano para que hiciera lo mismo y rellenar de nuevo los vasos—. Tenemos que aprovechar que ven en ti a una estrella.

Me reí con fuerza, mucha más de la que esperaba haber usado, pero que Meredith dijera aquello me resultaba irónico por su parte. Ella, que provenía de una de las familias más influyentes y adineradas de Londres. Que no tenía en su armario ni una prenda que no hubiera pisado anteriormente la pasarela e incluso que se podía permitir comer caviar para desayunar. Pero después la mirabas y nada de aquello parecía importarle. Era simplemente un alma libre que había nacido rodeada en algodones.

—Cállate y disfruta —me reprendió y supe sin necesidad de que cruzáramos palabras, que lo que había dicho era simplemente para que me relajara—. Esta vida esta dándote cosas que tenía que haberte dado mucho antes, así que deja de renegar y vive, Jess. Repite conmigo: Me lo merezco y voy a disfrutarlo.

Y tuve que repetirlo al menos cinco veces hasta que se quedó tranquila, o tal vez fuera que el nivel de la botella estaba menguando considerablemente y eso que aún no eran ni las diez de la mañana, pero a quien le importaba.

Como habíamos calculado, una media hora después de que nos recogieran en el portal de mi destartalado edificio, la limusina nos dejó frente a las enormes puertas de una nave en la que únicamente aparecía un nombre, pero no había que estar metida en aquella industria para saber que estar allí era todo un privilegio. Trabajar con Thomas Greendwood no era algo que todo el mundo se pudiera permitir, pero al parecer Nicholas Donovan se encontraba entre los privilegiados y yo sería quien se llevaría aquella medalla de haber disfrutado de esa sesión de fotos.

La puerta de la limusina se abrió por el lado que ocupaba mi mejor amiga y una mano de hombre asomó por ella. Meredith aceptó encantada que la ayudaran a salir, yo por mi parte había decidió salir por mi propio pie y por la puerta contraria, lo que no me esperaba era

encontrarme aquella escena al mirar por encima del techo del vehículo. Nunca, en todos los años que llevaba conociendo a mi amiga, y eran muchos, había conocido a alguien o a algo que la hubiera dejado sin palabras y allí estaba ella, con la boca abierta, literalmente. Incluso los ojos abiertos como platos y estaba segura de que en cualquier momento un hililllo de babas recorrería el camino de su barbilla hasta formar un charco a sus pies, pero que conste que la entendía. El hombre que la había ayudado a salir de la limusina bien podía ser una puñetera estatua de Miguel Ángel. Esculpida con todas sus líneas, los músculos marcados, y eso que llevaba una camiseta negra que se le ajustaba con precisión a todo su cuerpo, pero no era su perfección lo que llamaba su atención, si no todas esas líneas que asomaban y dibujaban su cuerpo con una precisión perfecta.

Desde donde me encontraba no podía distinguir ni la mitad de los tatuajes que decoraban su piel, pero estaba segura de que Meredith ya había memorizado una docena de ellos. Aun seguían cogidos de la mano. Él con ese pelo rubio ceniza y ella con su pelo del color de las zanahorias, un rostro lleno de pecas y sin ningún pudor en decir todo aquello que se le pasaba por la mente, sin necesidad de pasar por ningún tipo de filtro, cosa que demostró en aquel momento cuando recobró el habla.

—Me cago en mi puta estampa —sin soltar la mano de aquel hombre lo hizo girar sobre si mismo y mirarlo a placer mientras tanto —. Dime que la empresa me ha mandado un gigoló. No lo he pedido, pero no voy a rechazarlo si eres tú.

—Señorita… —aquel hombre tatuado estaba mirando a mi amiga como si fuera un mangar—. Siento defraudarla, no soy eso que ha reclamado, pero podría hacer una excepción por usted.

A mi consiguió que me temblaran las rodillas, así que seguramente a Meredith le temblaron hasta… eso mismo que estás pensando.

—Señorita Jones —contestó mi amiga dibujando una sonrisa de lo más sensual —pero puedes llamarme Meredith.

—Dith me parece más intimo —sin soltar la mano de mi amiga se giró hacia mi y su rostro se relajó—. Señorita Evans, si me acompaña…

Tiró de la mano de mi amiga, por la manera en la que ajustó sus

dedos a los de ella se notaba que se negaba a soltarla y yo disfruté con aquel intercambio que había puesto a mi amiga del revés. Sin saber como actuar y con una mueca de sorpresa que era totalmente nueva en su rostro.

—¿Y usted es? —consulté cuando ajusté el paso al de aquel hombre lleno de tinta, pero manteniendo las distancia para no interceder en ese vinculo que parecía que habían creado en solo un roce de sus manos.

—Devon Martens, su asesor de *marketing* y el responsable de que hoy sea un perfecto día para usted. Hemos hablado un par de veces durante esta semana para cerrar la sesión fotográfica.

Aunque sabía que estaba respondiendo a mi pregunta, no dejó de mirar a mi amiga, por lo que no podía dejar de pensar que aquellas palabras iban más dirigidas a ella que a mí.

—Les presentaré al fotógrafo en breve, aunque creo que ambas ya saben de quien se trata. —Abrió una pequeña puerta que estaba justo al lado de las grandes que daban acceso a la nave que había visto desde la limusina—. Ahora quiero que me acompañen, tenemos mucho trabajo que hacer.

Mi mejor amiga seguía muda y yo estaba pensando que tenía que aprovecharme de aquello, guardar todos sus gestos y contar todas las veces que levantaba las cejas cada vez que lo miraba. Estaba casi segura de que había imaginado cuantos cuadraditos había en su vientre —ocho, eran ocho—, e incluso imaginado los tatuajes que ocultaban su camiseta, una que hacía referencia a la última temporada de *Stranger Things* y que de seguro que eso había conseguido desestabilizar un poco más a Meredith; aun seguía suspirando por Eddie Munson, y es que ahora no había nadie que la pudiera sacar de su idea de que la mejor interpretación de la serie era del actor Joseph Quinn y su solo de guitarra y es que si mezclabas su serie favorita y Metallica, no había manera de hacerla cambiar de opinión y al parecer, Devon había conseguido mucho con solo una sonrisa.

Nos hizo pasar a una nave amplia. Para mi sorpresa y estaba segura que también para la de mi amiga, en vez de encontrarnos con unos techos altos, mucha uralita y un calor asfixiante, nos encontramos con una sala de paredes blancas llenas de fotografías firmadas por famosos que salían en las portadas de las principales

revistas, en la televisión y en las películas que estaban en cartelera en aquel momento o de varios años e incluso décadas atrás.

Meredith seguía en silencio, para mi absoluto asombro, que no había soltado la mano de aquel hombre y, al parecer, él tampoco parecía tener prisa por desenredar los dedos de mi amiga.

—Guau… —dije caminando, acercándome hasta la foto de una Uma Thruman muy joven y que vestía el mono amarillo de Kill Bill—. Esta foto es…

—Son de la colección personal del señor Greendwood, aunque estas son solo copias de las originales —comentó mientras me hacía un gesto para que me adelantara a ellos—. Ahora pase a su despacho, quiere hablar con usted primero.

Y aunque titubeé, respiré hondo, llené mis pulmones con el oxígeno necesario, o eso esperaba, y atravesé la puerta que me había señalado, dejando a Meredith muy bien acompañada, solo esperaba que cuando saliera, no me los encontrara a los dos retozando en el sofá que había en la sala, aunque era algo demasiado probable viendo como se miraban el uno al otro y como ignoraron mi despedida llena de nervios. Puede que en realidad aquello fuera lo mejor que pudiera pasarme, porque si Meredith me hubiera intentado insuflar ánimos, esos que se caracterizaban por darme una colleja y volver a llamarme cobarde por enésima vez, tal vez no me hubiera sentido algo menos nerviosa de lo que me sentía.

No estaba preparada para lo que me encontré cuando abrí aquella puerta, no al menos de la manera que me esperaba, pero si consiguió que en mi cara se dibujara una amplia sonrisa y tuviera que taparme la boca para evitar terminar riéndome hasta doblarme en dos.

Si alguien me hubiera dicho que encontrarme a Thomas Greendwood de aquella manera era posible, me hubiera reído con las ganas que estaba intentando controlar.

19

Jess

¿Recuerdas esas series de los 90? Sí, esas como *Príncipe de Bel-Air*, o *Cosas de casa*. Vale que yo no las hubiera vivido de primera mano, sobre todo porque cuando nací ya se habían emitido todos los capítulos, pero la televisión de sobremesa aún seguía haciendo múltiples reposiciones cuando yo empecé a entender lo que querían decir. No podía olvidarme de Carlton Banks y su baile de Elton John. Aquello era un clásico y entrar en el despacho de Thomas Greendwood y encontrármelo bailando *It's not unusual* era algo que no tenía precio, pero hubiera sido algo medio normal si cuando él levantó la mirada del suelo y se cruzó con la mía hubiera parado. Pero no, aquel hombre de pelo cano, que empezaba a escasear en sus sienes se acercó a mi, me tendió la mano y yo no pude negarme. Antes de ser consciente de lo que estaba pasando me encontraba brincando por el despacho más extravagante que había pisado en la vida, y eso que mi padre era un caos consagrado.

Reí. Salté y por unos momentos me sentí libre. Joder, hacía demasiado tiempo en el que no me encontraba conmigo misma, sin contar lo que había sentido junto a Nick, pero eso era algo que seguía

queriendo dejar en segundo plano, al menos hasta que esa cobardía con la que todo el mundo me definía desapareciera, hasta que me encontrara preparada para analizar todo lo que estaba pasando en mi vida.

—Bienvenida a mi mundo, señorita Evans —bailó y me hizo girar sobre mí misma y antes de ser consciente, me estaba haciendo subir a los cojines del asiento del sofá que presidía el despacho donde había entrado.

—No sé si esto es una bienvenida o me estoy volviendo loca —respondí intentando recuperar el aliento después de tanto brinco.

—No la conozco personalmente, pero he escuchado maravillas de usted —me ayudó a bajar del sofá y me cogió de la mano para ayudarme a llegar a una mesa que estaba en uno de los laterales de aquel enorme despacho. Retiró la silla que había en uno de los lados y señaló el asiento para que lo ocupara—. No suelo hacer estas cosas así, pero Devon y Nick no han dejado de alabarla de una manera fantástica y cuando la he visto entrar solo puedo decirle que se han quedado cortos.

Miré a mi alrededor buscando una cámara oculta. Era la primera vez que Devon Martens me veía en persona y después de dos semanas sin tener noticias de Nicholas Donovan no esperaba que diera la cara por mí de aquella manera, aunque no sabia exactamente que era lo que había dicho. No era que no pensara que hubiera hablado bien de mí, al fin y al cabo era su clienta, pero después de no saber nada de él durante dos semanas había imaginado que se había olvidado de mí. Al fin y al cabo era algo que no me extrañaría. Ambos habíamos conseguido lo que queríamos y él era alguien muy importante en aquel negocio, no necesitaba alabar a sus clientes para conseguir lo que quería, pero la persona que estaba frente a mi no era cualquiera, era el puñetero Thomas Greendwood, una eminencia en la fotografía y todo lo que llevaba su sello acababa siendo prácticamente un éxito.

—Vayamos al grano —dijo después de dar varias vueltas a mi alrededor, como si intentara grabar en su memoria todos mis ángulos. Todas esas cosas que solo un profesional era capaz de ver—. La idea de Devon me parece fabulosa y después de leer tu manuscrito, creo que podría hacer maravillas.

La mandíbula se me desencajó al momento al escucharlo hablar de

mi libro. Sabía que las personas que se involucrarían en toda la promoción del libro tenían la obligatoriedad, o al menos casi toda, de leerse el manuscrito de *Pasión sin limites*, pero que Thomas Greendwood lo hubiera hecho era algo para lo que no me encontraba preparada. La agencia me tendría que haber explicado un poco más de que narices iba esta reunión. Me gustaba la idea de lo que quería realizar, era una puta locura que sabía que daría sus frutos una vez que viera la luz, pero yo iba a ser el jodido centro de atención y para eso, aunque hubieran pasado dos semanas, seguía sin sentirme preparada y menos si una de las eminencias de la fotografía sabía de verdad lo que yo quería que el lector se imaginara una vez que leyera la historia. Si había alguien capaz de enfocar la imagen que se había dibujado y recreado en mi mente durante los meses en los que me había llevado sumergida en palabras y escenas que no deberían haber visto la luz, era el mejor fotógrafo de Londres y prácticamente de la faz de la tierra y en aquellos momentos me dedicaba una sonrisa que marcaba un profundo y sensual hoyuelo en su mejilla derecha.

—No sé que le ha contado —balbuceé mientras intentaba recuperar el equilibrio tras el baile que habíamos compartido.

—Nada de lo que tengas que arrepentirte —le vi tomar aire con fuerza, recuperando el aliento tras los saltos que habíamos compartidos. — Permíteme que te tuteé, este proyecto no va a hacer pasar muchas horas juntos.

Thomas había dejado de ser un chiquillo varios años atrás, pero nadie podía discutirle que seguía teniendo el alma de un veinteañero, las ganas de un adolescente y la energía de alguien que acababa de encontrar su vocación. Todas esas cosas eran las que hacía que después de más de cuarenta años de profesión siguiera siendo de los mejores del mundo, y por eso tenía que darle la razón a Devon y, por supuesto a Nicholas. Contar con él era lo mejor que le podía pasar a aquella historia.

Habían quedado atrás aquellas tardes en las que les había pasado el documento a mis mejores amigas y me habían ayudado a encontrar los errores que a mí se me pasaban. De igual manera había dejado de contar los días en los que la historia, o al menos una gran parte de ella, había formado parte de una de las plataformas de escritores en las que podías compartir tus palabras de manera gratuita y en ese

momento, después de varios meses en los que había decidido compartir la historia de ellos, todo era mucho más grande lo que me hubiera imaginado.

Thomas Greendwood colocó el índice de ambas manos sobre el pulgar de la otra, creando un rectángulo frente a sus ojos, como si de esa manera se pudiera imaginar una lente frente a sus ojos. Lo observé cerrar un ojo primero, después el otro y lo que más me sorprendió fue que después de todos los saltos compartidos, de los gritos y del momento de euforia, antes de empezar a hacerme falsas fotos, me había colocado las manos sobre los hombros, había ejercido algo de presión sobre ellos y me había pedido que no me moviera. Algo que no me era posible, porque ni siquiera respiraba, pero mi cuerpo seguía temblando.

Juro que lo intenté, no sé por qué, pero tuve el presentimiento de que si incumplía mi promesa, algo malo me pasaría. No es que estuviera equivocada, pero tiempo después me di cuenta de que había ciertas cosas, que por mucho que las prometieras, serian imposible de cumplir. Al menos de la manera en la que habíamos imaginado.

—Eres perfecta. Eres ella —retiró un mechón de pelo que a causa de la humedad de mis labios se habían quedado sobre ellos—, pero no lo quiero a él como la persona que te romperá el corazón. El señor Donovan nunca sería capaz de ello.

Si hubiera prestado atención a las palabras que iba diciendo mientras daba vueltas sobre mi cuerpo, mientras me recolocaba el pelo y me movía a su antojo, hubiera sido consciente de todo lo que estaba diciendo. De todas las cosas que estaban a punto de cambiar en mi vida, yo solo podía imaginarme a la persona que él había descrito para compartir cada una de las escenas que esperaba inmortalizar tras su lente, si hubiera prestado atención hubiera sido consciente de que aquello iba a pasar de verdad.

Cuando al fin dejó de dar vueltas a mi alrededor y empezó a anotar quien sabe que cosas en el cuaderno que había sacado del primer cajón de su escritorio, una sonrisa arrogante se dibujó de nuevo en su rostro, y esta vez en vez de mostrarme ese hoyuelo de que había podido vislumbrar momentos antes, se mostraba su gemelo en la mejilla contraria.

—Va a ser genial. Tú eres la protagonista y aunque a él lo

conocieras después de que terminaras la primera parte de la novela, es la perfecta pasión que has descrito.

Antes siquiera de que fuera capaz de preguntar a quien se refería, la puerta por la que yo había entrado momentos antes se abrió desvelándome a esa persona que no dejaba de nombrar.

Puede que hubiera imaginado mil escenas diferentes, que el rostro que se dibujaba una noche tras otras después de haberlo conocido dejara de presentarse ante mí cada vez que quería ponerme con aquel manuscrito y terminar de contra la historia, pero al parecer no era la única que había imaginado que Nicholas Donovan era el hombre perfecto para encarnar a Rick. Joder, inclusos sus nombres se diferenciaban solo en la primera letra.

No había que ser muy inteligente para saber que era lo que estaba insinuando el fotógrafo, puede que fuera el mejor en lo suyo, pero no sabía que Nicholas y yo habíamos llegado a un acuerdo, o al menos eso quería creer después de no haber sabido nada de él en las ultimas dos semanas. Él no podía estar allí. No quería que estuviera. No soportaba tenerlo cerca de mí, porque cuando eso ocurría, mis defensas se ablandaban. Los muros que tanto me habían costado levantar a mi alrededor después de que la relación con Harry se fuera a la mierda, temblaban, se volvían inestables. Pero parecían que eran ellos los que se querían venir abajo. Como si la fuerza de voluntad que los mantenían en pie solo quisiera que se acercaran a Nicholas.

Tal vez por eso di un paso atrás, poniendo más distancia entre ambos. Intentando recoger las piedras que habían caído y colocarlas de nuevo en su lugar. Puede que por eso dijera lo que dije y usé un tono que nunca me había gustado que usaran conmigo.

—Tienes que irte de aquí —noté como el iris de sus ojos se oscurecía y como la línea de sus labios se hacía más firme. Más siniestra. Como si mis palabras le dolieran, pero sabía que eso no era posible —. Tu no puedes estar aquí, era el único requisito que te pedí para hacer esto.

Hay momentos en la vida en las que no hacen faltas las palabras. Solo un gesto, una mirada, o incluso un resoplido y esto último fue lo que salió de los labios de Nicholas cuando terminé de decir aquello, con la voz quebrada y temblándome.

—¿Hay algún problema, señorita Evans? —Thomas Greendwood

se acercó hasta mi y colocó una mano sobre mi hombro—. Sé que es mucha información y hoy no será el día que hagamos las fotos, pero me gustaría estudiar la química que hay entre ambos.

¿Química? Eso podía habérselo dicho sin necesidad de que Nick estuviera allí. Lo nuestro eran los ingredientes perfectos para crear una puñetera bomba nuclear que dejara al mundo sumido en la soledad absoluta, aunque estaba casi segura de que Nicholas sobreviviría a la catástrofe.

No estaba preparada para aquello, pero era mujer de palabra, incluso aunque esta fuera *miedo* y en aquel momento me estuviera dejando un regusto amargo en la boca. No era miedo por las fotografías en sí. Sabía que era capaz de hacerla, pero no con él a mi lado y menos cuando seguía estando en la misma habitación que yo y, aunque no lo mirara, sabía que él no había dejado de hacerlo conmigo. Notaba sus ojos sobre mí y estaba segura de que quería responderme.

—No, todo está bien —resoplé como lo había hecho él momentos antes y al girar mi rostro para atreverme a mirarlo, me di cuenta de que esa línea recta en la que había convertido sus labios había desaparecido, reemplazada por esa sonrisa canalla que conseguía derretirme hasta las costuras de las bragas.

—¡Ahí, ahí esta lo que sabía que habría entre los dos! —el fotógrafo se separó un poco de mí, pero me atrapó de la muñeca y antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me colocó junto a Nick, me hizo darle la mano y empezó a repetir la misma escena de antes cuando yo era la única que había en el despacho con él.

Aguanté de manera estoica todas sus extravagancias, resistiendo mirar al hombre que tenía a mi lado, sobre todo porque era consciente de que mi rostro estaba rojo como un tomate y que él seguía sonriendo de aquella manera que me desestabilizaba.

—¿Seguro que esta todo bien? —dijo de repente demasiado cerca de mi oído—. Recuerda que he leído tu novela y Greendwood quiere recrear algunas de las escenas para la publicidad.

Y ahí fui consciente de todo lo que estaba a punto de ocurrir y de que no, nada estaba bien y a la vez estaba deseando que aquel cosquilleo que Nick despertaba en mi siguiera recorriendo mis venas. Sí, era una kamikaze que no sabía donde se estaba metiendo.

20

Nick

Poner nerviosa a Jessica era algo que estaba empezando a gustarme mucho. Después de dos semanas separado de ella y cuando apenas habíamos compartido nada, me había dado cuenta de que me gustaba tenerla cerca.

Sabía mucho más de ella de lo que nunca me había permitido investigar de ninguno de mis clientes. Había trabajado alguna que otra vez con escritores, pero ninguno se había presentado tan verde. Sus cuentas ya habían dado un par de pasos positivos antes de hacerme cargo de ellas, pero trabajar con Jess era diferente y mucho más después de todo lo que había averiguado durante las dos semanas que me había obligado a estar separado de todo lo que era la vida a la que me dedicaba en aquellos momentos.

Había estado al corriente de todo lo que había pasado en Donovan Community, Devon no me había dejado perderme ni un coma o punto de las reuniones a distancia que había mantenido con ella y yo había agradecido no hacerlo. Luca me había dejado claro que me arrepentiría si lo hacía, así que el tenerlo a mi lado durante aquellos catorce días había sido un soplo de aire. Tener a mis hermanos

apoyándome en lo que estaba pasando a mi alrededor era algo por lo que tenía que darle gracias a Dios o a quien me hubiera tendido la mano durante los últimos veinte años.

—Nicholas, pasemos a los estudios, me gustaría que dieras el visto bueno a lo que he preparado. —Jessica nos miró con incredulidad y supe que estaba sacando sus propias conclusiones—. Martens es genial, pero a veces me da la impresión que se toma todo esto a la ligera, aunque me consta que es un profesional, pero ya sabes que me saca de quicio.

—O tal vez es que sabes que nunca podrás conseguir esas fotos en la que desvelé todos sus tatuajes —respondí intentando ignorar esa parte en la que dejaba claro que yo no había tenido que ver nada en aquella sesión.

Se rio con ganas y tomé de la mano a Jessica para tirar de ella y sacarla de aquel despacho por la puerta que daba acceso a las naves donde montaba escenarios dignos de una super producción de Hollywood. Si algo caracterizaba a Thomas Greendwood era que cuando hacía un trabajo, lo hacía hasta dejarse la piel.

Me encantó mirar la cara de sorpresa de Jessica, notar como sus ojos observaban todos los rincones, pero lo que más me gustó de todo aquello es que, o no era consciente, o no quería serlo, que nuestras manos seguían unidas y no hizo amago de soltarme, así que me permití disfrutar del calor que emanaba de su cuerpo. De lo que despertaba en mí. Todos los recuerdos de las noches compartidas juntos, porque ya no solo era la escapada al hotel. Podía guardar una más, y quería más. Mucho más.

Thomas, como todas las veces que me había permitido trabajar con él, había recreado varias estancias de la historia que Jessica había escrito y al mirarlas, me imagine todas y cada una de ellas, pero con una protagonista diferente. La escritora ocupaba todas las escenas: en la cama, con las piernas abiertas, permitiéndome mirar su fruto prohibido, deseando ser devorado. En el sofá del pequeño apartamento que había descrito, con el cuerpo desmadejado y sus pechos al aire, reclamando la atención de una lengua habida de su sabor. En el balcón del diminuto apartamento, rodeado de plantas, con el olor de todas ellas envolviendo su cuerpo y aquello me llevo a la imagen en el que el protagonista, Rick, la atrapaba de las caderas y la

embestía desde atrás.

Jess me soltó la mano, aun sigo pensado si fue porque yo había empezado a apretarla con demasiada fuerza, o porque ella empezó a ver aquellas estancias con la misma necesidad que yo lo estaba viviendo; con las ganas de recrear todas las escenas y que los ojos que nos observaba, desaparecieran y nos permitieran hacer volar nuestra imaginación.

—Solo quiero que os dejéis llevar. Que no os sintáis intimidados porque os fotografíe. —Thomas hablaba varios metros delante de nosotros, ignorando que Jess también había interpuesto una distancia conmigo—. Ya me ha quedado claro de que tu cara no puede salir, y créeme, me parece una atrocidad, aunque estoy seguro de que, cuando los lectores te vean, sabrán sumar dos más dos.

No me gustó aquel comentario del fotógrafo. No quería que la ahuyentara, que le hiciera dar un paso atrás en todo lo que estaba organizando. La miré, intentando que no notara la intensidad con la que lo hacía, y no me pasó por alto que los nervios de todo lo que estaba por llegar, la estaban alarmando de una manera en la que, en cualquier momento, era capaz de salir corriendo, dejándonos a todos con la palabra en la boca.

—Nadie va a saber quién eres —dije, colocándome a su lado, enlazando de nuevo los dedos de mi mano con los de ella e intentando que su nivel de pánico disminuyera—. Te prometí que cuidaría de tu privacidad y lo seguiré haciendo.

No sé si aquello sirvió para algo, pero esperaba que entendiera todo lo que estaba haciendo. Yo era el primero que no quería que me reconocieran en aquellas fotos. Ni siquiera llegaba a comprender como me había presentado voluntario, aunque si pensaba en la conversación que había tenido con Thomas, cuando me presentó un dossier con los posibles modelos que podían posar junto a ella, acabé rechazándolos a todos y diciéndole que sería yo quien posara a su lado, aunque siendo sincero, Greendwood había sabido jugar muy bien sus cartas e inconscientemente me había llevado a su terreno; y la verdad, no podía quejarme, me apetecía muchísimo aquella sesión de fotos.

—¿Estás seguro? —le consultó al fotógrafo con voz temblorosa—. Yo… yo nunca he salido en ninguna red social y esto, todo lo que me está pasando…, no era nada de lo que tenía planeado.

Me entraron ganas de pegarme más a ella, pasarle el brazo libre bajo las rodillas y elevarla hasta acurrucarla sobre mi pecho, que notara que, estando a mi lado, podía confiar en que nada malo podía pasarle, porque de alguna manera, las ganas de proteger a Jessica Evans me estaban consumiendo. Por eso había decidido separarme de ella aquellas dos semanas; tenerla cerca no era sano, ni para mi salud mental y, mucho menos, para las ganas que tenía de volverme a enterrar en su cuerpo y sentir de nuevo sus uñas clavándose en mi espalda. Pero respiré hondo, me tragué aquel sentimiento que empezaba a hacerse una bola en mi garganta y no me permitía tragar y solté su mano. La cercanía que había entre ambos, esa que yo había creado, tenía que terminarse.

—Nadie va a reconocerte —respondí antes de que lo hiciera el fotógrafo—. Nos encargaremos de que las fotos sean perfectas y respeten al máximo tu privacidad. Me he comprometido a ello y voy a cumplirlo.

Me giré hacia Thomas, esperando que no dijera nada más que pusiera nerviosa a Jessica y él pareció entender mi mirada, porque hizo un gesto afirmativo con la cabeza y nos llevó hasta el primer escenario que estaba a nuestra izquierda.

Me sorprendió que aquella habitación recreada en una nave fuera exactamente igual que como me la había imaginado cuando leí el manuscrito de Jess, aunque si lo pensaba, tampoco era tan difícil de creer que Thomas hubiera conseguido recrearla tan a la perfección y supe que ella pensaba lo mismo, porque por extraño que pareciera, nuestras manos se habían vuelto a unir y noté como me apretaba.

—Esto es… perfecto.

—Tú eres la que lo ha conseguido realmente. Tienes una manera excelente de describir cada escena en tu libro. Llegas al alma, chica, y a mí me gusta darle vida a esas escenas que los escritores tenéis en la cabeza, así que —señaló todas las escenas que había recreado—, esto lo has hecho tú.

No pude evitar mirarla y ver como sus ojos se había puesto vidriosos. No estaba llorando, pero parecía bastante probable que ocurriera. En otro momento, con otra mujer, la escena me hubiera hecho sentir sobrepasado, odiaba el sentimentalismo que mostraban, como muchas de ellas habían usado las lágrimas para intentar sacar

algo de mí, pero Jess no era así, percibí el momento en que eliminaba disimuladamente, como si ninguna de las dos personas que estábamos con ella nos hubiéramos dado cuenta, la pequeña gota que había escapado de sus preciosos ojos, para justo después soltarme la mano, envararse y dibujar una enorme sonrisa en su cara. Se había colocado una máscara totalmente desconocida para mí y eso me hizo sentir muchas más ganas que antes de protegerla.

Todo lo que esa mujer estaba despertando en mí, no es que no me gustara, es que no estaba preparado para sentirlo. No en aquel momento de mi vida.

21

Jess

Aquello estaba ocurriendo realmente y ser consciente de ello estaba consiguiendo que todas esas partes de mí que siempre entraban en conflicto en mi interior, se pusieran en pie de guerra.

Estaba la parte de mí que me había acompañado en mi infancia y parte de mi juventud, la que guardaba todos los recuerdos de mi madre y mi padre juntos, la que había sabido ser fuerte. También la que había nacido pocos años después, la que de repente había empezado a debilitarme, cuando me entraron ganas de encogerme agazapada en una esquina y enterrar la cabeza entre las piernas, pensando que si yo no veía el mundo, este dejaba de ser consciente de mi presencia y lo peor de todo aquello no era sentirme pequeña, era el miedo de darme cuenta desde cuando me sentía así.

En aquel momento, justo en el que volvía a enlazar la mano a Nick y sentir como mis ojos se humedecían, tomé una decisión. Había momentos en los que hay que guiarse por la razón y otras, por el corazón y aquel era el de elegir lo segundo, por eso no me dolió que a él no le pareciera mal que mi actitud cambiara. Creo que incluso vi una pequeña sonrisa en su cara y eso me llenó aun más de valor.

—Quiero hacerlo —dije dando un paso más hasta el pequeño balcón que tantas veces había recreado en mi mente y que se había hecho realidad gracias a Thomas—, pero necesitamos cambiar un par de cosas de aquí para que todo esté en su lugar.

—Claro, soy todo oídos. Estoy seguro de que conseguiremos alcanzar la perfección.

No sé si fuimos nosotros los que nos separamos de Nicholas o fue él quien nos dio espacio para hablar libremente, fuese como fuese, en una de las veces en las que retiraba una maceta y movía el pequeño sillón de ratán, me giré para observarlo y me gustó verlo con aquella actitud. Se había apoyado en una de las tantas columnas que había por la nave, a una distancia algo mayor de la que había creído que se había quedado en un principio, con los brazos cruzados, marcando de aquella manera unos bíceps que sabía que eran más grandes que lo que parecían debajo de la camiseta de marca que llevaba puesta. El cabrón se sabía sexy y lo explotaba a su antojo, aunque estaba casi segura de que en aquel momento su postura era casual, que no estaba intentando decirme nada o, por lo contrario, me estuviera diciendo mucho, por eso mismo le dediqué una sonrisa de superioridad, una que sabía que lo descolocaría, una que había dejado de usar y que ya era hora de que volviera a ver la luz.

—¿Crees que podríamos retrasar las fotos unos días?

Thomas, como me había exigido que lo llamara en innumerables veces, hasta que tuve que ceder, se pasó la mano por la frente para eliminar el poco sudor que perlaba su piel y miró en dirección a Nick. Sabía que seguía en el mismo sitio que antes, no lo había vuelto a mirar directamente, pero no había podido hacerlo de reojo, porque sabía que él no había dejado de observarme a mí. Había sentido sus ojos en mi espalda en cada movimiento.

—¿Qué opinas?

—Habría que cuadrar varias cosas —su voz sonó demasiado cerca, tanto que estaba segura que si daba un paso atrás, mi espalda chocaría con su pecho—. Solo podríamos hacerlo si ella no está planeando escapar.

Me giré, no podía hacer otra cosa. Sabía que aquello era una manera de echarme en cara las dos veces que había desaparecido de su lado. La primera porque el estar con él en aquella habitación de

hotel había sido más un reto que otra cosa, aunque no me arrepentía de nada de lo que habíamos hecho, por eso mismo había ocurrido mi segunda huida, aunque con algo más de planificación por mi parte. En el momento en el que decidí ir a su apartamento lo hacía consciente de que quería ser Ali una vez más, la chica desinhibida, la chica sin miedos. Aquel era el momento perfecto de recordarme que yo era ambas caras de la moneda. De hacérselo saber también a él.

—¿Me llamo Jessica Olivia Evan? —le pregunté poniendo énfasis en el inicio de ambos nombres— Porque si mal no recuerdo, tú eres el que ha cambiado mi nombre en las redes sociales y quiero que vuelva a ser este. No voy a renunciar a ninguno de ellos y para poder hacerlo, tengo que arreglar primero unas cosas, por eso necesito retrasar esta sesión de fotos, no para largarme de aquí, me he comprometido y he hecho una promesa, cosa que tú has incumplido presentándote aquí.

Me volví a separar de él, pero solo para dar unos cuantos pasos a su alrededor. Era mucho más pequeña que él, pero con aquel movimiento quería demostrarle que no me intimidaba. Quería retomar las riendas de mi vida, las que había perdido con Harry…

Justo en el momento en el que aquel pensamiento se detuvo en seco en mi cabeza, yo lo hice también, quedándome paralizada y en silencio. Un completo silencio que me heló la sangre y que estaba casi segura de que había abrazado a las dos personas que me acompañaban, pero no me atreví a mirarlos, si lo hacía y veía tristeza en sus ojos, pena por la chica que no sabía quién era, que tenía miedo y que no sabía cómo seguir adelante, acabaría tragándome mis propias palabras y corriendo hacia la salida sin mirar atrás.

—Me parece que es la mejor decisión que has tomado, retrasaremos la sesión de fotos todo lo que se pueda. —Nick no se había acercado a mí, pero algo me hacía saber que, si estiraba la mano en su dirección, él me la hubiera tomado—. De la misma manera, tengo que darte la razón en que he roto mi palabra, pero tenía que hacerlo, te prometí estar a tu lado en cada paso que diéramos para la publicación de tu novela y no podía alejarme en este momento. ¿Cuánto podríamos retrasarlo? —consultó a Thomas.

—Estas instalaciones son mías, por lo que estarán disponibles el tiempo que haga falta —respondió y dio los pasos necesarios hasta colocarse a mi lado y ponerme una mano sobre el hombro—. Te

recuerdo que he leído tu novela, así que estoy deseando darle imágenes. Haz lo que necesites, vuelve y disfrútalo. Quiero ser el primero en mostrarle al mundo la historia de Heather y Richard.

Aquello era mucho más de lo que me esperaba. Me guiñó un ojo, dio un paso hasta mi para después darme un beso en la mejilla y alejarse hasta llegar a la puerta por donde habíamos entrado y dejarnos solos a Nick y a mí. Yo seguía con los nervios a flor de piel, el descubrimiento o, mejor dicho, el dejar que mi mente fuera libre por primera vez y dejara que el pensamiento de que todo lo que me había reprimido últimamente era a causa de mi ex, seguía teniéndome congelada en el mismo lugar.

—¿Podemos dar un paseo?

Nick no se había alejado de mí, de la misma manera que también estaba respetando esa distancia que sin darme cuenta, estaba necesitando. Tal vez decía la verdad con eso de que iba a estar a mi lado, de que, aunque hubiera incumplido un trato, lo había hecho por mi bien.

Extendí mi mano hacia la que él había elevado levemente, con la palma hacia arriba, invitándome a acompañarlo y no solo lo hice porque necesitara salir de allí, respirar. Lo hice porque de verdad, después de mucho tiempo, me sentía protegida. Nicholas dibujó una fugaz sonrisa en sus labios, fue tan corta que creía haberla imaginado, pero por la manera en la que agarró mi mano y enlazó sus dedos con los míos, sentí que aquel era mi lugar, que aquel momento no podía ser de otra manera. Y me podría haber asustado. La intimidad que se creó en aquel momento era tan tangible como el tacto de su piel envolviendo la mía, porque siempre había pensado que dos manos unidas era mucha más intimidad que un beso, que el sexo, que cualquier otra cosa. Dos personas que se acompañaban en el camino con aquella unión era importante y en aquel momento lo supe, Nick estaba siendo alguien muy importante en mi vida, alguien que estaba empezando a ocupar un lugar que en otra situación no le hubiera permitido a nadie. Después del supuesto descubrimiento de que todos mis problemas tenían nombre y apellido y de que yo misma me lo había estado ocultando durante más de tres años, no quería que pareciera que estaba actuando igual.

Salimos de la nave, el coche que nos había llevado a Meredith y a

mí no estaba esperándonos, ni tampoco mi amiga y Devon Martens, pero no me pareció preocupante, tenía claro que mi amiga sabía cuidarse y sabía que aquel hombre lleno de tatuajes se le había metido entre ceja y ceja. Seguramente quería que se le metiera en algún otro lugar y en aquel momento estuviera consiguiéndolo. A Nick tampoco pareció preocupar que no hubiera nadie en el exterior, sobre todo porque continuamos caminando al frente. No había ningún coche a la vista, solo una moto completamente negra, no fui consciente de que nos dirigíamos hacia ella hasta que estuvimos a su lado.

—¿Vamos? —la voz de Nick, que seguía sujetando mi mano, me arrancó de mis pensamientos.

—¿No pretenderás que me suba a eso? —Y sí, tenía claro que llamar *eso* a aquella maquina no le gustaría, así que no me sorprendió su respuesta.

—A ver, señorita Evan, «eso» es una Triumph Street Triple RS; es producto nacional y el mejor vehículo en el que te puede montar para moverte por todo el país.

«Hombres y sus juguetes», pensé en aquel momento, pero de verdad que me gustaba aquella moto. Era algo que siempre me había llamado la atención, pero en lo que nunca me había atrevido a viajar. Como aquel día estaba empezando a convertirse en el de dar un paso adelante, el día en el que dejaba atrás todo lo que no me estaba permitiendo avanzar y volver a retomar las riendas de mi vida, ¿qué me impedía montarme en aquel vehículo de dos ruedas? Nada, bueno tal vez…

—¿Tienes casco?

Nick dibujó una amplia sonrisa y esta vez no la ocultó como momentos antes. Sacó el móvil del bolsillo trasero de los pantalones vaqueros, hasta que no hizo aquel gesto no fui consciente de que iba vestido de manera informal. Lo había visto cuatro veces en mi vida y en cada una de ellas vestía de una manera diferente, la primera vez llevaba un bañador que me dediqué a quitarle en un abrir y cerrar de ojos, la segunda fue en la reunión que habíamos tenido y llevaba un impecable traje hecho a medida, en la tercera me dediqué a quitarle la ropa de nuevo y esa vez llevaba los pantalones del traje y la camisa remangada hasta la altura de los codos y esa, joder, esa estaba tan increíblemente sexy con unos vaqueros que se ajustaban a sus piernas

fuertes y la camiseta que le quedaba como anillo al dedo, que ya estaba pensando de qué manera podía volver a deshacerme del envoltorio, pero no estábamos allí para aquello; de hecho, él ni siquiera debería estar allí.

Tecleó varias cosas en el teléfono y ni un par de minutos después, que ambos nos quedamos en silencio mirándonos, él con esa sonrisa que cada vez lo volvía más canalla y yo, pensando si la decisión que había tomado dentro de la nave de Thomas Greendwood era la correcta, vimos como la puerta por donde habíamos salido, se volvía a abrir y aparecía un hombre con un par de cascos en las manos. Nick le dio las gracias y cuando volvió a estar junto a mí, dejó el que parecía de mayor tamaño sobre el asiento de la moto. En un visto y no visto empezó a colocarme el otro sobre mi cabeza. Se preocupó de que no se moviera, de que la correa de sujeción quedara bien bajo mi barbilla, para después mirarme de arriba abajo, como si estuviera cayendo en la cuenta por primera vez de la ropa que llevaba puesta. Que se diera cuenta de que mi atuendo era muy similar al suyo, aun cuando mi camiseta me seguía pareciendo demasiado pequeña, pareció agradarle, ya que hizo un gesto afirmativo con su cabeza justo antes de coger el otro casco y ponérselo. Después levantó la pierna y la pasó por encima de la moto para acomodarse en el asiento. Fue un movimiento fluido y le quedó tan bien, que consiguió que mi pulso se acelerara. Seguía sin entender como aquel tío, el cual me sacaba de quicio en más del noventa por ciento de las ocasiones, conseguía ponerme nerviosa en todo momento.

Una vez que quito la pata de cabra que mantenía la moto inmóvil y fueron sus fuertes piernas las que la sostenían estable sobre el asfalto, volvió a pedirme la mano y no dudé en ningún momento en dársela, seguía pensando que aquel gesto de su mano envolviendo a la mía me parecía demasiado íntimo, pero por alguna razón, no me importaba repetirlo una y otra vez. Me ayudó a subir a su espalda y antes de que me diera tiempo a llevar las manos hacia atrás para agarrarme al vehículo de dos ruedas, tiró de la mano que aún me sujetaba, haciendo que mi pecho se pegara a su espalda y obligándome a rodearlo con los brazos. Dejé a un lado la incomodidad que podía sentir al estar tan pegada a él porque me llegó su olor, ese que me recordaba a un día después de la lluvia y que quería aspirar

cada vez que lo tenía cerca, así que me dejé llevar y me amoldé a la forma de su cuerpo, lo que a él le agradó.

—¿Algún lugar al que te gustaría ir? —me preguntó una vez que sintió que me había relajado junto a él.

—Al London´s Eye

Podía haber pensado en cualquier lugar, incluso que simplemente condujera, pero por alguna extraña razón, las palabras salieron solas de mi boca. No sabía si fue mi subconsciente, que me estaba jugando una mala pasada, o, todo lo contrario, ya que aquel lugar solo lo compartía con dos personas. Aun así, no me arrepentí de decírselo, sobre todo porque él solo puso lo moto en marcha, no me preguntó el porqué y salimos del polígono para adentrarnos en la ciudad.

22

Nick

¿Quería pararme a pensar que era lo que estaba pasando? No. ¿Debería? Sí, pero no iba a hacerlo. Si algo había aprendido en una infancia donde no todo habían sido caminos de baldosas amarillas como en Mago de Oz, era que de vez en cuando hay que dejarse llevar. Aunque el camino estuviera lleno de rosas con espinas y Jessica fuera una de esas rosas, hasta el momento había merecido la pena pincharse. Tampoco es que fuera gilipollas y me gustara sufrir, ya había tenido de eso en mi pasado, pero lo había eliminado de raíz y eso no quitaba que no viviera mi presente. Por el momento, mi presente era la mujer que iba abrazada a mi cintura, cuyo corazón palpitaba con fuerza contra mi espalda y que seguía sin saber que aquello me ponía tierno y cachondo a la vez. Algo en el pasado también me había enseñado que nuestro subconsciente nos hablaba y nos hacía actuar de ciertas maneras sin nosotros ser conscientes y, aun así, dejarse llevar con ella a mi espalda era maravilloso.

Momentos antes, cuando tecleaba en mi móvil, además de pedir que me trajeran los cascos de la moto, también había avisado a Devon del cambio de planes, aunque estaba casi seguro de que él estaba

bastante entretenido en la parte de atrás de la limusina con la amiga barra manager falsa de Jess. Sin embargo, sabía que cuando leyera mi mensaje querría que los cinco volviéramos a quedar para preguntarme que narices estaba pasando conmigo. Algo que me importaba una mierda, porque la vida era así y sí, me dejaría llevar…

Una vez que nos metimos en el tráfico de la ciudad, agradecí haber llevado la moto a la sesión de fotos, la Triumph era mi mejor medio de transporte y llevar conmigo a Oli —me gustaba pensar en ella con ese nombre—, era muy agradable. Zigzagueé entre los coches que apenas se movían por las calles que nos llevaban hasta el puente de Westminster para poder llegar a nuestro destino. No la usaba tantas veces como me gustaría, pero estaba disfrutando del paseo.

La dejamos estacionada en una de las zonas habilitadas y los cascos se los dejamos al responsable del aparcamiento para poder pasear con las manos libres, o mejor dicho, con mi mano rodeando la suya para así mantenerla lo más pegada a mí que pudiera. Debía de ir con pies de plomo, por eso me había colocado las gafas de sol aunque el día fuera el típico londinense, con nubes cubriendo la mayor parte del cielo y el gris era el color predominante, pero si quería protegerla, lo primero era pasar desapercibido. Sabía la facilidad con la que alguien, sin tener que ser de la prensa, podía reconocerme por la calle y subir una foto en las redes sociales y la velocidad con la que la prensa sensacionalista se haría eco de ella y empezaría a decir chorradas. Estaba casi seguro de que, aunque ella se había mantenido siempre en un segundo plano con respecto a la fama de su padre, no tardarían en sumar dos más dos y acabaría perdiendo, demasiado rápido, su anonimato. Además, no había nada entre nosotros, ¿verdad?

Y, de nuevo, aquel pensamiento no me puso nervioso, pero no quise analizarlo, solo quería disfrutar aquel momento. Me gustaba la sensación de sentirme libre, de ser solo una persona que paseaba agarrada de la mano de otra que le gustaba. No iba a ser un hipócrita conmigo mismo y negar que la mujer que me acompañaba conseguía sacarme de mi zona de confort, donde gustaba sentirme. Algo que me estaba ayudando a conocer una parte nueva de mí, eso sí, distinta a todo lo que había vivido en mis treinta y dos años.

—¿En qué piensas? —dijo cuando estaba casi seguro de que

llevaba demasiado tiempo en silencio.

—En todo y en nada. En que me gusta estar aquí contigo —acabé respondiendo, sin prestar atención al gesto que me dedicaba—. En que, si nos damos prisa, podemos aprovechar la próxima vuelta de la noria.

Y tiré de su mano hasta la taquilla para comprar las entradas y montarnos en la siguiente cabina. No me pasó desapercibida la manera en la que se colocó frente a la cristalera, con ambas manos metidas en los bolsillos de los pantalones, negándose a que volviera a agarrarla, pero cuando me fijé en su rostro reflejado sobre el cristal, me di cuenta de que había cerrado los ojos. Noté entonces que su cuerpo se había puesto en tensión, que su espalda parecía más rígida y que su respiración se había acelerado, aunque ella estuviera intentando que no se le notara.

Nuevamente pensé en todas las veces que me había visto en situaciones en las que acompañaba a una mujer y esta demostraba sus sentimientos sin ningún tipo de pudor y yo me sentía sobrepasado, pero Oli no era así, ella se los intentaba guardar al máximo en su interior, pretendía ocultarlos, que nadie a su alrededor se diera cuenta de que algo la atormentaba y, tal vez fuera por eso que se despertaron en mí esas ganas de protegerla que hicieron que diera un paso hacia ella y la rodeara con mis brazos, pegando su cuerpo al mío. Primero pensé en volver a soltarla, ya que su cuerpo se había puesto aun en más tensión que antes. La rigidez de sus hombros era tal que tenía miedo de que, si la apretaba un más o incluso, si la soltaba, se deshiciera y se desplomara en la cabina de la noria, así que elegí una tercera opción.

—Solo soy yo, pequeña. Relájate. No sé qué es lo que te está pasando ahora mismo, pero solo quiero sujetarte.

Para mi sorpresa, noté como se relajaba, como dejaba su espalda caer sobre mi pecho, como su respiración se pausaba poco a poco y yo me quedé allí, con ella en mis brazos y pensando que no quería estar en otro lado que no fuera donde ella estaba.

—¿Dónde quieres ir después?

—A mi apartamento.

El sonido de su voz fue tan débil que al principio creí habérmelo imaginado, pero cuando salimos de la noria, fue ella quien enlazó sus

dedos a los míos y nos guio a ambos hasta el lugar donde había dejado la moto. Después de recoger los cascos me los quitó de las manos, los dejó sobre el asiento y antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, rodeó mi cuello con sus brazos y me atrajo hacia su boca. No iba a negar que no querido aquello desde que la había visto bajarse de la limusina, así que no me quejé cuando sus labios se unieron a los míos. Justo cuando pasó eso, fui yo quien tomó el mando del beso, arrastrando mis manos por su cuerpo hasta atrapar su trasero, enterrar mis dedos en su carne y levantarla del suelo para hacer que me rodeara con sus piernas y poder sentir su calor más cerca aun.

Si ella no se hubiera separado de mi para tomar aire, podría haberla devorado en aquel aparcamiento sin importarme quien nos viera, pero gracias a Dios, ella fue más prudente, ya que se deslizo por mi cuerpo, obligándome a soltarla, no sin antes moverme lo necesario para que notara el bulto que había provocado en el interior de mis pantalones.

—Espero que quieras que te lleve a mi apartamento para que podamos ponerle remedio a esto.

Me gustó que se ruborizara, me recordó a la mujer que había conocido una tarde en la piscina de un hotel, y no pude evitar volver a abalanzarme hacia ella y besarla de nuevo. No supe que era lo que Oli despertaba en mí en aquellos momentos, ni no lo supe tampoco más tarde.

—Si no nos damos prisa, puede que nos arrepintamos de no haberle puesto solución aquí.

Tenía las caderas alineadas con las mías, mis manos en su cintura mientras ella se apoyaba en mi pecho. La respiración de ambos era acelerada, pero supe a que se refería cuando miré a nuestro alrededor y me di cuenta de que no éramos las únicas personas en aquella zona, ya que el aparcamiento se encontraba al aire libre y estábamos expuestos a cualquiera que quisiera mirar. Tal vez por eso dejé que se separara de mí, le puse el casco y repetí los mismos movimientos que había hecho frente a la nave del fotógrafo, no sin antes observar nuestro alrededor y cruzar los dedos para que nadie me hubiera reconocido. Salimos del London`s Eye en dirección a su apartamento después de que me susurrara la dirección a través del casco.

No os recomiendo conducir una moto con unos vaqueros

apretados y una erección luchando por escapar de ellos, tal vez por eso, cuando aparqué frente a su portal y bloqueé la moto, no pude evitar dar un par de saltos, o puede que algunos más, para que todo se colocara un poco mejor, cosa que provocó que Oli se riera de mí, pero pretendía devolvérsela, por eso, cuando entramos en el ascensor, la besé sin importarme si le habíamos dado al botón que nos llevaría a su planta o si algún vecino se subiría en cualquier momento, menos me importó aun cuando ella llevo la mano a mi entrepierna y recorrió mi miembro en toda su longitud.

—No seas mala —dije mientras seguía deslizando su mano arriba y abajo.

—Creía que necesitabas ayu…

No la dejé terminar la frase, porque, joder, necesitaba ayuda, meterle la lengua hasta el fondo de su garganta y que el puto ascensor se moviera con más rapidez para poder deshacerme de los pantalones y que sus dedos me rodearan la polla por completo y me ayudara como realmente necesitaba, que no era torturándome más.

—Joder, cuánto tarda este ascensor en subir —dije mientras deslizaba la nariz por su cuello, buscando el pulso desbocado.

Oli se retiró un poco de mí, lo justo para acercarse hasta el cuadro de botones y pulsar uno varias veces seguidas, ahí fue cuando me di cuenta que sí, que ninguno había pulsado el botón para llegar al lugar donde desataríamos nuestra imaginación, por eso agradecí la sacudida del ascensor cuando este se puso en movimiento y volví a aplastar contra la pared a la mujer que me ponía cachondo como un puto quinceañero y que me hacía soltar más palabras mal sonantes en un minuto de las que estaba acostumbrado a decir en un año.

El timbre que sonó cuando llegamos a nuestro destino fue como campanillas de los ángeles, pero esta vez me tuve que dejar arrastrar por ella a una de las puertas que ocupaban el descansillo, porque si por mí hubiera sido, habríamos salido sin ropa de aquel habitáculo. Y deshacernos de la ropa fue lo que hicimos cuando cruzamos el umbral de su apartamento y pude dar rienda a la pasión que despertaba en mí.

No la dejé reaccionar, volví a atraparla entre mi cuerpo y la pared, con una mano sobre su cuello y la otra viajando por ese vientre que me había estado volviendo loco durante toda la mañana hasta

llegar al botón que deseaba arrancar de los pantalones que se le ajustaban como una segunda piel. Puede que aquel fuera el motivo por el cual en el momento en el que se aflojó, ni siquiera lo pensé, arrastré la prenda junto a su ropa interior y antes de que pudiera reaccionar, enterré la cara en el triángulo de placer que me gritaba que lo devorara.

—Joder, Oli, no entiendo como he podido sobrevivir sin esto dos semanas… —Porque ahora que estaba impregnándome de nuevo con su olor me estaba dando cuenta cuanto lo había echado de menos—. No sé si comerte el coño o follarte hasta dejarte inconsciente.

Pasé la lengua por sus pliegues y tuve que dejar una mano anclada sobre su cadera, porque el suspiro que escapó de su garganta y el temblor que noté en sus rodillas me confirmaba que cualquiera de las dos opciones le parecían aceptables, así que en ese momento que me encontraba de rodillas, frente a ella, quería darme un festín, aunque en aquella postura, no sabía lo que ella aguantaría. Por eso solo la torturé un poco más con la lengua y uno de mis dedos hasta que su equilibrio empezó a ser casi inexistente y me puse de pie, pasé un brazo bajo sus rodillas, le rodeé la cintura con el otro y la llevé al salón. Ignoré todo lo que nos rodeaba, en aquel momento lo único que me preocupara era encontrar una superficie donde ella se sintiera cómoda y yo pudiera seguir con mi tarea de hacerla ver las estrellas, así que el viejo sofá que había en medio del salón me pareció perfecto.

La coloqué sobre él, con los pantalones aun a la altura de sus tobillos y una sonrisa llena de promesa en los labios. Sus manos se movieron con rapidez y sus dedos se engancharon a la cinturilla de mi pantalón, atrayéndome hasta ella. Me desabrochó en un rápido parpadeo y mis pantalones, además de mi ropa interior, corrieron la misma suerte que la suya, quedando en mis tobillos. La erección que llevaba tiempo gritando por salir de su cárcel, salió erguida y orgullosa de encontrarse de frente a la mujer que estaba deseando saciar . Casi perdí el ritmo de lo que quería hacer cuando ella introdujo su lengua en el juego y la pasó por mi glande, arrastrando el líquido preseminal que brillaba en la punta y arrancándome un jadeo estrangulado.

—No, pequeña, primero me toca a mí. Han sido dos semanas muy duras y estoy seguro de que, si te dejo jugar a ti primero, no seré

capaz de que disfrutes todo lo que mereces.

Puse una mano en su hombro, obligándola a que descansara sobre el respaldo del sofá y prometiéndole a mi polla que volveríamos a esa situación cuando ella llegara al orgasmo. Ninguna de las dos pareció contenta con la decisión, aunque al final se pusieron conformaron, al menos la primera por el momento. Cuando volví a colocarme de rodillas en suelo, le terminé de quitar los pantalones y puse mis manos sobre sus rodillas para que separara las piernas y su fruto quedara a la vista.

—Mierda, Oli. Lo recordaba apetecible, pero me acabo de dar cuenta del hambre que he pasado y de que no quiero que vuelva a ocurrir.

Había pensado en tomármelo con calma, lo juro, pero no pude al verla allí, abierta de piernas ante mí, con el pubis rasurado a excepción de un pequeño triangulo sobre su monte de venus, los labios rosados y la humedad que ya los impregnaban cuando yo apenas había empezado a disfrutar, Enterré la cara sin más preámbulos, lamiendo, succionando al tiempo que introducía un dedo en su interior, para empezar a prepararla para mi intrusión, porque la recordaba estrecha y con mi dedo terminé de confirmarlo.

—Joder, Oli. Podría pasarme una vida entera aquí abajo —susurré contra su coño y mi aliento la hizo temblar.

—Espero que acabes sustituyendo tus dedos y tu lengua por algo más —dijo casi sin aliento, lo que me animó a introducir un segundo dedo haciendo que ella se arqueara aún más, exponiéndose más a mí y consiguiendo que quisiera comérmela entera.

—Lo haré, pequeña, pero primero te follaré con mi lengua y mis dedos y, cuando creas que ya no puedas más, volveré a empezar…

Tuve que callarme, porque hizo un ligero movimiento con el pie y pasó el empeine por mi polla y tuve que tragarme las palabras. Sabía que no sería capaz de aguantarme cuando su orgasmo me mojara la lengua y su coño apretaran mis dedos en su interior, sobre todo porque aquello estaba a punto de ocurrir.

—Fóllame, Nick… Lo necesito.

Y aquel ruego terminó de romperme. Aquel tono de voz me recordó tanto la actitud de miedo que había captado en la noria, que me empleé a fondo, sin darle un respiro. Cuando el orgasmo la atrapó,

me tiraba del pelo, aunque no era consciente del dolor, solo de cómo su cuerpo convulsionaba y yo me la bebía entera. Sí, me hubiera encantado volver a empezar, pero mi polla casi lloraba por enterrarse en su interior. La acomodé en el sofá, y luego me di la vuelta para sacar de mi cartera un preservativo. Ella me arrastró a su lado, me arrancó el sobre de las manos y, lo rasgó con los dientes, para después desenrollarlo por mi verga. Fue la cosa más erótica que había visto, aunque ese pensamiento se borró y fue sustituido por una imagen mucho más impresionante, porque observarla pasar una pierna por encima de mi para colocarse en una alineación perfecta con mi erección y ser testigo de la facilidad con la que me engulló, me hizo colocar las manos en su cintura y obligarla a que no ascendiera cuando sus caderas golpearon con las mías.

—Si te mueves, esto se acabará demasiado pronto —dije casi sin aliento, lo que hizo que ella soltara una risa que envió una vibración a su cuerpo que se extendió al mío, lo que inició una reacción en cadena que nos arrastró a los dos. Antes de que fuera consciente de lo que estaba pasando, cambié la postura a la que había pensado desde primer momento. Si la dejaba llevar el mando, tenía claro que aquello hubiera durado un par de embestidas y, después de dos semanas negándome lo inevitable, necesitaba alargarlo lo máximo posible.

Protestó el tiempo que tardé en salir de ella para empezar a embestirla en un bamboleo perfecto de caderas.

Ambos estábamos casi sin aliento, pero aquello no impidió que nos besáramos cada vez que podíamos. Y, como llevaba toda la mañana haciendo, enlacé mis dedos con los suyos y llevé las manos de los dos encima de su cabeza. En aquella postura, donde mi cuerpo reposaba casi completo sobre el de ella y su aliento se mezclaba con el mío, me dejé ir, decidí darle rienda sueltas a lo que ella despertaba en mí: la necesidad de bajar el ritmo con el que la estaba follando y mecer mis caderas hacia las de ellas en un movimiento lento y cadencioso que nos estaba llevándonos los dos al límite.

—¿Qué haces? —dijo con su frente pegada a la mía.

No tenía respuesta a lo que me preguntaba, sobre todo porque no podía ponerle un nombre a lo que estábamos haciendo, solo…

—Me dejo llevar — respondí cuando me di cuenta de que era aquello que estaba haciendo realmente…

—Pues no dejes de hacerlo, Nicholas.

Aquella era la primera vez que decía mi nombre completo en todas las veces que habíamos compartido fluidos y, sin embargo, fue la vez que me sonó más íntima, puede que por eso pensara que aquello era lo correcto.

Dejarme llevar.

Moverme como mi cuerpo me pedía.

Sentir su pulso contra mi pecho.

Notar como me apretaba más en su interior cuando más cerca estaba del orgasmo.

Tal vez por eso, cuando ambos llegamos a la vez, solo podía decirle una cosa más.

—Junto a ti es fácil hacerlo, Jessica.

23

Nick

No fui consciente de haberme quedarme dormido en ningún momento, así que cuando abrí los ojos y me encontré tumbado en el sofá, aun desnudo, pero cubierto por el pequeño cuerpo de Jessica, una estúpida sonrisa se me dibujó en la cara.

Lo último que recordaba es que después de que ambos llegáramos al orgasmo, me quité el preservativo, lo dejé caer al suelo y la arrastré para que se acurrucara a mi lado y al parecer, así nos habíamos quedado dormidos los dos, uno al lado del otro. Sumidos en una inconsciencia placentera después de un nuevo polvo juntos, aunque aquella vez había sido distinta. No la había engañado cuando le dije que simplemente me estaba dejando llevar y, menos aún, cuando dije que con ella estaba siendo demasiado fácil.

Desde que tenía uso de razón, o al menos una razón que me había ido permitiendo convertirme en el hombre de negocios que era en aquellos momentos, se me conocía como calculador. Mis hermanos de vida siempre me habían dicho que era demasiado estricto, que mi agenda estaba tan programada que, si algún día me salía de mis planes, ocurriría una catástrofe, pero Jessica no podía usar aquel

calificativo. Sí que tenía planeado aparecer en aquella sesión de fotos, yo iba a ser el modelo masculino, pero todo lo que había ocurrido después —acabar follando con ella y tumbados en su sofá—, no era nada de lo que tenía planeado.

Jessica había conseguido lo que no había hecho nadie, que me olvidara de todo lo que debía hacer cuando estaba a mi lado. Por eso había intentado permanecer alejado de ella y ahora, que me encontraba con su cuerpo reposando sobre el mío, con el latido de su corazón sobre mi pecho y sus piernas enroscadas a las mías, sentía que no había otro lugar en el que me gustara estar en aquellos momentos.

Pasé los dedos por el hueco de su columna vertebral un par de veces hasta que en el silencio en el que me encontraba sumido se escuchó un sonido de fondo que provenía de algún lugar de aquel pequeño apartamento. Al principio no le presté atención, toda la poca concentración que podía tener estaba para la mujer que me resguardaba de sentir frio, pero poco a poco, fui consciente de como aquel rasgueo contra madera sonaba más fuerte y se encontraba más cerca de lo que me imaginaba.

A regañadientes salí de debajo del cuerpo de Jessica y le coloqué encima una manta que había en el respaldo de sofá para que no se destemplara. Recogí mis pantalones del suelo y me los puse, ignorando que la ropa interior se había quedado aun en el suelo. En aquel momento, mientras prestaba atención al sonido, me permití mirar a mi alrededor y ser consciente del apartamento de Jessica.

Me sorprendió que fuera tan pequeño, la cocina ocupaba una de las paredes en el propio salón, en la contraria unas puertas de cristal que daban a un balcón. Además, el sofá estaba en medio de la estancia, con una mesa pequeña frente a él y un mueble para la televisión y varias estanterías llenas de libros. A la espalda del sofá vi una pared con tres puertas, me dirigí hasta allí, ya que era de esa zona de donde provenía aquel extraño sonido.

La primera puerta daba a una habitación, que no podía ser otra que el dormitorio de Jessica; la puerta de en medio era un pequeño baño. Cuando fui a abrir la tercera puerta fue cuando me di cuenta de que el sonido que me había despertado de mi placentero sueño provenía de allí. ¿Qué era lo que hacía aquel ruido?

Cuando abrí la puerta una bola peluda de color gris salió

corriendo de su interior y chocó con mis piernas justo antes de dar un salto hacia un lado y empezar a olisquear todo por su paso.

—Pero, ¿qué cojones es eso? —dije mirando a aquel animal que cada vez se encontraba más cerca de mis bóxer.

Di un par de pasos, porque no necesitaba muchos más para acercarme allí y hacerme con ellos antes de que aquel bicho se adueñara de ellos, pero en el momento en el que estuve a punto de atraparlos, el animal volvió a saltar en mi dirección, sorprendiéndome y haciéndome dar un paso atrás, lo que hizo que chocara con el sofá y perdiera el equilibrio y cayera de culo al suelo. El animal de pelaje gris saltó sobre mí y me hizo acabar tumbado en el suelo con él sobre mi pecho y su hocico lleno de bigotes largos meneándose de un lado a otro.

Escuché una risa de fondo y después vi una cabeza morena con un flequillo despeinado asomarse por encima del respaldo del sofá. Al parecer era gracioso verme tirado en el suelo de su apartamento, con mi ropa en una mano y un maldito conejo encima de mi pecho. Arqueé una ceja cuando me di cuenta de que ya no se estaba riendo, si no que se había llevado las manos a la boca para que no pudiera escuchar con claridad las carcajadas que escapaban de su boca.

—Le gustas a Pompón —comentó cuando pudo controlar sus ganas de seguir riéndose de la situación tan estúpida en la que me había metido. Al menos llevaba los pantalones puestos.

—No sé si me gusta este bicho —respondí, mientras lo empujaba con cuidado para que se bajara de mi pecho, pero no me hacía caso.

Finalmente, Jess se bajó del sofá y a mí se me empezó a poner dura otra vez cuando mis ojos recorrieron de nuevo sus curvas. No tenía ni idea de que narices me pasaba con ella. Cogió al conejo y lo dejó en el suelo, por lo que este salió dando brincos y volvió a meterse en la misma habitación de la que había salido por mi culpa. Aun así, no pude de dejar de mirar realmente a la mujer que tenía frente a mí, si estiraba el brazo podría volver a perderme en ella.

—Disculpa a Pompón —dijo mientras cogía del suelo una prenda, que dio la casualidad que era mi camiseta, se la pasaba por la cabeza y daba unos pasos hasta que se acercaba a la pared donde estaba la cocina.

—Solo a ti se te ocurriría tener a una mascota como esa.

Caminé hasta colocarme a su espalda y pasar las manos por su cintura. Verla vestida con mi camiseta había despertado una nueva sensación en mí, las ganas de volver a poseerla se habían vuelto tan primitivas que me estaban dando miedo, así que decidí hablar de algo que me había sorprendido momentos antes cuando buscaba de donde venía aquel ruido.

—Tu apartamento es pequeño, me sorprende que no vivas en uno más amplio. No me pareció que te llevaras mal con tu padre en la reunión.

Jessica cogió un par de vasos del armario que estaba más alto, lo que hizo que la camiseta se levantara por la parte trasera y me dejara ver un trozo exquisito de su trasero.

—No necesito a mi padre para buscarme un piso, ni para que me pague nada. —El tono en el que lo dijo me dejó claro que aquel no era un tema del que le gustara hablar, aun así, continuó explicándose—. Puedo vivir en cualquiera de las casas que tiene en La City, mudarme a Chelsea o incluso tener un apartamento diez veces más grande que este si me diera la gana. Mi padre me lo proporcionaría, pero seguiría siendo de él.

Se quedó en silencio, con la mirada perdida en los vasos que aun sostenía en las manos y yo notaba cómo su piel se había erizado bajo mis manos, cómo su respiración se había acelerado. Sabía que había mucho más detrás esas palabras, pero entre ella y yo no había nada como para que yo la reconfortara, ¿verdad? Aun así, no pude evitar girarla y, cuando fui consciente de que sus ojos se habían enrojecido y le temblaba el labio inferior mientras luchaba por contener las lágrimas, me apoderé de él sin pensarlo siquiera.

Aquel sentimiento de propiedad que había sentido momentos antes se estaba convirtiendo en uno de protección en aquellos momentos. Por la actitud que había visto entre padre e hija sabía que no había ningún problema, pero algo había ahí que la hacía querer ser demasiado independiente. La entendía, yo mismo había luchado por todo lo que tenía y seguía haciéndolo, no para demostrar el poder o el dinero que era capaz de conseguir, si no para demostrar que era capaz de llegar a lo más alto sin ayuda de nadie, que nunca la había necesitado.

La besé con desesperación, el ruido de los vasos cayendo al suelo

podría haber sido el que nos separara, pero ella pasó las manos por detrás de mi cuello después de dejarlos caer y enredó los dedos en mi pelo, atrayéndome más a su boca. Nos chocaron los dientes con las ganas de volver a perderme en el calor de su cuerpo, y si fuera porque era consciente de que estábamos rodeados de cristales, en aquel momento la hubiera sentado en la diminuta cocina.

—Jessica, vamos a cortarnos.

Ella se separó de mí y miró al suelo.

—Tienes que irte —respondió mientras daba un par de pasos más y aumentaba la distancia entre ambos.

La miré y le señalé la camiseta que llevaba puesta. No iba a discutir con ella. Aquello había sido un gran encuentro, entendía que quisiera que me largara de allí después de lo que me había dicho. Yo mismo tenía ganas de llegar a mi casa, darme una ducha helada y desprenderme de muchas cosas que había vivido aquel día y de las que no estaba preparado.

Jess se acercó, andando con cuidado mirando al suelo para no clavarse ninguno de los cristales que había ahora por medio suelo de su cocina, cogió su camiseta, se deshizo de la mía, sin importarle que yo la volviera a ver completamente desnuda y me lanzó la que se había quitado para que yo me la pudiera poner.

Me guardé los bóxers en el bolsillo trasero de mis vaqueros y, en completo silencio mientras ella recogía los cristales, me puse el calzado. No sabía que era lo que debía de decir en aquel momento. Como me debía despedir de ella, pero al parecer, Jess era una persona que sabía manejarse mejor en aquellas situaciones.

—Te veré en unos días, cuando haya cerrado mis ideas para las fotos, mientras, necesito despejarme un poco. Pensar.

Nos quedamos mirándonos a los ojos, mi deseo era acortar la distancia que había entre ambos y volver a besar su boca, pero fue ella quien se alzó y deposito un casto beso en mi mejilla, para luego separarse de mí y caminar hasta la puerta, abrirla y esperar que yo la atravesara. Una vez que lo hice, la cerró a mi espalda, sin darme oportunidad a despedirme de ella.

Una vez que llegué abajo, volví a montarme en la moto, y por primera vez desde que me movía con ella en una ciudad que siempre me había gustado por lo que me daba mientras recorría sus calles,

sentía que me faltaban sus manos rodeándome la cintura. Tal vez fuera porque se había quedado su olor impregnado en los hilos de la camiseta, fuera como fuera, tenía claro que Jessica Olivia Evans me había robado algo.

Lo primero que hice nada más entrar en mi apartamento, fue desprenderme de la ropa, la metí toda en la lavadora y la puse en marcha, para después darme una ducha y borrar su olor, su tacto.

La había vuelto a cagar, dos malditas semanas no habían sido suficiente y el problema era que me había metido en aquello con los ojos cerrados y sin pensar en las consecuencias. No solo iba a llevar sus redes sociales, eso era lo de menos, las podía haber delegado a terceras personas y que su padre siguiera creyendo que yo era el encargado de todo, pero no, yo me había metido de cabeza en aquella mierda. ¿Lo peor?, que estaba muy cerca de callar bocas, de solucionar problemas, de muchas cosas más y ni siquiera les estaba prestando atención.

Abrí las puertas del armario pensando en buscar unos pantalones deportivos y una camiseta para irme al gimnasio y golpear el saco de boxeo hasta que las ideas absurdas de volver a su apartamento y acunar su rostro en mis manos y arrancarle aquel dolor que sabía que llevaba dentro y que ocultaba, desaparecieran. Justo cuando sacaba las prendas, mi teléfono empezó a sonar encima de la cama. En cualquier momento podría haberlo ignorado, pero mis cuatro mejores amigos tenían asignado un numero característico y prácticamente nunca nos llamábamos por teléfono si no era una urgencia, siempre lo hacíamos por mensaje o correos electrónicos, así que cuando vi el nombre de Owen descolgué de inmediato.

—Enciende la tele —dijo nada más que descolgué la llamada.

No le respondí, aunque ambos permanecíamos al otro lado de la línea. Cuando encendí la televisión que tenía en mi dormitorio escuché como mi amigo me indicaba que canal era el que tenía que seleccionar. Me podía haber esperado cualquier cosa, sobre todo algo relacionado con el tema que teníamos entre manos desde hacía muchos años, pero encontrarme con aquel titular y aquella fotografía era lo último que esperaba. Sabía que podía pasar, pero no había visto nada que indicara que hubiera ocurrido.

—¡Joder!

«El soltero de oro de Londres, Nicholas Donovan, paseándose por las calles de la ciudad junto a la hija del chef Philip Evans»

24

Jess

No sé el tiempo que me quedé con la espalda pegada a la parte trasera de la puerta, quizá esperando a que Nick volviera a llamar y entonces, ¿le habría abierto? No tenía ni idea, ni siquiera sabía porque me había sentado tan mal que me preguntara por mi apartamento. No lo había hecho para juzgarme, había sido una simple pregunta sin ganas de hurgar en mi vida, pero yo me había sentido atacada.

Mi autoestima estaba a niveles tan bajos por culpa de Harry que cualquier cosa que tuviera que ver con porque había decidido vivir de aquella manera, lo sentía como un ataque.

Recogí el salón, incluido el envoltorio del preservativo que habíamos usado y me di cuenta de que nuevo había vuelto a caer, aunque esta vez había sido distinta. No, no conocía lo suficiente a Nicholas Donovan, pero algo dentro de mí me decía que, si lo hacía, acabaría sufriendo y eso era algo que no quería. Estaba empezando a aprender a vivir conmigo misma, a quererme, y no estaba preparada para nada más. Nick había sido simplemente un polvo, una tarde de sexo maravillosa, Aunque ya lleváramos tres encuentros, no podía volver a repetirse.

Ese sería uno de los puntos que le obligaría a cumplir cuando volviera a verlo. Quería hacer aquellas fotos, después de ver lo que Greendwood había organizado, de ver que mi historia cobraba vida de alguna forma, había sentido la imperiosa necesidad de dejar que las personas también pudieran sentirla, vivirla. Nicholas y yo solo volveríamos a interactuar para aquellas fotos y nada más. Todo aquello me parecía mucho más de lo que era capaz de soportar, pero lo hacía por la novela, por el contrato que había firmado y, que narices, por mí.

Cogí el pijama de debajo de la almohada de mi cama, pedí una pizza y me metí en la ducha antes de que llegara mi cena. Ahora que había tomado una decisión, me sentía mejor conmigo misma.

Llamaron a la puerta. Me sorprendió porque normalmente el repartidor llamaba al portero electrónico para avisar, pero seguramente la puerta estuviera abierta y había decidido subir directamente. Cuando abrí la puerta no era mi pizza lo que me esperaba al otro lado, si no Meredith, que entró con rapidez y cerró. Me cogió de la mano, mirando hacia atrás como si alguien la estuviera persiguiendo, cosa que me puso en alerta, pero cuando me sentó en el sofá y me cubrió las mejillas con las manos, no supe que decir.

—¿Cómo estás? —ella sabía que había pasado el día con Nick, pero aún no me había dado tiempo a explicarle todo lo que había pasado entre ambos, así que no entendí su pregunta.

Se volvió a poner de pie y miró a todos lados como si estuviera esperando encontrarse algo fuera de lugar, pero ya me había encargado de recoger el pequeño desastre que habíamos organizado Nick y yo.

—Vale, no es algo que no supiéramos que podría ocurrir, al fin y al cabo, eres la hija de Philips Evans y tu padre es mundialmente conocido —empezó a decir mientras se paseaba por mi apartamento —. Siempre has pasado desapercibida para la prensa, pero todos conocen tu rostro, así que ha sido fácil saber quién eras.

No estaba entendiendo nada de lo que decía, o tal vez no del todo, porque nombraba a mi padre, a la prensa y a mí en una misma frase, no resultaba alentador, pero tampoco era la primera vez que ocurría. Ella tenía razón, la prensa me conocía, aunque había aprendido a no dar ningún tipo de noticia que a ellos pudiera parecerle jugosa.

—Solo es una foto, ni siquiera vais agarrados de la mano, aunque he de decir que la manera en la que os miráis…

Y en ese momento fui consciente de lo que mi mejor amiga me estaba diciendo. Cogí mi móvil, y miré las notificaciones que había ignorado cuando había pedido la pizza. En el momento en el que desbloqueé mi teléfono y accedí a Instagram me encontré con más de mil solicitudes de amistad en mi cuenta, muchísimos mensajes y una multitud de etiquetas en la que se me nombraba. Pinché sobre la primera que pude y frente a mí se reveló la foto de la que mi amiga estaba hablando.

No era una imagen del otro mundo, solo dos personas paseando por el muelle junto al rio Támesis. Estaba con Nick después de que abandonáramos el aparcamiento y fuéramos a la noria. Ahí aun no me había dado la mano ni había tirado de mi para que sacáramos los tickets para dar la vuelta, pero si habían captado aquella imagen, estaba segura de que había más.

—¿Solo han publicado esta imagen?

El pulso se me aceleró y el mundo empezó a girar demasiado deprisa. Ahora entendía porque mi mejor amiga me había hecho sentar en sofá. Si aun permaneciera de pie, seguramente me habrían fallado las piernas. Aquella era una de las cosas que siempre había intentado evitar.

Aceptaba de buen grado la fama que tenía mi padre, incluso me sentía super orgullosa de que, después de haber perdido a mi madre, él hubiera sido capaz de salir del pozo en el que se estaba metiendo y que, además, se hiciera cargo de mi sin dejar de demostrarme cada día cuanto me quería. Me había dejado al margen de la fama, de que los medios hablaran lo justo de mí y yo se lo agradecía cada día. Aquel no era mi mundo. No quería que lo fuera.

No podía serlo.

Mil recuerdos me empezaron a golpear con fuerza. Mil discusiones con mi ex. Mil maneras en las que la vida me volvía a recordar que debía desaparecer de allí, que de nuevo mi mundo empezaba a tambalearse.

—Tranquila, Jess. Saldremos de esta.

Meredith se había sentado a mi lado y me estaba abrazando mientras eliminaba las lágrimas que habían empezado a desbordar de

mis ojos. No me había dado cuenta de que había empezado a llorar.

—Tengo que irme —sollocé.

Justo en ese momento me empezó a sonar el teléfono y pensé que tal vez fuera Nick, pero era el nombre de mi padre el que aparecía en la pantalla. No sé porque pensé que la persona que me había metido en un mundo que no quería se preocuparía por mí, cuando ni siquiera parecía que le importara cuando se había ido de mi apartamento.

Mi amiga se encargó de responder aquella llamada y solo capté varios monosílabos. Mi padre seguramente estaba preparando un plan de contingencia por lo que estaba por llegar. No era la primera vez que mi rostro salía en las redes sociales, ya había pasado anteriormente. La última vez fue a causa de mi relación con Harry y eso había sido al poco tiempo de que empezáramos a salir juntos. Agradecí que se quedara ahí, no hubiera soportado que se hubieran hecho eco de mi ruptura con él.

Solo de pensar en todo lo que Harry había intentado hacer, e incluso en lo que había conseguido, me provocaba náuseas, por eso tuve que levantarme del sofá, ignorando a la pregunta que me hacía mi amiga que aún estaba al teléfono con mi padre, para acabar de rodillas frente al váter.

Tenía el estómago completamente vacío, por lo que el sabor amargo que me atenazaba la garganta era tan insoportable como las lágrimas que me empañaban la visión, pero ni un minuto después de haber entrado en el baño, volvía a tener a Meredith a mi lado.

—Voy a prepararte una pequeña maleta con mudas para un par de días —decía mientras me recogía el pelo en un moño—. Vas a venirte a mi casa, ir a la de tu padre no es una opción en estos momentos.

Seguramente tendría a varios periodistas y fotógrafos sensacionalistas apostados frente a su puerta, deseando verme aparecer para empezar con sus preguntas estúpidas, aunque, ¿qué querrían saber? ¿Si me había acostado con el soltero de oro?

La respuesta era un rotundo sí, pero a nadie más que a nosotros debería importarnos.

Después de vaciar por completo el estómago, volvieron a llamar a la puerta y Meredith se acercó a abrir. Yo me había quedado congelada en el marco de la puerta, esperando ver los flashes de las cámaras cuando abriera la puerta, pero cuando escuché la puerta

cerrarse la vi aparecer con una caja de pizza en la mano.

—No creo que te apetezca ahora, pero nos la llevaremos a mi casa. Entra a quitarte el pijama, tenemos que aprovechar que aún no hay nadie abajo.

Me vestí con prisas, metí a Pompón en su trasportín y tuve que agradecer haberme ido a vivir a aquel pequeño apartamento de Covent Garden. Aunque fuera uno de los barrios más sibaritas de la ciudad, todavía quedaban esos rincones donde se podía pasar desapercibida.

Creo que no tardamos más de quince minutos en realizar un recorrido que normalmente nos llevaba media hora; mi amiga era una kamikaze, así que era algo normal que acelerara en los semáforos en ámbar, que se saltara alguno que otro en rojo y, por su puesto, nos ganáramos los bocinazos de algún conductor, pero la verdad sea dicha, en aquel momento me importó muy poco que fuera una loca al volante, necesitaba salir de mi piso y ella me ayudó a conseguirlo en el menor tiempo posible.

Ya había estado más veces en su casa, y mi amiga no se conformaba como yo con un pequeño apartamento. Ella si le gustaba vivir a lo grande, y así era aquella parcela que tenía en medio de Londres.

Entramos y me hizo dejar a mi mascota en el gimnasio que tenía instalado en el sótano y que yo sabía que usaba solo un par de veces al año, después dejamos la maleta en la habitación que yo ocupaba cuando iba y a la que me costaba llamar de invitados, sobre todo porque era la única persona que la usaba e incluso me había permitido decorar a mi antojo.

Ni un par de minutos después, ambas estábamos sentada en la cocina de diseño, con una botella de vino en medio de las dos y las copas llenas.

—Deberías llamarlo —dijo mi amiga cuando me llevaba la copa a los labios.

Supe al momento que no se refería a mi padre, más que nada porque ella misma lo había llamado cuando estábamos llegando a su casa desde el manos libre del coche. Se refería a Nicholas, que había intentado ponerse en contacto conmigo un par de veces y me había mandado varios mensajes en el transcurso del trayecto, al igual que

muchas personas más y números que no conocía.

—Tengo que buscar algún lugar donde irme durante un tiempo —contesté ignorándola—. Saben que eres mi mejor amiga y cuando no me vean aparecer por casa, sumaran dos más dos y aparecerán aquí.

—Jess…

—Tal vez pueda irme a casa de mi tía en Glasgow, o puede que viaje a España, siempre he querido conocerla —continué.

—Jess...

—Estaba buscando una excusa, y mira por dónde, ya la tengo.

—Jess…

—¿Estados unidos? Allí no tendré tantos problemas con el idioma…

—Vamos, colega, deja de hacer eso —Meredith me interrumpió dando un golpe con su mano sobre la encimera de mármol—. No vas a irte a ningún sitio. Tienes veinticinco años, ya no eres una niña y esto no es la primera vez que te pasa. Además, cuando se publique tu libro igualmente acabarías siendo reconocida.

Y tenía razón, aquello era algo que iba a ocurrir tarde o temprano, pero tenía la esperanza de que aun podía manejarlo, que podía evitar lo inevitable un poco más. Además, no esperaba que fuera porque me sacaran una foto con Nick. Ni siquiera había pensado en esa posibilidad cuando decidí que no era una mala opción subirme a la moto con él y pasear por las calles de la ciudad.

Cuando estaba a solas con Nick me sentía más yo que nunca, algo que me asustaba y me gustaba a partes iguales.

—Vamos a tomarnos esta copa, y las que hagan falta para acabar esta botella, después nos vamos a ir a la cama, hablaremos con la almohada y mañana decidiremos que opción es la correcta, pero ahora, así, en caliente, no quiero que te precipites, colega.

Respiré hondo y asentí con la cabeza, para poco después vaciar mi copa de un solo trago y acercársela a mi amiga para que la volviera a rellenar, justo mientras me la devolvía, sonó su teléfono y una estúpida sonrisa se le dibujó en la cara cuando descolgaba la llamada.

—Sabía que llamarías tú primero —la sonrisa se le borró cuando la otra persona que estaba al otro lado de la línea le habló y ella me miró—. Sí está conmigo, pero no sé si es el momento.

La miré con intensidad intentando saber quién era la persona que

preguntaba por mí, pero en vez de decírmelo, se levantó del taburete que ocupaba y se desplazó al otro lado de la cocina, bajando el volumen de su voz y dándome la espalda para que yo no pudiera captar la conversación.

Como no servía para quedarme esperando a que las personas que me rodearan hablaran de mí, aunque fuera por teléfono, me bajé también del taburete y me acerqué a mi amiga para escuchar mejor que era lo que decía.

—Le he dicho que te llame, pero no está preparada, Nick… No la conoces, que te hayas acostado con ella no es relevante en este caso. Jess es una chica que ha…

Le arrebaté el teléfono a mi amiga de las manos antes de que desvelara más de lo que me apetecía en aquellos momentos. Sé que no le diría nada que me perjudicara, pero mi vida era mía y lo que yo había compartido con ella, seguía queriendo que fuera algo de las dos nada más.

—¿Qué quieres? —dije a la persona que estaba al otro lado de la línea y fulminando con la mirada a la vez a mi mejor amiga.

—¿Cómo estás? —cómo había imaginado, Nicholas Donovan era la persona que había al otro lado del teléfono.

—¿Y eso te importa porque…? —estaba hasta las narices de aquella pregunta. Todo el mundo quería saber cómo me encontraba. ¿No era suficiente con mirarme a la cara?, ¿con ver mi actitud?

—Porque soy yo quien sale en esa foto contigo. Porque tenía que haber sido más precavido, era consciente de que esto podía pasar, Oli —Que usara el nombre de nuestra tarde en el hotel consiguió que me apaciguara un poco—. Esto trastoca todos los planes.

Y ahí estaba lo que de verdad le importaba de mí al magnate de las redes sociales. Nuestro puñetero contrato, que todo se fuera a la mierda. Unas horas antes había llegado a la conclusión que aquellas fotos, aunque fueran con él, me apetecían mucho, necesitaba que mi historia viera la luz, casi no me importaba de que mi nombre, que ya estaba asociado a la fama por mi padre, volviera a salir, pero esta vez por algo que yo había creado, no por ser la hija de Philips Evans.

Pero aquella maldita foto…

—Vete a la mierda, Nick. Vamos a hablar claro aquí y ahora. Vas a tener tus malditas fotos —empecé a elevar la voz y agradecí que mi

amiga no me mirara mal por ello, entendía que mi límite de paciencia había sido rebasado—, pero tú no vas a salir en ellas, a partir de este momento vas a cumplir las putas cláusulas del contrato una a una. Haz lo que tengas que hacer para que el libro salga a la venta, pero no cuentes con verme desde este momento. No quiero que me relacionen contigo. No quiero esa puta vida.

Colgué la llamada y puse el teléfono en la palma de la mano de mi amiga, para después volver a sentarme en el taburete y beber directamente de la botella de vino.

—Espero que tengas más como esta, porque pienso perder la conciencia.

25

Jess

La resaca por la mañana era tan descomunal que al principio me costó saber dónde me encontraba. Aquella cama era mucho más cómoda que la mía, las paredes pintadas de lavanda y el espacio alrededor del colchón me hizo recordar que no estaba en mi habitación, sino en la que ocupaba cuando estaba en la casa de mi mejor amiga. En el momento en el que me di cuenta de ello, supe el motivo por el que estaba allí y el dolor de cabeza se acentuó.

Lo siguiente que hice, aunque sabía que me encontraría con mil y una notificaciones nuevas, fue mirar mi móvil. Ignoré todas y cada una de las que pertenecían a las redes sociales. Miré por encima las llamadas perdidas y me alegré de no encontrar ninguna de Nick. En WhatsApp me enfoqué en la que aparecía con el nombre de mi padre. Él no era de escribir, así que no me sorprendió encontrarme con un mensaje de audio de más de cinco minutos de extensión.

Decidí no darle a reproducir y devolverle la llamada perdida que tenía. No tardó ni dos tonos en descolgarla.

—Cariño, espero que hayas descansado —fue su saludo. Agradecí que no me preguntara como estaba.

—Digamos que he desconectado, que ya es un logro.

—Siento que esté pasando esto, sé lo poco que te gusta salir en la prensa —lo escuché trastear y supe que estaba en la oficina, ya fuera la de su casa o cualquiera que tuviera en uno de sus restaurantes—. ¿Vas a venir a casa hoy?

—¿Sigue la prensa en tu puerta? —tendría que darme igual que estuvieran, al fin y al cabo, allí no conseguirían ninguna exclusiva.

—Se cansarán, lo sabes. Siempre pasa, pero me gustaría que estuvieras aquí conmigo. Todo esto es culpa mía.

¿Culpa de él? No, no podía pensar en eso ni de coña. Todo aquello era por nuestra dejadez. Ni Nick ni yo habíamos pensado en las consecuencias de pasear por las calles de Londres sin prestar atención a lo que nos rodeaba. A mí, al menos, hacía tiempo que no me hacía falta, la prensa se había dado cuenta de lo aburrida que era mi vida y había dejado de preocuparse de que fuera la próxima hija de famoso que diera una exclusiva.

—Papá, no es culpa tuya, recuerda que lo conocí antes de saber siquiera que sería la persona que sé ocuparía de mi libro. —Recordé nuestra tarde en el hotel y lo lejos que me parecía cuando solo habían pasado tres semanas—. Iré a casa esta tarde, le pediré a Meredith que me lleve.

—Esa chica es una loca al volante —no pude evitar reírme—. Espero que se quede a cenar.

Nos despedimos y escuché como aquella conversación le había calmado. No, no me había preguntado cómo estaba, pero sabía que aquello era realmente lo que quería saber y, si para que se quedara tranquilo tenía que quedarme con él, lo haría sin problema. Tal vez no era necesario desaparecer durante un tiempo, puede que llegara conque me escondiera en casa de mi padre el tiempo suficiente para que pasara la tormenta sin mojarme demasiado.

Al llegar al salón me hizo gracia encontrarme a mi amiga dormida en el sofá. Aquella casa era enorme, podía dormir en una de las más de cinco habitaciones que tenía, pero sabía que lo hacía en aquel sofá muchas más veces de las que le gustaría reconocer. Meredith tenía demasiados fantasmas, aunque de vez en cuando me dejaba ayudarle a espantarlos.

Una vez que llegué a la cocina, me puse a recoger las botellas de

vino que habíamos dejado sobre el mármol. Fueron un total de cinco y estoy segura de que más de la mitad me las bebí yo solita. Dejando aparte la resaca que tenía, abrí el frigorífico para preparar el desayuno cuando escuché unos pasos a mi espalda.

—Señorita Evans, déjeme a mi preparar el desayuno. Vaya a hacerle compañía a la señorita Jones.

Cuando me giré me encontré a la asistenta de mi amiga. No recordaba que tenía una mujer que venía a diario a su casa, le dejaba la comida preparada y le hacía las tareas, aunque la mitad de las veces no estuviera en su casa porque se pasaba casi todo el día metida en la oficina.

Cuando entré en el salón me la encontré ya sentada en el sofá, con la melena rojiza revuelta y los ojos hinchados por no haber dormido mucho. Verla me hacía pensar que mi rostro no tenía que ser mucho mejor. Me senté a su lado y posé la cabeza en su hombro, al momento me envolvió con su brazo y me dejé atrapar por el cariño que siempre me daba.

—¿Has descansado?

—Creo que no mucho más que tú. Sigo sin tener muy claro porque sigues durmiendo en el sofá.

Me lo había explicado en varias ocasiones, y seguía sin estar muy convencida de la excusa que me daba. Entendía que la mitad de las noches se quedara en el sofá viendo alguna mierda en la televisión, a mí también me pasaba, pero cuando ya había dado alguna cabezada, me iba a mi cama. Ella, sin embargo, tenía una manta en el respaldo de su sofá que siempre acaba usando para taparse por las noches.

—Bah, sabes que yo con poco más de cuatro horas ya soy una persona feliz. —Me pegó aún más a su cuerpo y me dio un beso en la cabeza—. ¿Qué tal esa resaca?

—Mejor de lo que me merezco. —Recogí las piernas debajo de mi cuerpo y empecé a sentirme mejor cuando el olor del té empezó a llenar la estancia—. Necesito que me lleves después a casa de mi padre. Quiere que te quedes a cenar.

Un par de minutos después, la mujer que ayudaba a Meredith en la casa, apareció en el salón cargando con una bandeja donde traía una tetera, una jarra con leche caliente y un plato lleno de tostadas ya untadas con mantequilla y mermelada, como le gustaban a mi mejor

amiga. Nos brindó una amplia sonrisa y nos indicó que se pondría a organizar la planta superior.

Nos dedicamos a vaguear durante más tiempo del recomendable en el sofá mientras nos tomábamos todo el desayuno al completo. En otras circunstancias ya me hubiera sentido culpable de que hubiera una persona recogiendo la habitación en la que había dormido aquella noche, pero en aquella ocasión me había permitido desconectar del mundo que me rodeaba. Tal vez por eso los móviles de ambas se encontraban en la mesa boca abajo, de esa manera nos era imposible ver cada vez que la pantalla se encendía, aunque el reloj inteligente que llevaba en la muñeca no había dejado de vibrar en ningún momento.

—Deberías de llamar —dijo de repente mi amiga. Llevábamos varios minutos en silencio, mirando al frente, con la vista perdida.

—Él no ha intentado…

—Si lo ha hecho, no digas tonterías, colega. Esto que ha pasado os afecta a los dos y, permítame que te diga, Jess, que no es Harry.

Respiré hondo, tomando todo el aire que mis pulmones eran capaces de capturar. Había dormido, no podía decir lo contrario, el alcohol se había encargado de ello, pero había soñado y toda la mierda que había pasado con mi ex, la misma que había ido tapando con excusas, me había atormentado durante mis horas de descanso. Era algo que, desde que me había dado cuenta de lo que había intentado hacer conmigo en aquellos tres años, no dejaba de darle vueltas. Seguramente aquello fue lo que me hizo darle una respuesta afirmativa a mi padre…

—Vale, Meredith, digamos que la he cagado, que me dejé manipular, que la vida fue cuesta abajo sin frenos y yo solo quería alcanzar una cima que no me correspondía, pero ya he aprendido la lección.

Mi amiga me miró y la tristeza que vi en sus ojos verdes, aunque fuera fugaz y se diera prisa por borrarla, no me pasó inadvertida. Todo aquello la hizo reprimir las palabras que de verdad me quería haber dicho. Era raro que ella se mordiera la lengua, que se reprimiera conmigo, pero si lo hizo en aquel momento, fue porque ni ella estaba preparada para abrir la caja de la mierda que llevaba tanto tiempo acumulando, ni yo lo estaba para que me salpicara y me enterrara un

poco más.

—No digas gilipolleces —tomó aire con fuerza, hasta las aletas de la nariz se le expandieron—. No fue culpa tuya, ese tío es un imbécil que le gusta que le engorden el ego y tú estabas enamorada —me miró esperando ¿una respuesta?—. Ya estas libre de toda esa mierda, así que tienes que ver las diferencias. Tienes que hacerlo, Jess.

¿Estaba enamorada de Harry? Creía haberlo estado, si no fuera así, ¿me hubiera llevado tres años con él? Aunque pensándolo en frio, puede que nuestra relación se hubiera alargado por eso mismo, por toda la mierda que me había metido en la cabeza durante los primeros meses que habíamos estado juntos. Unos meses en los que todo había sido de color de rosa, hasta que se fueron tiñendo.

—Ahora no, Meredith. Por favor.

Puede que mi manera de pedirle que cambiara de conversación hubiera sido más un ruego que otra cosa, pero en aquel momento no estaba preparada para echar la vista atrás, darme cuenta de lo que había estado arrastrando hasta ese momento y que, aunque no quisiera, después de haberla dejado atrás hacía varios meses, siguiera demasiado presente en mi vida.

—Nunca es el momento —empezó a decir sin dirigirse a mi mientras se ponía de pie y yo perdía el calor de su cuerpo—. Eso no quita que no le debas una llamada a Nicholas. La está esperando.

Salió del salón justo después de dejarme claro que no tenía alternativa. Que la vida, aunque pudiera tener miles de caminos dibujados que nos ayudaran a elegir cual era el destino que queríamos en cada momento, con mi cuerpo aun ovillado en su sofá, solo había uno correcto. Que debía de hacer lo correcto y llamarlo.

No sé el tiempo que pasó mientras ella se iba a la ducha. Incluso la mujer que ya había recogido la planta de arriba había retirado la bandeja vacía de la mesa, pero yo aún no había sido capaz de moverme de la postura que había adoptado después de que mi amiga me dejara desprotegida del abrazo.

Tenía razón. No era que yo fuera una cobarde. No. Me dije. No, me repetí una y otra. Yo solo había tenido los ojos tapados por la mano de Harry durante demasiado tiempo. Y no fueron solo mis ojos. Sí, había estado locamente enamorada de él. Al principio había sido todo muy bonito. Muy especial. No voy a engañarme, no lo he hecho

desde el momento en el que nuestra relación se acabó. Me costó mucho darme cuenta en lo que estaba metida y eso es algo de lo que me arrepentiré toda mi vida.

Me levanté del sofá y cogí mi teléfono sin mirar la pantalla. Sabía que me encontraría más notificaciones de las que estaba prepara a leer. Crucé el salón y me encaminé a las puertas de cristales que ocupaban una pared completa de la estancia y que daban a un enorme jardín, todo un lujo en el centro de la ciudad.

Tomé aire una vez más. Como siguiera así, acabaría hinchándome, pero es que no dejaba de pensar que, si no lo hacía, acabaría asfixiándome.

Como ya había vaticinado, gracias a la cantidad de veces que mi reloj había vibrado en mi muñeca, la pantalla de mi teléfono estaba repleta de notificaciones. La mayoría de ellas eran de Instagram, las eliminé sin siquiera leerlas. Tenía una de mi padre pidiéndome que no olvidara volver a casa. La manera en la que había escrito aquel mensaje me dejaba claro que él estaba tan necesitado de envolverme entre sus brazos como yo de que lo hiciera. Había varios números que no conocía, que corrieron la misma suerte que las notificaciones de mis redes sociales, al igual que la única y solitaria llamada que mi ex me había realizado a altas horas de la madrugada y a la que yo no quise prestar atención. Por otra parte, había un nombre que había llamado en muchas más ocasiones que los demás.

Nicholas.

Nick había llamado más de veinte veces desde el día anterior.

Dejé el dedo suspendido sobre su nombre, pensando en todo lo que me he había dicho y lo que no mi mejor amiga y supe qué, si no daba aquel paso, volvería a entrar en un bucle del que le había costado mucho salir y al cual no quería volver. Lo pulsé, me llevé el teléfono al oído y cuando escuché su voz, me di cuenta de que el mundo no había dejado de girar, pero yo sí que había necesitado oír su voz para notar que seguía a bordo.

26

Nick

¿Un hombre sabe cuándo ha metido la pata? La mitad de las veces no tiene ni idea y la otra mitad prefiere ser un imbécil y no ser consciente de ello.

Cerré lo ojos una vez más intentando que el sueño me atrapara, al menos durante cinco minutos, pero sabía que sería imposible. Después de haber pasado toda la noche en vela, esperando que Jessica me llamara, la última vez que había mirado la hora en mi teléfono esperando encontrar una llamada perdida de ella que me hubiera pasado desapercibida, fui consciente de que en poco más de media hora mi jornada laboral estaría a punto de comenzar.

Había intentado ponerme en contacto con ella en más ocasiones de las que sabía que eran recomendables. Aquello era culpa mía. Tenía que haber sido mucho más precavido. La foto que nos habían tomado no era nada del otro mundo, pero sabía que se consideraría lo suficientemente jugosa como para jugar con la vida de los dos durante el tiempo que les diera la gana.

Me levanté de la cama, esa que ni siquiera había usado. No me había puesto ni el pijama, seguía con el pantalón de chándal, lo único

que hice fue ponerme una camiseta de manga corta.

Me pasé las manos por el pelo una vez que entré en el baño y fui consciente de las ojeras bajo mis ojos. Cepillé los dientes por inercia y sin siquiera ser consciente de las habladurías que desataría entre mis empleados, tras ponerme unas deportivas, me metí al ascensor y pulsé el botón que me llevaba hasta la planta en la que se encontraba mi despacho.

Ignoré a todas y cada una de las personas con las que me crucé. Normalmente era un hombre que saludaba a sus empleados, incluso cruzaba palabras con ellos y me preocupaba por sus vidas, pero en aquel momento a nadie le pareció extraño que ni siquiera los mirara.

Al llegar a la puerta del despacho ignoré a la persona que me esperaba con los brazos cruzados en la puerta. No fue algo premeditado, simplemente no me di cuenta de que estaba allí hasta que entré en mi refugio y, cuando me quedé esperando el portazo y levanté la mirada para ver porque no sucedía, vi el cuerpo de mi amigo.

—Estas bien jodido —afirmó Devon con una sonrisa socarrona dibujándole el rostro.

—Vete a la mierda —balbuceé mientras me dejaba caer en la silla detrás del escritorio—. No estoy para aguantarte a ti ni a tus mierdas.

Y de verdad que no me encontraba para tonterías. Solo quería que todo aquello pasara, que la prensa ignorara aquella maldita foto y pudiera seguir con mi trabajo, aunque sabía que aquello no sería posible. Sabía que en cualquier momento recibiría una llamada del editor, del fotógrafo, del padre de Jessica. Y quería tener noticias, aunque no llegaban. Necesitaba saber cómo estaba ella.

—Meredith me ha dicho que en cualquier momento te llamará —podría haber analizado aquella frase a fondo, pero lo único que mi mente captó es que ella me llamaría—. Yo me ocupo hoy del fuerte. Vete de nuevo a tu impoluto apartamento e intenta pensar cómo manejar todo esto lejos de personas con las que no quieres siquiera hablar.

Lo miré enarcando las cejas. Vale que entre nosotros nos dijéramos las cosas a la cara, pero nunca entre nosotros nos habíamos dicho que dejáramos de hacer nuestro trabajo. Nunca nos habíamos sentido tan jodidos como para decirnos que no nos encontrábamos con

fuerza para hacer lo que hacíamos cada día.

—Puedo seguir dirigiendo mi empresa —respondí.

—Claro, por eso vienes con uno de tus trajes hechos a medida, todos los pelos en tu sitio y los zapatos relucientes.

Tal como aquellas palabras salieron de la boca de uno de mis mejores amigos, me miré arriba y abajo, siendo consciente de que había salido de mi apartamento como un jodido autómata, ignorando que aun llevaba el mismo jodido pantalón con el que había descargado parte de mi furia en el saco de boxeo que tenía en el gimnasio que había instalado en una de las habitaciones de mi casa, que mi pelo era un completo desastre y yo...

—Mierda.

—Sí, eso lo resumiría todo, pero no tienes por lo que preocuparte. Eres el mago de las redes sociales, eres capaz de solventar los problemas que hayan acarreado las fotos que se han publicado, pero por ahora, como tu mejor amigo, te recomiendo que vuelvas a tu casa, cierres la puerta con dos vueltas de llave y te des una ducha — no pude evitar levantar un brazo esperando recibir el olor del sudor—. Deja lo demás en mis manos. Déjanoslo a nosotros. No está mal que de vez en cuando sueltes un poco las riendas.

Era el mayor de los cinco. Había sido el primero en llegar a aquel agujero. Después lo hizo Owen, seguido de Patrick y Devon. Cuando ellos estaban fuera y yo podía seguir el mismo camino, llegó Luca y decidí quedarme un poco más. Nunca había dejado de cuidar de ellos y ver que Devon me pedía que frenara, que me dedicara a mí, me hacía darme cuenta de lo jodido que se me veía.

Me levanté de la silla resoplando, solo por demostrar un poco más las pocas ganas que tenía de seguir su consejo, aunque supiera que llevara la razón. No había sido siquiera consciente de que había bajado con ropa deportiva. Estaba casi seguro de que las personas con las que me había cruzado por los pasillos se habían sorprendido de verme con aquellas pintas.

Cuando pasé por al lado de mi amigo, dispuesto a salir de allí sin cruzar una palabra más con él, puso una mano sobre mi pecho para frenarme, adivinando mis intenciones de largarme sin dar ninguna explicación más.

—Respira hondo antes de hacer ninguna idiotez. Tú eres el más

cuerdo de los cinco, pero esta vez sabes que es distinto.

Me quitó la mano cuando entrecerré los ojos y usé aquella mirada que tantos contratos beneficiosos me había conseguido. No era que mi amigo se sintiera cohibido por aquella mirada, ninguno de los cuatro lo haría, pero sí me dejó el espacio que necesitaba porque era de las personas que mejor me conocía.

Salí de las oficinas sin mirar atrás, esta vez más por lo que podían estar pensando los trabajadores de mí que por otra cosa. Ya lidiaría con todo aquello en cualquier otro momento. Ahora solo esperaba que Devon tuviera razón y que Jess me devolviera la llamada.

Una vez en mi apartamento le hice caso, no sin antes comprobar que mi teléfono tenía volumen y que lo podía dejar cerca de la ducha sin que se mojara.

No ocurrió mientras estaba bajo el chorro de agua, puede ser que fuera porque apenas estuve cinco minutos o menos. Me había duchado en tiempo récord. Después me fui a la cocina y puse una cápsula en la máquina de café. Por la mañana, después de haber pasado la noche en vela, ni siquiera me había dado cuenta de que no me había tomado mi dosis de cafeína y en aquel momento mi cuerpo la pedía a gritos.

Aún era temprano, puede que Jess siguiera dormida. Podía ser yo quien la llamara, una vez más no sería atosigarla, ¿verdad? Ya había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho, pero es que necesitaba de verdad saber cómo se sentía.

Después de que llegara a mi apartamento hice un plan de contingencia urgente en sus redes sociales. Puse a trabajar a toda la gente que me fue posible para que su cuenta no se filtrara, pero había llegado demasiado tarde. Su Instagram había superado la friolera de diez mil seguidores en tiempo récord y eso que unas horas antes ni siquiera superaba los mil. No era así como quería que se hiciera famosa y menos aún que le llegaran los mensajes obscenos que había eliminado de manera urgente. Solo esperaba que ella no los hubiera visto, aunque lo dudaba. Le había pedido que activara las notificaciones, que interactuara con los seguidores, por lo que tenía que ser muy consciente de lo que aquella foto…

—Mierda —grité recordando lo que momentos antes me había dicho Devon.

Quería ignorar lo que estaba pasando, por eso desde que había

visto la foto de ambos caminando hasta la noria, no había vuelto a mirar ninguna publicación más, pero mi amigo había dicho aquella palabra en plural.

Casi ni me hizo falta meterme en mi perfil, la primera foto era la que había visto el día anterior, pero era un carrusel, así que empecé a deslizarlas una a una.

Había un total de diez, la cantidad máxima de ellas que se podían publicar. Era una sucesión de imágenes hasta que llegamos a la noria. Ella a mi lado, a una distancia prudencial. Jess sonriéndome, con un brillo especial en la mirada del que no había sido consciente, o tal vez si, por que en la tercera foto ya la había tomado de la mano y había tirado de ella. Las siguientes eran mucho más borrosas, habían intentado captar lo que estábamos haciendo en el interior de la cabina y, aunque no se veían, yo sabía que la tenía entre mis brazos, calmando aquel momento en el que ella se había mostrado vulnerable y me jodió que alguien hubiera captado aquel momento, aunque agradecía que no se le viera la cara y la última, la última era la más jodida de todas. Era justo el momento en el que me había rodeado el cuello con sus brazos y me atraía hacia ella. No, ahí aun nuestros labios no se habían unidos, pero no había que ser muy inteligente para saber que aquello era lo que había pasado. Si tenían aquella foto, tendrían una sucesión completa de cómo había acabado devorándole la boca, clavándole los dedos en su hermoso culo y elevado del suelo para que rodeara mis caderas con su cuerpo y notara la excitación de mi polla. Encima tenía que agradecer la fuerza de voluntad que tuvo Jess para separarnos en aquel momento, porque si no, aquel maldito *paparazzi*, porque por la calidad de la foto no era cualquier transeúnte que me hubiera reconocido, habría captado algo no apto para todos los públicos.

Justo en el momento que soltaba el móvil el café dejó de gotear y sin pensármelo dos veces, cogí la taza y me lo tomé de solo un trago, ignorando el calor abrasador que me recorrió la garganta. En ese momento empezó a sonar mi teléfono y el nombre de Jess apareció en la pantalla, pero no fue aquel nombre el que escapó de mi boca cuando descolgué.

—Oli —dije en un jadeo—. Dime donde estás, voy a buscarte ahora mismo.

Ni siquiera había pensado en esa opción, pero tal como la dije supe que era la correcta. Aquello lo había provocado yo, había sido quien la había puesto frente al público y no de la manera en la que tenía que hacerlo.

—No hace falta, estoy en casa de Meredith y ahora me voy a ir a casa de mi padre.

Su voz era tan neutra, tan carente de sentimientos que algo en mi pecho se rompió. No era la mujer que había compartido la cama conmigo en el hotel, la que parecía que lo que ocurría a su alrededor no importaba. Ni la mujer que se plantó en mi despacho con las ideas claras, ni la que consiguió que mi mundo tambaleara en un set de fotografía ni en el puñetero interior de la cabina del London's Eye. Y menos aún la mujer que me había follado con desesperación el día anterior.

No era Jess, ni Oli. Sentía que no era ella y eso me jodió aún más.

—Siento lo que pasó ayer —intenté sonar lo más sincero posible, porque de verdad sentía no haber sido más precavido—. Las fotos que han salido…

—¿Fotos?

—¡Mierda, Oli! —Y mil mierdas más—. No entres en internet, por favor.

Supe al momento que mi suplica no había servido para nada justo en el momento en el que escuché un grito ahogado escapar de su garganta.

—Oli, pequeña. Vamos a solucionarlo. Mándame la ubicación e iré a por ti.

En el momento en el que terminé de decir aquello fui consciente de que la llamada se había cortado. Sí, me había llamado y yo le había dicho de verdad que quería que estuviera conmigo. Necesitaba protegerla de toda la mierda que la estaba rodeando, una cantidad de mierda que yo había vertido sobre ella.

Pulsé su nombre, pero el mensaje de voz que me salió a continuación después de la primera señal no era nada alentador, menos aun cuando lo intenté una segunda vez y la voz de mujer de su compañía telefónica me indicaba que su teléfono estaba apagado.

Necesitaba saber dónde estaba. Necesitaba solucionar aquello. Necesitaba tenerla a mi lado, aunque no quisiera pararme a pensar

porque esa necesidad había conseguido acelerarme el pulso con tanta velocidad.

—Dame el teléfono de Meredith —dije nada más escuchar la voz de mi amigo al otro lado de la línea.

—Vaya, has tardado más de lo que esperaba, tengo que avisar a Patrick de que ha ganado la apuesta —Devon tenía ganas de tocarme las narices, pero yo en aquel momento no estaba con ánimos de jugar a las idioteces de mis amigos.

—¡Dame. El. Puto. Teléfono! —elevé la voz esperando que fuera consciente de que de verdad necesitaba con desesperación aquel número.

Mi amigo se quedó en silencio tras la línea y por un momento pensé que me había colgado, igual que Jess momentos antes, pero no era eso lo que había pasado, porque cuando estuve a punto de volver a gritarle, sonó un mensaje en mi teléfono y supe que había compartido el contacto de la mejor amiga de Jess conmigo.

—No la cagues, hermano. Ella no va a dejar que le hagas daño a su amiga y yo acabo de jugarme las pelotas, así que piensa muy bien lo que vas a decirle antes de llamarla.

—Gracias —conseguí responder justo antes de finalizar la llamada y quedarme mirando el mensaje donde aparecía el numero de la mejor amiga de mi Oli.

«*¿Mi Oli?*»

No tenía ni idea de lo que estaba pasándome, pero en aquellos momentos no me importaban una mierda los sentimientos que aquella mujer de ojos de color cielo estaba despertando en mí, lo único que quería era protegerla, que supiera que, aunque aquello hubiera sido culpa mía, me encargaría de solucionarlo todo.

Pensé en llamarla, pero después me di cuenta que mandarle un mensaje para que supiera que era yo era más conveniente, así que para que dudara lo menos posible, creé una conversación de WhatsApp y le di al botón del micrófono para mandarle un mensaje de voz. Estaba seguro de que después de que las fotos salieran a la luz incluso Meredith, siendo su mejor amiga, había recibido mensajes al igual que Jessica.

—Meredith, soy Nicholas… Nick. Necesito que me digas donde vives, esto se ha ido de las manos y tengo que…, no…, quiero ir a

buscar a Oli, necesito que esté conmigo en estos momentos. La he llamado y ha visto las fotos, ahora ha apagado el teléfono y no puedo dar con ella. Devon me ha dicho que está contigo. Por favor, déjame ir a buscarla. Déjame solucionar esto.

Le di al botón de enviar y me quedé mirando la pantalla hasta que los dos tics azules se marcaron informándome que estaba escuchándolo.

Mi mensaje no era de más de treinta segundo, pero ya habían pasado más de diez minutos desde que lo había enviado. Meredith se había conectado y desconectado en varias ocasiones, pero en ninguna de ellas había aparecido la palabra escribiendo para informarme que me iba a mandar su dirección. Estaba empezando a desesperarme cuando mi teléfono empezó a vibrar en mi mano y su nombre apareció en la pantalla.

—¿Dónde vives? —dije nada más descolgar.

—No está. Se ha ido y no se adónde. Su teléfono sigue apagado.

En ese mismo momento algo se apretó en mi pecho y fui consciente de que aquel día iba a ser extremadamente largo.

27

Jess

El aire es un bien preciado y había dejado de formar parte de mis pulmones para encharcarse de algo líquido, algo que me ahogaba.

Ver esas fotos, verme en ellas fue una de las peores cosas que me había pasado en la vida. Me había cuidado, había pasado desapercibida. Incluso cuando a mi padre le habían dado premios y le habían preguntado por mí, él había dejado mi vida al margen. Había pedido que respetaran mi privacidad. Habían cumplido todas y cada una de las veces, incluso cuando Harry intentó… Mierda, otra de las veces en las que yo había permanecido con una venda en los ojos ignorando que la relación que habíamos mantenido me gritaba una y otra vez que había sido un novio tóxico.

Guardé el teléfono, que seguía apagado, en el bolsillo trasero de los pantalones vaqueros que me había puesto a toda velocidad y salí de la casa de mi amiga sin avisar. Sin decirle donde me dirigía. Sabía que si lo hacía ella intentaría convencerme de que esa no era la solución. Pero mi intención no era huir, no aquella vez, lo que no esperaba era todo lo que iba a ocurrir en las próximas cuatro horas.

Aún eran las diez de la mañana. Demasiado temprano para mí y

más cuando había saturado de vino mis venas el día anterior, pero las fotos de Nick y yo juntos, no las que se nos veía uno al lado del otro, ni siquiera en la que íbamos agarrados de la mano o nos sonreíamos, esas podían no molestarme si lo pensaba en frío, pero la última, esa en la que nos habían robado un momento intimo para compartirlo con quien quisiera, esa me había conseguido calentar. Joder, me había tocado las narices a base de bien, seguramente por eso reaccioné de aquella manera.

Seguía con la intención de ir a casa de mi padre, pero primero tenía que intentar retomar las riendas de mi vida, así que, con una de las enormes gafas de sol de mi amiga que me tapaban el rostro salí por la puerta trasera, me fui de su casa con la idea de intentar llegar a mi casa en tiempo récord. Sabía que no podía bajar de los quince minutos que tardamos llegar el día anterior, sobre todo porque me movía a pie por la ciudad.

Conocía aquel camino como la palma de mi mano, por lo que pude recorrer varias calles estrechas por las que acortar y pasar desapercibida, o al menos eso había creído que estaba ocurriendo.

Me quedaban poco más de diez minutos para llegar a mi apartamento, mi primer destino, y nadie me había reconocido, cuando alguien puso una mano sobre mi hombro y asustada me di la vuelta. Un hombre mayor, que seguramente superaba los sesenta años, con el rostro lleno de surcos de la edad, unos ojos que antaño deberían ser azules y que se habían convertido en un gris sin luz, y el pelo mal cortado del color de la plata gastada me miraba con una sonrisa a la que le faltaban dientes.

—Pues sí que eres bonita, muñequita —la voz le sonaba ronca, como si hubiera estado fumando sin parar desde su niñez—. Estoy seguro de que ese niñato sabrá mantener la boca cerrada cuando se entere de que estás conmigo.

Miré a mi alrededor, esperando que alguien fuera testigo de cómo aquel hombre apretaba cada vez más su mano en mi hombro, pero seguía en uno de esos callejones por los que había decidido llegar hasta mi apartamento cuando fui consciente de lo que sostenía en la mano con la que no me tocaba. Una desagradable carcajada escapó de su boca.

—Bueno, ahora mantente calladita si no quieres que te abra en

canal —movió la navaja y la pasó con fuerza, haciendo que notara la hoja con facilidad, por la piel desnuda de mi vientre que dejaba la camiseta al aire—. No hables, dibuja una sonrisa en tu rostro como si te alegraras de conocerme y ve hasta el coche rojo.

Hizo un gesto con la cabeza para que pudiera darme cuenta que dirección era la que esperaba que tomara. Me hizo adelantarme un par de pasos delante de él, lo justo para poder tapar con mi cuerpo su mano y la navaja con la que me rozaba la espalda, recordándome con el frío que el metal desprendía que no tenía más remedio que hacer lo que me pedía.

Cuando llegamos al coche, una mujer ocupaba el asiento del copiloto. Cuando me miró, al igual que el hombre que me estaba obligando a meterme en el interior del vehículo, dibujó una amplia sonrisa en su rostro.

Después de colocarme una brida en las muñecas, que me obligaron a poner a la espalda y de ponerme una mordaza en la boca, el hombre ocupó el asiento del conductor y salió de allí sin que nadie se diera cuenta de todo lo que había pasado y no era que la calle estuviera vacía, simplemente que a esa hora del día, uno laboral, los transeúntes iban con tanta velocidad desplazándose por las calles y con la mente puesta en llegar lo antes posible a su destino, que nadie se percató de lo que pasaba a tan solo unos pasos y yo… yo tenía miedo de que si pedía ayuda, aquel hombre cumpliera su promesa y su navaja acabara enterrada en mi piel.

—El chico sabe elegir —dijo la mujer al hombre sin dejar de mírame —, pero no tenía que haber dejado a esta palomita sin protección después de habernos lanzado aquella amenaza.

—Tranquila, Sue. Ahora somos nosotros los que tenemos la sartén por el mango. —Conducía como si no supiera que camino tenía que coger, pero algo me decía que todo aquello era premeditado, que lo que estaba haciendo era que yo acabara perdiendo la orientación y supe que lo había conseguido cuando me fue imposible distinguir donde estaba—. Se lo dimos todo y mira cómo nos lo paga ahora. Es nuestro momento, querida.

Podíamos estar tanto en Hackney como en Barking, cualquiera de los dos barrios de Londres de las afuera, cada uno en una punta diferente, eran válidos para lo que veía por las ventanas del coche.

A simple vista podían parecer barrios normales, donde la vida fluía sin molestar a nadie, pero el deterioro en las fachadas de las viviendas, los *graffitis* que adornaban la mayoría de los edificios y los grupos de personas que se encontraban semiocultos en la oscuridad de los callejones, te hacía ver que aquella zona no era de las más recomendables para pasearte cuando la luz del sol empezaba a dejar de iluminar las aceras.

—Ahora vamos a bajar del coche, te quitaré el pañuelo de la boca, pero no voy a soltarte las manos —dijo el hombre cuando aparcó junto a un edificio con un andamio, seguramente para proteger su estabilidad—. No me apetece tener que cortarte aún.

Tragué saliva como pude, no por la amenaza de que me pudiera hacer daño, sino porque dejaba claro que iba a hacerlo más adelante, así que permanecí callada y solo asentí para dejarle claro que haría todo lo que me pidieran si con ello podía retrasar lo inevitable.

Tenía ganas de llorar, pero no me lo podía permitir. Estaba segura de que ya sabían que estaba muerta de miedo, no había que ser muy inteligente, más que nada porque nadie, por muy valiente que fuera, no sentiría miedo cuando su vida, o al menos su integridad física, corría peligro.

Una vez que me quitaron la mordaza, me ayudaron a bajar del coche como si estuvieran ayudando a una borracha, sobre todo por las frases que decían para que las personas que nos miraban no sospecharan, aunque seguramente nadie vendría a ayudarme si pedía auxilio.

Entramos en el edificio y me llevaron hasta el fondo, donde abrieron la puerta de una habitación a oscuras. Me empujaron al interior, haciendo que me cayera al suelo, ya que aun llevaba las manos atadas a la espalda. No me había dado tiempo a mirar nada de lo que había en aquel edificio, pero se notaba que en su interior hacía tiempo que nadie limpiaba y que los muebles que lo decoraban deberían tener casi los mismos años que el propio edificio.

Otra cosa que no pasaba desapercibida era el olor a rancio que impregnaba el ambiente y que sabía que acabaría pegándoseme a la piel. En aquel momento era algo que me tenía que dar igual, así que cuando la vista se me fue acostumbrando a la oscuridad que me rodeaba, gracias a la poca luz que se filtraba por debajo de la puerta

vi que había una cama pegada en la pared, o al menos lo que pretendía serlo, porque aquello no era más que un colchón mugriento tirado en el suelo.

Puede que no fuera muy buena idea, pero como pude me desplacé hasta allí, la suciedad que debía de tener aquel trozo de goma espuma acolchada no debía ser mucho menor que la del suelo, pero al menos estaría algo más cómoda. No había ningún mueble más en aquella habitación, ni siquiera una ventana que pudiera usar para escapar.

No sabía quiénes eran esas personas, pero no había que ser muy listos para saber cuál era el motivo por el que yo me encontraba allí.

Hasta solo unas horas antes, yo solo era Jess, la chica que trabaja de vez en cuando en una librería, que tenía un conejo como mascota y que, aun teniendo un padre que era mundialmente conocido, no era nadie.

Pero entonces, habían aparecido aquellas fotos.

Pensé en todo lo que habían dicho aquellas dos personas y tuve claro que Nicholas Donovan era la persona que habían nombrado en más de una ocasión y que yo era la moneda de cambio para lo que quisieran conseguir. Que equivocados estaban si esperaban que él pudiera darles algo a cambio de mí. Yo no era más que un polvo. La chica con la que se había acostado unas cuantas veces y poco más.

Me moví en aquel intento de cama, buscando una postura que fuera más cómoda, pero solo estando sentada conseguía que las manos no me hormiguearan por tenerlas en aquella postura cuando me di cuenta que lo que realmente me estaba molestando era mi teléfono móvil.

Sabía que estaba apagado, pero si conseguía sacarlo de allí y lo encendía, podría llamar a Meredith, o a mi padre, o a cualquier teléfono al que pudiera acceder si me era posible llegar hasta él.

Empecé a moverme, a refregar el culo contra colchón, esperando que poco a poco mi móvil fuera saliendo, pero los malditos vaqueros me quedaban muy apretados y el aparato no quería salir de su escondite.

Aquello era una pesadilla que, al parecer, había empezado la noche anterior, de la que aún no había conseguido despertarme. Y todavía quedaba mucho para eso, porque cuando empezaba a creer que el jodido teléfono estaba dispuesto a encontrar la salida del

bolsillo, la puerta se abrió de golpe y la luz que entró del exterior me cegó.

—Muñequita, necesitamos que dibujes tu mejor sonrisa, el chico Nicky se va a alegrar de verte en este cuarto, estoy segura de que le traerá muchos recuerdos.

Y tras decir aquello el flash de una foto terminó de robarme la vista, seguida de una carcajada y unos pasos que se dirigían hasta mí. Una mano me empujó, haciendo que me cayera hacia atrás, me movieran hasta que me colocaron boca abajo y me quitaran mi pasaje para escapar de allí.

—Y esto me lo llevo, ese viejo inútil no sabe hacer nada si yo no se lo explico.

Se fue de la habitación insultando al hombre que me había llevado hasta allí con la clara amenaza de convertirme en un colador si hablaba y llevándose mi salvación, fue entonces cuando, sin ser invitadas, las lágrimas, unas silenciosas que no quería derramar, hicieron acto de presencia y me hicieron darme cuenta de que aquello no era una pesadilla. Era algo demasiado real. Solo esperaba que Nick, aunque yo no significara nada para él, me buscara.

28

Nick

Mis amigos sabía que era capaz de movilizar hasta a la propia guardia Real y no es que no se me hubiera pasado por la cabeza en las dos putas últimas horas.

No había conseguido contactar con Oli, porque desde aquella tarde, aunque supiera que todo el mundo la llamaba Jess o Jessica, algo muy dentro de mí me decía que el que ella me hubiera pedido que la llamara por su segundo nombre, significaba algo. Como si esa conexión que tuvimos una vez que saltamos al interior de la piscina y nuestros cuerpos se sintieran a través del agua hubiera creado un vínculo inamovible.

—Debes de relajarte, Nick. —Patrick, el más racional de nosotros, sacó al abogado que siempre lo acompañaba de su interior y me puso una mano sobre el hombro—. Seguramente sea solo una pataleta. No todos los días uno es el centro de atención de la prensa sensacionalista de la ciudad.

Y sabía que sus palabras eran sabias, pero algo muy dentro de mí, ese mismo algo que me había hecho cuidar de mis cuatro amigos, ese algo que empezaba como un cosquilleo en la punta de los dedos de los

pies, que se convertían en hormiguitas que correteaban por mis piernas hasta instalarse en mi estómago, me demostraba que algo que no me gustaba estaba sucediendo. Era algo que había sentido durante demasiado tiempo desde que salimos de aquel agujero y que había conseguido olvidar una vez que todos estuvimos a salvo, pero ahora era mucho peor.

Noté que alguien me había colocado una mano en el hombro para darme un apretón con fuerza, como si hubiera estado haciendo aquel gesto ya hacía varios minutos, y no me extrañaría nada que fuera así.

—Vamos, hermano. Estamos aquí para ayudarte. —Luca esbozó una sonrisa con la que estaba seguro que intentaba reconfortarme.

Miré a todos y cada uno de mis amigos, Devon, Luca, Patrick y Owen, este último había estado a punto de decir uno de sus comentarios fuera de lugar y se había llevado una colleja bastante sonora de otro. Habían venido en el momento en el que mandé un mensaje de texto pidiéndoles ayuda por el grupo que teníamos los cinco.

Creo que era la primera vez que usábamos aquel chat para tratar un tema de verdadera urgencia. Normalmente lo usábamos para quedar para tomar unas cañas, para avisar hora y lugar donde nos veríamos o hablar de futbol. Puede que por esa misma razón no me sorprendió recibir un ok automático de cada uno de ellos cuando les dije que los esperaba en mi piso; en menos de quince minutos los cinco estuviéramos allí reunidos.

Al igual que yo era capaz de convocar a los Guardias Galeses, estaba seguro de que mis amigos estaban dispuestos a movilizar a los Bobbies o a la Interpol si fuera necesario para ayudarme. Todos haríamos lo que hiciera falta para ayudarnos unos a otros, incluso sin importarnos que en algún momento incumpliéramos las normas.

—¿Has llamado a su padre? —me preguntó Patrick cuando se dio cuenta que seguía sin responder y lo máximo que pude hacer fue un gesto afirmativo con la cabeza.

—Solo ha dicho que su hija sabe cómo afrontar estos conflictos. Que sabrá salir adelante —contestó Devon por mí.

No me había valido su respuesta hacía una hora y no me servía en ese momento.

—Tengo que saber dónde demonios está.

Estábamos en el despacho de mi apartamento. Yo ocupaba mi silla giratoria y mis amigos se había dejado caer en las sillas frente al escritorio, en el sofá que ocupaba uno de los laterales de la habitación o se habían quedado de pie junto a mí. Todos permanecíamos con el móvil en la mano y tenía claro que cada uno de ellos había movido los hilos necesarios para saber cuál era el paradero de Oli.

Me levanté de la silla sin mirar a ninguno de ellos, porque estaba seguro que si lo hacía, todos sabrían cuál era mi estado de ánimo en aquel momento. No sabía dónde podía estar aquella chica, ni siquiera había querido pararme a pensar porque me importaba tanto, porque estaba tan preocupado, solo me estaba dejando llevar por el pellizco que se me había instalado en el pecho y me decía que había pasado algo malo y que me arrepentiría si no empezaba a buscar.

Cuando salí del despecho, el sonido de las pisadas de mis cuatro amigos detrás de mi me hubieran parado en cualquier otro momento, pero no entonces. Necesitaba hacer algo y la explicación del padre no me servía. Estaba de acuerdo de que Jessica Oliva Evans había sido siempre muy cuidadosa con la prensa, ni siquiera cuando la investigué había encontrado ninguna foto actual que me hubiera ayudado a saber que la chica del hotel era la misma a la que le llevaría las redes sociales. No, siempre se había esforzado por pasar desapercibida y su padre la había mantenido al margen y luego… Entonces llegué yo y puse su mundo patas arribas.

—No vas a ir solo. —Owen se puso frente a la puerta, bloqueándome la salida.

—Voy a hacer lo que me salga de los cojones —respondí acercándome a él.

—Respira, tío. —Luca se puso a mi lado y de nuevo, sentir el contacto de su mano sobre mi hombro consiguió apaciguarme un poco —. Nadie te está diciendo que olvides los planes, pero hazte a la idea de que no vas a ir solo a ninguna parte.

Lo miré primero a él, después a Owen, que seguía obstaculizando la salida y por último a Patrick y Devon, que estaban a mi otro lado, con una sonrisa sincera en el rostro, confirmando que les daba igual los planes que yo tuviera, que me seguirían. Lo único que no querían es que los dejara al margen de nada.

Le lancé las llaves a Owen, que las cogió al instante y me dibujó

una amplia sonrisa cuando me abrió la puerta y me dejó salir para encaminarme al ascensor. Todos me siguieron y se ocuparon de pulsar la tecla que nos llevaría al sótano, donde tenía los coches.

—Cuando quieres, eres muy tocapelotas. —Owen iba lanzando las llaves del coche al aire de forma distraída—, pero sabes que te seguiremos donde haga falta, gilipollas.

No me apetecía contestarle, porque en aquel momento era capaz de ponerme a gritar o a llorar. La cantidad de sentimientos que estaban rebotando de un lado a otro en mi interior eran tan nuevos y habían aparecido tan rápido que estaba seguro de que no podían ser reales.

Tenía claro que Oli me gustaba, joder, estaba muy buena y en la cama era perfecta. Lo que habíamos compartido había sido muy intenso. La necesidad de saberlo todo de ella, de que me contara que era lo que le gustaba, por qué había escrito aquella historia. Quería saberlo todo. Necesitaba conocerla mejor y cuando había empezado a darme cuenta de que eso era lo que quería, se había largado y todo porque yo había sido un gilipollas, como Owen me acababa de dejar claro, y no había prestado atención a lo que me rodeaba cuando estaba con ella, porque cuando ella estaba a mi alrededor, todo lo demás desaparecía.

Las luces parpadeantes del Audi A8 me sacaron de mis pensamientos. En esta ocasión fue Patrick quien se adelantó y mientas Owen volvía a lanzar las llaves, se las arrebató consiguiendo que se quejara. Me había hecho con aquel coche hacia solo un par de semanas atrás, justo cuando había decidido poner distancia entre Oli y yo. ¿Puede que aquel coche hubiera servido de paliativo sobre algo a lo que no quería ponerle nombre? Seguramente mi psicóloga hubiera gritado un rotundo sí en letras mayúsculas. Extendí la mano para que Pat me entregara las llaves, pero hizo un gesto negativo con la cabeza y me indicó que ocupara el asiento de copiloto, mientras que Luca, Owen y Devon se sentaban en la parte de atrás y el frente al volante.

Cuando todos nos pusimos el cinturón de seguridad, la puerta del garaje que daba al exterior ya se estaba abriendo y Patrick estaba sacando el coche del interior del edificio con una amplia sonrisa que intentó disimular cuando lo miré, dibujada en el rostro.

—No disfrutes —dije mirando a todos lados, como si pudiera

encontrarla al momento.

—No lo hago, solo es que es una maravilla tener a esta monada entre las manos y pronto tendrás a tu chica entre las tuyas.

«Tu chica»

No, Oli no era mi chica, pero ¿quería que lo fuera? No tenía ni idea, solo sabía que necesitaba encontrarla, asegurarme de que estaba bien, que no estuviera metida en ningún lio o que hubiera sentido la necesidad de huir, de desaparecer hasta que las aguas se calmaran. Si era ese el motivo, necesitaba sí o sí que ella entendiera que no estaba sola, que yo me haría el responsable de todo. Porque… ¡Mierda!

—¡Para el coche!

Patrick lo hizo de inmediato, ignorando al coche que llevábamos detrás y que nos dedicó un gesto de su dedo corazón cuando nos adelantó por el lado derecho.

—¿Qué pasa? —preguntó Devon, que hasta el momento había sido el más callado de los cinco, asomando la cabeza entre los dos asientos delanteros.

Lo miré y supe que él había llegado a la misma conclusión que yo, lo que no fui capaz de verbalizarlo. Solo de pensar que ella podía estar allí, de que hubieran accedido a Oli por mi culpa, por haberla expuesto de aquella manera, consiguió que la sangre me hirviera.

Agarré el pasador de la puerta para salir del coche y correr la distancia que me separaba de ella, porque, qué narices, tal vez sí que yo también la consideraba mi chica y por eso estaba tan desesperado por encontrarla y ponerla a salvo. Yo la había metido en toda aquella mierda y yo tenía que ser quien la sacara de aquello, pero cuando empujé la puerta, esta no se movió de su posición y no era porque Patrick hubiera pulsado el botón de bloqueo, sino porque Luca, que había sido mucho más rápido que todos nosotros, había salido del coche por la puerta contraria y se había colocado sujetando con fuerzas el marco de la puerta.

—Quédate ahí dentro —su voz fue seca y contundente—. Tú nos sacaste de aquella mierda una vez a todos y ahora nosotros vamos a sacarla a ella para ti.

Miré a mis amigos, a mis hermanos y supe que siempre estarían ahí para mí, pero yo de verdad quería salir de aquel coche. Algo me decía que a pie llegaría mucho antes a mi destino o, mejor dicho,

corriendo, porque necesitaba expulsar la adrenalina que estaba saturando mi sangre, consiguiendo que esta bombeara con demasiada fuerza por mis venas, provocando que el golpe del corazón del corazón contra mi pecho empezara a dejarme sin aire, porque, joder, estaba quedándome sin él.

Abrí la boca todo lo que pude, intentando que entrara en mi boca y atravesara mi garganta para que se deslizara por mi tráquea y llenara mis pulmones con el ansiado oxigeno que necesitaba para poder vivir, pero se estaba convirtiendo en una tarea imposible.

Miré de nuevo a mis amigos y los veía mover los labios, pero al parecer, la falta de aire también había silenciado los ruidos que había a mi alrededor.

Luca fue el primero en reaccionar, abriendo él mismo la puerta que momentos antes bloqueaba, pasando sus manos bajo mis brazos y sacándome el vehículo.

¿Qué demonios estaba pasando?

—Vamos, gilipollas, respira —Luca me había colocado sobre la carrocería de mi coche y me miraba a los ojos mientras nuestros otros amigos se habían quedado a una distancia prudencial—. Vamos a dar con ella y va a estar bien. No hace ni tres horas que hablaste con ella. No han podido hacerle…

Patrick lo quitó de en medio, colocándose el frente a mí, con sus manos sobre mis hombros. No fui consciente de lo que pasó detrás de él, el resto de mis amigos se había desdibujado, pero si pude escuchar un golpe seguido de un quejido, aun así, en aquel momento era lo que menos me importaba. Solo quería poder respirar. Cada vez notaba como se cerraba aún más mi garganta y las fuerzas abandonaban mi cuerpo.

—Nicholas, mírame. —Intenté enfocar la vista y pude ver los ojos del color del cielo intentando descubrir la tormenta que se había desatado en el castaño de los míos—. Sí estas respirando, solo es un ataque de ansiedad. Está en tu cabeza, no dejes que te domine.

Estaba seguro de que estaba usando el tono de voz con el que se dirigía a sus clientes cuando se encontraban demasiado nerviosos.

¿Podía tener razón y que estuviera sufriendo una mierda de esas? ¿Tan jodido estaba? ¿Tanto me afectaba Oli?

Conseguí que me quitara las manos de los hombros y me incliné

hacia delante, hasta que apoyé las palmas de las manos sobre mis rodillas y empecé a contar las exhalaciones e inhalaciones. Una, dos, tres, los ojos azules de Oli, cuatro, cinco, seis, siete, su sonrisa amplia, ocho, nueve, la manera en la que pronunciaba mi nombre cada vez que me perdía en su interior. Diez.

—Vamos, Nick. Así, lo estás haciendo muy bien.

Levanté la vista y mis cuatro amigos me rodeaban, con ojos preocupados, pero dándome el espacio necesario hasta que conseguí respirar con tranquilidad y fui consciente de que durante todo ese tiempo había estado temblando, en medio de una de las principales calles de Londres. Si el día anterior habían conseguido inmortalizar mi imagen mientras besaba y casi me comía a Oli sobre mi moto, estaba casi seguro de que no tardaría en ser de nuevo portada por aquel ataque de ansiedad, aunque en aquel momento era lo que menos me importaba.

—Tenemos que ir hasta allí —esa vez me dirigí a Luca, que era el que me había acompañado la última vez.

—Lo haremos, pero no podemos ir solos. Vamos a avisar a la policía. —Tenía claro que, si hacíamos aquello, todos los planes que llevaba organizando tantos años, se irían a la mierda, pero ¿qué importaban si Oli estaba en peligro?

—De acuerdo —acepté.

Si aparecía allí sin las personas adecuadas, seguramente acabaría arrepintiéndome toda la vida de lo que le harían si se encontraba en el edificio. Después de más de quince años, me daba igual que todo lo que había organizado para hundirlos, se fuera a la mierda. En aquel momento solo importaba ella, incluso teniendo claro que en el momento en el que la sacara de allí, yo también saldría de su vida.

29

Nick

Nos desplazamos hasta la urbanización donde vivía el señor Evans. Devon fue el encargado de llamarlo a él y a Meredith para que nos reuniéramos allí. Solo esperaba que aquella llamada no provocara que se pusieran mucho más nerviosos de lo que yo lo estaba.

Chelsea era una de las zonas más acaudaladas en Londres, al igual que le pasaba a La City, solo que este barrio era mucho más tranquilo y, aunque albergaba bastantes comercios y empresas emergentes, seguía conservando la esencia del Londres de siempre.

No me sorprendió que Philips Evans viviera en King's Road, no esperaba menos de un hombre como él, pero lo que sí me llamó la atención fue que al llegar a su residencia me encontré apostados enfrente a una horda de reporteros. Luca ya había recibido las indicaciones de como acceder por la zona trasera y poder pasar desapercibidos frente a la prensa. Lo que menos quería es darle más carnaza a aquella panda de buitres.

Una vez que estacionamos el coche, no tardé ni dos segundos en bajarme del coche con mis amigos pisándome los talones. Philips Evans nos esperaba, junto a una seria Meredith, en la parte trasera de

su casa, con los brazos cruzados bajo su pecho y cara de pocos amigos.

—¿Dónde está mi hija? —aquella frase fue más un rugido que una pregunta.

—No estoy seguro, pero antes de descartar el lugar donde creo que puede estar, necesito que sepa algo.

El señor Evans nos miró a todos de arriba abajo para después dar la vuelta y perderse en el interior de su vivienda. Algo me decía que él sabía ya qué estaba pasando o, al menos, se hacía una idea y eso me gustaba aún menos.

Lo seguimos al interior de la vivienda, en otro momento me hubiera fijado en que el interior conservaba la elegancia de las casas victorianas —techos altos, molduras que aún conservaban el lacado dorado, papel de flores damasco en el pasillo por el que estábamos cruzando hasta que llegamos a un salón en el que, sin duda, se había realizado más de un baile de la alta sociedad londinense—, pero en aquel momento solo veía a Philips caminar con la espalda erguida, aunque llevaba los puños apretados junto a su cuerpo.

Se acercó hasta una mesa y cogió un papel que me entregó justo cuando llegué a su lado.

Todos nos quedamos en silencio y cuando desplegué aquel trozo de papel me di cuenta de lo que era. Me recordó al instante a una de esas absurdas películas americanas en las que la nota de rescate se enviaba con trozos de letras y palabras recortadas de periódicos y revistas y es en aquel papel había exactamente eso.

El pulso de nuevo empezó a acelerarse en mis venas y estaba seguro que si no hubiera sufrido un ataque de ansiedad un rato antes, en aquel momento no hubiera sido capaz de reponerme con rapidez cuando fui consciente del texto que estaba leyendo por segunda vez:

SI QUIERE RECUPERAR A SU HIJA.

DEJE UN MALETIN CON DOS MILLONES DE LIBRA EN EL PARQUE TRAS EL LONDON HASAL DE BARKING ANTES DE LAS NUEVE DE LA NOCHE DEL DIA DE HOY.

SI NO LO HACE, LO PROXIMO QUE RECIBIRÁ SERÁ UN DEDO DE SU PRECIOSA HIJA.

Aquello tenía que ser una broma. Aquel era el barrio que había

visitado con Luca y estaba seguro que el lugar que nos indicaba estaba cerca del edificio al que habíamos ido, pero ¿por qué la carta iba dirigida al señor Evans?

—¿Cuándo ha recibido esto? —pregunté elevando la voz más de lo que esperaba, pero cada vez me encontraba más nervioso.

Philips Evan me quitó el papel de la mano antes de que lo hiciera trizas, porque estaba empezando a estrujarlo con fuerza entre mis dedos.

—Justo un momento antes de que me llamaras. —Se dejó caer en un sillón orejero de patas isabelinas que había a su espalda—. Estaba a punto de llamar a la policía, pero esperaba que tú me dieras alguna respuesta más.

Me quedé paralizado. La dirección que indicaba me dejaba claro que mi pasado era quien había atrapado a Oli. Justo cuando creía que podría deshacerme de él, se encargaba de recordarme que no era tan fácil eliminar aquello que te ha hecho tanto daño, pero, seguía habiendo algo que no terminaba de cuadrarme. ¿Por qué había sido su padre quien había recibido la nota?

Philips Evans era un hombre conocido en el mundo entero, pero nunca se jactaba de su fama, de su dinero. Y ellos siempre me habían querido a mí, siempre había sido yo quien podía hundirlos. Aunque, pensándolo fríamente, siempre habían sido muy codiciosos, en todo momento habían querido más y más, aun cuando las vidas de unos niños estuvieran en juego. No es que los asistentes sociales que se ocupaban de todos los casos que habíamos cruzado aquellas puertas en algún momento no hubieran investigado, es que eran inteligentes y supieron barrer los problemas debajo de la alfombra y, al parecer, seguían haciéndolo.

Fue Patrick el que dio un paso al frente y con un gesto de cabeza le pidió permiso al señor Evans para examinar el papel. Lo leyó con atención y supe exactamente el momento en el que todos y cada uno de los recuerdos le golpearon con fuerza. Se lo pasó a mis amigos. Luca, como siempre, fue el que mejor ocultó lo que aquel trozo de papel provocaba en él, a diferencia de Owen, que soltó un exabrupto.

—¿Qué mierda está pasando? —Meredith dio un paso al frente y se colocó a mi lado, con las manos en las caderas, el rostro casi tan rojo como su pelo y las pecas refulgiendo como fuego en el puente de

su nariz—. ¿En qué has metido a mi amiga?

Las palabras se me atragantaron. Nadie, a excepción de mis cuatro amigos, sabía todo lo que habíamos pasado en aquellos años en los que estuvimos con la familia Grant. Era pensar en ellos y cabrearme mucho más.

—Habla, ¡JODER!

Me golpeó con fuerza en el pecho, una vez, dos. Cuando estaba a punto de darme el tercer golpe, Devon se colocó entre ambos y le atrapó las muñecas entre sus manos. Ella se derrumbó sobre su pecho, soltando un quejumbroso lamento que casi hizo temblar los cimientos de la casa señorial donde se había criado Oli.

En otra situación me hubiera gustado estar allí de visita, tal vez para cenar junto a ella y su padre. Recogerla para una cita. O que ambos visitáramos a su padre.

¿Qué eran aquellos pensamientos? Había ido dejándolos a un lado una y otra vez en las últimas semanas, pero allí, de pie, en medio de un salón que era totalmente nuevo para mí, me di cuenta de que por mucho que quisiera hacer lo mismo que había aprendido de mi «maravillosa» familia de acogida, ocultar a los demás mi vida, Jessica Olivia Evans había despertado cosas nuevas en mi interior, tan nuevas que habían adquirido unas connotaciones que nunca había creído que yo llegara a sentir.

Miré a su padre y al parecer el entendió perfectamente todo lo que estaba pasando en mi interior, la lucha que se había creado en mis entrañas sin haber sido consciente de ellos y, al parecer, al fin, habían levantado una bandera blanca en la que en letras grandes aparecía el nombre de aquel nuevo sentimiento que Oli me había hecho descubrir.

Devon fue el primero en salir del salón, llevándose a una Meredith completamente desolada, que no dejaba de sollozar. La había visto en contadas ocasiones, pero siempre me había dado la impresión de que era una mujer fuerte, pero que verdad más grande es esa de que, cuando alguien importante sufre, no podemos evitar sentirnos igual.

Luca y Owen salieron unos pasos detrás de él, recibí un golpe de cada uno en la espalda, un indicativo de que estaban ahí para mí. El último fue Patrick, que le devolvió la hoja al padre de Oli después de recuperarla de las manos de Owen.

—Díselo.

Esas fueron las únicas palabras que recibí de mi amigo justo antes de que nos dejara a los dos a solas. Yo no había conseguido mover un músculo desde que había leído aquel papel en el que me desvelaba lo que ya sabía.

El salón se me pareció de repente demasiado grande y a la vez falto de oxígeno.

—Chico, siéntate a mi lado.

Philips me señaló el gemelo al sillón que estaba a su derecha para que me acomodara junto a él. Mandé las ordenes necesaria a mi cerebro para mover las piernas y dejarme caer en aquella pieza que estaba casi seguro que tenía casi tantos años como la casa. Lo que no fui capaz de hacer fue mirarle a la cara cuando empecé a narrar mi historia, sobre todo porque no era solo mía, ni de los cuatro amigos que desde entonces se habían convertido en una familia de verdad para mí, había muchos nombres, rostros anónimos que habían sufrido tanto o más que nosotros. Era la historia de demasiados niños que se quedaron sin voz.

Era algo a lo que, de alguna manera, seguía teniéndole miedo

—No es algo de lo que me sienta orgulloso —terminé de narrar, retirando una lagrima solitaria que había conseguido escaparse.

No recibí respuesta del hombre que había sentado a mi lado y por eso, después de no sé cuánto tiempo siendo yo el único que hablara en aquel enorme salón, lo miré por primera vez desde que me hubiera enseñado el papel que pedía un rescate por su hija.

Se encontraba reclinado hacia adelante, con los codos sobre las rodillas y su rostro enterrado entre sus manos. Philips Evans aún era un hombre joven, no debería superar por mucho los cincuenta y, aun así, parecía que había envejecido varios años desde la última vez que lo había visto y, en aquella postura encorvada, viéndolo sufrir por lo que debía estar pasando su hija, parecía aun mayor, lo peor de todo aquello era que el sentimiento de culpa que me atenazaba el pecho, que me había dejado sin aire en aquel día más veces que en toda mi vida, se acrecentaba a pasos agigantados.

—No, Nicholas. No debes de avergonzarte por algo que no fue culpa tuya. —Poco a poco se empezó a incorporar en el sillón y cuando sus ojos se encontraron con los míos, me di cuenta de que sus

ojos se habían anegado en lágrimas y no le importaba mostrádmelas, al contrario que me había ocurrido a mí momentos antes—. Mírate ahora, eres un hombre de éxito, has llegado lejos en tu carrera y no ha importado que unos desalmados te hubieran hecho la vida imposible.

Se sacó un pañuelo del bolsillo de los pantalones y se lo pasó por sus ojos, eliminando la humedad de estos. Me había dejado sin habla, sobre todo porque esperaba que me echara en cara que su hija se encontraba en aquella situación por mi culpa, cosa que era cierta, pero al contrario de lo que esperaba, se levantó del sillón y se acercó hasta un mueble bar que había junto a la pared.

—¿Una copa? —me preguntó mientras servía un par de dedos de un líquido ambarino en un vaso de cristal finamente tallado y me lo tendía.

Me levanté del sillón y caminé hasta acercarme a su lado, tomar el vaso en mi mano y beberme el contenido de solo un trago. Agradecí el calor del *whisky* recorriendo mi garganta, seguramente de una excelente añada, pero en aquel momento lo que menos pensaba era en degustarlo.

—¿Sabes dónde se encuentra? —preguntó tras realizar el mismo movimiento que yo con la copa que se había servido para él.

—Tengo una ligera idea. Hace un par de semanas me pasé a hacerles una visita —respiré hondo, preparándome para recibir un golpe, porque si Philips quería dármelo, estaba en todo su derecho—. Quería dejarles claro que ya no les temía y que su fin estaba cerca, después… —me encogí sobre mí mismo antes de decir las siguientes palabras—, han venido las fotos. Ha sido un descuido por mi parte.

—Algo me dice que se nos está escapando algún dato. Si fueran a por ti, la nota no hubiera venido dirigida a mi nombre.

—Usted tiene dinero, fama. No son personas que hagan las cosas sin meditarlas y el dinero es el mejor móvil que pueden tener para realizarlas. Consiguen las dos cosas que más quieren, pasta y silenciarme.

—Y, aun así, tú tienes ambas y también han acudido a mí, sabiendo que de esta manera podría haber llamado a la policía sin siquiera haber hablado contigo —analicé sus palabras y acabé pensando al igual que él.

—¿Hay alguien que le… odie?

Supe que era una pregunta estúpida, porque incluso las personas que tiene las mejores, que son más queridas, tienen sus haters.

Philips se pasó la mano por el pelo, despeinándoselo y supe que en aquel momento estaba visionando a todas las personas que alguna vez en su vida le hubieran dicho o él hubiera dicho algo que provocara aquella situación en la que se encontraba Oli.

—Me da igual quien narices sea —acabó respondiendo en un tono desesperado—. Iré a esa dirección y recuperaré a mi hija.

Y supe que lo haría, que no podría pararlo si no buscaba una solución alternativa. No tenía mucho tiempo, ya que me había dado la espalda y se encaminaba a la salida cuando el cuerpo de Meredith apareció en el umbral. Primero me miró a mí y entendí que había escuchado parte de la conversación, no sabía cuanta, pero si la suficiente para ponerle una mano en el pecho al padre de su mejor amiga y decir una palabra. Un nombre que, en aquel momento, para mí, no significaba nada, pero que para el hombre que tenía miedo de perder a su hija sí.

Se apoyó sobre el marco de la puerta y si Devon no hubiera salido de la nada y lo hubiera sujetado, seguramente se hubiera desplomado en el suelo del salón.

30

Meredith

Había sido una ilusa. Una completa idiota que no había sabido ver más allá de todo lo que aparecía delante de mis narices.

Después de que Phil me hubiera llamado, salí corriendo de mi apartamento sin importarme siquiera que era lo que estaba diciéndome. Solo me había dicho que Jessica había desaparecido y que había recibido una nota. Creo que le colgué en aquel mismo momento, me puse unos vaqueros, una camiseta y una *hoddie* de color rosa y cogí las llaves de mi coche.

No era ni necesario sumar dos más dos para darme cuenta de que la llamada de Nick pidiéndome que le dijera donde estaba mi amiga y la que más tarde recibí de su padre indicaban que había pasado algo. No estaba buscando su espacio, había algo más.

Crucé las calles que me separaban de Chelsea sin prestar atención a las señales de tráfico, los semáforos ni el sonido de los cláxones que seguramente había recibido en aquel trayecto, solo me importaba llegar a la casa del padre de mi amiga y saber qué demonios estaba pasando.

Aparqué en la parte trasera, Phil ya me había dado una llave de

acceso a su garaje años atrás y tras ver a los periodistas a la espera de una nueva exclusiva, ni siquiera me lo pensé. Me bajé del coche sin siquiera quitar la llave del contacto y subí las escaleras de dos en dos hasta llegar al salón, donde me encontré al señor Evans sentado en su sillón favorito, con un papel en las manos y el rostro pálido.

Anduve hasta que me coloqué a su lado, tomé la página con trozos de papel pegado en mis manos y cuando leí el texto, mi mundo se tambaleó con tanta fuerza que acabé sentada en el suelo, mirando a la nada y diciendo una y otra vez el nombre de mi amiga, hasta que unas manos me tomaron de los brazos, me ayudaron a levantarme y me rodearon con fuerza.

—Acaba de llamarme Nicholas Donovan —levanté el rostro y absorbí con un sonido nada femenino la nariz—. Creo que puede ayudarnos con esto.

Si tenía razón y aquellas fotos, esas malditas fotos que habían conseguido que mi amiga se derrumbara como un castillo de naipes, eran además las causantes de que la hubieran secuestrado, correrían ríos de sangre, aunque con ello me ganara una larga temporada entre rejas. Me daba igual. Jess era una chica buena, nunca le había hecho daño a nadie y, después de mucho tiempo sintiéndose inferior, al fin empezaba a ver la luz.

No sé el tiempo que pasamos los dos en aquel salón, en silencio, cuando escuchamos como un coche accedía a la parte trasera y los dos nos movimos con rapidez hasta llegar a la puerta que daba al amplio jardín donde habíamos pasado tanto tiempo en nuestra infancia.

Aquella casa siempre me había gustado. La Meredith Jones que conocía todo el mundo solo era la que yo quería que vieran. Pero Jess e incluso Anne y Grace sabían mi pasión por la novela romántica histórica y agradecía haber nacido en la ciudad donde transcurrían las mejores novelas de época. Para mí, Londres era realmente la ciudad del amor.

Nicholas no venía solo, lo hacía junto a Devon y tres hombres más. Me perdí en la mirada del segundo, el que llevaba cubierto su cuerpo con unos vaqueros similares a los míos y un chaleco de punto que sabía que ocultaba un número elevado de tatuajes, pero en aquel momento no quería pararme a pensar en nada de aquello, solo quería saber dónde estaba mi amiga. Me hubiera gustado encararme a

Nicholas Donovan, pero por deferencia a Phil, le seguí al interior de la casa y me mantuve a una distancia prudencial mientras los cinco hombres, que parecían sacados de la GQ, entraban en el salón. Fue Nick quien dio un paso más al frente y los otros cuatro se quedaron a un par de metros, en estado de alerta, como esperando a que su amigo les hiciera una señal para que salieran en estampida donde él les dijera.

—¿Qué mierda está pasando? —Di un paso al frente y me coloqué al lado de Nicholas, con las manos en las caderas, sabía que la ira que me recorría el cuerpo conseguía que mis pecas, esas a las que tanto odiaba, resaltaran, pero en aquel momento solo me importaba mi amiga—. ¿En qué has metido a mi amiga?

—Habla, ¡JODER!

Lo golpeé con fuerza en el pecho, una vez, dos. Cuando estaba a punto de propinar el tercer golpe, Devon se colocó entre ambos y me atrapó las muñecas entre sus manos, no pude hacer otra cosa que derrumbarme sobre su pecho, soltando un quejumbroso lamento que casi hizo temblar los cimientos de la casa.

Me dejé guiar por él, en aquel momento me encontraba tan sobrepasada, que incluso si me hubiera sacado en brazos del salón, ni siquiera hubiera protestado.

Tenía claro que él nunca había estado en aquella casa, pero se movió por ella como si hubiera recorrido sus pasillos miles de veces, porque cuando me quise dar cuenta, estábamos en la cocina, donde el olor que desprendía la comida que se estaba cocinando en los fogones llenaba todos los rincones, pero yo tenía los sentidos puestos en el hombre que se había arrodillado frente a mi después de haberme hecho ocupar una de las sillas que rodeaba la mesa donde desayunaba cada vez que me pasaba la noche en casa de mi Jess, para después colocar una mano bajo mi mejilla y elevar mi rostro.

—¿Mejor? —me preguntó elevando una de sus cejas, gesto que lo había visto realizar cada vez que necesitaba una respuesta o cuestionaba un comentario.

Había coincidido con Devon muchas más veces de las que le había reconocido a Jess, puede que aquella tontería que soltamos de que yo era su representante, que después Nick decidiera «desaparecer» durante dos semanas y que yo me había involucrado tal vez más de lo

necesario en todo su nuevo proyecto, porque estaba segura que si no lo hacía, ella se hubiera echado para atrás, propiciara muchos encuentros con el hombre sobre el que me había derrumbado.

Asentí, intentando zafarme de su mano bajo mi barbilla, y digo intentando, porque el colocó su pulgar y el índice de tal manera que me fue imposible.

—Testaruda —acabó diciendo cuando empujé la silla hacia atrás y poniendo distancia entre ambos.

—Es mi amiga y si le pasa algo te juro que tu amigo perderá las pelotas —Devon volvió a hacer el gesto con sus cejas, en aquel momento no quería pensar en lo sexy que me parecía, así que intenté reforzar mi actitud reforzando mi frase anterior—. Y tú irás detrás, colega.

Devon era alto, muy alto, con unos ojazos azules que te robaban el aliento, su pelo rubio oscuro siempre perfectamente peinado, con ese tupé que me había vuelto loca en más de una ocasión cuando uno de sus mechones decidía ponerse rebelde y rozar su frente y deseaba que los demás lo acompañaran. Su piel morena por el sol, los pendientes dorados que decoraban ambos lóbulos de sus orejas, el *piercing* en su nariz y una preciosa sonrisa ladeada, que enmarcaba con un delicado bigote y su perilla a juego y en aquel momento pareció ser muy consciente de que sus gestos estaban a punto de conseguir que mis bragas se bajaran solas y se escondieran en uno de los bolsillos de sus vaqueros, que se ajustaban demasiado bien a sus piernas. Puede que, por eso, cuando estiró la mano para volver a tocarme, sabiendo que me atraparía y yo me dejaría, di un paso más atrás, ignorando en sonido de la silla al ser empujada.

—Dith…

«Cabrón» respondí para mis adentros, porque se había dado cuenta la manera en la que me derretía cuando se enterraba en mi cuerpo y me susurraba ese diminutivo que solo él usaba.

Tomé aire con ganas, de esas que sabes que estas recogiendo todas las fuerzas que puedes y antes de que él pudiera reaccionar, me giré y salí corriendo de la cocina. Quise pensar que jugaba con la ventaja de que me había criado en aquel lugar y que Jessica y yo habíamos aprendido a girar en las esquinas sin comernos ningún mueble.

Estaba a punto de llegar al salón cuando una mano me atrapó de

la cintura y me pegó contra su pecho. Justo cuando iba a gritar exigiendo que me soltara, su otra mano se colocó en mi boca, amortiguando el sonido y permitiéndome escuchar la conversación que mantenían el padre de mi mejor amiga junto al tío que la había colocado en aquella situación.

—¿Sabes dónde se encuentra? —la voz de Philips llegó hasta mis oídos y supe que la pena lo embargaba.

—Tengo una ligera idea. Hace un par de semanas me pasé a hacerles una visita —¿Nick sabía dónde estaba mi amiga? Intenté que Devon me soltara, pero solo conseguí que me pegara aún más a su cuerpo—. Quería dejarles claro que ya no tenía nada que temerles y que su fin estaba cerca, después… han venido las fotos. Ha sido un descuido por mi parte.

Al menos el muy hijo de puta lo reconocía, pero ¿de qué demonios estaban hablando?

Me moví una vez más, intentando que Devon me soltará, pero lo único que conseguí fue acabar con mi espalda contra la pared, su cuerpo cubriendo completamente el mío y que su mirada, que momentos antes en la cocina me calentó, ahora se había convertido en hilo puro, del que era capaz de congelar mucho más allá que los polos de la Tierra.

—Cállate y escucha —susurró a mi oído, dejándome notar la tensión que había invadido su cuerpo. Devon sabía que era lo que estaba contando su amigo, por lo que le hice caso y seguí escuchando la conversación sin sentirme culpable.

Necesitaba descubrir donde estaba mi amiga.

—Algo me dice que se nos está escapando algún dato. Si fuera a por ti, la nota no hubiera venido dirigida a mi nombre. —escuché responder al señor Evan.

—Usted tiene dinero, fama. No son personas que hagan las cosas sin meditarlas y el dinero es el mejor móvil que pueden tener para realizarlas. Consiguen las dos cosas que más quieren, pasta y silenciarme.

—Y, aun así, tú tienes ambas y también han acudido a mí, sabiendo que de esta manera podría haber llamado a la policía sin siquiera haber hablado contigo.

—¿Hay alguien que le… odie?

No, al señor Philips no lo odiaba nadie, pero si había alguien que era capaz de hacer cualquier cosa solo por tener todo aquello que se creía que merecía.

Miré de nuevo a Devon, que había bajado la cabeza. Apretaba los dientes con fuerza, provocando que los ángulos de su mandíbula se marcaran aún más. Me había soltado, por lo que había dejado caer sus brazos y sus manos ahora eran puños, que al igual que su boca, oprimía con fuerza consiguiendo que sus nudillos, de esas manos grandes que tanto me gustaban, se pusieran blancos.

En aquel momento no analicé lo que podía estar pasando por su mente, tan ocupada como estaba por conocer el paradero de mi amiga, pero cuando lo hiciera más adelante, tenía claro que me iba a arrepentir por no haberlo sostenido entre mis brazos.

—Me da igual quien narices sea —respondió Phil cada vez más alterado—. Iré a esa dirección y recuperaré a mi hija.

Escuché pasos que se acercaban a la puerta donde estábamos ocultos mientras analizaba la parte de la conversación que había escuchado cuando de repente algo me hizo clic en la cabeza.

No, no podía ser…

«¿Hay alguien que le… odie?»

Salí del hueco en el que me había mantenido Devon y cuando Phil estuvo a punto de chocar conmigo, coloqué una mano sobre su pecho, el corazón le latía a mil por hora y un nombre, solo uno, escapó de mis labios y no hizo falta nada más para que aquel hombre, que me quería como si fuera una hija más, con el que había pasado mucho más tiempo que con mis propios padres, se desmoronó frente a mis ojos.

—Harry.

A la espalda del hombre que empezaba a ser consciente de lo que estaba dando a entender, vi moverse con velocidad a Nick, al igual que lo estaba haciendo Devon, ambos aparecieron a nuestro lado y atraparon a Phil justo antes de que sus piernas dejaran de mantener su peso.

—Llevémoslo al sillón —habló Devon mientras se dirigía a su amigo.

Me había quedado bloqueada. No sabía cómo no me había dado cuenta antes de que el ex de mi amiga podía estar involucrado en todo

aquello, ni siquiera sabía si eso era posible. Devon atrapó mi mano cuando se dio cuenta de que no me movía y entrelazó sus dedos con los míos mientras ayudada a su amigo a instalar a aquel hombre en su sillón.

—¿Quién es Harry? —me interrogó Nick cuando le había servido una copa a Phil y este parecía que se relajaba un poco, solo un poco.

—El exnovio de Jessica.

Al momento su cara se transformó a un rictus mucho más serio, como si descubrir que Jess tuviera un ex fuera lo peor del mundo, aunque en este caso, Harry había sido lo peor del mundo en la vida de mi amiga.

—¿Por qué?

Aquella pregunta podía significar muchísimas cosas, desde por qué tenía un ex, hasta por qué él no lo sabía, pero su mirada me dejaba claro que era lo que quería saber. Nicholas Donovan quería saber porque yo pensaba que Harry estaba metido en aquello.

Había hecho una promesa a Jess meses atrás, cuando al fin se sinceró conmigo y me dijo todo lo que había pasado durante la relación con su ex. Le había prometido no contarle nada a su padre, pero en aquel momento, aunque supiera que la estaba traicionando, no podía ocultar lo que sabía y si decirlo la pondría a ella a salvo, esperaba que ella lo entendiera y me lo acabara perdonando, sobre todo si mis sospechas eran erróneas y aquel cabrón no tenía nada que ver en el secuestro de mi amiga, así que cuando Devon apretó mis dedos, demostrándome de nuevo que estaba a mi lado por si necesitaba de nuevo que me abrazara, empecé a contar todo lo que sabía.

Lo que no esperé en ningún momento fue la reacción de Nicholas.

31

Nick

Escuché a Meredith intentando mantenerme en silencio mientras narraba aquella historia. Me parecía de lo más inverosímil, no porque no me creyera que aquellas cosas pasaban, lo hacían mucho más de lo que deberían, pero nunca hubiera pensado que Oli…, ¡joder!

Olivia era una mujer fuerte, tenaz y valiente. Oli me había puesto los puntos sobre las íes tantas veces en las últimas semanas, que me había dejado más que claro que era una mujer poderosa, con las ideas claras, y pensar que alguien, no alguien, que su pareja la hubiera tratado de aquella manera, provocaba una ira en mi interior que me burbujeaba en los dedos.

Tenía ganas de matar a ese hijo de puta por todo lo que le había hecho, pero no, no podía estar involucrado en todo aquello. No había nada que lo uniera a aquellas personas que deberían haber sido una familia para nosotros y que, sin embargo, eran una pesadilla constante.

—Llámalo —la voz del señor Evan sonó autoritaria a mi espalda.

No podía ni imaginar lo que aquel hombre tenía que estar sufriendo. Era su hija, y Harry su maître. Oli para mí era… se había

convertido en alguien importante para mí, que mierda, estaba casi seguro de que era mucho más que eso, pero ni siquiera ante mí mismo era capaz de reconocerlo, necesitaba que ella fuera la primera en escucharlo.

Vi como poco a poco la amiga de Oli empezaba a reaccionar. Sacó el teléfono móvil del bolsillo trasero de su pantalón, deshaciéndose con una mano de las lágrimas que aun derramaba, con la otra marcó el código de desbloqueo y cuando estaba a punto de llevarse el teléfono al oído, Devon se lo arrebató de las manos, quitándome la oportunidad de hacer yo lo mismo.

Lo miré y el gesto que me dedicó, con su ceja arqueada e invitándome a que le intentara quitar yo aquel aparato, me dejó claro que no me lo iba a poner fácil, así que me quedé esperando a que alguien respondiera al otro lado de la línea. Que aquel cabrón nos dijera algo. Justo en ese momento, Owen, Luca y Patrick entraron en la habitación y me observaron, como si estuvieran esperando una reacción negativa por mi parte, cosa que ni yo mismo descartaba, para saltar sobre mi y evitar que cometiera una locura.

—No soy Meredith —dijo mi amigo cuando alguien le habló—. Necesitamos que vengas a casa del señor Evan.

Una de las cosas que más agradezco en el mundo desde que conozco a Devon, Owen, Luca y Patrick es que no necesitamos decirnos nada, sabemos lo que está pasando con tan solo mirarnos y en aquel momento, la expresión de los ojos de Devon cambió de manera radical.

No era solo que hubiera enarcado las dos cejas, o que sus ojos se hubieran abierto de manera exagerada y menos aun que el iris de sus ojos, siempre tan azul, de repente se nublaran y pasaran a un gris oscuro. No, no fue nada de aquello y a la vez fue todo el conjunto.

—¿Qué pasa?

Patrick había dado un paso más, hasta colocarse a mi lado y colocar su mano sobre mi hombro. No era un gesto casual, sabía que en el momento en el que Patrick respondiera, si su respuesta era algo que no quería oír, yo reaccionaria y él estaría ahí para frenarme.

—Ha colgado —contestó, desviando la cabeza para mirar al padre de Oli—. Mira tu teléfono.

Hice lo que me pidió, no le había prestado atención a ninguna de

las notificaciones que me habían llegado desde que había llegado, pero había una reciente, una que acababa de entrar y cuando accedí a ella se abrió una imagen que consiguió que mi mundo se tambaleara. Alguien me quito el teléfono de las manos y yo perdí la razón en menos de un segundo.

Un grito ahogado retumbó en la sala y no supe quien fue la persona que lo profirió. Podría haber sido Meredith, Philips Evans, incluso yo mismo, lo único que recuerdo fue que de repente me encontraba en el suelo, con mis amigos sobre mí, sujetando mis extremidades y moviendo los labios, pero no conseguía escuchar nada de lo que decían.

La sangre me hervía en las venas, me palpitaba en los oídos silenciando los sonidos que me rodeaban y me dejaban sin aire una vez más.

—Calma, Nick. Vamos a solucionarlo —Owen estaba sujetando una de mis manos sobre mi pecho y su cara frente a la mía—. No vamos a dejar que le pase nada a tu chica. Si ese cabrón se ha unido a ellos, solo será un daño colateral de nuestro plan inicial.

Y ahí estaban las palabras que poco a poco me fueron trayendo al mundo real. Había una solución, siempre la había habido. Llevaba muchos años planeándola. Oli volvería a estar con nosotros. Volvería a estar conmigo, porque sí, era mi chica, a la que había elegido sin siquiera ser consciente de ello.

Cuando los cuatro hombres que habían impedido que cometiera una locura se dieron cuenta de que me estaba relajando y que no saldría para cometer una estupidez, o al menos una en la que no contara con ellos, me soltaron y me dejaron incorporarme poco a poco, en ese momento fui consciente del hombre que estaba sentado en el sillón. Philips Evans se encontraba arropado por los brazos de Meredith y ambos lloraban en silencio.

Le hice un gesto a mis amigos con la cabeza, indicándoles que todo estaba bien, o al menos todo lo bien que se podía esperar en esa situación. Di un par de pasos, los necesarios hasta colocarme cerca del hombre que había contribuido en que la mujer más increíble del mundo existiera y carraspeé para llamar su atención.

—Traeré a su hija de vuelta —dije con seguridad.

—Te daré todo lo que necesites —respondió tendiéndome una

mano.

—Ya lo ha hecho, señor Evans.

Me giré y no hizo falta decirle nada a mis amigos, todos me acompañaron a la salida de aquella casa. Sabíamos donde dirigirnos, tenía claro donde se encontraba Oli, no era la misma casa donde yo me había criado, pero estaba casi seguro de que su interior no distaba mucho a las paredes que habían visto sufrir a tantos niños, así que necesitaba llegar allí lo antes posible, aunque antes teníamos una parada.

Cuando estaba a punto de montarme en el coche, una mano me agarró la muñeca.

—Te importa —No fue una pregunta, pero que lo hiciera en aquel tono, suave y delicado, me dejó claro que no estaba segura de si eso era lo que quería para su amiga.

—La traeré de vuelta.

No pude mirarla a los ojos para decirle aquello, porque aunque le hubiera dicho lo mismo que al señor Evans y supiera que iba a cumplir mi palabra, no podía enfrentarme a sus ojos sabiendo que ella sabía lo que me importaba Oli.

Me metí en el coche y hasta que no escuché cerrarse todas las puertas, no puse el motor en marcha.

—¿Hago la llamada? —Luca estaba sentado a mi lado, era el más pequeño de todos, puede que incluso el que menos sufrió en aquella casa y sin embargo, el que más ganas tenía que destruyéramos aquel pasado.

—Hazla —respondimos los cuatro a la vez.

Nuestra ultima jugada, el movimiento que dejaba a nuestra pieza delante de rey. Un jaque deseando marcar el final de una partida que llevábamos demasiados años jugando, solo esperaba que esos daños colaterales que había nombrado Owen no incluyeran a Oli, necesitaba ponerla a salvo antes de que todo estallara.

—La prensa está empezando a decir demasiadas gilipolleces. —Luca era el único que estaba conmigo en aquel momento.

—La prensa es lo que menos me importa en estos momentos —

respondí mientras tecleaba el numero de la caja fuerte de mi dormitorio.

—Déjame que discrepe. Se están preguntando donde está tu chica, ya que no la han visto, sin embargo, no sé como, tienen fotos de nosotros saliendo de su casa.

Cada vez que escuchaba a uno de mis amigo decir mi chica, un enjambre de avispas me aguijoneaba el estomago, pero en vez de sentir dolor o malestar, aquellos pinchazos me llevaban a un estado de anticipación. En aquel momento consiguieron que acelerara el proceso de meter los fajos de billetes en el interior de la bolsa de lona.

—Me la suda, que digan lo que les salga de los cojones.

—Tío, mírate —Luca me agarró la muñeca justo antes de que metiera un fajo más en la bolsa—. Nadie te va a prohibir ir a esa casa, sobre todo porque todos vamos a acompañarte, pero darle el dinero no es una opción, nunca lo ha sido.

—Lo sé, joder —me pasé las manos por el pelo una vez que me soltó la muñeca y conseguí soltar los billetes—, pero antes no estaba Oli.

Y aquel fue el momento en el que me derrumbé.

—Vamos a recuperarla.

Supe que lo haríamos, lo que no quise pararme a pensar si, cuando lo hiciera, ella querría saber algo de mí. Había acabado en aquella situación por mi culpa. Yo era el culpable de que estuviera con las personas que me hicieron la vida imposible en la infancia, yo había sido quien no había sabido cerrar las puertas al pasado, yo y mi necesidad de vengarme de ellos, lo que aun no tenía muy claro era el motivo por el que su ex estaba metido en aquello y por eso estaba esperando ansioso la respuesta de la llamada que un rato antes había realizado Luca.

—¿Sabes algo? —no hizo falta que le indicara que respuesta necesitaba.

—Harry no está en el restaurante, ni siquiera se ha presentado, por lo que tenía claro que tarde o temprano averiguaríamos que estaba metido en todo esto, pero aun no sé nada más. Serás el primero en enterarte de todo.

Seguí metiendo los billetes, ni siquiera sabía si había dos millones de libras en el interior de la bolsa cuando cerré la cremallera y la dejé

caer en la mesa antes de que nos sentáramos en el sofá esperando que Patrick nos diera luz verde para el siguiente movimiento.

—Sabes que este es el final, ¿verdad?

Luca era el más joven de todos nosotros, y aun así, siempre había sido el mas maduro de todos nosotros.

Su aspecto era típicamente italiano, con su pelo rubio oscuro y alborotado, —muchos dirían que se parecía a Daniel Sharman—, siempre ha conseguido lo que le ha dado la gana, sobre todo con esa sonrisa ladeada de el chico que toda madre querría para su hija, o hijo, porque Luca no rechazaría nunca a una persona si esta le atraía, lo que nunca nadie había visto es que su corazón siempre ha sido el que más dolor ha escondido de todos nosotros, por eso no me sorprendió que con aquella frase me dibujara esa sonrisa canalla que tantas veces le había hecho conseguir lo que quería.

—Y todos tenemos ganas de que así sea —respondí justo en el momento en el que su teléfono emitía un sonido. Nuestra señal de dar el siguiente paso.

Me enseñó la pantalla iluminada y leí el texto que aparecía en ella. Todo estaba listo. Había llegado el momento aun cuando faltaban varias horas para la acordada en la nota de rescate y estaba seguro de que no me iba a arrepentir de nada de lo que estaba a punto de pasar.

—A por ello —dije levantándome del sofá y agarrando la bolsa.

—A por ellos —respondió él, recalcando la ese y demostrándome una vez más, que él tenía tantas ganas como yo de poner punto final a esa etapa de nuestras vidas.

32

Jess

No sabía el tiempo que llevaba encerrada en aquella habitación, había perdido la noción del tiempo, al igual que la sensibilidad en las manos, que no había conseguido desatar por lo que el dolor de mantener aquella posición se estaba empezando a extender hasta mis hombros.

Me había recostado en aquel intento de cama buscando una postura que calmara las molestias que mi cuerpo estaba empezando a no soportar. Desde que aquella mujer hubiera entrado en la habitación, me hubiera hecho una foto y me hubiera arrebatado el teléfono, no habían vuelto a entrar. Ni siquiera era capaz de oír ruido fuera de aquellas paredes.

Había conseguido ponerme de pie, llegar a la puerta y mover el picaporte, esperando que se hubieran olvidado de cerrarla, pero no cedió ni nadie respondió a los golpes que le había estado dando con los pies, con el cuerpo, con lo que hizo falta para llamar la atención. Estaba completamente sola, en una habitación a oscuras, sin ventanas ni agua.

¿Se habrían olvidado de mí? No, aquello no podía ser.

Habían nombrado a Nicholas, él estaba involucrado en lo que fuera que estuviera pasando, y algo me decía que las fotos que nos habían hecho no eran más que el detonante de todo lo que estaba ocurriendo.

Me incorporé de nuevo en aquel catre cuando al fin pude oír ruido fuera de la habitación. Escuchaba a personas hablar, pero no podía distinguir las voces, así que hice un esfuerzo más, conseguí ponerme de rodillas, aunque el dolor de los hombros casi consiguió tirarme de nuevo contra la improvisada cama justo cuando una de las voces me resultó demasiado familiar.

Me acerqué como pude hasta la puerta, el sonido de aquella voz me había hecho perder fuerza y no había conseguido ponerme de pie. Necesitaba estar más cerca, pegar el oído a la madera y averiguar si aquel sonido provenía de la persona que creía, si era así, si era quien creía que era, muchas nuevas preguntas se abrían paso en mi cabeza.

—¿Cómo cojones han averiguado que yo estoy metido en esto? —hablaban bajo, pero no me fue difícil aclarar mis sospechas—. Os dije que tendríais el dinero si no descubrían que yo os había ayudado.

—Harry…

Su nombre salió como un balbuceo de mi boca. El aire me faltaba en los pulmones.

Me había costado darme cuenta de que el hombre con el que había compartido mi vida durante tres años no había hecho más que manipularme. Me había costado darme cuenta de que el maltrato en una pareja no es solo recibir golpes, acabar con un moratón que tienes que ocultar con maquillaje para que las personas que te vean lo distinguen. Hay otro tipo de maltrato, uno que no deja marcas visibles, uno que te mina por dentro, que te va destrozando poco a poco, que va consiguiendo que dejes de ser tú para intentar ser la persona que la otra parte de la pareja desea que seas.

Ese maltrato, ese en el que te pierdes y cuesta volver a encontrarte, ese que tus seres queridos intentan hacerte consciente que estas sufriendo, ese que Meredith intentaba que viera una y otra vez, era el que Harry me había hecho pasar sin ser consciente de ello, hasta que un día, un golpe de palabra no fue suficiente para él. Y ahora… ahora estaba detrás de esa puerta y era el responsable de que yo estuviera en aquella habitación.

Pero yo ya no era aquella mujer que recibía sus insultos y se los creía, ni la que recibió la primera bofetada y pensó que se la merecía. En aquel momento era la mujer que había conseguido plantarle cara, la que le dijo que la relación se había acabado y, aunque seguía teniendo miedo, ya no se quedaría callada, por eso me puse a gritar a todo pulmón.

Me daba igual perder la voz, pero si alguien podía escucharme tras las paredes, alguien más además de las personas que estaban en aquella casa conmigo, alguien que pudiera ayudarme, gritaría hasta quedarme ronca.

La puerta se abrió de repente y un imponente Harry ocupaba la totalidad del hueco, recordándome lo grande que lo veía cuando estaba a su lado, pero aquella vez solo se producía aquella sensación porque yo aun me encontraba de rodillas, frente a la puerta. No me había dado tiempo a retroceder, pero no iba a hacerlo. Podía sentir miedo, cosa que había aprendido que no era mala, no cuando la persona que te lo estaba haciendo sentir, lo que realmente era un hijo de puta cobarde que se creía poderoso, pero ya no ejercía ese poder sobre mí, o al menos esas palabras eran las que me repetía una y otra vez cada que lo tenía cerca.

—Jessica, cariño… —Su mirada se suavizo, porque él sabía como hacerlo, era un gran actor—. Déjame que te suelte las manos, veo que no te han tratado como te mereces.

Quise gritarle que no me tocara, pero no quería perder esa oportunidad de sentir que podía mover otra vez los brazos, así que aguante su tacto contra mi cuerpo. Primero puso una mano en mi mejilla, la sensación de sus dedos recorriendo mi mandíbula, deslizándose por mi garganta y después por mi brazo hasta tocarme la muñeca me resultó repulsivo.

Tomé aire con fuerza, llenando al máximo mis pulmones, de esa manera, ese olor que Harry desprendía y que antaño me recordaba al hogar, me resulto repugnante, pero seguí aguantando todo lo que me rodeaba, sobre todo cuando noté que el material que había mantenido mis manos unidas al fin dejaba de dañar mi piel. Al principio, cuando moví los dedos, los calambres que me recorrieron todas las terminaciones nerviosas de mis manos, se desplazaron por mis brazos como si alguien me estuviera clavando cristales. Apreté con fuerza los

ojos y me mordí el interior de la boca para evitar soltar un gemido de dolor. No podía demostrarle debilidad a Harry, ni a las dos personas que estaban observándonos desde la puerta.

—Trae agua —dijo Harry sin mirarlos y masajeándome las muñecas—. Mira lo que te han hecho, pero no te preocupes, cariño, pronto estaremos en casa. He venido a buscarte.

—¿A buscarme? —no era una pregunta.

—Claro, cariño. Me he enterado de lo que estos dos desalmados han intentado hacer. Tu padre se alegrará de que estés a salvo. Vamos, levántate.

Apoyé las manos en el suelo, ignorando el dolor que aun sentía al moverlas después de no sabía cuanto tiempo desde que las hubiera tenido inmovilizadas, para poder impulsarme y poner distancia entre ambos. Sabía a lo que estaba jugando Harry. Lo había hecho una y otra vez.

—No voy a ir contigo a ninguna parte —puse algo más de distancia entre ambos, mientras , él intentaba no demostrarme que no le gustaba mi respuesta, pero yo conocía como le palpitaba la barbilla cuando estaba a punto de perder los papeles.

—Cariño, no discutas conmigo. He venido a rescatarte. No ves que soy el único que se preocupa de ti —su voz escupía veneno—. Ahora me dirás que ese gilipollas con el que todo el mundo te ha visto comerte la boca como una cualquiera será quien venga a buscarte.

El muy cabrón estaba jugando conmigo a su antojo. En aquel momento sus palabras me hicieron daño, porque eran los mismos pensamientos que se me habían pasado por la mente cuando me había dado cuenta de que la mujer había nombrado a Nicholas, pero qué tenía que ver Harry con él, si ni siquiera se conocían.

—No necesito que nadie venga a rescatarme, lo haré sola.

Me levanté sacando fuerzas de donde no las tenía, pero no iba a permitir que Harry me manipulara una vez más a su antojo. Aun así, esa energía, las ganas de demostrarle que ya no era una marioneta en sus manos, no impidió que su mano me agarrara del cuello.

—Maldita necia desagradecida —empezó a decir mientras me empujaba hasta la pared y mi cuerpo golpeaba con fuerza contra esta, dejándome sin aire—. Siempre te lo he dado todo, a ti y a tu padre. He hecho todo esto por ti, por nosotros, o es que no te das cuenta.

—Suéltame, Harry —balbuceé.

—Mírate, cuando estabas conmigo no eras más que una cría que no tenía ni idea de lo que es la vida, pero claro, escribe una absurda novela porno. Podías haber tenido todo eso de mí, pero claro, la mosquita muerta no se podía conformar con un trabajador, está claro. Ella quería más y entonces aparece el millonetis, ella se abre de piernas sin pensárselo y le da todo lo que me pertenece. Todo lo que siempre ha sido mío.

Una carcajada seca escapó de su garganta a la vez que su mano apretaba más la mía, dejándome sin aire.

—Dime, qué es lo que te da él que yo no pueda darte, si es por el dinero, no habrá problemas a partir de ahora, tu padre va a pagar encantado para recuperar a su niñita y tú —me empujó de nuevo con fuerza contra la pared y el poco aire que quedaba en mis pulmones escapó dejándome vacía y con lagrimas en los ojos—, tú vas a hacer lo que yo te diga.

—Ha… rry… No… puedo… respi… rar… —Conseguí decir con el poco aire que me quedaba, esperando que, si en algún momento durante el tiempo que estuvimos juntos me había querido de verdad, se diera cuenta de que estaba cometiendo un error.

No sé si fue eso lo que hizo que me soltara, o al menos que aflojara su agarre en mi cuello, pero al menos la presión disminuyó lo suficiente como para que el aire volviera a entrar en mis pulmones.

—Mírate, suplicando. Siempre me ha gustado que lo hicieras, ¿a él también le gusta como ruegas? —Con la mano libre me limpió las lagrimas y después se secó sobre mi *hoddie*—. Vamos a hacer una cosa, cariño. Tienes que esperar un poco más, de acuerdo. Tu padre no va a llamar a la policía, no le gustan los escándalos, así que en breve tendremos el dinero y nos largaremos de aquí.

En eso momento, la mujer que me había arrebatado el móvil entró en la habitación con un vaso de agua y se quedó paralizada cuando vio a Harry sujetándome del cuello. Creía que iba a quejarse, pero no fue eso lo que ocurrió.

—Tengo métodos mejores que las manos, chico. Los niños que estuvieron con nosotros los conocieron muy bien. Nuestro Nicky era el que mejor soportaba los castigos y si ella es su chica, será tan dura como él.

Harry me soltó de repente y cuando se giró supe que estaba usando esa mirada que paralizaba a la persona que la recibía, porque a la mujer le empezó a temblar la mano con la que sujetaba el vaso y parte del agua se derramó sobre el suelo.

—Jessica es mía —rugió—, y ahora me la voy a llevar antes de que ese idiota aparezca aquí. No hace falta que vayáis al punto de encuentro, yo me encargaré de eso.

—Pero el dinero…

Harry sacó la cartera del bolsillo del pantalón de pinza que llevaba puesto y tiró varios billetes sobre el pecho prominente de la mujer. Siempre le había gustado ir elegantemente vestido, aparentar más de lo que tenía, lo que nunca había imaginado que todo aquello lo llevarían a algo así.

—Eso será suficiente —se giró de nuevo y colocó una de sus grandes manos sobre mi nuca para obligarme a salir de aquella habitación.

—Este no era el trato, ahora Nicky y los niños vendrán aquí y querrán saber donde está la niña —empezó a decir la mujer mientras Harry me desplazaba por el salón.

—Ese no es mi problema.

La mujer empezó a gritar y cuando me di cuenta, se había abalanzado contra nosotros, consiguiendo que Harry me soltara cuando se colgó a su cuello desde la espalda. Empezaron a forcejear y yo intenté evitar la refriega y dirigirme hasta la puerta. Me puse de pie y me pegué a la pared, esperando pasar desapercibida para las dos personas que se peleaban en medio del salón.

La mujer le había clavado las uñas en las mejillas a Harry. Un pequeño hilo de sangre le recorría el rostro mientras él conseguía atraparla de las manos y la arrojaba contra el suelo. Aunque la mujer era mayor, parecía que era hábil en el combate cuerpo a cuerpo, o al menos a esquivar los golpes que le llegaban y a saber darlos donde hacían daño.

Mi ex intentó darle una nueva bofetada que la desestabilizara y yo sabía que era capaz de conseguirlo si la alcanzaba, pero la vieja fue más rápida, se agachó justo a tiempo, para después propinarle una patada en sus partes nobles y conseguir que se doblara en dos, lo que hizo que ella me mirara y gritara al hombre que yo había dejado de

prestar atención.

—Agárrala y sácala de aquí. Es nuestra moneda de cambio.

Y sin darme tiempo de nuevo a reaccionar, el hombre se cernió sobre mi y me agarró del pelo, tirando con fuerza, pero aquel dolor solo duró un momento, todo lo que pasó a continuación fue tan rápido que aun sigo sin entender como ocurrió.

33

Nick

Llegamos al inicio de la calle que había visitado unas semanas antes. Owen, Devon y Patrick llevaban allí un rato. Nos reunimos con ellos en el interior del coche. Teníamos claro que todo el mundo se había dado cuenta de que no pintábamos nada allí, aunque también sabía que ninguno pensaría que fuéramos de la policía ni ninguna de esas chorradas.

—Ha llegado hace menos de cinco minutos. No hay ningún movimiento por ahora. —Patrick estaba tecleando en su teléfono mientras Owen me ponía al día de lo que habían estado haciendo.

—Kate ya ha movilizado a su equipo. —Fue la única frase que nos hizo falta para que a todos nos entrara con más facilidad el aire en los pulmones.

Kate era una mujer de armas tomar, aunque nosotros la conocimos como Troy. Era uno de los chicos que había compartido pasado con nosotros y ahora era una de las mejores agentes de policía de los Bobbies de Londres y estaba al tanto de lo que los cinco llevábamos varios años planeando y, aunque la venganza siempre había sido lo que buscábamos, no era en forma de dolor hacia las dos personas que

nos lo habían hecho pasar mal durante la infancia, queríamos que pagaran frente a la justicia y varias semanas atrás, al fin habíamos conseguido las pruebas necesarias, solo teníamos que esperar, pero lo ocurrido con Oli habían acelerado las cosas.

—Están en posición, pero nos va a dar una ventaja de cinco minutos, así que tu decides, Nick.

No tenía nada que decidir. Sabía lo que quería hacer, así que agarré la bolsa de lona. El plan iría como ellos querían, pero el final era el que nosotros llevábamos años esperando.

Me bajé del coche y mis cuatro amigos me siguieron. Ignoramos a las personas que nos miraban, a las cortinas que se desplazaban para observar a los cinco hombres que se movían sobre las aceras de las calles que les pertenecían, por lo menos hasta ese momento.

El edificio seguía mostrando la misma sensación de abandono. Con sus paredes llenas de *graffitis,* el andamio que sujetaba la estructura, que seguramente el ayuntamiento había instalado en un momento de debilidad o para callar las bocas de la sociedad que se quejaba del abandono de sus barrios. En aquel momento me importaba todo aquello una mierda, lo único que me importaba era la mujer que había dentro de él; esperaba que no hubiera sufrido.

Iba dispuesto a llamar a la puerta, soltar la bolsa en el suelo y exigir que me entregaran a Oli sin un rasguño cuando el sonido de algo rompiéndose en el interior de la vivienda llegó a mis oídos. El puño que estaba a punto de golpear la vieja puerta que me separaba de la chica que había conseguido enseñarme que había muchas maneras más de cariño se convirtió en un martillo que golpeé con fuerza, para después usar el cuerpo al completo una y otra vez hasta que el viejo material se desprendiera de las bisagras.

Frente a mi me encontré al que debía ser Harry golpeando una y otra vez con sus pies el cuerpo de una persona aovillada en el suelo. No pensé en nada, creo que él ni siquiera se había dado cuenta de que habíamos entrado en la casa. Cuando llegué a su lado lo agarré del hombro, obligándolo a girar y cuando su rostro quedó frente al mío, mi mano se convirtió en un puño que colisionó con fuerza contra su cara. Lo derribé.

Me hubiera gustado seguir golpeándolo hasta deformarle el rostro por completo, pero uno de mis amigos me atrapó de la cintura,

tirando de mí hacia atrás.

—No es Oli.

Me giré y miré al suelo. La persona que había en el suelo era la misma mujer que nos había dado un techo, pero que nos había hecho la vida imposible. Tenía el rostro amoratado y cubierto de sangre. Debería de haberme dado pena, pero no lo hizo.

—Mi Nicky, dime que has venido a ayudar a mamá.

Que se nombrara a si misma de aquella manera solo consiguió que el sabor de la bilis me llegara hasta la garganta. Nunca se había comportado como una madre, nunca lo había intentado. Ni por mi ni por ninguno de mis amigos.

Me agaché, hasta que mi rostro quedó cerca del suyo. La había visto días atrás, pero en aquel momento, donde su rostro estaba golpeado, fui consciente de lo mal que la habían maltratado los años.

—¿Dónde está? —pregunté

—Papá se la ha llevado. Nunca ha estado con una chica tan bonita, seguro que lo disfrutará.

Su respuesta solo consiguió enfurecerme aun más, pero sabía que estaba jugando conmigo. Quise escupirle a la cara, pero Luca se puso a mi lado, recordándome que no estaba solo.

—Mira, si es mi italiano bonito. Dale un beso a mamá. —le dijo a mi hermano, pero el ni siquiera se inmuto—. Papá se va a poner muy contento cuando te vea, tú fuiste su favorito. Seguro que aprendiste mucho de él.

Luca la ignoró, me ayudó a levantarme y ambos miramos a nuestro alrededor. Owen y Devon estaban atando las manos del ex de Harry a la espalda, mientras este aun estaba inconsciente y Patrick tenía el teléfono pegado al oído, por lo que estaría avisando a Kate para que no se demorara, pero yo solo buscaba a Oli, que no estaba en la sala. Hasta que me fijé en una puerta casi oculta por un mueble, una muy parecida al cuarto en el que todos nosotros habíamos pasado demasiado tiempo.

No presté atención a las voces de mis amigos, solo quería llegar hasta allí. Nunca había sido creyente, pero si rezarle a algún dios en aquel momento me hubiera servido, lo hubiera realizado con gusto, porque no quería encontrarme algo con lo que no pudiera vivir el resto de mi vida, pero para mi sorpresa fue todo lo contrario.

Cuando empujé la puerta, Oli estaba de pie en medio de la oscura habitación. Los olores que había allí dentro me hicieron recordar momentos que creía haber olvidado mucho tiempo atrás y verla a ella allí, en una situación que no quería que ocupara, me rompió un poco más por dentro.

Oli se encontraba de espaldas a mi, no sabía si me había escuchado llegar siquiera a la casa. A sus pies, el cuerpo del hombre que debería de haber sido todo un ejemplo para todos nosotros, se encontraba inconsciente en el suelo.

—Oli. —dije suavemente para no asustarla.

La tensión que parecía que había estaba atenazando su cuerpo hasta ese momento se disolvió al momento. Sus hombros se relajaron y su cabeza cayó adelante. Di los pasos necesarios hasta que su cuerpo y el mío entraron en contacto y una sensación de alivio me recorrió el mío al completo al sentir que ella estaba a salvo, solo esperaba que lo estuviera de verdad, tanto por dentro como por fuera.

—Harry ha intentado… —empozó a toser.

—Shh, tranquila. Ya ha pasado todo.

Se giró y antes de ser consciente de lo que estaba pasando, sus brazos rodearon mi cuerpo, su rostro buscó el hueco de mi cuello y la sensación de que ella me necesitara para calmar sus nervios fue tan placentera que la envolví en los míos y me dejé llevar.

—Creía que no vendrías a buscarme —dijo entre sollozos con la voz ronca.

—Cómo no podía hacerlo, Oli… —Le di un beso en la cabeza, mientras deslizaba las manos por su espalda—. No sé que es lo que me has hecho, pero no quiero que dejes de hacerlo, ¿de acuerdo?

Una tos a mi espalda me hizo darme cuenta de que no estábamos solos. En aquella ocasión era Owen quien nos observaba y me alegró darme cuenta de que aun podía dibujar una sonrisa en su rostro. Eso me dejaba claro que habíamos conseguido nuestro objetivo.

—Kate está aquí. —Le hice un gesto de asentimiento con la cabeza —. ¿Está…?

—No lo sé. ¿Oli? —pregunté a la mujer que cada segundo que pasaba intentaba pegarse más a mí.

—Entramos en la habitación —tomó aire para poder seguir hablando— y empezó a decir cosas sin sentido y poco antes de que

entraras se ha desplomado.

Owen llegó hasta él y le buscó el pulso en el cuello.

—Tiene pulso, pero muy débil. Llévate a tu chica de aquí. Kate y su equipo están fuera y hay una ambulancia. Os están esperando.

Acepté y sin separarme de ella la ayudé a salir de aquella habitación que era prácticamente igual que la que usaban cuando nosotros éramos unos críos a los que maltrataron. En aquel momento quería hacerle mil y una pregunta a Oli. Necesitaba saber si le habían hecho algo, si su ex había intentado hacerlo, pero lo que más me importaba era sacarla de aquella vivienda, que aunque no fuera la misma en la que yo había pasado mi infancia, era demasiado similar.

Una vez que salimos de su interior, los sanitarios me la arrebataron de los brazos y justo en ese momento fui consciente de las marcas que tenía en el cuello. Miré a todos lados buscándolo, pero estaban metiendo a su ex en el interior del coche de policía que ahora estaba aparcado frente al edificio.

No supe en que momento se había hecho aquel despliegue, pero la calle al completo se había quedado completamente vacía. Los coches de policía que ocupaban la carretera se mantenían en silencio, al igual que la ambulancia. Las luces estaban apagadas.

—Me he encargado de que todo esto se lleve con la máxima discreción posible. —Kate se había colocado a mi lado—. Van a llevarla al hospital, ya sabes que es el protocolo. Ahora, si no quieres que esto te salpique, largaros los cinco de aquí.

Como si mis amigos hubieran estado esperando a que nuestra compañera de la infancia se separara de mí, me llevaron en silencio al coche. Esa vez no ocupé el lado del copiloto. Patrick volvía a estar tras el volante y Devon ocupaba el sitio a su lado, lo que me dejó a mi en medio de Owen y Luca. Todos permanecimos en silencio mientras salíamos de aquel barrio. Uno que nos recordaba demasiado a nuestro pasado y que al parecer, por fin podíamos dejar atrás. Luca fue el primero en hablar.

—Ella estará bien, ahora iremos al hospital.

¿Quería ir al hospital? Lo necesitaba, estaba deseando estar a su lado y más después de cómo se había ella agarrado a mi cuando me sintió en aquella habitación, pero después de haber visto sus marcas, de saber que había estado en un sitio que yo había odiado hasta

llevarme hacia donde lo había hecho y arrastrarla conmigo, sabía que aquello no era lo que tenía que hacer.

—Llévame a mi casa, tengo que largarme de aquí.

Ninguno de ellos dijo nada después de que aquellas palabras salieran de mi boca, creo que todos fueron conscientes de la tormenta que se estaba desatando en mi interior. Todos teníamos las nuestras propias y las luchábamos como podíamos.

Patrick condujo por las calles hasta que llegó a mi edificio. Ninguno se movió hasta que volvía hablar.

—Sabéis que no haría esto si no fuera lo correcto. Voy a volver, tranquilos, no os desharéis de mí, solo sé que debo salir de aquí durante un tiempo y mi empresa no se va a ir a la mierda.

Luca fue el único que se movió, saliendo del coche y dejándome salir. Cuando creí que volvería a entrar, cerró la puerta y Patrick se fue de allí, dejándonos a los dos frente al edificio donde había creado un imperio de la nada y que me había ayudado a pagar muchas cosas que me habían llevado hasta aquel viejo edificio de uno de los peores barrios de la ciudad.

Sabía que si le decía a mi amigo que se largara no serviría de nada, así que dejé que me acompañara al interior y que subiera conmigo en el ascensor hasta llegar a mi apartamento.

Todo aquello era como la repetición de pocas horas antes, pero esa vez estaba llevando una maleta con ropa, en vez de una bolsa de billetes.

—Kate va a donarlo a un centro de menores —dijo Luca como si hubiera adivinado mis pensamientos—. Un donante anónimo.

—Me parece bien, espero que vosotros hayáis contribuido con una parte también —respondí mientras revisaba la ropa que había metido en la maleta.

—Digamos que esos chicos van a conseguir todo lo que nosotros no pudimos tener.

No tenía ni idea a donde me largaría, la idea era llegar al aeropuerto y pedir el billete del primer avión que saliera. Me daba igual si este se dirigía a Canadá o a Australia. Solo necesitaba salir de allí durante el tiempo necesario para que Oli se olvidara de mí, aunque yo sabía que era imposible que yo lo hiciera de ella.

—Sabes que no tienes que hacer esto —Luca se dejó caer en mi

cama, con las manos bajo la cabeza y las piernas cruzadas a la altura del tobillo.

—No estoy haciendo nada de lo que vaya a arrepentirme.

—Claro que no, el frio y calculador Nicholas Donovan nunca se arrepiente de nada, ¿verdad? —seguía mirando al techo, como si no acabara de desafiarme—. Mírate, hermano. Crees que no me doy cuenta de lo que está pasando por tu cabeza. Te crees que no eres digno de ella. Valiente gilipollas.

Y tenía toda la razón. ¿Qué podía darle yo a una mujer como Oli? No sabía mucho de la relación que había tenido con su ex más allá de lo que Meredith nos había contado, pero si lo suficiente para saber que lo que había vivido con él no debía de sufrirlo ninguna mujer.

Su ex, que le había prometido amor, que le había dicho que la quería, se había aprovechado de la maravillosa mujer que se había ocultado del mundo. Yo no podía darle nada bueno, sobre todo porque no sabía amar. Nadie me había enseñado a hacerlo hasta que ella había llegado a mi vida.

No sabía si era amor siquiera lo que sentía por ella y si era un amor bueno. Yo no sabía como tratarla. Mis relaciones hasta ese momento solo habían sido basadas en el sexo. No digo que no repitiera con ellas, si lo hacía cuando la química funcionaba, pero cada vez que una de mis parejas quería ir un paso más allá de lo que teníamos, les recordaba que eso no era algo que pudieran conseguir de mí y rompía la relación, sin embargo, con Oli no quería que llegara aquel momento.

—No te tenía por un cobarde.

Había dejado la maleta a medio hacer y estaba saliendo de la habitación cuando Luca soltó aquellas seis palabras. Me di la vuelta para encararme con él, que seguía en la misma posición en la cama.

—No tienes ni idea.

—Claro, eso lo dices porque no has tenido que lidiar con mi mierda de vida. —Supe que había metido la pata justo en el momento en el que terminé de decir la ultima palabra—. Tú siempre has tenido todo muy claro, yo aun sigo luchando con mi mierda de vida, Nick, Sigo sin saber que narices soy, que mierda quiero y tú, que al fin lo has encontrado, le das la espalda.

Mi amigo se había levantado de la cama y su mirada se había ido

enturbiado con cada palabra que salía de su boca y justo cuando llegó a mi altura y creía que me iba a decir algo más continuó andando hasta el exterior.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer, según tú?

Luca se iba de mi apartamento y supe que lo hacía cabreado de verdad, pero no conmigo, si no con los pensamientos que lo llevaban tanto tiempo atormentando y que yo le había obligado a revivir aquella tarde.

—Vivir, joder. Solo vivir y sentir.

Y cerró con fuerza la puerta a su espalda cuando salió.

34

Jess

Estaba aturdida. A mi alrededor dentro de la ambulancia había un hombre y una mujer con uniformes azules que no dejaban de preguntarme como me encontraba, examinando las marcas de mi cuello, ocultándome el pecho, pero yo no quería a ninguna de esas dos personas junto a mi.

—¿Dónde está? —pregunté con un hilo de voz. Después de que Harry me hubiera apretado con todas sus ganas, había perdido parte de la voz.

En aquel momento entendí esas películas en las que alguien que se está ahogando consigue salvarse, pero nota como puñales en su garganta y les cuesta llevar el aire en bocanadas grande a sus pulmones.

—Ya no le va a hacer daño, señorita. —La mujer tomó una de mi manos entre las suyas y la apretó, intentando infundirme fuerza—. Ya está a salvo.

No era por Harry por quien había preguntado, a quien necesitaba a mi lado en aquel momento era al hombre que me había encontrado en aquella habitación. Al hombre que creía que no iría a buscarme y

que sin embargo se había convertido en mi puerto seguro cuando me sentí a la deriva. El que me refugió entre sus brazos y no me preguntó como me encontraba, solo me dejó descansar sobre su pecho.

Cuando me di cuenta después de varias preguntas no respondidas, que era absurdo seguir haciéndolas, dejé que mi cuerpo se relajara, cosa que no había conseguido hacer y en algún momento en el trayecto hasta el hospital la inconsciencia me atrapó, sumiéndome en un estado de tranquilidad y paz que necesitaba tanto como el aire que aun no encontraba su espacio dentro de mis pulmones.

—No se preocupe, señor Evans. Su hija está bien, solo es el estrés de lo que ha pasado… —Las voces me llegaban a retazos. Quería abrir los ojos pero no conseguía hacerlo.

—¿Cuándo se despertara? —preguntó una voz femenina.

—Esa pregunta no se la puedo responder con seguridad, pero si que lo hará cuando su cuerpo esté preparado.

Estaba despierta, quería gritárselo. A mi padre, a mi amiga, que sabía que era la que había realizado la pregunta y al medico que estaba dándole el parte medico a las personas que me rodeaban.

Alguien me apretaba la mano y esperaba que fuera Nick. Aunque no pudiera abrir los ojos, aunque mi cuerpo no estuviera aun de acuerdo con mi cabeza de volver de ese estado de letargo en el que me encontraba, necesitaba saber que él estaba a mi lado, pero algo en mi interior me decía que no era así, que en aquella sala solo estaban mi padre y mi amiga, además del cuerpo medico que entraban y salían para comprobar mi estado.

No es que ellos no fueran suficientes como para traerme de nuevo a la realidad, era solo que necesitaba más. Lo necesitaba a él.

No podía negarme que, desde el primer momento en el que lo vi en aquella piscina, y mis amigas me lanzaron el reto, había algo que lo hacía diferente.

No solo había sido el sexo que compartimos, la química que había surgido era innegable. Era todo lo que compartimos durante aquella tarde.

Las manos que no dejaban de buscar el contacto del otro cuerpo,

las sonrisas que se escondían en cada beso mientras se perdía en mi interior y yo gritaba que aquello no se acabara nunca. La manera en la que decía mi nombre con cada embestida, cuando se dejó ir. Cuando el orgasmo nos atrapó a la vez, sin avisar y con el corazón palpitante.

No, puedo asegurar que no fue amor a primera vista, pero fue algo. Como ese chispazo que prende la mecha, que va calentándolo todo a tu alrededor y te va mostrando un camino iluminado hasta ese final que no has buscado, pero que has acabado encontrando.

El siguiente encuentro en su casa fue un, me pica, me rasco, o al menos eso es lo que parecía que ambos buscábamos cuando llamé a la puerta de su casa, aunque al menos por mi parte, encontré mucho más que aquello. ¿Había sentido él lo mismo que yo? Quería creer que sí, porque aquel juego de manos que tuvimos en el estudio de fotografías de Greendwood, las miradas compartidas, me dijo que, aunque el no estuviera sintiendo lo mismo que yo, estaba segura de que había sentido algo, aunque fuera mínimo. Porque la tarde que pasamos juntos después, no podía haber sido fingida.

En ese momento me di cuenta de que no habían pasado más de un par de días de aquello y sin embargo me había parecido tanto tiempo que el cansancio volvió a sumirme en un sueño placentero sueño. Me dejé ir, escuchando el murmullo de las voces de mi padre y Meredith. Sí, puede que el medico tuviera razón y aún no estuviera preparada para volver al mundo real. Allí podía pensar, darme cuenta de todo lo que había pasado desde hacia algo más de un mes.

—¿Qué haces aquí? —escuché la voz lejana de mi padre.

Había estado entrando en ese duerme vela, en un limbo entre la realidad y el sueño durante un tiempo indeterminado donde no sabía en que punto había dejado de ser consciente de que era real y que no. Al menos hasta ese momento en el que el tono de la voz de mi padre había cambiado.

Ya no era el tono sereno que usaba conmigo cuando intentaba que yo abriera los ojos, ni el desesperado cuando lo escuchaba hablar con mi amiga, que tampoco se había separado en ningún momento de mi lado, o el que usaba con el médico o los enfermeros que me atendían.

Era un tono seco, como si de verdad no quisiera que la persona que había entrado en la habitación fuera bienvenida.

No me hizo falta escucharle hablar, algo dentro de mí, esa parte que estaba esperando a sentirse completa, la que me había mantenido en ese estado del que no quería salir aún, se despertó. No puedo decir si fue el olor que desprendía, si las vibraciones que mi cuerpo había empezado a reconocer cuando lo tenía cerca o, tal vez que había llegado el momento de que abriera los ojos y enfrentarme a la realidad de lo que me había pasado.

Lo primero que distinguí, después de parpadear un millón de veces hasta conseguir enfocar parte de la habitación, fue la silueta de mi padre obstaculizando la puerta de la habitación. Intenté incorporarme en la cama, pero justo en el momento en el que flexionaba las piernas para deslizarme hacia arriba, mi mejor amiga se colocó frente a mi. Su rostro evitó que pudiera ver a la persona que sabía que estaba frente a mi padre.

—Colega, ya era hora —dijo con su voz cariñosa, aunque hubiera dicho el adjetivo que le gustaba usar cuando algo la sacaba de quicio —. Me estaba empezando a preocupar.

—Oli…

Y su voz llego hasta mí, consiguiendo que una estúpida sonrisa se dibujara en mi rostro. Estaba allí, había venido, al igual que había ido a rescatarme de Harry y aquellas personas. Eso tenía que significar algo, ¿verdad?

—Nick… —nada más decir su nombre empecé a toser, aun sentía cristales en la garganta.

Meredith se acercó de nuevo a mi, esta vez con un vaso de agua y una pajita de papel en su interior, que me acercó a la boca. Sabía que el agua me sentaría bien, pero necesitaba a Nick más cerca, necesitaba verlo, pero no se había acercado a la cama.

—Vamos, Jess. Bebe un poco de agua, por favor —insistió mi amiga acercándome de nuevo la pajita a la boca.

Supe que si no le hacía caso, no dejaría de insistir y eso provocaría que se retrasaría más el tiempo que faltaba para poder ver el rostro de la persona que necesitaba urgentemente. No es que no quisiera ver a mi amiga, ni sentirme arropada entre los brazos de mi padre. Era un sentimiento nuevo, una necesidad que se había creado

en mi interior.

—Déjeme acercarme —escuché que protestaba Nicholas.

—Has tenido mucho tiempo para venir a verla, no sé porque ahora debería ser yo quien te deje hacerlo cuando tu no has dado señales de querer hacerlo antes.

La respuesta de mi padre fue tan tajante y las palabras que había usado tan duras que un escalofrío me recorrió el cuerpo entero.

Miré a mi amiga, en sus ojos pude distinguir el sentimiento de pena por lo que yo estaba empezando a descubrir. Había muchas preguntas, pero en aquel momento solo necesitaba la respuesta a una de ellas.

—¿Cuánto? —volví a beber un poco de agua, ya que mi amiga seguía con él en las manos— ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Supe que la respuesta que me iba a dar no me gustaría, por eso mi padre había adoptado aquella postura. Por eso mi amiga no se movía de delante de mi campo de visión y yo, que era la única que era capaz de cambiar aquella situación, sobre todo porque escuché otra vez la voz susurrada de Nick diciendo mi nombre, lo ignoré dejándome caer en la cama. Esperando.

—Cinco días.

Y el mundo volvió a desmoronarse a mi alrededor. Habían pasado cinco días desde que acabara encerrada en aquella casa. Cinco días desde que Harry… Me llevé las manos al cuello en un acto reflejo, esperando notar aun sus dedos aprisionando, dejándome sin aire. Cinco días desde que Nicholas hubiera venido a buscarme pero, ¿lo había hecho realmente por mí? Si hubiera sido así, tendría que haber ido antes a verme.

No, yo no le importaba como él me importaba a mí. Solo lo había hecho porque, de alguna manera que aun no conocía, el se había visto involucrado en todo aquello. En otra circunstancia, si su actitud hubiera sido otra, tal vez me interesaría saber por qué, pero ya había sufrido bastante. La vida ya me había hecho demasiado daño en los últimos años como para echarle más leña y prenderme yo sola, así que dije las únicas palabras que creí correcta en aquellos momentos.

—Haz que se vaya, por favor.

Dijo una vez más mi nombre, me giré, dándole la espalda a la puerta de la habitación. Haciendo caso omiso a la persona que me

había hecho creer que tal vez no era malo volver a confiar en el amor pero, qué equivocada había estado.

El silencio se cernió en la habitación. Fui consciente de los pasos que la abandonaron. De como esa sensación que me había hecho saber que Nick estaba allí, se iba con él. Pero no fue el silencio lo que me dolió, ni ver a mi padre con los ojos llenos de tristezas y nuevas arrugas pintándole los ojos. Lo que me punzó en el pecho fue darme cuenta de que el corazón se me resquebrajaba en diminutos pedazos.

—Preciosa… —La voz de mi padre se rompió cuando me miró a los ojos y vio que estaban anegados en lagrimas.

Dejé que me atrapara entre sus brazos porque aquel abrazo, ese amor en el que me envolvió era el único que me quedaba. El único que de verdad siempre había estado allí.

Cuando me soltó, sus ojos se encontraban igual a los míos. Fui consciente de que durante aquel tiempo en el que mi padre me había estado susurrando palabras bonitas con las que intentaba tranquilizarme, Meredith se había quedado apartada, algo que no era común en ella, por eso cuando giré la cara buscándola, me sorprendió que agachara la mirada y el rubor tiñera sus mejillas.

—Meredith, ¿qué pasa? —Mi padre fue el primero en preguntar.

—No es la primera vez que viene —dijo en un susurro.

—¿Qué has dicho? —pregunté sorprendida por su confesión.

—Ha venido todos los días, pero no he dejado entrar en el hospital a ninguno de ellos —respondió con un tono de culpabilidad en la voz —. Devon me avisaba cada vez que venía, pero él… Él es el culpable de que estés aquí, si no fuera por las fotos.

Se le rompió la voz mientras confesaba lo que había pasado durante aquellos cinco días y a mi se me rompió un poco más el corazón, si es que eso era posible. Sé que lo que había hecho mi amiga lo había realizado pensando en mí. Después de todo lo que había pasado con Harry se había encargado de ser mi protectora oficial, pero aquello era pasarse de la raya. Y yo le había pedido que se fuera.

Intenté levantarme de la cama, pero mi padre, que aun estaba a mi lado, me puso una mano en el hombro impidiendo que me moviera, aunque tampoco podría haber ido muy lejos, después de cinco días en esa cama, mis músculos parecían haberse tomado un descanso.

—Déjame que lo solucione. —Noté como eliminaba una lagrima de su mejilla. Hacía mucho tiempo que no veía a Meredith llorar, por lo que tenía claro de que se arrepentía de lo que había hecho, pero eso no iba a calmar los nervios que de nuevo se habían instalado en la boca de mi estomago.

Entonces, ¿Nick si se preocupaba por mí? ¿Qué significaba todo aquello?

Quería que volviera a entra en la habitación, que me dijera si todo lo que yo había intuido era igual de real para él como para mí.

Observé que Meredith salía con rapidez de la habitación y, segundos después, la puerta se abrió de nuevo. Mi corazón se saltó un latido esperando ver a Nicholas cruzar la puerta, pero fue el medico quien entró en la habitación, dejándome sumida de nuevo en la tristeza.

—Hola, Jessica. Me alegro mucho que estés de nuevo con nosotros —se acercó a la cama y se descolgó el estetoscopio del cuello mientras yo seguía con la mirada perdida en la puerta de la habitación.

Fui incapaz de responder a ninguna de las preguntas que me hizo, mas que nada porque no escuché ninguna de ellas.

35

Nick

Saber que uno de mis mejores amigos me había hecho darme cuenta de que era un cobarde no era lo que más ilusión me hacía, pero sabía reconocer cuando yo no tenía razón y el sonido de la puerta al cerrarse me dijo que a veces hay que saber mirar mucho más allá de lo que tenemos delante. Que no solo eso es lo que marca el camino y, que de vez en cuando, hay que prestar atención a las señales que te muestran las personas que te acompañan en él.

Me dirigí al cuarto donde antes había estado llenando una maleta para irme de allí, para escapar de ese sentimiento nuevo que no era otra cosa que reconocer que no es malo compartir lo que sientes por alguien más, sino todo lo contrario.

Volví a colocar todas las cosas en su sitio hasta que la maleta volvió a estar vacía y ocupaba de nuevo su lugar en lo alto del armario de mi dormitorio.

Sabía que debía de ir al hospital y ya no solo porque tenía que preocuparme por la salud de Oli, sino porque necesitaba saber que ella se encontraba bien. Había visto las marcas en el cuello justo cuando los sanitarios se la llevaban a la ambulancia y sabía que ni Sue ni

Paul, la pareja que tendrían que haber cuidado de todos nosotros, eran los culpables. Ellos dejaban marcas, pero nunca eran visibles. Había sido Harry quien le había infringido aquel dolor y esa era una de las cosas que mas me dolían. Que ella hubiera sufrido por mi culpa.

Me dejé caer en la cama, en la misma posición que momentos antes había ocupado Luca, pero estaba seguro de que mi posición no era tan relajada como la de él. Pensé en todas y cada una de las palabras que me había dicho. Sabía que también le había hecho daño a él. Su infancia fue igual de dura que la nuestra, aunque no hubiera estado tanto tiempo en esa casa como el que yo pasé, pero nosotros salimos y, aunque el dolor y el sufrimiento que vivimos allí nos acompañaría una y otra vez a lo largo de nuestra vida, a Luca había algo que siempre le haría recordar a Paul más que a ninguno de nosotros.

Llené mis pulmones de todo el aire que me fue posible y cogí el teléfono que había dejado en la mesita de noche mientras había estado haciendo la maleta. Tenía que hacer un par de llamadas y mandar un mensaje. Eso sería lo primero que haría. Debía de pedirle disculpas a mi hermano, al mas pequeño de todos nosotros, el que en realidad nos había enseñado que la madurez no la marcaba la edad de nuestro documento de identidad, sino los palos que te da la vida. Esos golpes que nos habían endurecido, dejando marcas, la mayoría invisibles, pero con los que tendríamos que vivir cada minuto de nuestra vida y de los que seguíamos aprendiendo cada vez que se abrían de nuevo y volvían a sangran, aunque fuera solo una gota la que nos recordara que seguían ahí.

Yo: «Lo siento mucho, hermano. Gracias por
recordarme que no estoy solo y que, las verdades,
aunque a veces duelan, son necesarias».

Vi como al momento se marcaban los dos tic en la aplicación de mensajería instantánea y supe que él, siendo el mas pequeño, era el que mejor me conocía de mis cuatro amigos, por eso realicé la distancia que había de mi dormitorio a la puerta de salida de mi apartamento en tiempo récord y, al abrir la puerta, me lo encontré allí, con el teléfono en la mano y una sonrisa en la cara.

—Eres un gilipollas —dijo cuando tiré de él y lo envolví en mis

brazos.

—Me lo merezco, pero que no se te suba a la cabeza.

—Y ahora, ¿cuál es el plan?

Dibujé una enorme sonrisa en la cara y, como aun tenía el teléfono en la mano, lo desbloqueé y le enseñé el nombre de la persona a la que iba a llamar para empezar a arreglar las cosas. Solo esperaba que ese miedo que sentía dentro no me metiera de nuevo en un agujero. Aunque teniendo a los amigos que tenía a mi lado, sabía que ellos siempre me darían la mano para volver a la superficie.

—¿Esto es lo que quieres? —me preguntó Devon al otro lado de la línea. Tenía puesto el altavoz para que Luca pudiera escuchar la conversación.

—Tendrías que verla la cara de gilipollas que tiene ahora mismo —respondió mi amigo—. Creo que no lo ha tenido más claro en la vida.

Y tenía razón. Ni cuando había planeado todo aquel plan para vengarme de la familia de acogida que nos había jodido la infancia había tenido las cosas tan claras.

—No vas a tenerlo fácil. Dith no está dispuesta a dejarte llegar a su amiga así como así. —Sabía que tenía razón. Sus razones para impedírmelo eran las mismas que yo había usado un rato antes para irme de allí—. Tienes que dejar que hable con ella.

No sabía lo que mi amigo se traía con ella, pero si había visto la luz que le iluminaba los ojos cada vez que la nombraba, aun así, sabía que aquello no era lo que él quería. Solo lo que necesitaba en aquellos momentos, por eso dije la siguiente frase, esta vez cogiendo el teléfono y desactivando el manos libres.

—Me parece bien. Ya sabes que yo también estaré ahí si me necesitas en algún momento.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea y no porque me hubiera colgado la llamada. Simplemente era uno de esos silencios que se necesitaban. Esas palabras no dichas que tenían mucho más significado que las que a veces gritábamos hasta quedarnos sin voz.

Owen, Patrick, Devon, Luca.

Todos y cada uno de ellos tenían su propio pasado y habían llegado a ser las personas que eran por la misma razón que yo lo había conseguido. Habían luchado por no dejarse arrastrar por su pasado,

pero eso no significaba que no fuera una bola de hierro, que seguía atada a nuestros tobillos y con las que nos costaba avanzar un poco más de lo normal cada día.

—Lo sé, hermano. Tú siempre has estado ahí para nosotros, ahora te toca a ti tenernos a tu lado.

Nos despedimos, él deseándome lo mejor y yo agradeciéndole que no me lo fuera a poner fácil, pero entendía su postura y me alegraba que fuera leal a la persona con la que en aquel momento compartía su vida. Porque Devon podía parecer el más canalla de todos nosotros, con su cara de sinvergüenza, sus *piercings* y sus tatuajes, pero era el que tenía el corazón más grande y, puede que por eso, el que más cicatrices escondía en él.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Luca, recordándome que aun seguía en mi apartamento.

—Pedirte que te largues —le guiñé un ojo—. Tengo que ir a ver como está mi chica.

Y que bien sentaba decirlo en voz alta y ser consciente de que esas siete letras abarcaban todo lo que sentía por ella. Porque sí, era mi chica, pero eso no la hacía de mi propiedad, si no todo lo contrario.

Mi amigo no tardó en largarse de allí, no sin antes burlarse un poco de mí y dejándome devolvérsela, porque estaba deseando que ellos descubrieran este sentimiento, que se vieran atrapados en él. Yo aun no tenía ni idea de cual sería el resultado final, pero sí tenía claro que iba a luchar por que fuera el que quería.

Volví a entrar en mi habitación, esta vez para darme una ducha y eliminar los restos de desesperación que aún impregnaban mi cuerpo. No tardé ni cinco minutos, me daba igual que mi pelo siguiera húmedo, incluso que la ropa que había elegido fuera la más informal que había dentro de mi armario, lo único que quería era llegar al hospital, preguntar por la habitación de Oli y poder verla, saber que estaba bien.

Había sabido cual era el hospital al que la habían llegado gracias a Kate, que le había dado la información a Patrick mientras este hablaba con ella una vez que la policía había llegado a la casa y se llevaban a Harry al coche de policía, junto a una Sue que no había dejado de decir que ella era la víctima en todo aquello.

Dejé aparcado el coche en la zona habilitada. Como era de

esperar, Philips Evans había hecho que llevaran a su hija al Hospital Cromwell, una de las mejores clínicas privadas de todo el Reino Unido, por lo que, una vez que llegué a recepción, aunque las enfermeras que estaban allí demostraron que me habían reconocido, se mantuvieron firmes cuando les solicité información para poder visitar a Oli.

Me la negaron en rotundo y, aunque me entraron ganas de golpear con fuerza el mostrador y exigir una respuesta, entendí que aquel era su trabajo y, después de lo que había pasado Oli, toda protección seria bienvenida, por lo que solo podía hacer una cosa más.

Había memorizado el numero de Meredith en mi teléfono, por lo que tecleé un mensaje, esperando que me respondiera con rapidez. Sabía que mi amigo le había informado de que yo iba a aparecer allí.

Yo: «Estoy abajo. Necesito saber como se encuentra Oli».

Esperé un minuto. Otro más y cuando vi que pasaban cinco sabiendo que ella había leído mi mensaje y que no había respondido, decidí enviarle uno nuevo.

Yo: «Sé que no soy tu persona favorita en estos momentos. Créeme, tampoco soy la mía, pero necesito saber como está».

Meredith: «Está. Es todo lo que voy a decirte».

Me quedé en la sala de espera de la planta baja esperando una nueva respuesta que nunca llegó. Tampoco salieron por aquella puerta ni su amiga ni su padre.

Compartí un par de mensajes con Devon y al menos, gracias a él supe que la información que había dado Meredith era cierta, pero necesitaba ver a Oli. Necesitaba cerciorarme por mí mismo de que ella se encontraba bien, y quería que ella fuera la que decidiera si me quería allí o no.

Volví al día siguiente, y al otro. Y un cuarto más, todos con la misma respuesta por parte de las administrativas que estaban en la recepción como por Meredith, y en todos aquellos días me quedé allí

esperando, por si cambiaba de opinión y decidía que dejarme acceder a su habitación era una buena opción.

El quinto día llegué con las ideas más claras, por eso de que no hay quinto malo y no iba a dejar que nadie me separara de mi objetivo. Tenía que ver con mis propios ojos que Oli estaba bien.

Había movido un par de hilos y esa vez ni siquiera tuve que acercarme al mostrador. Nada mas cruzar las puertas de acceso al hospital me lo encontré esperándome en uno de los laterales que daban acceso a la zona donde se encontraban las habitaciones. Las administrativas se quedaron mirándome y les guiñé un ojo en respuesta cuando las dejé atrás y atravesé las puertas que me habían separado de mi destino durante los cuatro días anteriores.

Estaba seguro que, aunque mi amigo me hubiera ayudado a entrar, las administrativas estaban descolgando el teléfono para avisar a las personas que acompañaban a Oli en la habitación. Supe que no me había equivocado, porque cuando estaba cerca de la habitación que me había indicado mi amigo, el padre de Oli estaba allí, esperándome con cara de pocos amigos.

—No te quiero aquí —dijo cuando me planté frente a él.

—¿Y ella? —respondí intentando ver el interior de la habitación.

Había dejado la puerta entornada a su espalda. Lo máximo que pude distinguir fueron sus piernas cubiertas.

Philip Evans me miraba esperando que yo diera un paso atrás. Que me fuera de allí sin tener que darme una respuesta, pero algo a su espalda me llamó la atención y di un paso hacia delante, ignorando su silenciosa advertencia.

No era un hombre pequeño, al igual que yo y tenía claro que un cara a cara ambos sufriríamos heridas, pero no estaba dispuesto a ello y menos aun en un hospital y con su hija a escasos metros, por eso, cuando puso una mano en mi pecho, paré en seco.

—¿Qué haces aquí? —me volvió a interrogar.

Escuché sonidos de sabanas y no hizo falta verle la cara para saber que ella había abierto los ojos. Gracias al medico que me había ayudado a llegar hasta allí, había descubierto que Olivia llevaba inconsciente desde que se montara en la ambulancia y, al parecer, aquel momento había sido el que había elegido para abrir los ojos.

Escuché como su amiga le hablaba en un susurro, tal vez para que

yo no pudiera escucharla.

—Oli… —elevé la voz, pero su padre presionó su mano contra mi pecho, obligándome a dar un paso atrás.

Esa nueva distancia no impidió que escuchara como ella pronunciaba mi nombre y menos aún la tos que le sobrevino después. Miré a su padre a los ojos, intentando recibir una respuesta que no llegaría. Su actitud desafiante me lo dejaba claro. Ese hombre no sabía que yo había estado una y otra vez allí desde que había dejado a su hija en manos de los sanitarios una vez que la saqué de la casa. Aun así, entendía su actitud, ella se había visto en esa situación por mi culpa, pero quería tener la oportunidad de saber que opinaba ella. Si me pedía que me fuera, lo haría.

—Déjeme acercarme —intenté una vez más.

—Has tenido mucho tiempo para venir a verla, no sé porque ahora debería ser yo quien te deje hacerlo cuando tu no has dado señales de querer hacerlo antes.

La respuesta de su padre fue tan tajante y las palabras que había usado tan duras que un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Ese hombre no me quería allí. Pero cuando escuché la siguiente pregunta de Oli, con una voz muy áspera, y la consiguiente respuesta de su amiga, supe que no tenía nada que hacer.

—Cinco días.

—Haz que se vaya, por favor.

Seis palabras y yo había dejado de sentirme de pie ante la puerta de su habitación. Desapareció la fuerza con la que me había levantado esa mañana, esperando que aquel movimiento, el ultimo que me quedaba por dar, me permitiera verla, hablar con ella. Explicarle todo lo que había pasado. Disculparme por haberla metido en toda mi mierda. Pero ella quería que me fuera y, aquella vez no era una huida. Salir de aquel hospital después de que ella me pidiera que me fuera no me convertía en un cobarde. Solo estaba haciendo lo que ella quería.

Dije una vez más su nombre y supe que era una despedida. Lo sentí en como se me desgarraba la garganta cuando la ultima vocal se deslizo por mi lengua.

Agaché la cabeza, no me atreví a mirar a los ojos al padre de la chica que me había enamorado. Ya no podía guardarme más esos nuevos sentimientos, había dicho que ella sería la primera en

conocerlos, lo íbamos a hacer los dos a la vez, pero al parecer, eso no iba a ocurrir nunca.

36

Nick

Un pie detrás de otro. Caminar sin rumbo era algo que había aprendido hacía mucho tiempo y, al parecer, algo con lo que tenía que seguir lidiando un poco más, aunque en aquella ocasión algo me decía que lo que me apretaba, lo que me dejaba sin aire, no era algo de lo que quisiera olvidarme.

No había recorrido ni medio pasillo cuando escuché cerrarse la puerta de la habitación a mi espalda. Aquel sonido era como el que oyes al cerrar las paginas de un libro al llegar a la ultima, donde se te ha quedado el corazón ensangrentado, aunque hayas disfrutado y la historia tuviera un final feliz, pero en aquella ocasión, era una puerta que cerraba mis opciones de ser feliz, porque si no era con Oli a mi lado, algo me decía que ninguna otra mujer, por muchas que pudieran aparecer a lo largo de mi vida, podrían darme lo que ella me había enseñado a reconocer.

—Nicholas —escuché una voz a mi espalda.

Me di la vuelta poco a poco, sorprendido de que Meredith hubiera salido y me estuviera llamando.

La miré, esperando que dijera algo, a mi ya no me quedaban

palabras. Las que quería pronunciar habían perdido toda su fuerza. «Haz que se vaya, por favor» se repetía una y otra vez en mi cabeza. Oli no me quería allí.

—Lo siento —empezó a decir cuando se dio cuenta de que yo no iba a decir nada—. Ella no sabe que has venido todo los días y es culpa mía, pero es que…

La vi temblar y me di cuenta al momento que era lo que mi amigo había visto en ella. Meredith parecía una persona fuerte, de armas tomar y dispuesta a defender a su amiga, a las personas a capa y espada, pero yo había visto a demasiados chicos como ella durante los años que había pasado en aquella casa. Meredith tenía miedo, miedo a quedarse sola y Devon sufría de la misma dolencia.

—No te preocupes, ya me iba. No tienes que disculparte por querer proteger a tu amiga.

Y lo decía de verdad. Ella no debía haber tomado la decisión de si yo tenía derecho a ver a Oli, ni de ocultarle a su padre que yo había ido todos los días a verla, pero entendía porque lo había hecho. Oli ya había sufrido bajo el yugo de su exnovio y solo quería protegerla.

—Pero ella sí quiere verte —dijo en un susurro que a penas llego a mis oídos.

Un nuevo hilo de esperanza, uno fino y casi inexistente se presentó ante mis ojos y quise agarrarme a él con fuerza, pero antes de hacerlo necesitaba un par de respuestas.

—¿Sabe lo que ha pasado? —consulté.

—Me imagino que su padre estará poniéndola al día ahora —carraspeó—. La policía no tardará en llegar para tomarle declaración.

Y en ese momento, se hizo a un lado, dejándome el camino libre hasta su habitación. A su vez la puerta se abrió y Philips y un médico salieron de ella. Cuando el padre de Oli cruzó su mirada conmigo, en el pequeño gesto que hizo con la cabeza, supe que me estaba permitiendo volver allí y hablar con ella. No iba a perder la oportunidad.

En solo un par de zancadas estaba en el interior de la habitación, no sabía si cerrar la puerta era lo correcto, pero necesitaba hacerlo para poder contarle mi historia, que entendiera el motivo por el que había acabado en medio de todo aquello, además de la información que Kate me había hecho llegar de porque su ex estaba involucrado en

toda aquella mierda.

—Nick —¡Dios!, escuchar cómo pronunciaba mi nombre era de lo más placentero, pero no quería hacerme ninguna ilusión mientras no le explicara todo lo que necesitaba decirle—, has vuelto.

—Esperaba que quisieras que lo hiciera.

Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro y, aunque no consiguió llegarle a los ojos, fue lo suficientemente valiosa como para capturarla en mi mente y enterrarla en mi corazón.

—Por favor, acércate.

No dudé en hacerlo. Hacía solo un par de minutos me había pedido que abandonara la habitación y había obedecido, por lo que aquella petición que me gustaba más no iba a dejar de acatarla.

Me acerqué hasta la cama y me senté junto a ella, en el hueco que me había hecho junto a sus piernas. Antes de darme tiempo a reaccionar, ella me había echado las manos al cuello y me abrazaba, tirando de mí hasta que pudo enterrar la cabeza en mi cuello. Era el mismo gesto que había realizado cinco días atrás, cuando la había encontrado en aquella habitación tan parecida a la que yo había ocupado durante más tiempo del que quería recordar en mi infancia.

—Nick —susurró contra mi cuello, consiguiendo ponerme los vellos de punta—. Gracias por venir a buscarme.

—Cómo no podía hacerlo, Oli. No sé que es lo que me has hecho, pero no quiero que dejes de hacerlo, ¿de acuerdo?

Repetí las mismas palabras que le había dicho días atrás, por si no las recordaba. Por si todo lo que había pasado le había hecho olvidarlas.

Le pasé las manos por la espalda, sintiendo como mi tacto conseguía que su cuerpo dejara de temblar, aunque yo no me encontraba mucho mejor.

—Quería pedirte disculpas —empecé a explicarme—. Si no hubiera sido por mí, nada de esto hubiera pasado.

Oli se separó de mi con un movimiento brusco y, por un momento, pensé que me daría la razón, que algo había hecho clic en su cabeza y se acabara de dar cuenta de que se encontraba en aquel hospital por mi culpa, pero no, de nuevo, aquella chica que me había cautivado con sus enormes ojos azules y su boquita carnosa, la que me encandiló al salir de la piscina, con las gotas recorriéndole las curvas

de su cuerpo, me miró y dejó claro que a veces no es bueno juzgar tan rápido.

—Harry es un hijo de puta y estoy segura de que, aunque las fotos y algo más le hayan dado la idea, hubiera encontrado cualquier excusa para hacer algo parecido en otro momento.

La mera idea de que eso hubiera podido ocurrir y yo no hubiera estado allí para ayudarla consiguió que el pulso se me acelerara una vez más, pero me alegraba saber que ella había llegado a esa conclusión.

—Pero si no nos hubieran hecho esas fotos.

—No te disculpes por eso —me interrumpió—. Si nos ponemos así, si yo no hubiera aceptado la primera cita con él, no estaríamos aquí, pero no me voy a arrepentir por ello. Si de algo tengo que hacerlo es de no haberle parado los pies la primera vez que… —Tomó aire con fuerza antes de decir la siguiente palabra—. Me hizo sentir inferior y acepté sus disculpas después.

Quería salir de aquella habitación, dirigirme hasta la cárcel donde lo habían encerrado hasta el juicio y golpearlo hasta que llegara el ultimo día de su vida por haber hecho sufrir a una persona tan maravillosa como Oli.

—Ya no merece la pena. Ahora se hará justicia —respondió, como si hubiera adivinado mis pensamientos—. Además, eres tú quien está aquí.

—Y tú Oli, ¿quieres que esté?

No me respondió con palabras, lo hizo pegándose de nuevo a mi, pero esta vez me besó y, aunque fue un simple roce de labios, porque la había escuchado toser y su voz estaba aun ronca y no quise ir mas allá, me supo a gloria volver a tenerla junto a mi, en aquella postura.

—¿Es esto real? —preguntó apoyando su frente a la mi.

—Espero que sí, Oli, porque ahora no sabría que hacer si me despierto y no te tengo a mi lado.

Unos golpes a nuestra espalda nos hicieron conscientes que habían abierto la puerta. Nos habíamos besado una y otra vez, yo estaba deseando quitarle el camisón que llevaba el logo del hospital sobre su pecho derecho y enterrarme en ella. Llevaba tanto tiempo sin hacerlo que sabía que no duraría nada cuando lo consiguiera. Así que agradecí que nos interrumpieran en aquel momento, pero no que lo hiciera su

padre, que llegó acompañado de Kate, mientras tenía la mano debajo aquel ridículo camisón y la deslizaba por su muslo.

—Cariño, la inspectora quiere hacerte unas preguntas —dijo su padre sin dejar de mirarme.

Kate entró en la habitación y una sonrisa picara se dibujó en su cara cuando se dio cuenta de que retiraba de manera disimulada la mano de la piel de Oli.

—Señorita Evans, me alegra verla despierta al fin —le ofreció la mano, que mi chica aceptó. Que bien sonaba lo de mi chica, ahora solo esperaba que todo lo que habíamos hablado significara que ella también sentía que yo le pertenecía—. Si me permite, me gustaría hacerle unas preguntas.

Oli le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a la vez que entrelazaba los dedos de su mano con la mía, demostrándole de aquella manera que no quería que yo me fuera de la habitación mientras le hiciera las preguntas necesarias para incluir en el informe de la investigación.

Conocía a Kate y sabía que le haría las preguntas precisas para que el cabrón de su ex, Sue y Paul pasaran el resto de sus vidas tras las rejas, pero a la vez intentaría que no se sintiera atacada.

—Oli, ¿verdad? —que la llamara de la manera en la que yo lo hacía no la sorprendió y, si lo hizo, supo disimularlo muy bien—. Necesito que nos cuentes que es lo que pasó.

Oli empezó a narrar como se había ido de casa de su amiga después de haber visto todas las fotos que había realizado la prensa y yo volví a sentirme culpable por ello. Cuando comentó la manera en la que Paul la había obligado a entrar en el coche mientras la amenazaba con la navaja, la bilis me subió la garganta por completo, pero debía mantenerme firme.

—No es necesario que describa la habitación, ¿verdad?

En ese mismo momento el corazón me golpeó con fuerza contra el pecho y Kate compartió una mirada triste conmigo. No sabía si aquel era el momento adecuado y si ella me ayudaría a narrar la historia, pero antes de que siguiera contando todo lo que había pasado durante el tiempo que la habían mantenido cautiva, yo necesitaba que supiera porque había estado en aquella posición.

—Sue y Paul, las dos personas que te abordaron en la calle, fueron

la familia de acogida que me cuido durante la infancia. —Nunca le había contado esa historia, al menos nunca a nadie que no la hubiera sufrido conmigo, a excepción de mi psicóloga—. Como has podido comprobar por ti misma, no son las personas más maravillosas del mundo e hicieron de todo, menos cuidar de nosotros.

En aquel momento fue Oli quien apretó su mano contra la mía. Yo había dejado de mirarla, porque si lo hacía y sentía su pena en los ojos, no sabía si sería capaz de llegar hasta el final.

—No fui el único chico que pasó por aquella casa. No era la misma en la que te han tenido a ti, pero si muy similar. No fue fácil ser el mayor de todos, sobre todo porque al principio estuve solo, pero cuando empezaron a llegar los demás chicos, todos niños, me di cuenta de lo que pretendían. Se aprovechaban del dinero que les daban por cuidarnos, no nos permitían hacer nada si su consentimiento y, si alguno de nosotros se revelaba, acababa encerrado en un cuarto muy similar al que te encontrabas cuando llegué —respiré profundamente, intentando pensar cuales eran las mejores palabras que podía usar para describir todo aquello y si el nombrar a mis amigos era lo correcto, pero ella se me adelantó.

—Todos los que estaba allí, ¿ellos también…?

—Todos, incluida yo —respondió por mí Kate.

Oli se llevó las manos a la boca, dándose cuenta de todo lo que abarcaba lo que nos pasó durante aquellos años.

—Pero, erais solo unos críos —comentó.

—Y ya no lo somos. Yo he soñado cada día de mi vida con la venganza, desde que abandoné aquella casa. De la misma manera en la que llegué el primero, me preocupé de irme el último y, hasta el día de hoy he estado preparando mi plan de acción. He luchado todo lo que he podido hasta encontrarme en la posición necesaria para que se me escuchara. La tarde que viniste a verme después de la reunión, había dado un paso más y les advertí de que tenían la oportunidad de entregarse antes de que yo siguiera avanzando.

—Entonces llegaron las fotos —respondió—. Y Harry aprovechó su oportunidad.

Miré a Kate. No necesitaba contarle más de mi historia a Oli, al menos en aquel momento, en una habitación de hospital y cuando nosotros aun no habíamos tenido tiempo de hablar entre nosotros. Ella

pareció entender que el tiempo se le acababa.

—Oli, Harry va a ir a la cárcel por secuestro y agresión. Él ha sido el cabecilla de todo esto. —En ese momento fue ella quien me miró a mi, esperando por si yo le pedía que no continuara, pero necesitaba tanto aquello como ella—. Necesito saber si estás dispuesta a denunciar las agresiones que sufriste antes de todo esto.

En ese momento Oli me soltó la mano y el vacío que sentí me congeló el cuerpo al momento.

Entendía que era algo que no esperaba tener que hacer, pero ya no solo era por ella. Era por todas las mujeres, por todos los niños, por todas las personas que se habían callado por miedo. Porque a veces, aunque sea solo una voz la que se alzara, esta daba fuerza a las demás para seguirlas, para hacerse escuchar.

Su mano volvió a buscar la mía y me encantó sentir que quisiera mi contacto después de todo lo que había pasado.

—¿Estarás a mi lado? —me preguntó casi en un susurro.

—Hasta que tu quieras que esté.

Y ahí fue cuando me di cuenta de que ella era seguía siendo fuerte, que nunca había dejado de serlo, solo había necesitado una mano, una luz en el camino en el que se había visto atrapada durante demasiado tiempo, para gritar.

37

Jess

No había sido fácil. Nada de lo que había pasado desde que había salido del hospital había resultado sencillo.

Sabía que todas las personas que me rodeaban, mi padre, Meredith, Nicholas y sus amigos, así como la inspectora Wilson, habían hecho todo lo posible para que lo que se filtrara a la prensa fuera lo justo y necesario, pero ya sabemos como funcionan estas cosas, así que a los pocos días de estar fuera, el nombre de Harry había salido a la luz. De alguna manera él había conseguido esa fama que quería, aunque estaba segura de que no de esa manera.

—¿Estás segura de esto? —Meredith estaba sentada a mi lado mientras terminaba de guardar el archivo en el ordenador.

Había pasado un mes desde el día que había ocurrido todo. En el que mi vida había dado un giro inesperado y, en esos treinta días había tenido que acostumbrarme a todo lo nuevo que estaba pasando a mi alrededor.

—Soy J. Oli Evans, ¿no?

Mi amiga empezó a reírse con fuerza cuando aquel nombre, que ahora era el que aparecía en todas mis redes sociales, escapó de mi

boca.

—No me creo que esto vaya a ocurrir de verdad —yo mantenía el dedo sobre el botón de enviar—. Dale.

Y lo hice.

Una risa nerviosa me embargó al momento. Aquello con lo que había empezado toda esta historia había dado un paso más. Acababa de enviarle la primera corrección a Raymond Morris, mi editor.

—¿Y ahora qué?, tendremos que celebrarlo.

Meredith caminó hasta el frigorífico de mi nuevo piso. Ese había sido uno de los requisitos de mi padre si yo quería seguir viviendo sola. Ya no podía seguir haciéndolo en mi pequeña caja de zapatos, como él lo llamaba y me había «obligado» a elegir uno en una zona mejor, con alguna habitación más, y debía tener una cocina que fuera realmente un lugar de la casa donde se pudiera preparar comida.

—Este sitio me encanta —comentó mi amiga mientras se dejaba caer a mi lado en el sofá.

—Sobre todo porque ahora no tienes que preocuparte porque Pompón te salte encima.

Meredith miró hacia la derecha. Realmente mi piso era el ático de un edificio moderno de la ciudad y disponía de una maravillosa terraza y, ahí mismo se había preparado un espacio maravilloso para mi mascota.

—Te tiene demasiado mimada.

No me dio tiempo a responderle cuando la puerta de cristales se abrió y un sonriente Nick entraba en el salón. Caminó decidido hasta mí, ignorando a mi amiga. Cuando llegó a mi lado sus labios colisionaron contra los míos y yo me derretí una vez más. Ya había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho durante aquel mes.

—Y esta es la señal para que me largue.

No me dio tiempo a protestar, básicamente porque Nick me pidió que le dijera adiós a mi amiga en el mismo momento en el que me cogió en brazos, me cargó sobre su hombro y me metió en el interior del dormitorio.

—Eres un cavernícola —protesté cuando me lanzó contra la cama y empezó a deshacerse de su ropa.

No me cansaba de verlo desnudo. Nick no era un hombre excesivamente musculado, pero las líneas de sus abdominales que

terminaban en las dos hendiduras que marcaban la V en la que me estaba perdiendo en aquellos momentos me volvían loca.

—Oli, pequeña. Mírame a los ojos —ruborizada subí la mirada hasta su cara justo en el momento en el que se clavaba sus dientes sobre su labio inferior.

Llevaba el pelo algo más largo que cuando nos conocimos, pero para ser sincera, había sido yo quien le había prohibido que se lo cortara. Me gustaba demasiado enterrar mis dedos en sus mechones cuando se perdía entre mis piernas para saborearme y algo me decía que estaba a punto de hacer aquello.

—Llevas demasiada ropa —protestó mientras se acercaba hasta mí con su mirada depredadora—. Te recomendaría deshacerte de ella si no quieres perder otras braguitas.

Y me quedé quieta justo cuando había dejado caer la camiseta junto a mi lado en la cama y no porqué quisiera, sino porque cuando me hablaba así, conseguía humedecerme de una manera que ambos disfrutábamos al máximo.

Se subió a la cama y gateó hasta colocarse encima de mí, con una de sus piernas separó las mías y antes siquiera de ser consciente de lo que iba a hacer, una de sus manos ya estaba entre mis piernas y uno de sus dedos jugaba con mi inflamado clítoris.

—Siempre tan preparada para mí —susurró contra mi boca antes de besarme y enterrar un dedo en mi interior.

Lo encorvó lo justo, sabiendo lo como me gustaba que hiciera aquello.

—Nick… —conseguí decir cuando un segundo dedo siguió al primero y su boca me devoraba con más fiereza.

Las manos volaron por todos nuestros cuerpos, porque aunque llevábamos un mes siendo una pareja oficial, no nos cansábamos de tocarnos. Aquello se había convertido en algo que ninguno de los dos quería hacer.

Nick alargó la mano hasta que abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un par de envoltorios plateados de su interior. Lo miré enarcando una ceja, ya que no era normal que quisiera ir tan rápido. Nick era de los que se lo tomaban con calma, de los que disfrutaban de las preliminares y mucho más torturándome durante ellas, pero aquel día parecía ir con prisas, pero no podía quejarme. Yo también

estaba deseosa de sentirlo dentro de mí.

—Tranquila, pequeña. Aun me queda mucho que darte.

Aquella era una frase que se había convertido en una dinámica entre nosotros desde que estábamos juntos. A Nick le gustaba contarme todo lo que iba a hacer y a mí me encantaba que lo hiciera.

—Este va a ser rápido, llevo todo el día pensando en lo que quería hacerte y llegar al apartamento y encontrarte con Meredith no me ha gustado.

Sabía que se llevaba bien con mi amiga, aunque les había costado al principio, era lógico que hubiera ocurrido después de que Meredith le hubiera negado el paso en el hospital. La razón por la que les fue más fácil soportarse era por la extraña relación que Meredith mantenía con Devon, aunque hacía una semana que ella me había dicho que ya no había nada entre ellos. Sus palabras exactas fueron que el sexo ya se había vuelto demasiado rutinario, aunque la manera en la que lo dijo no me resultó demasiado convincente.

—No estás prestando atención —protestó Nick, mordiéndome un pezón y trayéndome de nuevo a la realidad.

—Lo siento —respondí, arqueando la espalda y dándole mejor acceso a mis pechos, cosa que él agradeció.

Sus dedos seguían jugando en la zona baja de mi cuerpo y, cuando se frotó contra mí y sentí la dureza de su polla contra mi cadera supe que ningún nuevo pensamiento que no fuera tenerlo dentro de mi, conseguiría volverme a distraer.

Nick cogió uno de los preservativos y lo rasgó con los dientes mientras seguía introduciendo y curvando dos dedos en mi interior. Con el pulgar no dejaba de estimular mi clítoris y mi cuerpo no dejaba de pedir más, buscándolo en cada embestida de su mano.

Con la que tenía libre se puso el envoltorio de látex con una maravillosa soltura y sin dejar de tocarme se colocó entre mis piernas, alineándose a la perfección. No me dio tiempo de sentirme vacía porque su glande ya se estaba abriendo hueco en mi cuerpo.

—¡Dios! —balbuceé.

—No lo soy, pequeña, pero se que me asemejo bastante.

—No hace falta que te estimule el ego, ya te bastas solito.

—Pues creo que no lo estoy haciendo muy bien cuando aun sigues hablando.

Y entonces le imprimió mucha más velocidad a sus movimientos. De nuevo, sus manos volvían a estar en todas partes, o al menos una de ella, porque me había dado cuenta de que Nick tenía un fetichismo muy exagerado con mi trasero y, cada vez que comenzábamos, su mano derecha se anclaba en mi nalga derecha, apretando sus dedos en mi carne. De esa manera conseguía moverme como quería y yo agradecía que así fuera, porque cuando, como en aquel momento, el clímax empezaba a recorrerle la columna vertebral, me alzaba y aumentaba mucho más sus movimientos, provocando que la fricción me llevara hasta el limite.

Hacer el amor con Nick, o follar, porque hacíamos ambas cosas y las dos nos gustaban era como el titulo de la novela que había mandado aquella misma tarde al editor para una segunda revisión. Era una pasión sin limites, en la que ambos nos permitíamos ponernos a pruebas, buscar todo lo que queríamos.

—Joder, pequeña. Te quiero.

Cuando las palabras salieron de su boca ambos nos quedamos mirándonos. Nick me había dicho un par de semanas atrás que se estaba enamorando de mí y yo lo hice el mismo día que el vino a verme al hospital. Aunque él no me respondió lo mismo y lo hizo más tarde, sabía que ya sentía lo mismo que yo en aquel momento.

—Yo también te quiero, Nick.

—Te quiero —volvió a responderme perdiéndose lentamente, esta vez, dentro de mí. Disfrutando aquella sensación nueva que estábamos descubriendo—. Joder. Te quiero. Te quiero. Te quieroooo.

Con el ultimo te quiero, la o se alargó justo cuando notaba que se derramaba en mi interior.

Nick me había demostrado que, aunque como cualquier ser humano siempre buscaba su placer en el sexo, nunca me dejaba a medias, por lo que se deslizó por mi cuerpo cuando hasta que su cabeza acabó a la altura de mi coño y antes de que me diera tiempo de reaccionar, su lengua me dio un lametazo de abajo arriba me provocó un cortocircuito la cabeza. Y ese fue el momento en el que mis manos volaron a su pelo, agarrándolo pero sin hacerle daño mientras con su mano derecha me elevaba y yo me perdía en el placer más absoluto.

Cuando el orgasmo me sacudió, Nick volvió a colocarse a mi lado

después de quitarse el preservativo y dejándolo caer al lado de la cama. Con movimientos cuidadoso fue capaz de meternos a ambos bajo las finas sabanas de mi cama y me atrajo a su cuerpo desnudo.

—Te quiero —dijo una vez más mientras me acomodaba sobre su pecho, alineando nuestros cuerpos a la perfección.

Supe que no le hacía falta mi respuesta por el ronroneo que emití cuando su mano me atrapó un pecho y me dio un beso en la cabeza. Ambos nos relajamos en la cama, esperando descansar un poco para repetir más tarde, porque sí, aquel había sido un polvo rápido y, sin embargo, había sido el más intenso y bonito que habíamos compartido hasta la fecha.

—Has mandado el manuscrito —dijo un tiempo después, cuando creía que se había quedado dormido.

—Y tú has subido las fotos al perfil de Instagram —repliqué.

No me hizo falta mirarlo para saber que una enorme sonrisa se le había dibujado en la cara. Esa era otra de las cosas que habíamos hecho durante aquellas cuatro semanas.

Greendwood se había puesto muy contento cuando nos vio aparecer. No hizo ningún comentario sobre lo que la prensa había hablado sobre mí y eso fue algo que me encantó y que consiguió que, cuando nos pusimos frente a la lente de su cámara, me sintiera cómoda y que incluso disfrutara con la sesión de fotos.

—Sigo siendo tu cm, pequeña —contestó mordiéndome el hombro —, y te recuerdo que firmaste un contrato en el que me permitías hacerlo.

Podía haberle protestado, seguir con aquel juego en el que nos convertíamos en la escritora de novela erótica y el *community manager* de sus redes sociales y, no os quiero engañar, era un rol que nos gustaba adoptar muchas veces, pero en aquel momento, después de que nos hubiéramos dicho por primera vez aquellas dos palabras compuestas por ocho letras, ambos sabíamos que queríamos ser su Oli y mi Nick en aquel momento, en aquella cama, por eso cuando su mano se fue desplazando por mi vientre, para volver a pegarse más a mi y que pudiera notar como se volvía a endurecer me dejé llevar, sobre todo después de escucharle susurrar en mi oído.

—Segundo asalto, pequeña.

Epílogo

Seis meses más tarde en el Blood Bucket.

Nick

—Estás pletórico —dijo Devon a mi lado mientras le daba un trago a mi cerveza.

—No os voy a engañar, al principio estaba acojonado, pero ahora creo que he tomado la mejor decisión del mundo.

Estaba en mi bar favorito con mis cuatro amigos. Celebrábamos que al fin había sido el juicio contra Paul y Sue. Habíamos conseguido que se hiciera un juicio separado al de Harry, que se había celebrado un par de meses antes y donde mi chica había vuelto a demostrarme que era una mujer valiente y fuerte, ya que siguió adelante con su denuncia y no tuvo miedo de levantar la voz. Incluso había decidido aprovechar esa fama que estaba consiguiendo por ser hija de Philips Evans, la que llegaba por estar conmigo y, por supuesto la que estaba despertando gracias a la promoción del libro, para empezar a colaborar con varias asociaciones que ayudaban a las mujeres maltratadas.

—Oli es increíble —Devon fue quien dijo aquellas palabras y

Owen lo corroboró con un gesto de cabeza.

Miré al otro lado, donde Luca estaba sentado y me di cuenta de que permanecía en silencio. No había prestado atención a la conversación que estábamos manteniendo y me preocupó al momento, igual que al resto de mis amigos.

—Ey, hermano. ¿Qué pasa?

Le golpeé en el hombro y, cuando levantó la vista para mirarme, esos ojos color azul, mucho más oscuros que los de Devon, parecían perdidos, al igual que él, que aunque estuviera en la mesa del bar, sentado con nosotros, se encontraba mucho más lejos.

—Necesito vuestra ayuda.

Y no hizo falta que dijera nada más. Nos habíamos visto en aquella situación meses atrás, cuando había sido yo quien la había pedido y todos se volcaron en ayudarme y Luca era uno más de nosotros.

Después de que nos contara lo que necesitaba, el ambiente se relajó un poco, lo justo y necesario para que pudiéramos empezar un nuevo plan.

Habíamos conseguido cumplir la venganza por todo lo que nos hicieron pasar Sue y Paul. Éramos capaz de cualquier cosa, aunque aquello significara incumplir alguna ley durante el proceso, por eso teníamos un abogado en el grupo y, aunque Kate no pertenecía a él, también teníamos a alguien en la policía si necesitábamos algo un poco más complicado.

—Bueno, y ahora que ya tenemos planes de futuro… —comentó Owen chocando su botellín con el de Luca—, explícanos porque has decidido ser tú quien nos reunieras, llevas bastante tiempo sin hacerlo.

—Porque no lo he necesitado hasta ahora.

Saqué lo que había comprado un par de semanas antes y que llevaba escondido en el interior de la chaqueta de cuero y lo coloqué sobre la mesa. Mis amigos se lo fueron pasando unos a otro, sin decir nada, sin siquiera mirarme. Si los había hecho venir allí era porque necesitaba su opinión urgentemente y la tuve cuando volvió a mis manos y pronunciaron las palabras que me hicieron levantarme de la silla como si hubiera sentido un calambrazo en el culo.

—Ya estabas tardando.

Casi no me despedí de ellos. No siquiera me preocupé de dejar un

billete sobre la mesa, cosa que hacíamos todos cada vez que salíamos de los bares o restaurantes que quedábamos y siempre quedaba dinero suficiente para una cuantiosa propina.

Había llegado hasta allí andando porque no estaba lejos de mi edificio, pero algo más lejos del de Oli, aun así decidí ir caminado hasta allí. Aquel tiempo sería maravilloso para darle vueltas a todo lo que estaba a punto de hacer.

Habían pasado muchas cosas en aquellos seis meses. Harry estaba en la cárcel y tardaría en salir durante un largo tiempo, al igual que Sue y Paul.

Oli, que ya de por sí era una mujer fuerte, se había convertido en una aun más increíble y vivirlo a su lado, comprobar como había evolucionado y como me gustaba aun más cada día, me había hecho fácil tomar aquella decisión.

Ya estaba llegando al portal cuando al levantar la vista, me di cuenta que estaba saliendo del edificio y se llevaba el teléfono a la oreja, en ese momento el mío empezó a sonar. Cuando lo saqué del bolsillo de mi pantalón su nombre iluminaba la pantalla. No sé había dado cuenta de que yo estaba a pocos metros de ella, así que me permití observarla a placer.

—Hola, pequeña —contesté nada más descolgar. Me había apoyado en la pared del edificio que estaba a mi lado.

—Peque —había empezado a usar ese adjetivo cariñoso porque creía que así dejaría de decirle pequeña, pero lo que no se había esperado era que me gustara que lo dijera—. Perdona que te moleste cuando estas con los chicos, pero es que necesito decirte algo.

No noté en su voz que estuviera nerviosa, pero nunca antes en las quedadas que tenía con sus amigos había tenido la necesidad de llamarme y menos para decirme que necesitaba decirme algo. Mi cuerpo se puso en alerta y no dejé de observarla esperando alguna señal por su parte.

—¿Ha pasado algo? —.pregunté alarmado.

Oli negó con la cabeza, como si supiera que la estaba observado y me di cuenta de que no dejaba de meter y sacar la mano del bolsillo del chaquetón que se había puesto para salir de su apartamento.

—No, no te preocupes, es que… Solo necesito decirte algo y si espero un poco más creo que no voy a ser capaz.

—Date la vuelta.

Ella lo hizo y sin despegar el teléfono de su oreja dio la mitad de los pasos que nos separaban, ya que el resto ya los estaba dando yo, hasta que nos encontramos en un punto intermedio.

—Oli, ¿qué pasa? —volví a preguntar mientras la agarraba de la muñeca y la hacia despegar el móvil del oído.

Ahora que la tenía cerca me daba cuenta de que estaba nerviosa y que el pulso que estaba notando en su muñeca estaba acelerado, al igual que su respiración.

Empezaba a creer que de verdad había pasado algo grave y no sabía como darme la noticia cuando de repente sacó algo del bolsillo de su abrigo y me di cuenta que era gemela a la caja que yo guardaba en el interior de mi chaqueta, por eso no pude contener la carcajada que escapó de mi garganta, aunque a ella no le había hecho mucha gracia.

—Vete a la mierda, Nick —dijo realmente cabreada por mi respuesta—. Esto es algo serio.

Entonces fui yo quien sacó la caja de mi bolsillo y se la mostré a ella, cosa que le provocó la misma reacción que a mi.

Estas eran las cosas que me gustaba de la relación que ambos compartíamos. Lo compenetrados que estábamos. No hizo falta que nos diéramos ninguna respuesta y menos aun con el beso que nos dimos en medio de la calle, sin importarnos una vez más que nadie nos viera. Era algo que había dejado de preocuparnos después de que saliera a la luz nuestra relación.

Oli y yo nos queríamos y eso era lo único que de verdad tenía que importarnos.

ARTICULO EN EL PERIODICO SENSACIONALISTA DAILY MAIL

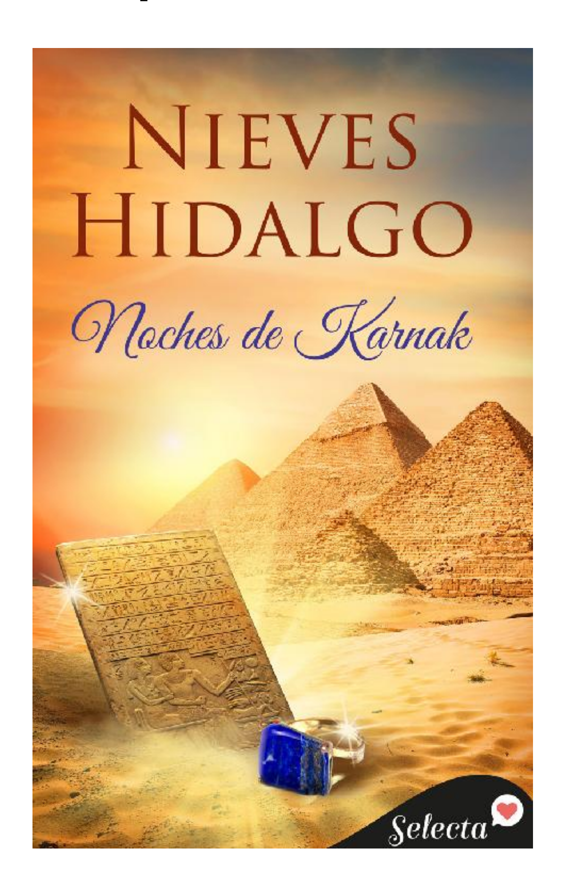
El soltero de oro, Nicholas Donovan y la escritora J. Oli Evan vuelven a ser noticia de primera pagina, ya que en las fotos que han llegado a esta redacción y que compartimos con vosotros, Nicholas ha perdido su condición de soltero, pues se ve claramente que ambos se han realizado una propuesta de matrimonio en plena calle sin importarles las personas que los rodean, y eso nos hace muchísima ilusión.

Si nuestro querido Nicholas Evan se nos casa, ¿quién de sus amigos será el que recoja el testigo?

Si te ha gustado

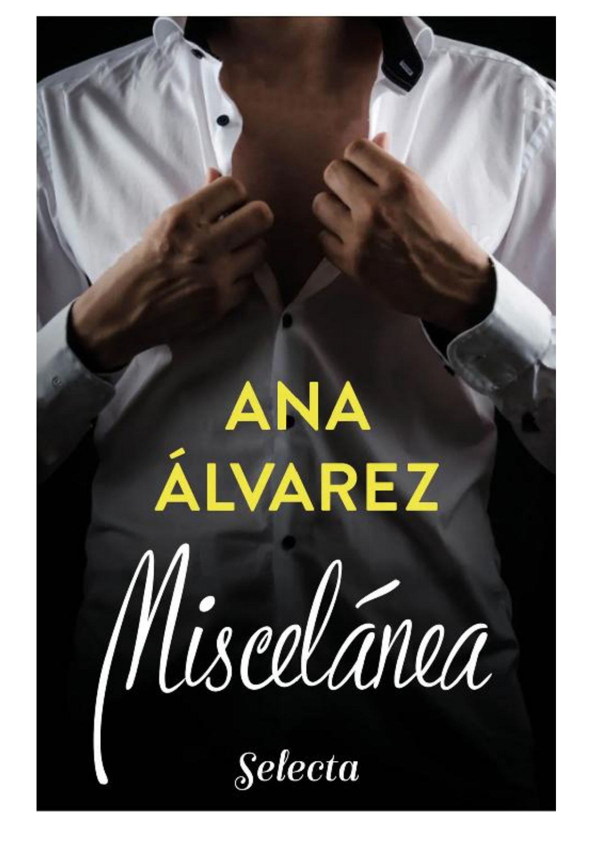
Pasión sin límites

puedes disfrutar de estas



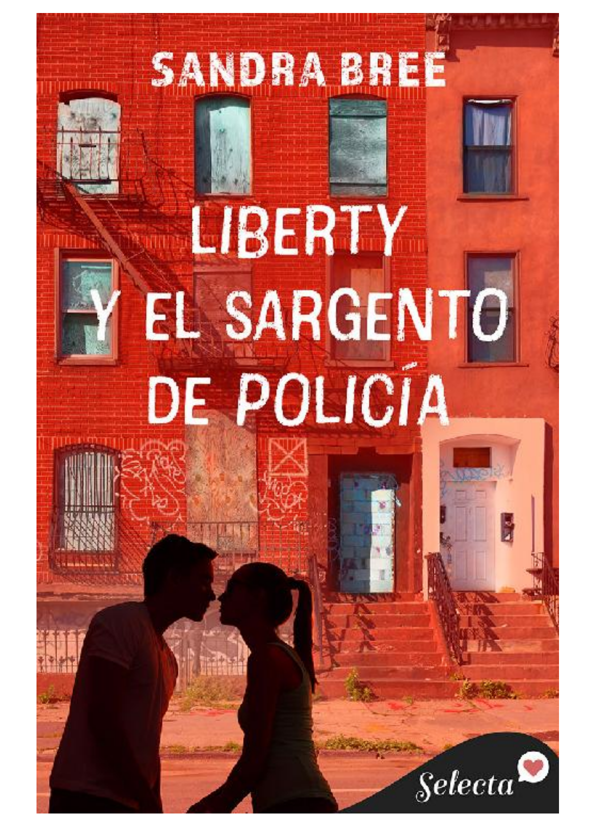

Selección RNR
Mina Vera
Suculento peligro
Suspense romántico


Bela Marbel
PASIÓN PROHIBIDA
PASIONES ESCONDIDAS 1
Selecta


ANA
ÁLVAREZ
Miscelánea
Selecta


Selecta
Algo pasa con Daren
Mayeda Laurens


RUTH M. LERGA
¡MANOS ARRIBA!
Selecta


SANDRA BREE
LIBERTY
Y EL SARGENTO
DE POLICÍA
Selecta


Cuerpos pasionales 1
El
SARGENTO
que me hace
DELIRAR
Marian Arpa
Selecta

«¿Y si descubres que te has acostado con la persona que tiene tu futuro en sus manos?».



Jess tiene un gran problema.

Ha escrito una novela que nunca pensó que vería la luz y ahora, su magnífico padre, ha movido los hilos y le ha conseguido al mejor *community manager* de Londres y no es otro que el buenorro con el que tuvo una tarde loca de sexo en las vacaciones.

Nick creía que iba a llevar las redes sociales de uno de los empresarios más icónicos de Londres, pero cuando se da cuenta de que realmente tendrá que sacar adelante la cuenta más sosa e insulsa de su hija malcriada, se siente manipulado, hasta que se da cuenta de quién es ella y de que lo que tiene en sus manos es mucho más de lo que esperaba.

Una novela *hot* en la que reirás, además de sentir que el calor te atraviesa el cuerpo y te deja sin aire.

Helena Sivianes nació en Sevilla, España, a mediados de los 80. Desde siempre ha sido una persona muy imaginativa y fantasiosa que, cuando leía, ideaba distintas maneras para que continuaran las historias. Desde que cayó en sus manos la primera novela romántica, no ha podido dejar de leerlas y por fin, decidió probar suerte compartiendo sus ideas con el mundo en la plataforma Wattpad. Tras las opiniones de lectores y compañeros de letras, decidió dar el paso y acabó autopublicando en Amazon con una gran acogida y una multitud de comentarios positivos.

No ha dejado de escribir después de sacar de dentro su primera novela. Concilia su vida como escritora con su trabajo y ser madre de dos niñas de ocho y seis años y, por supuesto, su marido. Los pilares de su vida que le dan fuerzas para luchar por sus sueños e intentar cada día llegar a más personas con las historias que crea desde el corazón.



Edición en formato digital: febrero de 2024

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

ISBN: 978-84-10012-32-5

Conversión digital: leerendigital.com

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguinlibros

Índice